

SIN ARMAS NI NOMBRE PROPIO

**MARIANA ESCOBAR ROLDÁN
CATALINA GONZÁLEZ NAVARRO
MATEO JARAMILLO ORTEGA
MARCELA MADRID VERGARA**

Proyecto Creativo Escrito

**Directora: Andrea Salgado Cardona
(MFA en Creación Literaria)**

**UNIVERSIDAD DE LA SABANA
FACULTAD DE COMUNICACIÓN
PROGRAMA DE COMUNICACIÓN SOCIAL Y PERIODISMO**

CHÍA

2014

Resumen

Un país como Colombia, donde a diario los titulares resaltan la tragedia, los verdugos y sus métodos, corre el riesgo de resignarse a vivir en una violencia histórica, sin salida. Pero el conflicto también tiene otra cara, a veces menos mencionada en la prensa: la de quienes deciden hacerle frente a su manera, a través de una lucha sin armas ni nombre propio; unos resistentes anónimos quienes, más allá de salvar su propio pellejo, se lanzan a buscar la paz para sus pueblos. A través de 16 crónicas, este trabajo cuenta las historias de estos valientes escondidos en las montañas de Antioquia, Cauca y Bolívar, en un espacio para darles voz a quienes entienden que sí hay salida.

***Palabras clave:* resistencia, paz, guerrilla, paramilitares, masacres, conflicto, cultura, periodismo literario.**

Abstract

A country like Colombia, where daily headlines are dedicated to show tragedy, criminals and their methods, runs the risk to resign living in a historical violence without solutions. But the conflict has other faces, sometimes less exposed on the press: the ones who decide to face it on their own way, through a struggle without weapons and proper names; resistant anonymous individuals who, beyond saving themselves, rush to seek peace for their people. Through 16 chronicles, this work tells the stories of these brave characters hidden in the mountains of Antioquia, Cauca and Bolivar; in a space to give voice to those who understand that there is an exit.

***Key words:* resistance, peace, guerrilla, paramilitary, massacres, conflict, culture, literary journalism.**

ÍNDICE

1. IINTRODUCCIÓN	Página 6
2. JUSTIFICACIÓN	Página 7
A. Crónica: el género sensual	Página 9
B. El género que salva del olvido	Página 12
C. Narrar lo universal a través de lo humano	Página 15
D. La crónica: puerta a la resistencia	Página 16
3. MARCO TEÓRICO: GÉNERO PERIODÍSTICO	Página 18
4. MARCO TEÓRICO: RESISTENCIA CIVIL	Página 32
4.1 La resistencia civil que conocemos	Página 33
4.2 Cunas de resistencia	Página 37
4.3 Cuatro laboratorios de resistencia civil	Página 44
5.HISTORIAS	Página 52
Prólogo por Jesús Abad Colorado	Página 53
Un vecino invisible	Página 57
De hierro me hago al andar	Página 67
Sin licencia para claudicar	Página 96
Cuando Gloria y Granada dijeron nunca más	Página 105

Entre fusiles y sirenas	Página 117
“Guerra en Cauca”	Página 128
Flor que nunca mueres	Página 140
Kitek Kiwe significa tierra florecida	Página 151
El retrato de Manuel	Página 158
La estrella de Orión	Página 168
Un circo en la ciudad	Página 177
El hombre que no le temía a los ‘paras’	Página 186
El viaje de la marimba	Página 193
Montes que añoran las gaitas	Página 205
Agua de totuma para el horror	Página 215
El Salado después del éxodo	Página 226
6. ANEXOS	Página 234
7. REFERENCIAS	Página 244

El mundo nada puede contra un hombre que canta en la miseria.

Ernesto Sábato, La Resistencia



En las calles de Buenos Aires, Cauca, pese a las heridas del conflicto, es posible encontrar la sonrisa de una niña sin siquiera pedírsela. /Mariana Escobar Roldán.

1. INTRODUCCIÓN

Si la historia es un foco fijo de luz en una habitación oscura, las víctimas son personas con linternas que iluminan los rincones ocultos a las que no llegan las luces de los investigadores.

Ese es el propósito de este trabajo, encontrar a las personas que a través de sus palabras narran la historia de Colombia y darle espacio a sus relatos en las páginas escritas y preponderancia a los testimonios de quienes estuvieron presentes en los hechos: las voces para la reconstrucción de los sucesos. Tal vez si los indígenas hubieran escrito sus saberes, el reconocimiento en América Latina sería mayor o más significativo. Es más, se podría conocer, tal cual como se conoce la percepción de los primeros colonos en llegar al continente americano, la mirada de los nativos hacia los nuevos visitantes.

Si las páginas en los libros tuvieran por obligación los testimonios de quienes sobrevivieron a los horrores de la guerra, dentro de las clases de historia en los colegios no solo se contarían las hazañas de los libertadores criollos, también se enseñarían las travesías de quienes resistieron las conquistas de los extranjeros.

Si hubieran escrito los primeros pobladores de este continente sería posible leer y comprender la manera como los nativos domaron los parajes que hoy habitamos los latinoamericanos, podríamos entender por qué sigue siendo tan imponente la tierra o cómo es posible cuidar las fuentes de agua.

Por eso hoy, cuando todavía no ha llegado la segunda década de los horrores que trajo el nuevo milenio en algunas zonas del territorio nacional y sin embargo han pasado más de diez años para la decantación de la historia, acudimos a las víctimas. A quienes fueron un faro en el camino de sus comunidades y que hoy en día sirven a los periodistas como focos de igual intensidad para construir las páginas que determinarán el rumbo del país.

Desde los Montes de María hasta las cordilleras del Cauca, pasando por las montañas antioqueñas, hay cientos de personas que afrontaron el conflicto y resistieron por las consignas de sus antepasados: la lucha por los valores perdidos.

2. JUSTIFICACIÓN

El eterno debate sobre la identidad de la crónica (cuáles son sus límites con la literatura, el reportaje y la opinión; de si su territorio es en el papel o si se ha expandido a los nuevos medios; de si está en crisis o hay un auge; de si su fin tiende más a crear o a informar) también influyó el presente trabajo.

Sonia Fernández Parratt (2001), investigadora de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Santiago de Compostela, dice que el sistema tradicional de géneros es blanco de críticas porque se vuelve “insuficiente” para acoger todas las variantes de géneros que aparecen con los cambios en la labor periodística.

Para ella está en duda la “vigencia” de los géneros convencionales e incluso hay quienes los tachan de insostenibles, desfasados y estereotipos inertes (Bernardino Martínez, 1998).

De todas formas no hay que olvidar su función más primaria, porque mezclar y no distinguir claramente lo que es información de lo que es opinión puede eventualmente transmitirle al lector una idea incorrecta de los hechos (Casasús & Núñez Ladéveze, 1991).

Sin embargo, en palabras de Fernández Parratt (2001), la frontera entre ambas categorías ya no es tan evidente, sobre todo teniendo en cuenta la existencia de lo que la investigadora llama “proliferación de los géneros mixtos”, es decir, cuando la crónica, por ejemplo, termina contagiándose por los datos y contundencia del reportaje, por el tono del perfil, por la belleza de la poesía, por el diálogo que facilita la entrevista o por las fibras de quien la escribe.

Juan Villoro (2006) llama a la crónica “el ornitorrinco de la prosa”. Lo hace, porque, como este mamífero, el género se construye sobre múltiples influencias que lo convierten en una especie de animal con siete identidades:

De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate: la “voz de proscenio”, como la llama Wolfe, versión narrativa de la opinión pública cuyo antecedente fue el coro griego; del ensayo, la posibilidad de

argumentar y conectar saberes dispersos; de la autobiografía, el tono memorioso y la reelaboración en primera persona.

Partiendo del beneplácito sobre el género mixto se resuelve en este trabajo el dilema de en qué orilla debería sentarse esta propuesta.

Entendiendo que la crónica es versátil y, como tal, este proyecto salta entre la pluralidad de formas de la misma: la crónica de personaje, la de guerra, la histórica, la cultural y la de viaje, todas descritas por la periodista Mary Luz Vallejo en su libro *A plomo herido* (2006). Las mil caras de ese género se unen en su esencia y nos sirven de prontuario para no perder el rumbo en ese laberinto llamado escritura.

A esta reflexión sobre el género le faltan dos elementos esenciales. Al primero hizo referencia Gabriel García Márquez con su popular frase “una crónica es un cuento que es verdad”, y es que a la influencia de la literatura en el tono y la estructura de la crónica, deben sumarse la exactitud y la fidelidad a los hechos como cimientos de la construcción de la misma. Por ello, para este trabajo fue fundamental visitar en varias ocasiones las regiones sobre las que narramos; indagar a fondo en los protagonistas de las historias, confirmar lo que ellos contaban y alternar los diálogos con el contexto histórico, político, social y cultural de los escenarios y problemáticas a las que nos referimos.

Del otro elemento, el tiempo, habla el periodista argentino Martín Caparrós, para quien “la crónica (muy en particular) es un intento siempre fracasado de atrapar el tiempo en que uno vive” y “su fracaso es una garantía: permite intentarlo una y otra vez, y fracasar e intentarlo de nuevo, y otra vez” (Jaramillo Agudelo, 2012). Esta idea de jugar con lo que fue y lo que es, de experimentar con la estructura cronológica hasta sentir que el lector no abandonará la historia, de asegurar que la narración del pasado es fiel a sus hechos fue primordial en este trabajo. Escribir cada crónica significó un minucioso cálculo de cómo transcurrirían los segundos de 16 héroes invisibles para nuestros lectores. La conclusión siempre fue: lento pero firme.

Más allá de lo anterior, escribir estas crónicas despertó en los autores tantas dudas como respuestas que se pretendieron resolver mediante las siguientes reflexiones: ¿Por qué atrae la crónica? ¿Qué hace a unas historias más cautivadoras que otras? ¿Qué diferencia al estilo narrativo del literario? ¿Tiene la crónica el poder de salvar del olvido? ¿Somos los cronistas auténticos constructores de la memoria histórica colectiva? ¿Cómo atrapar al lector? ¿Tiene la crónica un propósito político? ¿Este género le habla a unos pocos o le habla a la humanidad? ¿La crónica grita o susurra?, ¿con qué voz? ¿Es lícito inventar para mejorar la presentación de una crónica? ¿Hasta qué punto el periodista debe inmiscuirse en la realidad ajena?, ¿es ajena la realidad o es una carga del reportero?

A. Crónica: el género sensual

Una historia se puede narrar de incontables maneras, revela Jorge Luis Borges en su inagotable *Biblioteca de Babel* —el lugar donde se encuentran todas las posibilidades de escritura, todos los libros posibles—; sin embargo, hay historias que cautivan más que otras, que perduran en la memoria de la humanidad por el mismo relato, más que por el hecho.

En su momento, una de las que sedujo más que otras fue la del periodista Germán Santamaría sobre la tragedia del miércoles 13 de noviembre de 1985.

Yo creí que conocía el horror. Pensaba que bastaba con ver parir una mujer bajo un bombardero en Beirut o cinco niños aplastados en Popayán o una mujer sollozando frente a los cadáveres de sus siete hijos durante el terremoto de Ciudad de México. Pero no: el horror lo conocimos en Armero, Tolima. (De Riquer, 1987)

Así fue como Santamaría retrató la forma en que este municipio quedó sepultado bajo el lodo cuando el cráter del volcán Nevado del Ruiz hizo erupción.

No se puede afirmar que él haya sido el único en conmover al mundo con el desastre en Colombia, pero sí es un acierto periodístico haber escogido la historia de Omayra Sánchez para narrar los horrores que vivió su población. Tanta impresión causó en los lectores este escrito, que es el único texto colombiano dentro de la antología de *Reportaje de la Historia* de Editorial Planeta, en la cual reposa la muerte de Sócrates escrita por Platón, la descripción de Américo Vesputio sobre los indígenas o el primer trasplante de corazón por el médico sudafricano Christiaan Barnard.

Este asunto lo supo comprender Juan José Hoyos (2013) desde el primer capítulo de su libro *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en periodismo*. El autor señala dos posibilidades de contar una noticia: el estilo informativo y el estilo literario.

Las diferencias se exponen en la estructura de cada publicación. La primera de estas formas presenta los hechos de manera decreciente, más conocida como pirámide invertida, donde los sucesos principales se explican en los primeros párrafos. La segunda forma es a través de la tensión y en ella la información es creciente para que el lector se vea en la obligación de leer el relato completo.

Estas alternativas marcan sus diferencias en ocho puntos concretos: la tensión, los detalles, los personajes, el tiempo, el paisaje, los diálogos, las escenas y el narrador.

Para Hoyos, una noticia o un estilo informativo destruyen el orden cronológico, lo invierte, así como deja de lado la tensión y expone los hechos fundamentales en los primeros párrafos. La narración de los detalles es a grandes rasgos, pues el periodista informativo considera superfluo la descripción de los pormenores. Los nombres son fundamentales para la construcción de la noticia, pero no construyen a los personajes detrás de estos. El tiempo es un dato, una hora, una fecha, pero no es elemento fundamental para la creación del discurso.

Igualmente, en las noticias el ambiente no es vital al momento de contar lo sucedido, el paisaje se transforma en la enumeración de las ciudades o las distancias desde los lugares donde ocurre el acontecimiento. Si bien las declaraciones de los protagonistas son eje del escrito, sus diálogos no se usan para cautivar al lector. Además, las escenas se convierten en enumeraciones, resúmenes o sumarios en donde se describe de forma breve y concisa; y este mismo narrador tiene una voz objetiva e impersonal desde un punto de vista único donde el contexto sirve para dar datos que enriquezcan las noticias, mas no para acercar a quien lee con los sucesos ocurridos.

De otro lado, está el discurso narrativo que se recompone y reconstruye. La tensión o la creación de clímax son esenciales para no perder la atención del lector y llevarlo desde el principio hasta el fin de la narración. Los detalles son acumulados en la mayor cantidad posible y abren un espacio a esos datos insignificantes, pues “detrás de ellos se esconde la verdad” (Hoyos, 2013). Tal como lo demostró Américo Vespucio en las anotaciones de su *Viaje al Nuevo Continente* al momento de describir a los nativos:

Y cuando les acontece algún menester mayor (con perdón sea dicho) ponen toda la diligencia posible para no ser vistos por nadie; pero todo lo que en esto son de honestos, tanto se manifiestan en asquerosos y desvergonzados, así hombres como mujeres, en el menester menor; porque no pocas veces sucedió que lo hiciesen a nuestra presencia y estando en conversación con nosotros, sin rubor alguno. (De Riquer, 1987)

Los personajes dejan de ser nombres, se muestran las formas de su actuar, de comportarse y se describen rasgos físicos o espirituales. Así mismo, el tiempo ya no es solo un dato sino un elemento fundamental para la escritura, siempre está presente como eje constitutivo del relato. El paisaje o el espacio donde suceden los acontecimientos son detallados y sirven como marco indispensable para la narración.

Igualmente, en el estilo narrativo, el diálogo entra en el escrito, ya no son solo declaraciones de quienes estuvieron presentes, además recrea las palabras de los interlocutores para gestar la escena con mayor realismo. Como lo demuestra

Platón en su diálogo *El Fedón* cuando Sócrates pregunta qué se debe hacer con el brebaje que deberá tomar para cumplir con su condena de muerte:

—Una pregunta: ¿cómo esta bebida se permite hacer una libación o no?

—Pues mira, Sócrates —respondió el hombre—. Solemos machacar ahí sola la cantidad suficiente para beber.

—Entendido —respondió—. Pero al menos se permite, y aun se debe, elevar una oración a los dioses por el feliz cambio de residencia de acá abajo a allá: así les suplico, y así sea.

Y diciendo esto, de un trago, con toda facilidad y suavidad, bebió hasta el fondo. (De Riquer, 1987)

De esta manera, se convierten en elementos indispensables para contar las acciones, “para que el lector viva los hechos como si fuera un testigo más de ellos” (Hoyos, 2013). Los acontecimientos anteriores al suceso son fundamentales para centrar al espectador en el momento histórico del relato, para hacerlo comprender por qué se encuentran esos personajes en ese lugar y cuáles fueron sus motivaciones para actuar de la manera en que lo hicieron. Por último, el narrador es una “voz producto de múltiples exploraciones gramaticales” dependiendo de la proximidad del periodista con los hechos, sus simpatías u odios y el grado de conocimiento sobre los temas expuestos. Así como se evidencia en el relato de la cirugía de trasplante de corazón:

Todo estaba a punto. La enfermera Rossouw me alargó un par de tijeras pequeñas, y, al iniciar el primer corte mi mano se puso a temblar. Traté de dominarla, pero siguió temblando. Mi tensión era excesiva para que pudiese trabajar bien, pero pensé que podría dominarme mejor a medida que avanzase en mi tarea. (De Riquer, 1987)

Para desarrollar las características y diferencias de los dos géneros, Hoyos expone la llegada del primer hombre a la Luna el 21 de julio de 1969 a través de dos vías: la noticia del periodista estadounidense Al Rossiter Jr., de la agencia United Press International, y el reportaje de la italiana Oriana Fallaci para L’Europeo.

Al Rossiter logró informar inmediatamente a los lectores de todo el mundo, incluidos los colombianos a través del periódico El Espectador; en cambio, la italiana logró recrear un suceso tan llamativo que se encuentra en la misma antología de grandes reportajes de Germán Santamaría, Américo Vespucio, Sócrates y Christiaan Barnard. Aunque el relato de Fallaci se demoró dos años más en publicarse que la noticia del estadounidense.

Esta misma inquietud por la manera de narrar en el periodismo, por crear historias capaces de pasar más allá de las páginas viejas de los periódicos, se la cuestionó el profesor de periodismo de la Universidad de Massachusetts, Norman Sims, en su libro *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*.

En el prólogo de esta antología se expone que durante décadas, quienes se dedicaron a este oficio esperaron las “sobras” de información que dejaban las grandes instituciones del poder en Estados Unidos, estuvieron detrás de las pequeñas declaraciones de los dirigentes y plasmaron en sus periódicos estos hechos:

Hoy en día, las sobras de información no satisfacen el deseo de los lectores de saber cómo hace las cosas la gente. En su vida diaria, los lectores manejan explicaciones psicológicas de los hechos que suceden en su alrededor. Pueden vivir en mundos sociales complejos, en medio de tecnologías avanzadas, donde “los hechos” apenas empiezan a explicar lo que está sucediendo. Las historias cotidianas nos hacen penetrar en la vida de nuestros vecinos que solían encontrarse en el mundo de los novelistas, mientras que los reporteros nos traían las noticias de lejanos centros de poder que a duras penas afectaban nuestras vidas (Hoyos, 2013).

En cambio, los periodistas literarios lograron reunir estas dos formas: la manera de contar una historia con un protagonista que atrapa al lector hasta el último párrafo y penetrar en la cultura de las noticias diarias.

Así, encontraron una voz para que el lector sienta que detrás hay un periodista trabajando, una autoridad manifiesta. Sin embargo, la diferencia, que para Hoyos radicó en el estilo informativo y en el estilo narrativo, ahora está en los novelistas y los periodistas literarios. Los segundos se valen de todos los recursos de los primeros: de los narradores, de los ambientes, de los diálogos, de las voces, pero con exactitud.

La veracidad de los hechos, de los diálogos, de los personajes y de sus ambientes es el motor de las historias. Tal como lo menciona Sims (2009), “a los personajes del periodismo literario se les debe dar la vida en el papel, exactamente como en las novelas, pero sus sensaciones y momentos dramáticos tienen un poder especial porque sabemos que sus historias son verdaderas”.

B. El género que salva del olvido

Heródoto de Halicarnaso, historiador y geógrafo de la Grecia antes de Cristo, es considerado el padre de la historiografía. Su obra *Los nueve libros de historia* fue la primera descripción del mundo antiguo. Para narrarla, como nadie lo había

hecho, consideró importante el registro de los sucesos cotidianos, corroboró fuentes y entrevistó a actores diversos, justo como un periodista. Por eso el mismísimo Ryszard Kapuscinski (2008) lo llamó “el primer gran reportero, el maestro de todos nosotros, un fenómeno único en la literatura mundial”.

Además de los anteriores méritos, la intención de Heródoto era rescatar episodios de la vida social para emplearlos en la posteridad, impidiendo, según él mismo, “que las acciones realizadas por los hombres se apagaran con el tiempo” (Marqués de Melo, 1992).

Tucídides, otro reportero de la antigüedad, asimismo reconocido como el segundo padre de la historia, escribió *Historia de la guerra del Peloponeso*, el primer recuento periodístico de una guerra. Allí plasmó el enfrentamiento entre Atenas y Esparta, pero más allá de eso, también pensando en la posteridad, ahondó en una perspectiva distinta de la guerra que sería útil para la solución de futuros conflictos: Quería saber qué sistema político era mejor, si la democracia ateniense o la oligarquía espartana (Marques de Melo, 1992).

Bajo esta premisa, la del uso del legado histórico para un mejor futuro, es que en la actualidad los llamados “nuevos cronistas de Indias” se preocupan por la indivisible y necesaria relación entre el periodismo narrativo y la preservación de la memoria histórica colectiva, sobre todo la del conflicto armado.

Alberto Salcedo Ramos (2013) es enfático en que los periodistas “escribimos para hacer memoria”. Para el autor de la crónica *El pueblo que sobrevivió a una masacre amenizada con gaitas*, en la que reconstruye los hechos, personajes y horrores del día en que los paramilitares se tomaron el pueblo de El Salado (Bolívar), los periódicos que solo contienen noticias se envejecen muy pronto. La crónica, en cambio, “los pone a salvo del olvido”.

Durante una entrevista, Juan José Hoyos (2013) menciona que, aún más los cronistas, esa “gente que se dedica a registrar la vida”, trabajan por preservar la memoria histórica. Para él, esta misión se cumple porque, de todas las formas de reconstruir la identidad, tal vez la más importante sea la palabra narrada, “la que tiene toda la fuerza de la simbología, la que recoge la verdad más hondo, la que recoge el dolor, la que ayuda a saber qué pasó, la que sana, la que permite que el naufrago no se ahogue y vuelva a la vida”.

Según Hoyos, si estos personajes hacen su trabajo “de una manera honesta, con profundidad, con precisión, con inmersión en la historia, con el respaldo investigativo que se le pide a un buen reportaje”, entonces pueden ser constructores de la memoria, con la gran ventaja de que van a contar los hechos en una cercanía temporal mucho más grande que el historiador.

Este maestro resalta que el periodismo narrativo y la memoria histórica tienen muchos puntos de cruce: ambos reconstruyen relatos y es por ello que varios libros del siglo XX, escritos por periodistas, llevaron finalmente y sin proponérselo a la preservación de la memoria.

Diez días que estremecieron el mundo, publicada en 1919 por el periodista estadounidense John Reed, narra a manera de reportaje los acontecimientos y personajes más importantes de la Revolución Bolchevique, pero su fortaleza fue justamente convertirse en un documento de primera mano para historiadores interesados en comprender aquel momento de Rusia.

La misma herencia dejó Martín Luis Guzmán, periodista, escritor y político mexicano, con su obra *El águila y la serpiente*, que cuenta la historia de la Revolución Mexicana desde la perspectiva de un hombre que anduvo con los ejércitos de Pancho Villa y Emiliano Carranza.

Por su parte, *Guerra y paz*, de Tolstoi, ayuda a reconstruir la memoria histórica de las guerras napoleónicas y de la invasión a Rusia mejor que muchos textos de historia, aunque carezca del nivel de precisión de estos. Incluso, para Hoyos, las novelas de Charles Dickens le dan al lector la posibilidad de sumergirse en la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX, así como las de Balzac lo hacen con la Francia del XIX.

Sin embargo, volviendo a los hechos más recientes del conflicto armado colombiano, Patricia Nieto (2013), docente de la facultad de Periodismo de la Universidad de Antioquia y otra exponente de la nueva crónica, va aún más allá de esa relación necesaria entre cronistas y construcción de memoria, y habla incluso de la existencia de una función social del periodista con la preservación de la memoria: “Nombrar a esas víctimas es salvarlas de esa muerte que es el olvido. Ya no pueden ser salvadas, pero pueden ser nombradas. Deben ser nombradas”.

Sobre esta función, Jazreel Salazar (2005), docente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de México, menciona en su artículo *La crónica: Una estética de la transgresión* que la crónica dejó el testimonio de los regímenes de terror propios del siglo XX, sobre todo, “ante la necesidad ética de construir una cultura crítica que impida que esa violencia extrema se repita”.

Para él, la crónica se sustenta por estar en contra de la “amnesia colectiva y en contra de los ocultamientos que la historia oficial promueve”. Por ello, el género tiene una misión de “contramemoria”: propiciar espacios para que la memoria perdida se ejerza y se comparta.

A propósito, Nieto habla de que en un país como Colombia, “que está en la cuerda floja de una confrontación armada de tan larga duración”, las voces de quienes han sufrido y protagonizado la violencia van a ser un insumo muy importante

frente a la posibilidad de que en el país se entienda lo que está pasando, “y en eso el periodismo tiene una misión y un deber: Ser de alguna manera el que canaliza, el que recoge, el que no deja que se mueran, el que conserva, el que publica”.

C. Narrar lo universal a través de lo humano

¿Cómo lograr desde la no ficción que esas historias que conmueven, que merecen la pena ser contadas, no sean condenadas a su más factible castigo: el olvido? Para Kapuscinski (2009), “los textos que viven cien años son aquellos en los que el autor mostró, a través de un pequeño detalle, la dimensión universal, cuya grandeza dura”. Y esa permanencia la explica por cuanto “una gota de agua no contiene el mundo, pero hay que saber encontrar el mundo en una gota de agua”.

Si bien esto ha tratado de aplicarse a géneros más informativos, es por naturaleza la esencia de la crónica: narrar lo universal a través de lo particular, pero, sobre todo, a través de lo humano. Y si esta fórmula logra funcionar es por una razón simple y natural de los lectores: “A la gente, en su condición ciudadana, le interesa un informe de corrupción. Pero a la gente, en su condición de aburrída, le encanta que le cuenten historias”, como lo expone Julio Villanueva Chang (2006).

Tomás Eloy Martínez (1997) lo explica al analizar una estrategia implementada por el New York Times hace algunos años. Martínez notó que la primera página del principal periódico estadounidense presentaba las noticias a través de la historia de un personaje específico, cuyo caso terminaba por reflejar todas las facetas de ese suceso. Lo que pretendían estas piezas, asegura, era “que el lector identificara un destino ajeno con su propio destino. Que el lector dijera: a mí también puede pasarme esto”.

Esos casos particulares que constituyen el centro de la crónica suelen surgir de los individuos que no tienen voz ni visibilidad en información diaria, pues esta “consiste en decirle a muchísima gente qué le pasa a muy poca: la que tiene el poder. La crónica se rebela contra eso. Es una manera de decir que el mundo también puede ser otro”, como afirma Martínez (citado por Villanueva Chang, 2006).

Esa rebeldía no solo se manifiesta en la narración, sino también en la ubicación social de sus protagonistas, que suelen hacer parte de la periferia, lejos de ese poder constantemente destacado por la noticia. Para Caparrós (2012), “la crónica será marginal o no será”.

Con esta postura coinciden Alberto Salcedo Ramos y Carlos Monsiváis, quienes a través de sus crónicas deciden trasladar el poder del centro a los personajes silenciados, en un intento por sacarlos del olvido. Un cuenta chistes de velorios, un boxeador sin corona y las travesías de un niño indígena para llegar a su escuela

han sido algunos de los protagonistas del cronista colombiano que permanecen en la memoria de algunos de sus lectores.

D. Puerta a la resistencia

Así como el checo Rainer María Rilke le envió una carta a un joven poeta aconsejándolo en el desarrollo de su escritura, el inglés George Orwell publicó en unos cuantos párrafos las razones que lo llevaron a desempeñarse en el oficio de las letras: como periodista y como novelista. El título fue *Por qué escribo*.

El primer motivo, afirmó el inglés, es un egoísmo agudo para parecer listo o perdurar luego de la muerte; el segundo, por un entusiasmo estético, por un placer de una buena prosa; el tercero es un impulso histórico de registrar los acontecimientos y almacenarlos para la posteridad. Sin embargo, el realmente importante para esta sección del trabajo es el cuarto: el propósito político.

Orwell declaró tener el deseo de “empujar al mundo en cierta dirección, de alterar la idea que tienen los demás sobre la clase de sociedad que deberían esforzarse por conseguir. Insisto en que ningún libro está libre de matiz político” (Orwell, 1946).

Cabe aclarar que Orwell hizo referencia a los novelistas; sin embargo, antes de publicar sus afamados libros, *La rebelión de la granja* y *1984*, estuvo dando muestras de su pensamiento en publicaciones periódicas, como el diario *Horizon*, donde habló de la decadencia del lenguaje y de la manipulación del ciudadano a través de los medios de comunicación y los discursos políticos. Desde ese momento, en las páginas periodísticas se encontraba la postura política de sus obras literarias.

Si bien la relación del periodismo con el poder o con quienes están detrás del poder no es necesaria para hacer prensa, sí hay muestras contundentes de reporteros que a través de sus crónicas tomaron una acción política. Uno de los grandes ejemplos estadounidenses del periodismo literario y del periodismo como acción política es Barry Newman: un reportero de *The Wall Street Journal*, reconocido diario financiero y económico, donde se le permitió desarrollar creaciones literarias de perfectos desconocidos. Historias de hombres comunes, en situaciones normales y en relatos con sucesos ordinarios.

El pescador es el título del relato de la vida de Kevin Ashurst, un hombre que siempre había ganado el concurso de pesca en Leigt, Inglaterra, pero que justo ese año perdió. No valió de nada el conocimiento previo, ni la astucia de este viejo competidor, ese año no ganó. Estuvo a muy poco de coronarse otra vez como el mejor y no lo logró. No cambió su estrategia, con la cual obtuvo el primer puesto en las anteriores competiciones; sin embargo, ahora era un perdedor.

“No pude dormir”, dijo, apoyándose en su pala. “No podía dejar de pensar en la oportunidad que tuve anoche. He debido usar un flotador más liviano”. Esparce unas cabezas de pollo en una caja con pescados. “Una vez que uno tiene éxito”, dice, “no se puede uno detener. No es por el dinero. Es por el prestigio. (Sims, 2009).

En un medio de comunicación leído por los empresarios y dirigentes del país más poderosos del mundo, sale este perfil sobre una persona sin fama ni gloria, sin posibilidad de ser noticia. Una respuesta o un respiro a las noticias y análisis del mercado financiero más grande del planeta.

Un poco antes de Newman, uno de los grandes novelistas y filósofos del siglo pasado logró mediante sus notas en los periódicos crear uno de los textos con mayor carga política en el periodismo de la mitad del siglo XX.

Albert Camus fue censurado en Argel en el año de 1939 con una nota para Le Soir Républicaine, periódico de una sola página a dos caras. “Es difícil evocar hoy la libertad de prensa sin ser tachado de extravagancia, acusado de ser Mata—Hari o siendo convencido de que eres sobrino de Stalin” (Somos la Revista, 2014).

Así comenzó el escrito que le habló directamente a los periodistas en una invitación a gestar la prensa con libertad a partir de cuatro mandamientos: lucidez, desobediencia, ironía y obstinación.

Frente a la creciente marea de la estupidez, es necesario también oponer alguna desobediencia... Todas las presiones del mundo no harán que un espíritu un poco limpio acepte ser deshonesto... Es fácil comprobar la autenticidad de una noticia. Y un periodista libre debe poner toda su atención en ello. Porque, si no puede decir todo lo que piensa, puede no decir lo que no piensa o lo que cree que es falso. Esta libertad negativa es, de lejos, la más importante de todas... servir a la verdad en la medida humana de sus fuerzas... al menos rechazar lo que ninguna fuerza le podría hacer aceptar: servir a la mentira. (Somos la Revista, 2014).

3. MARCO TEÓRICO: GÉNERO PERIODÍSTICO

A. La exactitud

¿Es lícito inventar para mejorar la presentación de un texto narrativo? Cuando el periodista Germán Manga le elabora esta pregunta al fallecido José Salgar la respuesta es predecible, pero sustancial: “La realidad es suficientemente amplia para que haya necesidad de hacerlo. La invención debe estar circunscrita a la órbita literaria” (1986).

Sin embargo, la ficción siempre será una tentación para el periodista literario. Recordemos el desafortunado caso de Janeth Cook, una joven periodista del New York Times quien, luego de obtener el premio Pulitzer, aceptó que Jimmy, el protagonista de su historia sobre un niño de ocho años que se inyecta heroína con la complacencia de su madre, resultó ser producto de su imaginación.

En una columna de 1981 en El País de España, Gabriel García Márquez se refiere a la historia de Cook para ilustrar cómo esa delgada línea entre la verdad y la ficción atormenta a los periodistas y, en ocasiones, desaparece de los periódicos —podríamos decir que ilícitamente—, dejando para el noble una lección clara: que en la ficción “un solo dato real bien usado puede volver verídicas a las criaturas más fantásticas”, pero en periodismo “un solo dato falso desvirtúa sin remedio a los otros datos verídicos”.

Sobre esa certeza no hay duda alguna, pero en el mundo de lo fantástico, creería uno, las tramas se benefician de todo tipo de fortunios, tensiones y giros más poderosos que los vericuetos de la realidad.

¿Podrá entonces una pieza periodística capturar la atención del lector como lo han hecho los grandes de la literatura?

En el prólogo de su libro *Antología de crónica latinoamericana actual*, el poeta Darío Jaramillo dice que los cronistas de hoy encontraron la manera de hacer arte sin inventar nada, simplemente contando en primera persona las realidades en las que se sumergen sin la urgencia de producir noticias. La crónica de los viajes de Germán Castro Caycedo al Amazonas, las *Travesías* de Alfredo Molano por los focos del desplazamiento y la colonización en Colombia, los relatos de Álvaro Sierra desde Rusia, las historias de Salcedo Ramos sobre el Caribe, los grises del sur de Argentina que deja ver en varias de sus crónicas Leila Guerriero y una infinidad más son ejemplo de ello.

Según Patricia Nieto en el prólogo de Hoyos (2013), narrar el hecho con la fuerza de la ficción y la exactitud del periodismo es la gran virtud de los periodistas

escritores de hoy. Más que en la belleza de las figuras y los recursos estilísticos, para ella, el sello de la calidad de sus narraciones está en la fidelidad a los hechos, y esto se demuestra con relatos que tienen el poder de hacer llegar al lector una reconstrucción de hechos “cercaos a la verdad y afectados por cabos sueltos, historias sugeridas, asuntos inexplicables”.

La misma Nieto deja ver magistralmente esta ley primaria en sus relatos. En el siguiente párrafo describe a Cecilia, una joven de 19 años asesinada por las Farc en San Carlos Antioquia:

Si no fuera por la rigidez de tus pies, creería que duermes. Si no fuera por la mortaja que te sostiene la quijada, pensaría que descansas. Pero esas velas que alumbran a tus costados y a tus pies confirman que estás muerta. No tienes la apariencia pesada de otros cadáveres. Liviana, ligera, me llevas a pensar que vas a levitar o que puedo levantarte con mi índice derecho (Nieto & Botero, 2011).

La realidad es una fuente narrativa poderosa, pero aún más la realidad del conflicto armado, que es la que abordamos en este caso. ¿O acaso no parece sacado de un cuento de Allan Poe la historia de una indígena del Cauca que recibe cada noche la visita de su hija asesinada? ¿O *La vida es bella* de Roberto Benigni con la una mujer que distrae mediante juegos y cuentos a 20 niños durante una masacre de 18 horas en Granada, Antioquia? ¿Las nueve estaciones de miedo y dolor y el retorno a la vida de una adolescente que fue brutalmente violada no es similar a la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo? ¿Un farmacéuta que misteriosamente desaparece cada noche a los ojos de guerrilleros y paramilitares para auxiliar a los niños asmáticos de un pueblo podría compararse con *El hombre invisible* de H.G. Wells?

La guerra y la paz demostraron ser en este trabajo verdaderas fuentes de inspiración. Sí, Colombia, el Macondo de Gabo, parece un manto que se siente real al tacto, pero que día a día se teje con hilos de magia.

Ahora bien, si este trabajo demuestra que la magia de la ficción está en la realidad, ¿cómo velar por la exactitud en la crónica? En el prólogo de su antología, Jaramillo nos enseñó la fórmula: “No fabricar escenas; no distorsionar la cronología; no inventar citas; no atribuir ideas a las fuentes, a menos que éstas hayan dicho que tuvieron esas ideas; y no hacer tratos encubiertos que impliquen pagos o control editorial” (cita). Podemos decir entonces: en la precisión está la belleza del relato.

En palabras de Leila Guerriero, en el discurso que leyó en la Feria del Libro de Bogotá, lo importante no es el qué sino el cómo a la hora de narrar un relato y atrapar a los lectores. Por eso se atrevió a decir que “una historia, cualquier historia, tiene como destino posible la gloria o el olvido” (Guerriero, 2012), sin

importar si es sobre la llegada del hombre a la luna o si cuenta la historia de dos asesinos en Holcomb, Kansas.

B. La inmersión

Los relatos periodísticos de Germán Castro Caycedo sobre los aviones de los Llanos Orientales en *El Alcaraván*, la tragedia de los indígenas en *Colombia Amarga* o la descripción de la selva más grande del mundo en *Perdido en el Amazonas* solo son posibles por la paciencia del reportero que agota todas las preguntas con los pobladores locales y agudiza su visión en el campo para que el cronista escriba estos libros.

Tal como lo afirmó el ensayista tolimense William Ospina (2013) en su libro *Pa' que se acabe la vaina*, el paisaje colombiano permite no solo recrear con una buena prosa las grandes historias, sino comprender el comportamiento de quienes viven en estas parcelas, sus preocupaciones, sus odios, las necesidades que los llevan a gestar una manera de vivir con el territorio.

Ospina asegura que “Colombia parecía ignorar más que otros países que pertenecía a un continente, parecía estar encerrada en sí misma, pero sin mirarse, soñando ser un pedazo de Europa extraviado por artes mágicas en estas tierras vírgenes”. El mismo hecho de no comprender cómo eran y quiénes habitaban en las regiones lejanas de Colombia gestó en los dirigentes nacionales un discurso como país que no incluyera a los colombianos.

Sin embargo, los viajes de dos novelistas cambiaron este paradigma:

(Jorge) Isaacs se propuso en su novela *María* mostrar las costumbres de las haciendas y los idilios pastoriles de unos jóvenes desdichados, pero lo que se abrió camino fue el esplendor de la naturaleza, y su novela es menos una historia lacrimosa de amores postergados y frustrados que una expedición botánica por los farallones de occidente. (José Eustasio) Rivera se propuso contar la triste historia de una pareja que huye de la ciudad a refugiarse en las llanuras del Casanare, pero lo que se abrió camino fue la selva inexpugnable, la naturaleza salvaje con su fecundidad agobiante, lo que llamaría Álvaro Mutis “los elementos del desastre”, y el horror de las caucherías y los infiernos de la casa Arana. (Ospina, 2013)

Los paisajes plasmados por Isaacs y Rivera solo fueron posibles con sus aventuras por el Valle del Cauca y la selva del Orinoco. Las cabalgatas en el occidente y los paseos por los ríos del oriente dieron voz a un territorio que habla de sus necesidades, de sus fortalezas y de sus sueños.

Así las cosas, la ciencia que sirve al periodismo para el estudio de la llamada inmersión resulta ser la etnografía, que en este trabajo se entenderá según el trabajo de Rosana Guber en *La etnografía. Método, campo y reflexividad*, y será no sólo el reporte del “objeto empírico de investigación”, sino además la “interpretación/descripción sobre lo que el investigador vio y escuchó” (Guber, 2001).

Una etnografía, la inmersión en el campo, debe presentar la interpretación problematizada del autor acerca de algún aspecto de la realidad, de la acción humana y no entender el estudio en las regiones como simples actores de un reportaje.

En este trabajo los viajes fueron fundamentales para entrevistar a los protagonistas de las 16 crónicas. Las casas de la comuna 13 están ubicadas en un punto estratégico para la entrada de armas y drogas al corazón de Medellín; la estación de bomberos en San Carlos, en Antioquia, sirve como hospital y refugio, porque en esta zona las personas con armas crecen como el follaje en sus montañas; la Guardia Indígena del norte del Cauca custodia no solo un monte donde se encuentra una antena de comunicaciones, sino la historia que los hace hijos del sol y del viento; en los Montes de María crece un tabaco con sabor y olor de exportación, pero sus campesinos perdieron los terrenos para cultivarlos por culpa de una guerra ajena; las montañas de Kitek Kiwe en el Cauca no se pueden comparar con el verde del Naya, pero para los indígenas del sur es un territorio nuevo para volver a iniciar sus vidas tras el despojo de su herencia; y en Granada, Antioquia, el Salón del Nunca Más le recuerda a sus visitantes los horrores de la violencia para que al recordarlo no se repitan las desgracias.

El territorio en Colombia no es solo un hermoso paisaje que acompaña los escritos de los periodistas, sino un elemento de unión y discordia de un país que no ha querido serlo.

C. La literatura en el periodismo

Así como lo afirma Sims (2009), Kapuscinski lo indica al reconocer que el Nuevo Periodismo nació en la década del 60 con los reporteros literarios de Estados Unidos. Gay Talese, Truman Capote y Tom Wolf fueron esos pioneros que lograron comprender la precariedad del lenguaje en los medios tradicionales.

Sin embargo, todos ellos reconocen que tuvieron antecedentes importantes de aquellos novelistas y poetas que alguna vez fueron periodistas: Honoré Balzac, Johann Wolfgang Goethe, Fiódor Dostoievski o el mismo García Márquez. Estos escritores entendieron de cierta manera que lo fundamental del periodismo es contar una historia bien contada. Sus letras les sirvieron para emprender las

llamadas “crónicas de largo aliento” que terminaron publicadas en libros o en varias ediciones de los periódicos.

Como lo plantea el investigador de periodismo literario de la Universidad de Medellín Andrés Puerta en el artículo *El periodismo narrativo o una manera de dejar huella de una sociedad en una época*, el buen periodismo puede convertirse literatura dada la estrecha relación entre uno y otro género:

Desde los Cronistas de Indias hasta los Nuevos Cronistas de Indias ha habido un intercambio entre la literatura y el periodismo que ha generado productos exitosos como *El Carnero*, de Juan Rodríguez Freile; el trabajo de Gabriel García Márquez; el desarrollo de movimientos como el Modernismo; épocas y formas de narración como las novelas denominadas de la Violencia (Puerta, 2011).

El Nuevo Periodismo, tal como lo afirma Puerta, tomó elementos de distintas ciencias sociales, así como estas ciencias tomaron elementos de él. La relación entre el periodismo y la literatura no es solo un vínculo caprichoso sino una unión en la cual el gran ganador es el lector que termina sirviéndose de mejores novelas y mejores crónicas. Es clara la diferencia entre uno y otro género, sin embargo, “hay producciones en las que se presenta un amplio escenario para indagar cómo pueden encontrarse la literatura y lo fáctico, en textos periodísticos que pueden tener un valor estético” (Puerta, 2011).

Más adelante, Puerta dice que la misión del reportero está en encontrar esos elementos poéticos en la realidad, en los hechos comunes o trágicos de los ciudadanos ordinarios. Es decir que el reportero comprendió que las grandes crónicas o artículos periodísticos que permanecerían en el tiempo deberían contar historias más cercanas al lector, como las novelas.

Aunque el periodismo literario, como se ha hecho referencia, tuvo este nombre con los periodistas estadounidenses, en la capital de Colombia se vivió un fenómeno que unió a los periódicos con la poesía.

La investigadora venezolana Susana Rotker se ha encargado de contrariar la versión de los norteamericanos y desmitificarlos como los pioneros en los reportajes personales o en la literatura no ficción.

Palabras que servirían para argumentar estos hechos serían modernidad y modernismo. Estos términos “estaban tan íntimamente emparentados para los escritores de la época que ya en 1888 Rubén Darío los empleaba como si fueran equivalentes” (Rotker, 2005).

Esta no solo sería la manera como América Latina entró al tablero del mundo moderno, sino también cuando desarrolla un conjunto de formas literarias y la

concepción sociocultural. De esta manera, luego de 1920, los modernistas “se sumergieron en la vorágine del fin de siglo, gracias al flujo informativo, la variación de las clases sociales, las posibilidades de viajar y la violencia de la urbanización” (Rotker, 2005).

Por ejemplo, en medio de la Guerra de los Mil Días, Bogotá volvía a ser escenario de debates, trovas y serenatas. La ciudad era una gran aldea limitada por las iglesias de San Diego, Las Cruces, Egipto y La Capuchina, y el hombre del hogar fumaba La Fama y bebía Ron Costeño.

Entre las balas sin compás que repartían liberales y conservadores en las regiones del país, los “chispazos” de los bogotanos —sus sátiras intelectuales— de alguna manera ponían en armonía a rojos y azules. Las batallas políticas dejaron las balas para librarlas de la misma manera en que declaraban su admiración por la belleza de una mujer, a veces, en el mismo verso (Peñarete, 1972):

*Si tus labios llega a ver
algún godo, en sus anteojos
sin duda, bella mujer,
al momento vas a querer
vivir unido a los rojos...*

Este verso es de Clímaco Soto Borda, que se encuentra en el libro *Así fue La Gruta Simbólica*, bajo el seudónimo de Casimiro de La Barra; fue publicado en el periódico que dirigía con su amigo Jorge Pombo Ayerbe: La Barra. Ellos fueron dos de los grandes exponentes de La Gruta Simbólica, un movimiento literario, intelectual, político y periodístico que se dio a la par de los intelectuales franceses de “La Belle Époque”. De este movimiento hizo parte el poeta Julio Flórez, el cronista Antonio el “Jetón” Ferro, así como los caricaturistas Ricardo Rendón y Eulfo Peñarete.

Otro ejemplo de que hubo personas anteriores a esos grandes maestros del Nuevo Periodismo, está en la obra de los artistas de la Generación del Beat. Su papel fue determinante para la sociedad estadounidense y para la escritura: la ruptura de los valores tradicionales, la explosión de la libertad sexuales como forma de expresión, el acercamiento a las culturas orientales y el consumo de drogas psicoactivas fueron sus principales pilares.

De ahí salen voces tan originales como el poeta Allen Ginsberg con su poema El Aullido, una denuncia pública y estéticamente muy bien lograda al desperdicio de las mejores mentes, a la miseria vista en las calles o al consumo desmedido. En su lírica, de verso libre, el papel del “que” como consecuencia y enumeración de las causas nombradas por el autor, es fundamental para la realización de la obra:

Que se quemaron los brazos con cigarrillos protestando por la neblina narcótica del tabaco del Capitalismo, que distribuyeron panfletos supercomunistas en Union Square sollozando y desnudándose mientras las sirenas de Los Álamos aullaban por ellos y aullaban por la calle Wall... (Ginsberg, 1955).

Por eso vale la pena mirar con cierto análisis poético y literario el relato en primera persona de Gonzalo Arango titulado *Entre los cocos y la eternidad*. Porque el periodismo le dio cabida a las bellas letras para narrar otras clases de historias en las cuales los protagonistas no eran noticia: “Yo vivía, o tal vez pasaba una temporada en La Boquilla, ese caserío de pescadores negros junto a Cartagena” (Samper, 2004).

Así comienza la crónica de este poeta antioqueño, fundador del movimiento nadaísta en la década de 1960, para la revista Cromos el 10 de marzo de 1969.

Arango es el creador de esta corriente cultural que intentó romper con la academia de la lengua, la literatura y la moral tradicionales. A partir de su humor y del lenguaje propio de las regiones en el país buscó hacer una crítica a los estándares sociales de las grandes ciudades.

El relato escogido es fruto de su inmersión en un pueblo cercano a la capital de Bolívar y dentro de la crónica afirma que intentó hacer parte de la comunidad, pidiéndoles el favor de que no lo llamaran “Doctor Cachaco” sino por su nombre.

El resultado es esta historia sobre un humilde pescador que se volvió manco por culpa de una explosión y la visión de un poeta haciendo periodismo. El hecho de haber dedicado su vida a los versos y a la lírica hace que dentro del relato se vean diferentes licencias que el autor usa para crear su historia:

En la descripción térmica del pueblo “a las dos de la tarde en La Boquilla, el sol lame el cerebro como una lengua de fuego. Los recuerdos salen por los poros en gotas sucias de sudor. ¡Es un saqueo del alma!” (Samper, 2004). Además de ofrecer una visión más cercana al lector sobre la temperatura, pues aunque hubiera puesto la cantidad de grados Celsius no significaría tanto calor, hace uso de la hipérbole y el símil para comparar de una manera exagerada la sensación en su cabeza. Así como para describir el ambiente en las noches dentro de su habitación: “Él enciende una lamparita de petróleo que echa humo como las chimeneas de los barcos” (Samper, 2004).

El uso de metáforas es recurrente en la crónica para describir a su compañero: “Pepe es más negro que la noche y el dolor. Yo no lo veo, lo adivino por el olor” (Samper, 2004), afirma el autor cuando explica que en las noches una vez se acababa la gasolina de la lámpara, su amigo se confundía con la oscuridad. Así mismo usa esta licencia para hablar de sus obligaciones con la población y dar a

entender que el precio del alquiler de su vivienda por un mes en La Boquilla es muy bajo: “Compraba mi libertad por una suma irrisoria” (Samper, 2004).

Además, incluye sus sensaciones mediante frases contundentes y epítetos para describir la marea: “No somos felices pero espantamos los recuerdos mientras oímos el mar que brama y las olas que revientan en la playa y se deshacen en un espumero de luna” (Samper, 2004).

Incluso, fiel a su posición como nadaísta, toma tal cual los acentos de los habitantes para impregnarle más realismo: “Aquí todo lo cachaco son doctó”, refiriéndose a la respuesta que le daban los pobladores cuando les pedía que le dejaran de decir doctor o con “d”esavainanuay”, la respuesta de un nativo cuando Arango le preguntó por la ubicación de la letrina. Luego da su veredicto: “La Boquilla, un paraíso sin retrete, ¡me llevó el diablo!” (Samper, 2004).

Estos elementos permiten entender una realidad que el autor quiere plasmar: la vida de los habitantes de La Boquilla vista por un poeta ciudadano. La relación de la literatura con el periodismo y las grandes obras que parió este matrimonio sugestivo.

Finalmente, tal como lo menciona el académico Albert Chillón en su libro *Literatura y periodismo*, los nuevos géneros se han dado desde hace algunas décadas y las teorías que los explican se definen en: literatura de hechos, teatro documental, factografía, cine documental, literatura documental, documentalismo poético. Así como las relaciones con el periodismo: nuevo periodismo, alto periodismo, periodismo literario, literatura periodística, novela de no ficción, novela—reportaje, reportaje novelado, novela documental y docudrama.

Sin embargo, como lo asegura Chillón, lo que debe considerarse como novedad no son las teorías que explican estos fenómenos ni la presencia de la literatura en el periodismo, lo nuevo es “el peso que esta presencia ha adquirido y, por encima de todo, el hecho de que ha desdibujado los límites aparentes que tradicionalmente venían separando las categorías estéticas y epistemológicas de *ficción* y *no ficción*” (Chillón, 1999).

D. Los personajes

Para Caparrós (2006), el privilegio del cronista está en “contar no solo lo que sucede, sino sobre todo lo que parece que no sucede”. Los relatos de eso que aparentemente no sucede son protagonizados por personajes que tampoco parecen existir. Para que esas personas puedan despertar empatía con los lectores y quedarse en sus recuerdos, la crónica tratará de reflejarlos desde lo más interno de su ser: con sus miedos, sueños e ideales; sin ignorar el universo que los rodea.

Revelar la esencia de las personas no es tarea sencilla, por no decir imposible, algo que explica Juan José Hoyos (2013) sobre la base de la complejidad humana: “Excepto de una manera precaria, no nos entendemos entre nosotros, no sabemos revelar nuestro interior, ni siquiera cuando lo deseamos; lo que llamamos intimidad no es más que algo improvisado. Por tanto el conocimiento del otro es una mera ilusión”.

Partiendo de ahí, el cronista nunca pretende que su relato sea el espejo del alma de sus personajes. Así el periodista logre una fuerte conexión con su personaje a través de una profunda inmersión, siempre existirá un margen de pudor por parte del último. Raramente alguien intentará mostrarse con sus defectos, por lo que su interlocutor tomará su verdad no como absoluta sino como una versión que se tuvo que construir de esa manera y no de otra. Leila Guerriero (2008) lo resume así: “Cuando entrevisto a alguien, y aunque no le crea, le creo, y quiero, sobre todo, escuchar su versión del asunto: no lo que es verdad sino lo que elige contar como verdad”.

El acercamiento a esa verdad es un reto al que nos enfrentamos en cada encuentro. Especialmente con una grabadora de por medio, se sabía que difícilmente los interlocutores se mostrarían con naturalidad. Por eso, a la prudencia del personaje, se suman las prevenciones del periodista; Guerriero (2008) expone un ejemplo: “la leyenda urbana del entrevistado que no habla es un invento de apurados o de quienes no ven que, si alguien es mudo por naturaleza, el único problema sería no reflejar ese mutismo en el perfil”.

Otra implicación de narrar desde lo humano es mostrar que existen los matices. Ningún personaje es completamente bueno o malo, y será deber del cronista reflejar lo que está en esa brecha: entre la cobardía y la valentía, entre la humildad y la soberbia, entre el amor y el odio. Ahí juegan un papel clave las acciones: “Un personaje está relacionado con sus acciones. Es a través de ellas como se revelan su talante, su forma de ser, su alma, sus ilusiones, su ambición, sus miedos” (Hoyos, 2013).

E. La voz

En su intento por trasladar el poder hacia la periferia, por darle voz a los que no la han tenido, la crónica es, como lo explica Juan Villoro (2006), “la restitución de esa palabra perdida. La voz del cronista es una voz delegada, producto de una “desubjetivación”: alguien perdió el habla o alguien la presta para que él diga en forma vicaria”. De ahí que el narrador en este género no sea solo el encargado de contar una historia, sino más bien el acompañante de unas voces que tienen finalmente un espacio.

Partiendo de esa base, existe una amplia posibilidad de narradores que el escritor puede escoger, según la manera como mejor le pueda dar vida a sus personajes. La primera decisión es si ese narrador hablará en primera, segunda o tercera persona. Al escribir estas crónicas se identificó que no hay una fórmula que resulte siempre mejor que otra, pues cada personaje, sus acciones y su relación con el autor durante la inmersión determinarán qué persona gramatical se ajusta más cada la historia.

Además, el autor deberá decidir si su narrador, que generalmente es él mismo, hace parte del relato (homodiegético) o está por fuera de la historia (heterodiegético) (Hoyos, 2013). Esta decisión tampoco fue unánime a la hora de escribir estas crónicas. Inicialmente se creyó más conveniente mantenerse al margen como narradores periféricos en tercera persona, en aras de dejarle protagonismo a los verdaderos personajes, como suele hacerlo Germán Castro Caycedo; sin embargo, encontramos que en algunos casos la mejor manera de reflejar el mundo de los personajes era incluyendo nuestros encuentros con ellos.

F. La estructura

La estructura, en un escrito largo de no ficción, implica mucho más trabajo que organizar. Según McPhee (citado por Sims, 2009): “La estructura es la yuxtaposición de las partes, la manera en que dos partes de un escrito, por el simple hecho de ponerlas una junto a la otra, pueden comentarse mutuamente sin que se diga una sola palabra”.

Ese ensamblaje de acciones, diálogos y descripciones lleva implícita una intencionalidad: que el lector se mantenga ahí, hasta el final. Para ello, Hall y Merino (1995) proponen aplicar una estructura en “w”, con tres puntos clave: el comienzo, el medio y el final; y entre esas escenas máximas de tensión recomiendan insertar párrafos dotados de “momentos que le permitan al público relajarse y tomar aliento”. Para relatos más largos, aconsejan incluir pequeñas “w” dentro de la gran estructura.

En esa estructura, tal vez la preocupación más frecuente de los escritores es la primera pata de la “w”: el inicio. “Es absolutamente indispensable que un personaje que es importante en la narración esté haciendo algo que revele el tono y el tema del artículo y nos dé a conocer hacia dónde se dirige” (Sims, 2009).

La resolución de la historia se lleva otra gran parte del esfuerzo; ya no hay que lograr la tensión, sino, como explican Hall y Merino (1995), premiar al lector por haberse mantenido ahí. Se ha dicho que toda escritura es política, que la crónica es rebelde, y ese punto final debe dejar al lector reflexionando, consciente de que lo que aparentemente no sucedía, en efecto sucede.

Además de la estructura en “w”, existe otro modelo que decidimos aplicar en nuestros relatos, conocido en el mundo del guion como lo que Campbell y luego Vogler denominaron *el camino o la jornada del héroe*. Estos escritores plantearon que detrás de cada historia del cine, televisión o literatura, existe una estructura en la que el protagonista emprende una aventura, real o interior, que funciona de la siguiente manera:

Un héroe abandona su entorno cómodo y cotidiano para embarcarse en una empresa que habrá de conducirlo a través de un mundo extraño y plagado de desafíos (...). El héroe crece y sufre cambios, viaja de una manera de ser a la siguiente: de la desesperación a la esperanza, de la debilidad a la fortaleza, de la locura a la sabiduría, del amor al odio... Son estos periplos emocionales los que atrapan al público y consiguen que una historia merezca ser apreciada. (Vogler, 2002)

En el periodismo literario, los enemigos, los obstáculos y los logros de héroe en su camino no son establecidos por la imaginación de los autores. La jornada es real y el reto está en encontrar los pasos que vivieron los héroes de nuestras historias para sobrevivir a esa “aventura” a la que no fueron invitados, a esa aventura llamada guerra.

Listo el esqueleto de la crónica, ¿cómo llenarlo para convertirlo en un cuerpo atractivo para el público? Según Angélica Arreola, (2001) “la crónica narra (factor tiempo) y describe (factor espacio) cómo ocurrieron algunos acontecimientos, que pueden ser actuales o del pasado, cotidianos o trascendentales”. La manera de equilibrar esos dos elementos le darán gran parte de la fuerza al escrito.

Luz Aurora Pimentel (citada por Arreola, 2001) define la narración como “la construcción progresiva por la mediación de un narrador, de un mundo de acción e interacción humanas, cuyo referente puede ser real o ficcional”. Para Arreola (2001), la manera de lograr esa construcción es a través del encadenamiento de acciones.

Juan José Hoyos (2013) va más allá al explicar la clave del éxito de una narración, y la compara con el curso de un río: “Que sea natural y verosímil, que comience de forma brillante, que prosiga con naturalidad y que acabe felizmente”.

En ese intento por encadenar las acciones de manera tan natural como el curso de un río, surge un factor determinante: el tiempo. Durante la escritura de este trabajo, el tiempo fue un elemento crucial, pues la construcción de cada mundo incluye acciones que los personajes vivieron en el pasado, así como la cotidianidad actual en que se desenvuelve. Se puede decir que los autores se vieron enfrentados ante el reto de hacer fluir paralelamente dos ríos, sin que se atravesaran piedras que interrumpieran su curso.

El segundo elemento, la descripción, es necesario para trasladar al lector al interior de la historia. Pero para Hall y Merino (1995) esta no se queda solo en el factor espacial; la descripción fría de lo que el autor ve, oye y toque no es suficiente, esta debe estar acompañada de la acción: “somos descendientes de cazadores; vemos mejor todo aquello que se mueve”.

G. La tensión

Razón tenía Patricia Nieto cuando dijo que narrar en el periodismo es el arte de “construir versiones de los sucesos del mundo exterior a partir de un juego de equilibrio entre la memoria y la voz de los testigos, los datos dormidos en los documentos, los signos alojados en los contextos y la mirada contemplativa, creativa, reflexiva y comprometida del autor” (Hoyos, 2013).

Así lo describió en el prólogo de *Escribiendo historias* y justamente eso es lo que se pretende hacer con estos 16 retratos de colombianos quienes cansados de la violencia decidieron resistir. Es por eso que en los relatos se puede percibir lo que se vivió durante el trabajo de campo, en el que como periodistas se logró ver lo que describe Marvin Harris (1982) en el *Materialismo cultural*, y es tener presentes las conductas biológicas y psicológicas y plasmarlas en las historias narrando de tal manera que el lector se mantenga a la expectativa y logre sentir que está en primera fila presenciando cada acto.

Por esta razón es que en los perfiles la información está ordenada de tal manera que los hechos fluyen hasta llegar a un momento de clímax, creando tensión a lo largo del escrito. El cuentista Julio Cortázar describió en *Aspectos del cuento* la clara diferencia entre la intensidad y la tensión. La primera estaría compuesta por aquellos hechos despojados que saltan sobre nosotros y nos atrapan, y que se evidencian en la manera en la que el autor desgrana poco a poco a los sucesos, “A la tercera o cuarta frase estamos en el corazón del drama” (Cortázar, 1970). En cambio la tensión consiste en desgranar los hechos y presentarlos de tal manera que el lector no pierda de vista la historia, pero sin estar describiendo las acciones a ritmo galopante.

Estas historias no solo evidencian el conflicto que ha perdurado más de 50 años en el país, sino que son una prueba de la capacidad de resistir, porque van más allá de los hechos y muestran a los personajes en lo más íntimo de su ser, por ejemplo, cuando unos jóvenes que viven de la risa literalmente y que bajo la carpa de su circo divierten a las nuevas generaciones, pero que tras bambalinas aún recuerdan aquella infancia en la periferia de Medellín, en la que pasaron hambre y vieron cómo sus amigos de juego caían por causa de la guerra entre combos que querían adueñarse de la zona y sacar el mayor provecho de un negocio ilícito: el narcotráfico.

Es allí donde los periodistas juegan un papel importante, porque unen los hilos y capturan por completo la atención del lector a través de la fuerza de la anécdota, el tono en que lo dijeron o la atmósfera en la que ven pasar sus días. Tal como se aconseja en el texto *Periodismo y creatividad* de Kevin Hall y Ruth Merino (1995): "Si usted forma un párrafo con una sola oración sobresaliente, llama la atención del lector hacia ella". Y es que según los protagonistas es posible formar un párrafo con una sola oración, creando pequeños finales que llamen la atención del lector para que no le permitan detenerse, porque se recrea de tal manera que se sienten inmersos en él.

H. La salvedad del perfil

El perfil periodístico o crónica de perfil —como se prefiere llamarlo en este trabajo— fue el norte para plasmar 16 historias enclavadas en Antioquia, Cauca y el Caribe.

Ese híbrido, cuyo padre putativo es la entrevista y su eterna madre es la crónica, permite como pocos rastrear hasta lo más hondo del otro, y en el viaje hasta sus profundidades, hallar el mapa del que está hecho para luego convertirlo en palabras, en historias.

En este caso, el diálogo, uno que otro café, las miradas y los recorridos por trocha y loma dieron pie para encontrar y narrar 16 mundos que comenzaban por el dolor y llegaban a su culmen en el heroísmo, en la capacidad de campesinos, artistas, maestras y líderes. Personas que decidieron decir no a la guerra.

A propósito, la Universidad de Navarra investigó este género y destacó la advertencia de Fontaine y Glavin, quienes lo definen como: "Lo más interesante pero al mismo tiempo lo más difícil de llevar a cabo, porque lo que se intenta es recrear a un ser humano" (Rosendo, 1997).

Si bien es cierto, a partir de la experiencia de los autores durante el trabajo de campo se entendió que el perfil se basa en hablar con el otro, entender cómo lo ven, qué hace, qué le gusta, los amigos del pasado y el presente, los que ya no son sus amigos, todos tienen algo por aportar y así enriquecer la historia.

En la actualidad, el estadounidense Jon Lee Anderson es considerado el padre de este género, sus líneas son prueba fehaciente de su capacidad para desnudar a un personaje, sin importar quién sea o cuál sea su historia. Siempre ha reconocido que cada año escribe tres o máximo cuatro perfiles a los que le dedica al menos dos meses de reportería para conocer cada historia, dividiéndolos en uno para escribir y otro más para editarlo.

En entrevista con Jaime de la Hoz Simanca (2007), periodista colombiano y profesor de la Universidad Autónoma del Caribe en Barranquilla, el

estadounidense aseguró que: "dibujar un perfil es como escribir una sinfonía", y explicó: "Cuando hablamos de sinfonía equivale a muchos instrumentos en los que cada uno tiene su papel, su efecto y su propósito. Componer significa tener una idea global, un instinto de lo que ha de ser la pieza musical. Igual que escribir un perfil: hay muchos hilos conductores y cada uno debe tener consistencia y constancia para que, en conjunto, configuren la pieza".

4. MARCO TEÓRICO: RESISTENCIA CIVIL

¿A qué rincón del dolor ajeno, del dolor de los mártires por el fuego cruzado aún no llegan las cámaras, las plumas de los grandes? Se preguntaron los autores meses atrás.

¿Qué hay en las historias de los afligidos que nos zarandea el alma? ¿Cómo ir más allá de la oscuridad, de las batallas perdidas, de los lamentos, de las muertes en vano que escuchamos de ellos?

¿Dónde está la luz cuando desaparecen a sus hermanos, después de que les arrebatan a sus hijos o de que hombres vestidos de camuflado los expropian de sus tierras?

¿Habrán valientes en las veredas y ciudades capaces de darle la espalda a la guerra, aun cuando no tienen más remedio aparente que unirse a ella?

¿Por qué, si Colombia lleva a sus espaldas tantos muertos y a la diestra una prensa libre para revelar sus atrocidades, impacta más una masacre en un colegio de Estados Unidos?

En la búsqueda de respuestas encontramos que en el país (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013), de los 220.000 muertos por el conflicto armado hay mucho más que sangre y lágrimas. Hay quienes, con heroísmo, demuestran que sí es posible decir no a las armas, blindar del miedo a los territorios, buscar la paz.

Eso —renacer de las cenizas— se llama resistencia. La resistencia que se hace con acciones, con palabras, con discursos, con cultivos o con perdón; jamás empuñando un arma.

Es fácil juzgar, sentenciar con la palabra a quienes han hecho parte de la guerra desde un bando u otro. Por eso se asumía que nadie, con su vida de cara al conflicto armado, podría mantenerse al margen. Parecía inevitable que pueblos con la etiqueta de “paracos” o “guerrillos” estuvieran involucrados con los grupos armados.

Pero algo hacía pensar que no.

Por eso, más que los intentos por preservar la memoria, un término bastante mencionado por estos días, se quiso conocer de frente esos “insólitos” casos que al parecer sí existían. Se quería entender a esos seres humanos capaces de romper con el curso de lo normal, de sorprender a los amigos y a los enemigos a través de su postura infranqueable.

Pretendíamos ver la realidad de un país que se han disputado por años los armados. La resistencia de estos pueblos que se unen para dejar un mensaje y para que ellos mismos tengan claridad de que ningún violento los debe sentenciar.

Entonces la cuestión fue: si en cada una de las batallas de la humanidad hay pequeños o grandes héroes que dejan su vida por una sola idea o por amor o por convicción, ¿dónde están nuestros pequeños o grandes héroes criollos? ¿Y si pudiéramos unir los focos de luz que existen en medio de la oscura guerra colombiana? Tal vez entre los indígenas, los artistas y los maestros haya una conexión más allá de su partida de nacimiento.

Es posible que sus historias estén escritas, pero olvidadas o tal vez estén por contarse. Por ahora, habrá que hacer lo que dijo Don Quijote: *andar mucho y leer mucho para saber mucho y ver mucho*.

4.1. LA RESISTENCIA QUE CONOCEMOS

A. ¿Lucha política, desobediencia o protesta?

Por resistencia queremos adherirnos a la definición que da Gene Sharp, autor de la *Teoría de la Resistencia no violenta* (1973). Para este filósofo estadounidense, el término se refiere a una lucha cuyo objetivo es reivindicar derechos que han sido violentados, aunque sus distintas manifestaciones estén sujetas a los fenómenos políticos de cada contexto social.

A propósito de este acercamiento, Michael Randle (1998), caracteriza las acciones colectivas de la resistencia civil por los siguientes elementos: evitan cualquier uso sistemático de la violencia; incentivan a la población civil a retirar su consenso frente al poder estatal; y realizan coaliciones con terceras fuerzas, incluso con sectores del mismo gobierno, si apoyan a los grupos sociales que enfrentan a la autoridad estatal.

En ocasiones, la resistencia civil limita muy de cerca con la desobediencia civil. El español Manuel Garrido (2012) se refiere a esta última como “una declaración abierta de rebeldía que abriga la pretensión de transformar la realidad política y se sitúa en el peregrino territorio de la no—violencia”.

Garrido habla del escritor y naturalista norteamericano Henry David Thoreau como precursor de esta corriente. A los 23 años, este “solitario” —como lo llama— se negó a pagarle impuestos al gobierno alegando que ese dinero sería utilizado por las autoridades para costear el asesinato de esclavos fugitivos, violar los derechos de los pielroja y mantener una “injusta guerra” con México. Después crearía su

teoría de la revolución pacífica con el lema: “Lo que tengo que hacer es comprobar, en cualquier caso, que no me presto al mal que condeno”. Palabras más, palabras menos, que los actos injustos del gobierno no afectan solo a sus víctimas, sino al ciudadano gobernado.

Por su parte, en *Defenderse del poder* (2012), Ermanno Vitale, profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de la Università della Valle d'Aosta, Italia, define la desobediencia civil como:

Una forma de protesta, individual y colectiva, de tendencia no violenta pero ilegal, que busca hacer presión a quien detenta el poder político, con el fin de que modifique una o más normas que se consideran injustas, bien porque son contrarias a las normas superiores de la conciencia, o porque están en contradicción con los principios constitucionales.

Así, por ejemplo, aquellos jóvenes que se sentaron en un bar reservado para blancos con la intención de que se les atendiera, estaban realizando un acto de desobediencia civil y buscaban la abrogación de todas las normas discriminatorias hacia los negros.

Sin embargo, este acto no equivale a resistencia civil. Vitale explica la diferencia entre desobediencia y resistencia arguyendo que esta última nace “no como oposición a la injusticia de una o más normas”, sino como una oposición a la opresión de los poderosos.

De otro lado, aunque se le confunda, la resistencia civil tampoco puede ser entendida como protesta. Mientras esta última apenas surge como muestra pasajera de contraposición a un hecho, el ejercicio de resistencia significa un deber inquebrantable a través del cual, además de darse una oposición política, se procura cambiar los aspectos de la realidad con los que se está en desacuerdo.

De acuerdo a Nidia Katherine González, investigadora de la Escuela de Letras y Bienes Culturales de la Universidad de Bologna (2006), por lo anterior, la resistencia se caracteriza por ser un compromiso a largo plazo, cuyo objetivo es transformar el contexto del grupo en lucha para asegurar mejores condiciones políticas, sociales y económicas.

Así, González concluye que la resistencia es pues un mecanismo de incidencia política más efectivo que la protesta, en la medida en que los resultados de sus acciones colectivas no solo pretenden divulgar públicamente sus reivindicaciones sino que buscan fortalecerse.

B. El vuelo de la mariposa

El poder, como funciona en la actualidad, termina generalmente por desplazar los intereses de las mayorías a cambio de los individuales. Así lo plantean en *Las siete leyes del caos* los académicos ingleses John Briggs y David Peat (1999), para quienes “en las sociedades modernas y posmodernas, los valores espirituales y humanistas han sido postergados en beneficio del valor central emergente del poder”.

La teoría del caos plantea que todos los individuos se sienten impotentes ante esos grandes poderes centrales, detentados por sectores como la política, los ejércitos o el mercado. Ante esto, la mayoría opta por enfrentar esa impotencia tratando de alcanzar de alguna manera ese poder. Sin embargo, la teoría del caos presenta otra alternativa: el poder sutil, aquel que surge desde las acciones aparentemente pequeñas o aisladas. Para los teóricos del caos, el conjunto de esos esfuerzos invisibles es lo que constituye el orden de las sociedades actuales.

En un mundo caótico, como el que plantean Briggs y Peat (1999), lo impredecible da lugar a lo nuevo, por lo tanto los seres humanos no pueden controlar el futuro. Además, es un sistema en el que “todo está conectado a todo lo demás, mediante la retroalimentación positiva o negativa”. Por eso sostienen, como lo hace un viejo proverbio chino, que el batir de las alas de una mariposa puede percibirse en el otro lado del mundo.

La segunda ley del caos es la influencia sutil, que se traduce en entender que toda acción, buena o mala, tendrá una influencia impredecible e incalculable: “Si nosotros somos genuinamente felices, positivos, reflexivos, colaboradores y honestos, eso influye sutilmente en aquellos que nos rodean” (Briggs y Peat, 1999).

Se suele creer que los aleteos de mariposa que surgen desde la periferia poco pueden hacer por contrarrestar el poder central, especialmente el del Estado. El escritor William Ospina (2013) resalta las resistencias que surgen desde lo marginal, pero no les ve mayores efectos: “No es que no haya quien luche sin intereses por la memoria del país y por sus sueños. La asombrosa verdad es que los esfuerzos abundan, pero padecen el mal que padece el país: son invisibles. Perlas dispersas a las que ningún hilo ha logrado convertir en collar” (Ospina, 2013).

Contrario a lo que plantea Ospina (2013), para quien esos intentos terminan cegados por el “mundo político cada vez más rapaz y más vano”, la segunda ley del caos propone que la resistencia que alguien opone puede causar efectos históricos. Para sustentarlo hacen referencia al caso de Rosa Parks, una afroamericana que decidió incumplir el apartheid al sentarse en una silla del bus dispuesta para blancos; un hecho que marcaría la revolución contra esta norma.

Esas acciones, que surgen desde lo más pequeño y lejano, constituyen la resistencia al poder central: la profesora de una vereda antioqueña que sale de su casa una mañana a dar clases a pesar de los hostigamientos es un batir de alas que se sentirá, en principio, en el pequeño caos de la escuela. ¿Luego? Tal vez, al otro lado del mundo.

C. El poder de la cultura

El antropólogo colombiano Adrián Serna Dimas en la compilación *Sujeto, cultura y dinámica social* (Ávila, 2005), asegura que si bien el término cultura es usado sin discriminación en todas las esferas sociales y en cualquier ámbito académico, un buen punto de partida para asumir su desarrollo histórico es desde las concepciones modernas del siglo XVIII de civilización y cultura.

La primera concepción, el discurso civilizador, fue inspirado por el pensamiento de la Ilustración, fundado en la idea universal de la preminencia de la razón, con una mayor acogida en los dirigentes ingleses y franceses como potencias europeas. En cambio, el discurso culturalista tuvo especial resonancia en el universo rural de la Europa Central marginada, desarrollado por el pensamiento romántico y con un ideal de la supremacía del espíritu.

En pocas palabras y como Serna afirma en la recopilación *Sujeto, cultura y dinámica social* realizada por Rafael Ávila (2005): “La distinción entre civilización y cultura se le puede superponer, en algún momento, la distinción entre positivismo y romanticismo”. De esta manera, “el romanticismo representó una crítica a este pensamiento y una exaltación a la tradición, próxima en todo caso a los fundamentos del discurso culturalista”.

Ahora, este término de cultura, entendido desde la marginalidad y privilegiando las consecuencias espirituales como indicadores del estado de los pueblos, hay que aterrizarlo a las dinámicas históricas de las regiones en Colombia.

Cada una de las zonas que recorrimos responde a una conformación de sus pueblos, por lo menos en las últimas décadas, a partir de la violencia. Los conflictos, miedos y esperanzas de las nuevas generaciones de estas regiones reconstruyen el esqueleto cultural de sus habitantes.

Por tanto, es necesario entender una misma concepción de violencia. Uno de los momentos históricos donde se desarrolló con mayor vigor este término fue a partir de la culminación de la Gran Guerra de 1914.

De igual manera, para Hannah Arendt (2005) la privación de los derechos y la persecución en Alemania la llevó a desarrollar la mayor parte de su obra sobre la filosofía política detrás de la guerra. En *Sobre la violencia*, uno de sus títulos, el

concepto se distingue por su carácter instrumental, “en términos fenomenológicos, se aproxima más al poderío, ya que los implementos de la violencia, como las demás herramientas, se diseñan y emplean a fin de multiplicar la fuerza natural hasta llegar a sustituirla en la etapa final de su desarrollo”.

En este trabajo, por tanto, la violencia es el escenario donde se gesta la cultura de estas regiones marginadas. Un ambiente en el cual es sencillo incitar a los hombres a la guerra, que se usa como una herramienta para adquirir mayor poder y donde no tienen influencia para determinar el fin del conflicto, su evolución o un nuevo inicio.

Sin embargo, tal como afirman los neoevolucionistas del siglo XIX (Ávila, 2005), los seres humanos no preservarán sus costumbres familiares si son forzados a su cambio por factores que están fuera de su control: de esta manera nace la cultura en un contexto rural y marginal a partir de la violencia. Por lo menos, para nuestros protagonistas.

4.2. CUNAS DE RESISTENCIA

A. Aquí nace el sol en Antioquia

En el oriente de Antioquia, en la autopista que conduce de Medellín a Bogotá, hay un desvío por una tierra llena de montañas, rica en agua, productora de café, plátano, maíz y frijol. Allí, desde la década del 50, la violencia partidista impuso su orden. En 1976 se comenzó a planear la construcción de las represas hidroeléctricas, “sus riquezas los convirtieron en sujetos despojados por el Estado, quien los obligó a vender sus predios y desplegó una presencia militar importante dirigida a proteger las inversiones y no al territorio y a su población” (Memoria Histórica, 2011) lo que con el tiempo se convertiría en un dolor de cabeza por la llegada de grupos armados.

A partir del primer semestre de 1998 y hasta el 2007, la comunidad de San Carlos padeció una crisis humanitaria sin precedentes. Durante este tiempo se desarrolló una guerra entre paramilitares y guerrilleros quienes atacaban sin discriminación a toda la población.

Así narró el periódico El Colombiano (1990) la primera toma guerrillera en San Carlos:

En la mañana del 24 de diciembre de 1990 se produjo la primera toma del casco urbano de San Carlos, por fuerzas combinadas de las Farc y el Eln que simulaban hacer parte de una avanzada del Ejército. Así, sin

hacer un solo disparo, se acercaron hasta el comando de la Policía y redujeron a los uniformados, antes de que estos logran oponer resistencia.

A partir de ese momento el terror se adueñó del municipio y sus veredas. Los actores armados sabotearon las elecciones de 1997, los paramilitares se apoderaron de los embalses, perpetraron la masacre de octubre 24 de 1998 y la violencia se expandió: pasó por las veredas de El Chocó, El Vergel, Hortoná, La Tupiada, Dinamarca, Dos Quebradas y llegó hasta el municipio vecino, Granada.

A ambos municipios los separa un camino por carretera destapada en el que las escaleras (chivas) debían someterse a los retenes y en algunos casos presenciar cómo los armados, con lista en mano, llamaban a personas específicas a las que matarían porque, según ellos, estaban apoyando a sus contradictores.

Allí, en Granada, tanto las Farc como el Eln fueron aliados en algunas ocasiones, en otras se enfrentaron. Más tarde llegaron grupos paramilitares, “primero las autodefensas de Ramón Isaza y luego las Autodefensas Unidas de Córdoba y Urabá (AUCC), el Bloque Metro y el Bloque Héroes de Granada, que evidenciaron intereses y *modus operandi* distintos. También entre ellos hubo crudos enfrentamientos, donde los nexos con el narcotráfico y el grado de barbarie marcaron la diferencia (Memoria Histórica, 2011).

Bajo las órdenes de Elda Neyis Mosquera García, alias “Karina”, del frente 47 de las Farc, el 6 de diciembre de 2000, luego de que los paramilitares asesinaran a 17 civiles, la guerrilla hizo explotar un carobomba con 400 kilos de dinamita en Granada, destruyendo 320 edificaciones.

Mientras tanto, durante esa época de violencia, de San Carlos salieron 13.000 personas en menos de ocho años, siendo el segundo municipio con el índice más alto de desplazados.

B. Medellín: del respeto de la palabra a la banalización de la vida

El historiador antioqueño Jorge Orlando Melo (1993) describe a Medellín como una urbe constituida por representaciones imaginadas de su identidad. Un lugar que creció mucho más rápido que las demás ciudades del mundo y sin una estructura cultural consolidada: solo entre 1938 y 1951 el número de habitantes se quintuplicó sin las bases sociales constituidas para el desmesurado aumento de su población.

Sin embargo, por lo menos hasta 1950, Medellín vivió un “optimismo progresista que dominó sin contradicciones nuestra retórica y que tampoco ha desaparecido del todo” (Melo, 1993). La ciudad de “la eterna primavera, la tacita de plata, la

ciudad industrial de Colombia, una ciudad afable que miraba con orgullo su desarrollo y que pensaba que podía convertirse en un emporio industrial, moderno y progresista” (Melo, 1993). Sus conflictos no eran tan visibles para la opinión pública y las condiciones de vida de los primeros trabajadores, aunque eran deficientes, tenían la esperanza de mejorar rápidamente con el desarrollo económico y las ayudas de los patronos.

De la misma manera, el filósofo Ramiro Ceballos (2000), en su obra *Violencia reciente en Medellín: una aproximación a los actores*, confirma lo dicho por Melo al reconocer que “a partir de los años sesenta la ciudad crece vertiginosamente; se conforman los barrios de invasión que pueblan las laderas de las montañas, especialmente en el norte, y se va consolidando una ciudad periférica y marginal que sobrepasa en tamaño y población a la ciudad de los incluidos”.

Además, Ceballos (2000) asegura que si bien la metrópoli entró en una agudización de la violencia en la década del 60 con la llegada del narcotráfico, este no fue el único responsable de la crisis social: “Aparecen grupos paramilitares, autodefensas, milicias y demás. Ello ha contribuido a la generalización de las violencias urbanas y a la proliferación de actores con muy diversos móviles para quienes las fronteras entre lo político, lo social y lo delictivo se tornan difusas”. Este es un espacio donde dominaba una ética exigente, de personas honradas, con palabra y respeto por el honor que había quedado varias décadas atrás, o así lo reconoce Melo.

Como indica el profesor Gustavo Ducan en su artículo *Historia de una subordinación. ¿Cómo los guerreros sometieron a los narcotraficantes?* (Zorro, 2007), uno de los grandes poderes del narcotráfico en Colombia y de sus consecuencias fue la influencia en las ciudades y la poca resonancia en las zonas rurales, “cuando se da su explosión hasta convertirse en un fenómeno de dimensiones inusitadas en la economía nacional, la primacía del negocio la llevan criminales que han asentado sus principales áreas de operaciones en los núcleos urbanos”.

De esta manera, personajes en la década del 70 como Jorge Luis Ochoa y Pablo Escobar en Medellín, los hermanos Rodríguez Orejuela en Cali o Gonzalo Rodríguez Gacha en Cundinamarca lograron cambiar las dinámicas sociales, culturales, políticas y económicas de las ciudades.

Estos grandes oligopolios controlaron el tráfico de estupefacientes e implantaron en las grandes ciudades modalidades para operar como el sicariato, estructuras jerarquizadas para el accionar criminal de la violencia y la implementación de nuevos sistemas de lucro con perjuicio para la economía regional y nacional (Zorro, 2007).

Posteriormente evolucionarán el conflicto y sus actores, tal como lo determina un informe del Observatorio del Conflicto Armado y la Corporación Nuevo Arco Iris realizado por el periodista Juan Diego Restrepo, el 25 de noviembre de 2003 y el primero de agosto de 2005 marcaron un cambio en la violencia urbana antioqueña. La desmovilización del bloque Cacique Nutibara y el bloque Héroes de Granada llevó a la incursión de algunos desmovilizados a la combinación de prácticas legales e ilegales (Restrepo, 2012).

La llegada de quienes pertenecían a estos grupos armados gestó la organización jerarquizada de más de 40 bandas criminales con roles concretos dentro de la estructura y con financiación del narcotráfico y la extorsión, principalmente.

Tal como lo denunció el entonces fiscal general de la Nación, Mario Iguarán, desde 2007 el ente de control presentó su preocupación por la participación masiva de menores de edad en las “oficinas de cobro”. En operativos conjuntos con la Policía, encontraron que los líderes de las bandas de narcotráfico reclutaban niños y adolescentes para evitar que los miembros de las organizaciones criminales tuvieran condenas prolongadas en las cárceles, así como poder pasar desapercibidos ante las autoridades.

Así mismo, el fenómeno conocido como las “fronteras invisibles”, líneas imaginarias que son trazadas entre los barrios y entre los bandos para dividirse el control de la venta de narcóticos, ha generado miedo en los pobladores por las víctimas inocentes, así como de los pertenecientes a una u otra organización.

Por ejemplo, Héctor Enrique Pacheco Marmolejo, de 20 años y a quien llamaban “Kolacho”, era un artista urbano de la Comuna 13 a quien el 24 de agosto de 2009, lo asesinaron por cruzar las líneas que dividen las zonas.

De igual manera, entre las consecuencias humanitarias que dejó la llegada del narcotráfico a la capital de Antioquia, está la prostitución infantil. Un informe de 2013 de la Organización de Naciones Unidas a través de la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito en Colombia (UNODOC) señalaba la necesidad de promover entre las autoridades y la ciudadanía la denuncia al turismo sexual en la ciudad, pues solo en el sector de la Candelaria se identificaron 274 menores involucrados en actividades sexuales.

Diana Patricia Vélez (2013), en su trabajo *La desmovilización como reingeniería criminal: tránsito de autodefensas a bandas criminales*, menciona a Francisco Thoumi para asegurar que “aunque se pueden plantear bosquejos generales, es cada vez más difícil esbozar una imagen clara de la estructura de la industria del narcotráfico”.

Según lo planteado en este trabajo, el flujo de dinero entregado por el tráfico de narcóticos en Colombia hace que este se adapte a las condiciones. Así, hay una

transformación desde los *Drug Lords* (capos de la droga) entre las décadas del 60 a la del 80, pasando por los *War Lords* (señores de la guerra) al final de los 90, hasta los *Gang Lord* (jefes de banda) en la primera década de presente siglo (Vélez, 2013).

C. Cauca: la casa de las guerrillas

La observación más actualizada del monitor de eventos de conflicto de la Oficina para la Coordinación de Asuntos Humanitarios en Colombia (OCHA, 2014), muestra que el Cauca es el departamento más afectado por ataques relacionados con conflicto armado. Los municipios de Corinto, Jambaló, Santander de Quilichao, Caldono, Piendamó, Puerto Tejada y Toribío han sido durante el último año blanco constante de emboscadas, atentados, desplazamientos masivos y combates.

En el norte, por ejemplo, las Farc interactúan a través de la Columna Móvil Jacobo Arenas, los Frentes Sexto, Octavo, Trece, Veintinueve, Treinta y Sesenta y Ocho, y el Bloque Móvil Arturo Ruiz. Así mismo, el Eln con los Frentes José María Becerra, Manuel Vásquez Castaño, Lucho Quintero, la columna Milton Hernández Ortiz y su compañía Camilo Cienfuegos.

Este escenario ha generado condiciones para que se gesten propuestas ciudadanas de resistencia contra el conflicto armado, como la de los indígenas nasa, quienes han demostrado lograr una importante autonomía ante los actores armados mediante el diálogo y la movilización.

Es justamente en esta zona del departamento, sitiada por la insurgencia, en que se han desarrollado poderosas estrategias no violentas desde la comunidad, como la Guardia Indígena, las asambleas permanentes y las mingas.

Allí, los intereses económicos acentúan la problemática y, por lo tanto, ponen retos mayores a los líderes de la lucha.

Por un lado, según explica Fernanda Espinosa (2012), investigadora de la Asociación MINGA, Colombia empieza a ser parte del foro de Cooperación Económica Asia—Pacífico (APEC), entre cuyos objetivos está crear un corredor internacional en el Pacífico colombiano. La cercanía con el Cauca implica necesariamente mayor presencia de la Fuerza Pública y ataques más contundentes contra la insurgencia, en medio de los cuales estaría la población civil y, se espera, las iniciativas de resistencia.

Por otra parte, Esperanza Hernández Delgado, doctoranda en Paz, Conflictos y Democracia en la Universidad de Granada, España, y quien ha investigado ampliamente la situación del Cauca, explica que durante la década del 80, grupos

de narcotraficantes emprendieron la compra masiva de tierras en el norte del departamento para destinarlas a cultivos ilícitos, adecuando mientras tanto ejércitos privados para dotarse de protección. Para ellos, las luchas de los indígenas significaban una barrera que tendrían que erradicar mediante imposiciones violentas.

Posteriormente, anota Hernández (2006), tanto narcotraficantes como actores armados fueron auxiliando la siembra, procesamiento y comercialización de cultivos ilícitos, con la gran ventaja que tiene la ubicación geoestratégica del Cauca, la ausencia de autoridades en ciertas zonas y la falta de oportunidades laborales que padecen los habitantes de áreas rurales.

Durante los últimos tres gobiernos se ha registrado una mayor militarización de las zonas habitadas. Allí, la Fuerza Pública se ha percibido como un factor generador de violencia, pues, según explica Hernández, el Cauca, en su afán de recuperar el control territorial, ha incurrido en violaciones de los derechos humanos e infracciones al Derecho Internacional Humanitario.

Como consecuencia de ello, las comunidades en el norte del Cauca experimentan “ruptura en la cultura, el tejido social y las formas de producción propias” (Hernández Delgado, 2006). Esta circunstancia agrava aún más el conflicto armado y pone a la población civil como objetivo militar de los actores armados o víctimas de los enfrentamientos entre estos, al tiempo que desconoce los procesos de resistencia indígena comunitaria, sus logros y la eficacia de sus acciones no violentas.

D. Montes de María: contra la tierra y las mujeres

A la región de los Montes de María, al norte del país, donde las Farc, el Erp y el Eln hicieron presencia desde la década del 90, llegó el paramilitarismo a hacerles frente desde mediados de la misma década. Así, se inició la disputa por el control del territorio y de la población, a la que los paramilitares pretendían homogeneizar a través de castigos para las mujeres que no fueran sumisas, los homosexuales y quienes no cumplieran con “su ley”. Con ambos grupos ilegales y sin presencia de la Fuerza Pública en la zona, las tensiones crecían y la población civil imaginaba que terminaría por sufrir las consecuencias.

Los paramilitares, que empezaron a tomarse el norte del país entre mediados de los 90 y el primer lustro del siglo XX, llegaron a estas tierras entre Bolívar y Sucre con un propósito claro: acabar con cualquier rastro de la guerrilla. En ese camino, terminaron por estigmatizar a la población civil y presionarla hasta hacerla salir de sus tierras.

Además del despojo para hacerse con grandes cantidades de tierra fértil para el tabaco y la teca, entre la estrategia de estos grupos estaba el intento por mantener “un orden social donde las mujeres fueron relegadas del espacio privado”. Así lo revela el informe de Memoria Histórica *Mujeres y Guerra. Víctimas y resistentes en el Caribe colombiano* (2011).

En esa investigación, que analizó las prácticas perpetradas por las autodefensas entre 1997 y 2005 en la zona, se evidencia que la dominación hacia ellas se convirtió en una estrategia sistematizada de los paramilitares para demostrar su poderío sobre las poblaciones donde llegaron a hacer presencia.

La costa Atlántica estuvo marcada durante esos años por la expansión del paramilitarismo a través de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá, y el Bloque Norte de las AUC. El lenguaje que emplearon mediante la imposición de trabajos forzados, humillaciones y torturas públicas fue parte de ese plan por convertir los cuerpos femeninos en “territorios por colonizar”.

Más allá de los abusos sexuales, la opresión a las comunidades consistió en “la negación de lo femenino y lo masculino que esté por fuera de las concepciones tradicionales (...). Es decir, se limitan las oportunidades por los estándares de feminidad o masculinidad de cada sociedad” (Cerac, 2009).

El Salado, corregimiento del Carmen de Bolívar, fue uno de esos puntos donde la barbarie tuvo un significado diferente para las mujeres. El 18 de febrero de 2000, día de la masacre que acabó con la vida de unas 60 personas, la sevicia no distinguió entre géneros. Sin embargo, los paramilitares al mando de “Jorge 40” se ensañaron especialmente con abusar de algunas mujeres y se obsesionaron por encontrar a las supuestas compañeras de los guerrilleros:

La mayoría de las mujeres ejecutadas en la plaza pública, de manera similar a los hombres, fueron golpeadas, amarradas con cuerdas y apuñaladas, pero hubo un énfasis en la sexualidad cuando los paramilitares se refirieron a ellas, pues sus insultos y sus gritos se centraron en la vida íntima que compartían con los “enemigos”. (Memoria Histórica, 2009).

Años antes de esa masacre por la que sería recordado, El Salado era un pueblo de 700 habitantes, en su mayoría afrodescendientes. Como la mayoría de corregimientos y veredas de Colombia, no contaba con acueducto ni alcantarillado, pero sí con una escuela y un centro médico, así como con oportunidades de vida a través del cultivo, producción y venta del tabaco.

Como narra Marta Ruiz en la crónica *Fiesta de sangre*, fue precisamente esa bonanza lo que condenó a este pueblo: “La prosperidad había hecho que la guerrilla pusiera sus ojos en El Salado. Los frentes 35 y 37 de las Farc hostigaban con frecuencia a la decena de policías que mal armados intentaban defenderse, hasta que un día vino un helicóptero y se llevó para siempre a los agentes” (Semana, 2008).

4.3. CUATRO LABORATORIOS DE RESISTENCIA CIVIL

A. Antioquia: resistir, recordar y perdonar

Nadie habría pensado que una de las sustancias vitales para subsistir, el agua, sería el detonante de uno de los conflictos más grandes en Antioquia. Desde la década del 70 se comenzó a planear la construcción de los embalses en el oriente del departamento para solucionar la crisis energética que afrontaba Colombia. Sin embargo, esto desembocó en un problema coyuntural para la región: disputas entre guerrillas, paramilitares y la defensa de la Fuerza Pública.

Los secuestros, desapariciones, asesinatos selectivos, masacres y hasta los carros bomba desestabilizaron a la población de estos municipios, pero en medio de los agites de la violencia, se unieron como sociedad civil y decidieron crear iniciativas para soportar su dolor.

Quienes han estudiado el conflicto en San Carlos, Antioquia, conocen con claridad el trabajo que ha realizado Pastora Mira, una mujer de 58 años, víctima desde que tenía seis, cuando la violencia partidista cobró la vida de su padre. Luego, cuando su hija aún estaba en brazos, asesinaron a su esposo. Más adelante se volvió a casar y tuvo cuatro hijos, dos de los cuales murieron a manos de paramilitares. Esta cruenta guerra la hizo desplazarse por dos años a Medellín, luego regresó y allí organizó a las pocas mujeres que permanecían en el municipio para que sembraran de nuevo la tierra.

Luego le desaparecieron a una más de sus hijas y ella misma emprendió la búsqueda, se lanzó al Concejo y cuando llevaba un año en el cargo, el Bloque Héroes de Granada asesinó al menor de sus hijos.

A pesar de que a lo largo de su vida el dolor la ha acompañado, es una persona buena, a tal punto que ayudó a que uno de sus victimarios consiguiera el tratamiento médico que necesitaba luego de quedar herido por las mismas minas antipersonales que habían sembrado en la zona como sinónimo de terror.

Pastora fue una de las creadoras del Centro de Acercamiento para la Reconciliación y la Reparación (CARE), un lugar que en el pasado fue el centro de operaciones de los paramilitares, la misma casa en la que desde 2006 se reúnen víctimas y victimarios. Allí donde hace 15 años torturaban a la población, ahora se hacen foros de paz que hablan de iniciativas para perdonar y crear conciencia de la historia que no se puede repetir, por eso, en la plaza central de este municipio, en el mismo parque donde peleaban paramilitares y guerrilleros, hay un monumento para recordar a cada una de las víctimas: el Jardín de la Memoria.

Desde noviembre de 2011, hojas y flores simbolizan el desplazamiento, retorno, homicidios, desapariciones forzadas, víctimas de minas antipersona, reclutamiento forzado, abuso o violencia sexual; la flor naranja, un homenaje que le hicieron a todos los sancarlitanos resistentes.

En el municipio vecino, Granada, la sociedad también se movilizó. Allá el trabajo lo ha liderado Asociación de Víctimas Unidas de Granada (Asovida), en el costado derecho de la iglesia principal donde está el Salón del Nunca Más, un lugar de encuentro en honor a cada una de las víctimas sin importar su victimario. En sus paredes blancas aparecen los rostros que la violencia silenció y en unas vitrinas de vidrio reposan las bitácoras en las que sus familiares y amigos les dejan mensajes estremecedores. Es un espacio para hacer catarsis, para recibir atención psicosocial y para recordar cada momento de terror. En una pared azul aparece registrado cada uno de los hechos violentos que se perpetraron en la zona y en una de sus esquinas aún reposa una de las partes de aquel carro bomba que explotó en diciembre del 2000.

Sin llevarse el protagonismo de nada, son cientos de personas las que han aportado en estos dos municipios antioqueños a resistir y a ver una esperanza en medio de las dificultades que les ha puesto la vida.

B. De las comunas para el mundo

Podrá no ser la descripción más académica sobre la resistencia, pero una de las mejor redactadas es sin duda la que dio Ernesto Sábato en el libro que lleva por nombre esta palabra: “Hay una manera de contribuir a la protección de la humanidad, y es no resignarse. No mirar con indiferencia cómo desaparece de nuestra mirada la infinita riqueza que forma el universo que nos rodea, con sus colores, sonidos y perfumes” (Sábato, 2000).

La historia de un rapero que se quiso llamar Jeihhco, un clarinetista que no responde sino a Bomby, un cirquero de nombre Didier y un grafitero al que le dicen “Chispita” pudieron haber sido los relatos de milicianos, traficantes o vagos.

Pero algo en ellos se resignó. Se negaron a continuar con el rumbo que tomaron algunos de sus compañeros del colegio que entraron a los combos porque además sus padres pensaban que el estudio no merecía la pena, o con el de sus compadres de primeras conquistas que terminaron entre el bazuco y el olvido. Solo necesitaron una oportunidad para encontrar toda una vida en el arte.

La música, el circo y la pintura surgieron como una madre contra quien descargar sus frustraciones y sus miedos para esperar un abrazo; un amigo con quien recorrer nuevos parajes fuera de sus barrios, de su ciudad, de su país; una mujer con la cual esperan pasar hasta el último de sus días.

Cada uno de ellos ha roto las puertas que se cerraron desde el inicio solo para encontrar nuevas puertas cerradas y algunas pocas abiertas. La resignación fue más allá de las protestas de sus familias, los impedimentos económicos, la carencia de conocimiento o la recriminación de sus amigos: se resignaron a ser ellos mismos un obstáculo en sus vidas.

Hoy en día tienen un liderazgo ganado a pulso, el reconocimiento de sus colegas por el perfeccionamiento de sus talentos y la juventud para cumplir sus sueños. Es más, lo que para muchos jóvenes colombianos es una decisión profesional que toman sin repercutir con intensidad en otras personas, para ellos se convirtió en una determinación que rompió con los miedos de niños iguales a ellos.

Pequeños hombres y mujeres alegres en las calles de los barrios marginados de las comunas 5, 8 y 13 a los que les esperan no grandes opciones laborales o académicas, pero que ahora tienen las puertas abiertas de nuevas casas artísticas. Hogares para el refugio de los olvidados que Jeihhco, Bomby, Didier y Chispita ayudaron a construir desde el primer ladrillo y quienes constantemente ayudan a tapar las goteras cuando llegan las lluvias.

C. Indígenas nasa: voces en vez de balas

Los pueblos indígenas del Cauca han soportado el impacto del conflicto armado y sus diversas dinámicas desde finales de los sesenta, cuando emergieron las guerrillas revolucionarias. Desde entonces, sus territorios presenciaron el enfrentamiento entre el Estado y la insurgencia, después la confrontación entre el Estado y las autodefensas contra la insurgencia y ahora la cada vez más frecuente agresión de todos los actores armados contra la población indígena.

Si bien las comunidades han podido responder de igual forma, se han valido en cambio de mecanismos de paz para defenderse y mantener sus territorios libres de actores armados. Así, los procesos de resistencia indígena en el norte del

Cauca son aplaudidos “por su carácter no beligerante de lucha y resistencia al conflicto y a las estrategias externas de exterminio y destierro” (Ministerio de Cultura Colombia, 2010).

Llama la atención que estos procesos no han emergido como imposiciones desde afuera, sino que se han desarrollado desde la iniciativa de los líderes indígenas, sus necesidades, sus problemáticas y sus aspiraciones.

Son acciones colectivas, no individuales. De hecho, la fuerza de la comunidad reunida es el arma de los nasa frente a los violentos. Esto se basa en un valor esencial para su cosmovisión, y es que para ellos cada ser es incompleto y requiere de los otros seres para alcanzar su integridad. Por eso, cuando los actores armados ven a miles de indígenas reunidos, difícilmente los van a atacar por falta de una fuerza equiparable. Mientras tanto, las aglomeraciones llaman la atención de los gobiernos, a los que no les queda más remedio que negociar las peticiones de esta comunidad indígena.

En el norte del Cauca todos tienen la palabra, todo se somete a votación colectiva y siempre se busca el consenso.

En julio del 2012, en la elaboración de este trabajo, una serie de hechos históricos en esta zona dieron cuenta de resistencia en tiempo real.

Ese mes, “a rastras, a empujones, cargados”, un grupo de indígenas de la comunidad nasa, pertenecientes a la Guardia Indígena, expulsaron de las trincheras a un grupo de militares que se encontraban en el cerro Berlín (Toribío), lugar sagrado para las comunidades.

Los indígenas usaron sus bastones de mando, mostraron sus machetes e intentaron dialogar con los miembros de las Fuerzas Armadas; sin embargo, estos se rehusaron y permanecieron en el sitio.

Jesús Chávez, coordinador de la Guardia, fue quien, en vista de que un soldado le apuntaba por debajo con un arma, sacó el machete.

Este episodio quedó registrado en las cámaras, al igual que la imagen del sargento Rodrigo García Amaya, quien lloró por la presión que ejercían tantos indígenas sobre su batallón. El país entero, como lo titularon muchos medios, “se indignó” y comenzó una oleada interminable de críticas hacia la autonomía que pretenden las comunidades del Cauca.

Al día siguiente, la Presidencia le dio la orden a la policía antimotines (ESMAD) de desalojar a los indígenas del cerro con bolillos y gases lacrimógenos. Muchos resultaron gravemente heridos.

Horas después, la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (ACIN) entablaba un diálogo en Santander de Quilichao con funcionarios del Gobierno. Los nasa aceptaron no regresar al cerro.

Mientras tanto, en una escuela a las afueras de Toribío, indígenas pertenecientes a todo el departamento llegaron y se reunieron en Asamblea para decidir qué hacer respecto a su autonomía, discutieron la imagen que estaban proyectando los medios sobre ellos, buscaron soluciones y enjuiciaron a cuatro guerrilleros capturados por la Guardia que delinquían en zona de resguardo.

Tres días en una escuela de Toribío nos permitieron presenciar el impresionante sentido de unidad que tienen los nasa. Mientras las mujeres cocinaban la sopa en enormes ollas para un almuerzo de más de 500 indígenas que debatían los hechos de esos días, miembros de la Guardia Indígena velaban por la seguridad en los alrededores, los músicos animaban la jornada, los periodistas de las radios indígenas transmitían los diálogos a todo el departamento, los líderes llevaban las riendas de las conversaciones, los participantes estaban atentos a las decisiones y aportaban ideas cuando fuera necesario, los jóvenes se reunían para elaborar propuestas, los niños pintaban carteles y los pocos foráneos a quienes nos permitieron entrar nos maravillábamos de ver la resistencia en acción.

Quedaba entonces claro que los nasa no admiten por ningún motivo el recurso de la violencia. Ellos han optado por la resistencia pacífica como mecanismo de defensa y de lucha, aunque no descartan acudir a la fuerza como respuesta extrema ante el cierre de mecanismos no violentos (como ocurrió cuando expusieron sus machetes).

A estos indígenas los mueve el valor de la vida, la disminución de los impactos del conflicto armado sobre la población civil, la autonomía, la cultura, el territorio, la unidad, la integridad de sus comunidades, el reconocimiento de la diversidad étnica, sus propuestas de desarrollo alternativo y su oposición a modelos económicos a gran escala, como los tratados de libre comercio y la globalización.

La resistencia indígena del Cauca es muy rica en la diversidad de sus estrategias: una de las expresiones son los llamados diálogos humanitarios que las autoridades indígenas realizan con los actores armados en defensa de la vida, la integridad de las comunidades, la autonomía, la cultura y el territorio. Por ejemplo, en 1985 los indígenas nasa, haciendo uso de estos mecanismos no violentos para la resolución de conflictos, suscribieron con las Farc el acuerdo de Vitoncó (Hernández Delgado, 2006) que logró un cese al fuego en ese entonces.

Los manuales de resistencia civil son otra estrategia. Se trata de documentos que construyen participativamente las comunidades donde quedan plasmados los principios y procedimientos de la resistencia indígena comunitaria frente a eventuales hechos de violencia. Por ejemplo, los nasa construyen planes de emergencia frente a desplazamientos, y allí responden a preguntas como: en qué capacidad están para atender a niños, cuál va a ser la concentración por zonas, cómo se va a atender en salud y educación, qué trato van a recibir las mujeres embarazadas, etc.

De otro lado están las asambleas permanentes, que parten de la identificación comunitaria de sitios próximos a las localidades, en los que las comunidades puedan refugiarse y deliberar para protegerse del impacto de combates entre grupos armados. Constituyen una estrategia de resistencia no violenta porque, sin uso de la violencia, impiden el desplazamiento forzado de las comunidades, protegiendo la vida, la cultura, la autonomía, el territorio y la integridad de los colectivos.

La Guardia Indígena, tal vez la estrategia de resistencia más clara entre los nasa, está integrada por hombres, mujeres, niños y adultos mayores, cuya misión es proteger la autonomía de los pueblos indígenas sin armas, solo con bastones de mando y el poder de la persuasión y el diálogo. Sus miembros reciben formación en protección, derechos humanos, DIH y mecanismos alternativos de resolución de conflictos. Acompañan las movilizaciones indígenas, dialogan y generan acuerdos de pacificación con los actores armados y vigilan el territorio.

Por último, la permanente denuncia frente a violaciones a derechos humanos e infracciones al Derecho Internacional Humanitario perpetradas por el Estado y los actores armados contra sus comunidades les ha permitido alcanzar logros en su lucha contra la impunidad y romper el silencio que les tratan de imponer las lógicas del conflicto armado. Eso a su vez, “atemoriza” a los grupos armados y evita la repetición de las violaciones.

Todo esto se evidenció durante la visita al Cauca a Radio Pa' Yumat, una radio indígena localizada en Santander de Quilichao. Sus transmisiones buscan, entre otros objetivos, denunciar las acciones de los armados y difundir un mensaje de paz, pero esto les ha costado. “Rechazar la presencia de los grupos armados nos pone en el ojo del huracán. Somos la piedra en el zapato también para el Gobierno, porque nosotros denunciarnos cómo vulneran nuestros derechos humanos. Por eso, a cada rato nos señalan, nos difaman y nos dicen que tenemos alianzas con los grupos armados”, afirma Nancy Guerrero, coordinadora de la emisora.

María Pía Matta, presidenta de la Asociación Mundial de Radios Comunitarias, hizo una visita a las radios indígenas del Cauca en el 2010. La presidenta afirmó que las condiciones de pobreza de estas radios le parecieron “pavorosas”.

“La pregunta que yo me hacía era, ¿cómo el Gobierno ha fomentado a la radio privada con políticas públicas, con recursos económicos?, ¿por qué no existe esa voluntad con las radios indígenas?, ¿cuántas víctimas más tienen que morir para que los dirigentes entiendan que las radios comunitarias son autorías por la reivindicación democrática?, dijo. Y añadió: “Yo le digo al Gobierno: preocuparse por las radios indígenas es preocuparse por el futuro de toda la humanidad. Ellos tienen una cultura que nosotros ya les quitamos hace 500 años, devolvámosles algo de eso”, concluyó.

D. Mujeres caribe, el valor de retornar

Si históricamente el conflicto colombiano ha estado marcado por la tenencia de la tierra, Montes de María es tal vez la máxima expresión de esa disputa. Ahí, a finales de los 60 nació la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) y los nativos se hicieron con grandes fincas a través de las ocupaciones masivas a terratenientes.

Luego de esos logros, el conflicto interno traería una nueva lucha campesina. En los 80 y 90 la disputa no sería por defenderse de grandes terratenientes sino de los grupos armados, algunos de ellos patrocinados por empresas del interior del país. Así, con muchos ojos al acecho y muchas de las autoridades en su contra, hombres y mujeres encontraron los métodos para defender sus propiedades.

Durante los años de disputa entre guerrilla y paramilitares (1997-2005), a pesar del temor generalizado, los campesinos “buscaron conservar espacios de autonomía y libre albedrío mediante la activación de tradiciones afrocolombianas y creencias religiosas” (Memoria Histórica, 2011).

Además, en toda la región surgieron movimientos de mujeres promoviendo iniciativas de paz, que se fortalecieron conforme el conflicto fue menguando, sobre todo con la desmovilización colectiva de los paramilitares. El informe (Memoria Histórica, 2011) resalta que, luego de esos horribles años en que las mujeres fueron relegadas a lo doméstico, “ha surgido un tejido de solidaridades a través del cual ellas descubren y construyen un sentido colectivo de luchas compartidas y vencen la soledad, la desconfianza y el desamparo en el que hechos traumáticos y brutales suelen sumirlas en un primer momento”.

En Bolívar, encontraron nueve de estas iniciativas colectivas, como la Unión de mujeres de Bolívar, la Asociación Femenina por la emancipación, el Grupo artístico El Espejo, entre otras.

Las mujeres de El Salado además han encarado su resistencia al romper el miedo de hablar: las víctimas de violencia sexual se han unido para darse fortaleza entre ellas y así atreverse a denunciar. El acto de presentarse ante un juez para llevar sus denuncias, años después, es una manera de hacerle frente a ese machismo que todavía azota a esa y tantas otras regiones del país.

Pero en ese territorio ellas no fueron las únicas en hacerle frente a la violencia. La valentía de retornar, apenas dos años después de la masacre, es una hazaña que pocos pueblos pueden contar. Atendiendo al llamado de un líder comunitario, los saladeros que vivían en Carmen de Bolívar y en Cartagena cogieron hachas y machetes, pidieron prestados vehículos y se fueron trocha adentro, a recuperar lo suyo.

Ese nuevo renacer no implicaba solamente quitar la maleza y arreglar las casas abandonadas, o reconectar la electricidad. Aunque tardó un poco más, lograron con el tiempo ir recuperando también sus tradiciones: reunirse en las terrazas, componer décimas al ritmo de las gaitas y velar a los muertos. Esto ha vuelto a ser parte de la vida diaria.

5. HISTORIAS

Cuando las sociedades, al igual que los individuos, contemplan sus heridas, sienten una vergüenza que prefieren no enfrentar. Pero el olvidar... trae consecuencias importantes: significa ignorar los traumas, que de no ser resueltos permanecerán latentes en las generaciones futuras. Olvidar significa permitir que las voces de los hundidos se pierdan para siempre; significa rendirse a la historia de los vencedores.

Michael J. Lazzara

Prólogo

Por Jesús Abad Colorado

No estamos condenados a la guerra. La resistencia civil es artesana de la paz y para lograrla debemos multiplicar los relatos e imágenes de personas y comunidades humildes, que lejos del centralismo que nos caracteriza en Colombia y del poder de los grandes medios que marginan y olvidan, nos ha venido enseñando otros caminos de convivencia pacífica. Salir del aula y la ciudad como periodistas para narrar la otra historia es un reto complejo que vale la pena.

Acabo de terminar de leer el trabajo de grado de Mateo Jaramillo, Catalina González, Mariana Escobar y Marcela Madrid, estudiantes de la Universidad de La Sabana, y no dejo de sonreír con gratitud y de sorprenderme. Conocí a estos valiosos jóvenes del periodismo hace apenas dos años, en julio del 2012, y sus relatos y testimonio ya nos dejan buenas lecciones. El primer encuentro con ellos fue en el Parque Explora de la ciudad de Medellín, para intercambiar algunas ideas sobre el tema de su trabajo final que hablaría de la resistencia civil en Colombia.

Otro de los temas que les inquietaba tenía que ver con mi experiencia como fotoperiodista del conflicto armado y un poco sobre mi trabajo con el equipo de investigación del Grupo de Memoria Histórica, el cual fue creado en el año 2005 en el marco de la Ley de Justicia y Paz, tras la desmovilización de buena parte de los grupos de paramilitares.

Los estudiantes acababan de llegar del corregimiento de El Salado, en Carmen de Bolívar, trabajarían en la Comuna 13 de la ciudad de Medellín y otros espacios urbanos y continuarían su recorrido para conocer las experiencias de resistencia en los municipios de Granada y San Carlos en el oriente antioqueño. De ser posible, también viajarían al Cauca, donde se estaba (todavía hoy) viviendo una situación muy complicada por los ataques a pueblos y enfrentamientos entre guerrilla de las Farc y Fuerza Pública. En la mitad de esta lucha, como siempre, estaban las comunidades indígenas del Cauca. Semejante trabajo y recorrido de los estudiantes, me generaron emoción y respeto.

A finales de la década del 80 y principios del 90, si algo me quedó claro en mis estudios de periodismo de la Universidad de Antioquia, en Medellín, era que por

un lado estaba el ejercicio académico y por otro las realidades del país.

Lo normal era salir sin preparación para contar una historia con demasiadas aristas, muchas de ellas atravesadas por el conflicto armado que nos agobia desde mediados del siglo pasado. Pero el deber de comunicación y memoria de una sociedad agobiada por las injusticias, la corrupción y las inequidades requiere de profesionales en el periodismo que sean idóneos y tengan un sentido ético y humano que nos permita entender y contar lo que sucede un poco más allá de nuestras ciudades y salas de redacción. A esa conclusión llegamos muchas veces en reuniones y foros con colegas de distintos medios cuando reflexionamos sobre nuestro ejercicio.

Por eso al encontrarme con estos cuatro comunicadores de la Universidad de La Sabana, tuve una sensación muy bella y muchas preguntas sueltas comenzaron a rondar en mi cabeza: ¿Será que algo está cambiando en la formación de los periodistas para mejorar la calidad de los profesionales? ¿O serán ellos una excepción y la muestra o talante de un grupo distinto que quiso sacudirse del aula, la oficina, los libros y la internet? ¿Qué los movía en la academia y más desde una Universidad privada a contar otra historia del país donde los protagonistas fueran mujeres y hombres sencillos de comunidades lejanas y en procesos de resistencia? ¿Quiénes les habían inculcado que era importante la palabra de las personas que habían sido víctimas y no la de comandantes armados o políticos de turno que dicen siempre representar al pueblo? Me preguntaba esto y me preocupaba por ellos y los riesgos de moverse en regiones y contextos sociales de inequidad y fuego cruzado.

Así fue como pocos días después terminamos juntos en las montañas del Cauca, en los municipios de Toribío y Jambaló. El encuentro ocurrió en medio de una coyuntura difícil para las comunidades indígenas y sus autoridades por el papel desempeñado por la Guardia en la expulsión a la fuerza de un grupo de militares que se acantonaron en lo alto del cerro Berlín. La Guardia Indígena, ganadora del Premio Nacional de Paz en el año 2004 por su búsqueda incansable para lograr el equilibrio en su territorio, se había convertido de la noche a la mañana en blanco de señalamientos de autoridades y Fuerza Pública, quienes los presentaban como salvajes y cómplices de la subversión.

Los titulares y portadas de todos los medios de información en el país fueron implacables con la Guardia durante días, pero un hecho posterior de captura y juicio a cuatro guerrilleros de las Farc, pasó casi desapercibido en los medios. Para fortuna nuestra, y como experiencia de trabajo y de resistencia de estas

comunidades, que era el tema de grado de mis colegas en la Universidad, fuimos testigos del juicio y castigo al que fueron sometidos los integrantes de la guerrilla por parte de las autoridades tradicionales y sus alguaciles.

La quema de uniformes y pertrechos entre los que había tres fusiles, una pistola y un “tatuco”, así como una moto pertenecientes a los guerrilleros, no mereció una portada o editorial en ningún medio o al menos en una columna de opinión que rescatara del olvido la valentía de un pueblo como el nasa, que defiende con su propia vida el territorio. Los cuatro colegas de periodismo pudieron sentir el temor por las represalias de la guerrilla, pero también la fuerza, valentía y dignidad de los indígenas y obtener de primera mano los testimonios visuales y orales del juicio.

Esta demostración de resistencia y rechazo a las arbitrariedades de un grupo ilegal que pone en riesgo a los pueblos indígenas, generó un mes después, a manos de milicianos de las Farc, la muerte del médico tradicional y líder espiritual del resguardo de López Adentro, Lisandro Tenorio Tróchez, un hombre sabio de 74 años asesinado el 12 de agosto de 2012. Hubiera deseado que Mariana, Marcela, Catalina y Mateo hubieran estado conmigo acompañando a los familiares del Mayor Lisandro, como cariñosamente le decían, pero ya no estaban. Debían continuar sus estudios para terminar la carrera. Sus palabras de aliento en medio de este drama que estuve registrando como memoria de su resistencia, me conmovieron.

Ahora cuando leo su trabajo de grado y recuerdo los pasos que dimos, comprendo por qué estaban tan entusiasmados y sincronizados. Todos tenían como tarea viajar y conocer a víctimas y protagonistas en sus espacios familiares y de trabajo. Deseaban escuchar de sus vidas, dolores y resistencias, de su fuerza y dignidad, y muy especialmente de sus esperanzas. Me sentí orgulloso de haber caminado a su lado en el Cauca, aunque no estaba acompañándolos, ellos lo hicieron conmigo y con la gente que encontraron en el camino.

Dieron pasos entusiasmados sin desfallecer, y en búsqueda también de encontrarse, miraron de frente y a los ojos a este otro país que muchas veces no vemos, pero que está ahí, esperando a ser escuchado y narrado con sus relatos fuertes y conmovedores, a los que muy pocos llegan como lo hicieron ellos, quienes fueron respetuosos de los espacios y sus memorias y aprendieron que otra historia es posible.

Sé que no fue fácil por los miedos que los rodearon, por los señalamientos que muchas veces nos hacen y hacemos a quienes se acercan un poco más. Entendí

que este ejercicio colectivo de periodistas, y desde una Facultad de Periodismo en la Universidad de La Sabana, buscaba propiciar otra narrativa de la historia reciente de Colombia. Esa que tanto reclamamos como ciudadanos a los medios para que nos brinde pistas en un país que, por fortuna, ahora está en la búsqueda y construcción de una agenda donde la paz y la justicia social sean una realidad y nunca más lo sea la guerra y la indiferencia.

Conocer otras realidades de hombres, mujeres y niños del campo o la ciudad y que han sufrido la guerra, pero que también resisten y siguen cultivando con esperanza, es un magnífico relato de memoria histórica que nos enseñan Catalina, Mariana, Marcela y Mateo. Una patria donde algunas personas siembran odios, pero donde la gran mayoría quiere sembrar y construir una patria más justa y humana, con personas sencillas que salen a tomarle el pulso a Colombia para reconstruir, como en este caso, ese espejo roto que ha dejado la barbarie y la indiferencia. Podremos así mirarnos en un mismo espejo desde nuestras riquezas y diferencias.

Un vecino invisible

A mí no me da miedo morir, pero sí me da miedo morir injustamente y de una manera macabra.

Ernesto Giraldo*

Por Marcela Madrid Vergara



Hace 17 años, Ernesto Giraldo le prende veladoras a La Milagrosa que reposa junto a sus diplomas en la farmacia.
/Marcela Madrid.

—Yo le cuento pero no me vaya a grabar —aceptó finalmente Ernesto Giraldo después de insistirle que solo era un trabajo académico que no lo pondría en peligro.

Cuando entré a la Droguería Colombia, donde hace 18 años trabaja como farmacéuta, enfermero y hasta médico —aunque le molesta que le digan así— estaba prevenido. Pastora Mira, la mujer más admirada de San Carlos por su lucha al lado de las víctimas, me había advertido sobre la parquedad de Ernesto y su aversión a hablar del pasado.

Esta mujer se autodenomina la *madrina de los desaparecidos* y conoce las historias de cada uno de sus paisanos: de los que se fueron y nunca volvieron, de los que quedaron aislados en las veredas, de los que cerraron sus tiendas para no pagar extorsiones y de los que, como Ernesto, siguieron trabajando sin preguntar quién lo necesitaba.

Llegué con Pastora al local ubicado en una de las esquinas del parque. El hombre delgado y calvo detrás del mostrador suspendió el trabajo con los clientes para preguntarle a “Doña Pastora” por su familia y sus actividades; luego sonrió y me estrechó la mano.

Lo que no me advirtieron, hasta mucho después, era que Ernesto no concebía negarle la ayuda a alguien; por eso accedió a contarme cómo había vivido los años en que su farmacia fue uno de los pocos lugares donde los sancarlitanos llegaban sin miedo a pedir ayuda.

—Bueno pues, venga por la tarde y hablamos 10 minuticos —me dijo.

Cuando volví, ya olvidadas las referencias, pensé que sería una larga charla en la que me daría su testimonio mientras ganaba su confianza. Pero efectivamente fueron 10 minutos exactos en la tienda vecina a la farmacia, donde me contó en voz baja cómo había sido su trabajo desde hace algo más de una década. Eso sí, después de hacerme advertencias y preguntas originadas por una desconfianza que yo aún no comprendía.

Con una postura recta, evitando que su espalda tocara la silla de plástico, Ernesto inició su relato con una frase que repetiría una decena de veces.

—Es que lo que a mí me hicieron fue muy horrible, eso no se lo deseo a nadie.

Él era uno de los vecinos de la estación de Policía del pueblo y en las noches de miedo, cuando grupos de paramilitares y guerrilla intercambiaban balas y explosivos desde los tejados de las casas, se convertía en el guardián de los más temerosos. Aunque todos cerraban sus puertas a las seis de la tarde y San Carlos

se convertía en un pueblo fantasma, él salía de su casa para visitar a los niños que no podían dormir.

Era común que durante esos enfrentamientos, de noches enteras, a los pequeños les costara respirar por los nervios; así que Ernesto visitaba dos o tres casas haciéndoles nebulizaciones, protegido en el camino nada más que por sus plegarias. En la última casa pasaba la noche hasta que el ambiente afuera se calmara. Así aprendió a volverse invisible, logrando que de alguna manera sus pasos, su respiración y sus movimientos de una casa a otra fueran imperceptibles.

—Bueno mi niña, ¿y qué más necesita saber? —me preguntó Ernesto con una sonrisa que, a pesar de esa supuesta frialdad, aparecía en su rostro al final de cada frase, de cada recuerdo. Así, tomó un sorbo de su leche con canela y continuó.

—Me acusaban de que auxiliaba a un bando o al otro. Pero ¿qué iba a saber yo quién era el uno o el otro? Yo cumplía con mi labor que era atender a los enfermos.

Los hechos

Se dice que 1998 marcó la ebullición del conflicto en San Carlos. “Escalada terrorista”¹, “Incurción armada dejó cinco muertos”², “Hallan muerto a desaparecido de San Carlos”³. Por este tipo de titulares, el municipio se volvió protagonista de los diarios regionales y empezó a figurar en los nacionales. Las acciones de la guerrilla tomaban fuerza y, como una plaga, el miedo también contagiaba a la Policía. Faltaba solo un año para que, acorralada por la guerrilla, la Fuerza Pública tomara la determinación de abandonar San Carlos, dejando a sus pobladores a merced de los subversivos y de los paramilitares.

Cada vez que resultaban enfermos o heridos por los ataques guerrilleros, los agentes recurrían al farmaceuta del pueblo, quien vivía a cuatro casas del comando.

—A los policías les daba tanto miedo salir hasta el hospital, que se iban a donde don Ernesto para que los atendiera. Él los dejaba canalizados en su casa para irse a trabajar y volvía varias veces para revisarlos, cuidando de que nadie lo viera— me cuenta Juan Camilo, el joven que atiende en la Droguería Colombia junto a Ernesto.

¹ Periódico El Colombiano. Agosto 4 de 1998.

² Periódico El Colombiano. Marzo 25 de 1998.

³ Periódico El Tiempo. Octubre 30 de 1998.

Es domingo por la noche de un lluvioso noviembre de 2013 y está a punto de cerrar el local luego de un turno sin su jefe. Las pocas veces que el aprendiz escucha este tipo de relatos de quien considera un maestro y un padre, van acompañados de la advertencia “esas cosas quedan entre nos”.

Así, en medio de hostigamientos, pasaron los días hasta que llegó agosto de 1998. Los policías empezaron a pedir refuerzos de otras zonas, pues tenían información de que una toma guerrillera era inminente. Pero el apoyo no alcanzó a llegar y el 3 de agosto pasó a recordarse como el día en que la Policía tuvo que rendirse.

A eso de las nueve de la noche empezaron a escucharse en todos los sectores los disparos que venían de la calle Los Guamos, donde quedaba el comando. Los combates desde los tejados de las casas con fachadas antiguas se prolongaron hasta la mañana siguiente, acabando con el techo y algunos muros de la estación.

En las casas vecinas los efectos fueron similares. Si el miedo de los sancarlitanos era constante, para quienes vivían cerca del comando la angustia era un sentimiento sin descanso durante el año. Muchos apenas estaban conciliando el sueño cuando se oyeron los primeros disparos. Pasaron las siguientes horas debajo de las camas, rezando o tomando calmantes mientras esperaban el desenlace. Un zapatero de San Carlos, Marco Emilio Quimbayo, cuenta que a Ernesto aún lo perturba un zumbido en el oído como consecuencia de la toma.

Casi todo su techo se había caído por cuenta de las explosiones, cuando empezaron a llegar los policías por la parte trasera de la cuadra. Ernesto aún recuerda sus nombres y sus rostros: Selín, herido en el cuello y en la frente; y Nicolás, con la cara llena de esquirlas y los ojos rojos.

Mientras a pocos metros la guerrilla seguía acorralando a los policías, Ernesto atendía a los dos que habían pedido sus cuidados. Aunque en el fondo él sabía que más que la curación de unas heridas, Selín y Nicolás buscaban un refugio, un lugar donde pudieran volverse invisibles, como tantas veces su enfermero lo había logrado.

A las cuatro de la mañana llegaron los guerrilleros a la casa de Ernesto buscando a sus víctimas. Los dos permanecían escondidos, pero Nicolás fue descubierto y llevado con sus otros seis compañeros, quienes tuvieron que entregarse para evitar que los atacantes destruyeran toda la cuadra.

—No se vaya a mover —le susurró Ernesto a Selín tras esconderlo bajo las cobijas.

El policía logró controlar los nervios y pasó inmóvil las siguientes horas. En la mañana, cuando no había nadie a la vista, Ernesto salió con él a cuestas rumbo al hospital.

Transcurrieron diez horas sin descanso durante las cuales los 12 policías fueron hostigados con fusiles y explosivos. Dos murieron, tres —entre ellos Selín— lograron escapar y los otros siete sobrevivientes se convirtieron en el trofeo de guerra del noveno frente de las Farc. A las 7:30 a. m. cesó la horrible noche, pero para esos siete, la libertad tardaría tres años en llegar. Tres años de secuestro en los que diariamente Ernesto convocó a sus vecinos en un grupo de oración para pedir por su regreso.

Luego de esa fugaz conversación con Ernesto quedé más confundida. ¿Por qué todos me prevenían sobre su severidad si parecía que desbordaba gentileza? ¿Por qué su actitud siempre alerta? ¿Por qué me contaba los hechos omitiendo escenas importantes, como si yo las conociera? Y, sobre todo, ¿Por qué no paraba de repetirme “lo que a mí me hicieron fue horrible”?

Volví entonces a la Droguería Colombia la tarde siguiente para tratar de entender, entre otras cosas, qué era eso tan horrible que le había pasado. Como antes, el local estaba repleto. No tuve que decirle mucho para que el hombre de la bata blanca me respondiera con una sonrisa y me hiciera seguir.

—Cubríme que enseguida regreso —le dijo a Juan Camilo, y caminó unos pasos entre las paredes blancas y cubiertas por estanterías con medicamentos, hacia el pequeño cuarto donde se aplican las inyecciones.

Cerró la cortina y, como si hubiera tenido la certeza de mi motivo en esta nueva visita, empezó a hablar.

—A mí me retuvieron y me persiguieron... el gobernador de Antioquia. ¿Sí sabe quién era el gobernador de Antioquia, verdad? —preguntó agachando la cabeza para mirarme a los ojos por encima de sus gafas.

Empezó su relato en esas estrechas paredes donde solo caben una camilla, un botiquín y un cuadro del Sagrado Corazón; no sin detenerse por momentos para examinarme de pies a cabeza con la mirada y preguntarme: —¿no me está grabando, verdad?

Esta vez se devolvió a narrar lo que le ocurrió en 1995, tres años antes de la toma que acabó con el comando de Policía.

Ese año fue el inicio de un nuevo ciclo de violencia en San Carlos por las pujas para hacerse con el control de importantes obras de infraestructura. Según me explicó Carlos Olaya, escritor del libro *Nunca más contra nadie*, —sobre la violencia histórica en San Carlos— tres alcaldes fueron asesinados en atentados atribuidos a la guerrilla. Entonces, el gobernador de Antioquia, Álvaro Uribe Vélez, llegó al municipio para designar un alcalde militar. Se trataba del mayor del

Ejército Hugo Abondano, comandante del Batallón Antiguerrilla Héroes de Barbacoas, que operaba en la vereda Juanes.

Los movimientos sociales, políticos y la comunidad se unieron para rechazar la imposición de un alcalde militar; algo que, según Olaya, Álvaro Uribe nunca pudo perdonarle al pueblo.

Ernesto recuerda y recrea casi en un susurro cómo, en medio de ese panorama, un 2 de noviembre llegó a la droguería de la Cooperativa Multiactiva Wilmar Quintero, un joven al que había visto crecer en el pueblo, para pedirle que fuera hasta la vereda Puerto Rico a atender un herido. Ya para entonces, los pobladores veían con respeto al farmaceuta y recurrían a él cuando era difícil acceder a un médico. También lo conocían lo suficiente como para saber cuánto le costaba decir “no”.

Luego de varias horas de caminata, Ernesto y Wilmar llegaron donde el herido.

—Recuerdo su nombre: Policarpo —dice aún de pie y con los brazos cruzados frente a mí.

Luego de atenderlo, cuando iban de regreso al casco urbano, llegaron hombres del Batallón Antiguerrilla Barbacoas. Contrario a como solían terminar estas misiones de primeros auxilios, los hechos que siguieron se convirtieron en una pesadilla para Ernesto. Esos hechos hoy lo tienen, como un disco rayado, repitiendo frases como “yo quedé traumatizado” o “como dice el libro, ¿por qué le pasan cosas malas a la gente buena?”.

El farmaceuta, Wilmar y Policarpo fueron amarrados de las manos, acusados de colaborar con el EIn. Al parecer, Policarpo era guerrillero y el joven que llevó a Ernesto hasta allá también. Las explicaciones del farmaceuta sobre su presencia en el lugar estuvieron acompañadas por lo que parece el himno de su vida: “Yo no sabía, señores, yo cómo iba a saber, yo vine porque había un herido”.

La guerra genera situaciones incomprensibles, tal vez inimaginables para el ser humano en un entorno de relativa calma.

—El que me buscó para que fuera a atender al herido en Puerto Rico... yo lo había visto jugar y tomar con los del Ejército allá donde ahora queda el Pollo Broaster. Por eso nunca me imaginé que fuera guerrillero —asegura Ernesto, acomodando sus gafas con una mano para luego volver a cruzar los brazos.

Aunque algunos se acostumbraban a esos sinsentidos, él trató de encontrarles una explicación.

—¿Y ustedes por qué se matan si yo los veo jugando fútbol juntos? —le preguntó algún día a otro de los jóvenes conocidos.

—Ah no, es que hay que tener al enemigo cerca.

Esa tarde del jueves 2 de noviembre, los tres acusados fueron llevados en un carro hasta la estación de Policía del casco urbano. Durante horas de interrogatorio, que se extendieron hasta la madrugada siguiente, Ernesto mantuvo la calma, a la espera de que ese malentendido se solucionara.

—¿Cuántos hermanos tiene?, ¿qué hacen? ¿Qué hacía antes? ¿Por qué estaba en esa vereda? —fueron algunas de las preguntas de los policías.

Pero ni las respuestas, ni la llegada de varios vecinos para atestiguar la veracidad de estas, convencieron a las autoridades de la inocencia del farmaceuta. La detención se prolongó y pasó a la IV Brigada del Ejército en Medellín. Las horas pasaban y la calma de Ernesto, justificada por su inocencia, empezó a diluirse entre otros pensamientos más cercanos a la angustia.

—A mí no me da miedo morir, pero sí me da miedo morir injustamente y de una manera macabra —pensaba entonces.

Luego de otra dosis de interrogatorio, decidió distraerse preguntándole a uno de los retenidos cómo eran las torturas allá.

—Me dijo que con unos cables de electricidad. Yo pensé: si a mí me hacen eso para contar cosas que no hice, agarro esos cables bien duro hasta morirme —me ilustra Ernesto con los ojos cerrados y los puños apretados, aún en el pequeño cuarto de la farmacia.

Pero esos castigos no fueron necesarios; la próxima estación sería la Fiscalía, donde al día siguiente las mismas preguntas producían la misma respuesta: “Yo no sabía nada, señores. No tienen ningún motivo para privarme de la libertad”.

La ronda de cuestionamientos por parte del fiscal era constantemente interrumpida por llamadas telefónicas de sancarlitanos pidiendo que liberaran a su “médico”, y también por la llegada de una petición firmada por instituciones y particulares del municipio. En una de esas pausas, Ernesto recordó aquel libro sobre cómo tratar a las personas deprimidas, que le había recomendado una de sus pacientes.

—El libro decía: “Cuando te sientas desesperado, mira al cielo”. Me acordé de eso, miré hacia arriba y dije: “Dios mío, tú sabes que yo no he hecho nada malo”. En ese momento llegó el fiscal y me dijo: “Párese que cambiaron los planes” —recuerda.

Espéreme aquí, le voy a traer unos documentos que le pueden servir —me dijo Ernesto y se fue hacia su casa.

Salí del cuarto de las inyecciones detrás de él. Juan Camilo me miró mientras empacaba unas medicinas.

—Parece que le contó bastante, y eso que él es muy miedoso todavía, —me dijo conteniendo la risa.

En la Droguería Colombia, rodeada por los diplomas de estudios de Ernesto y Juan Camilo, permanece desde hace 17 años una escultura de la Virgen La Milagrosa. Según el ayudante, cuando el negocio está solo, él le prende unas veladoras y se llena.

Más que otra figura para adorar, esa virgen es un recuerdo del apoyo del pueblo para recuperar su libertad, pues fue uno de los regalos recibidos cuando regresó a San Carlos aquel 4 de noviembre de 1995. La señora que se lo dio vivía en la vereda Vallejuelo y a esa misma Virgen le había pedido durante tres días por el regreso de su enfermero.

Mientras Juan Camilo me contaba sobre la condecoración que había recibido hacía poco don Ernesto por el aprecio del pueblo a su labor —la medalla del Cacique Punchiná—, regresó su jefe a la farmacia. El hombre que caminaba rápido con la mirada fija en el suelo, traía debajo del brazo una bolsa negra llena de papeles amarillentos por el paso del tiempo. *San Carlos, Antioquia, noviembre 14 de 1995 / San Carlos, Antioquia, noviembre 17 de 1995 / San Carlos, Antioquia, noviembre 21 de 1995*; eran los encabezados de unas cartas dirigidas a quienes, asegura, dañaron su buen nombre durante los días siguientes a su liberación. Además del gobernador, los directores de los periódicos regionales El Mundo y El Colombiano recibieron de Ernesto las solicitudes de rectificar las acusaciones en su contra.

Señor
GUILLERMO GAVIRIA ECHEVERRY
Director
Periódico El Mundo
Medellín

SOLICITUD:

Que por su mismo periódico sea rectificada la información brindada por el periódico El Mundo del domingo 5 de noviembre de 1995 en primera página, con continuación en la 12, en el sentido que el señor ERNESTO GIRALDO, domiciliado en el municipio de San Carlos, Antioquia, no es integrante del Frente Carlos Alirio Buitrago del ELN.*



Figura 1. Periódico El Mundo. Noviembre 5 de 1995.

Figura 2. Periódico El Colombiano. Noviembre 5 de 1995.

Luego de advertirme que guardara muy bien esos papeles, este hombre al que le encanta citar libros de autoayuda y leer a Juan Pablo II, recordó esos días defendiéndose frente a una máquina de escribir.

—Me tocaba parar para secarme los ojos, lloraba muchísimo.

Además de la batalla por defenderse, tenía que soportar a un hombre siguiendo cada uno de sus pasos. Una de las cartas más difíciles de escribir fue la de defensa ante el gobernador de Antioquia, acompañada por 54 firmas de diferentes instituciones, hospitales, juzgados y la Alcaldía Municipal. Hasta la heladería y las farmacias del pueblo se unieron.

—Yo me fijaba en lo que ese señor decía en televisión, le encantaba hablar del Estado Social de Derecho y yo le ponía eso en las cartas.

Doctor
ÁLVARO URIBE VÉLEZ
GOBERNADOR DE ANTIOQUIA
Medellín.

Le ruego, por favor, señor Gobernador, que no siga jugando más con mi seguridad personal sindicándome de irregular, pues palabras tan autorizadas como las suyas, primera autoridad del Departamento, calan hondamente en aquellas personas enemigas de la Paz, para las cuales ya debo ser su próximo objetivo.

Sé muy bien que usted es un profundo defensor del Estado Social de Derecho (art.1º ib.), le ruego que consulte sobre mi honestidad y mi calidad de ciudadano de bien con el Mayor ABONDANO y el Capitán CÁRDENAS, máximas autoridades del “Batallón Barbacoas” en este municipio. Mas aún, lo invito para que lo haga también entre sus soldados, a quienes jamás les he negado mis servicios de enfermero y farmacéuta de la Cooperativa Multiactiva del municipio.

Algunas de sus peticiones fueron atendidas, otras no. Pero los recuerdos de ese noviembre, aunque trate de evadirlos, no se borran de la mente de Ernesto Giraldo. Desde entonces, todos los días camina de su casa a la farmacia sin saludar a nadie, a menos que lo saluden primero. Le molesta que le digan médico, que lo adulen, que le agradezcan y que le den regalos. A pesar de esa “parquedad” que todos han aprendido a aceptar, él sabe que esas personas ya le dieron la mayor muestra de aprecio al luchar por su libertad. Por eso mantiene su filosofía de no negarle la ayuda a nadie, lo que quedó demostrado tres años después cuando los policías Selín y Nicolás llegaron a su casa para pedirle prestada esa invisibilidad que lo mantiene a salvo.

*Nombre cambiado a petición de la fuente.

De hierro me hago al andar

La gente no cree que en mi pueblo puedan estar los hijos de los asesinos con los hijos de las víctimas en un mismo salón de clases. Pero es cierto, y en San Carlos ya nadie protesta por ello.

Betty Loaiza

Por Mariana Escobar Roldán



Por el camino que de San Carlos, Antioquia, conduce a la escuela de Palmichal, ya no se encuentran guerrilla y paramilitares. Los arrieros van monte arriba hacia sus sembrados. /Mariana Escobar.

Camino a la escuela

Betty, por los caminos de San Carlos, tu pueblo, parece que jamás se hubiera escuchado el eco de un disparo.

A lo largo del filo que conduce a la vereda El Tabor, aparece Fanny, sofocada por el calor de la tarde, después de media jornada en los cultivos de café. Su sonrisa, con todo y el bochorno, y un pasado de miedo y exilio, parece la más boyante del oriente de Antioquia.

Miguelito Castaño, líder invencible de la vereda Hortoná, mientras bebe un sorbo de aguapanela fría y se acomoda para una foto su camisa blanca de domingo, cuenta que el Ejército lo acusó de “bolear candela” con la guerrilla, y que más de una vez, cuando arreciaban los combates, tuvo que esconderse monte adentro por días. Sin embargo, para él, tener a la familia viva y ver crecer doce hectáreas de maíz y caña, lo hacen el hombre más afortunado del mundo.

Ángela Escudero, de Dosquebradas, reconstruye un rancho, levanta platanales, siembra yuca y cuenta anécdotas a carcajadas, para calmar la pena de que en su calle le hayan matado al tercero de sus cinco hijos, a Pedro Alfonso Giraldo Escudero, mientras ella veía las parodias de Jaime Garzón en la pantalla.

Por los caminos de San Carlos, Betty, los niños se bañan en las quebradas y cascadas; afuera del cementerio juegan los perros; en los graneros, farmacias y cantinas, la gente saluda amable a los foráneos. Parece como si todos se hubieran armado de una fortaleza sobrehumana.

Pero tan extrema fue la violencia, que tu pueblo ni siquiera alcanzó a contar a sus muertos. ¿Contaste a los tuyos o los olvidaste?, ¿recuerdas el rostro de los que viste en las calles?, ¿supiste de los que descuartizaron y pusieron como trofeos en el parque?, ¿sabías sus nombres?

Desde que eras una estudiante de colegio, hasta hoy, cuando estás por jubilarte como maestra, a tu municipio han llegado seis grupos armados con odio, tropas, fusiles, granadas y cilindros.

Debes saber que algunos arribaron en busca del bien máspreciado de tu pueblo: el agua. Otros, queriendo ganar territorio; y otros más, obsesionados con arrebatarle el poder a unos o a otros.

Lo cierto es que guerrilla, paramilitares y Ejército participaron de 33 masacres; y en tus campos sembraron tantas minas, que en ningún pueblo colombiano los niños, campesinos y uniformados han pisado más de estos artefactos que en el tuyo.

Mientras caminabas a la escuela, Betty, ¿imaginaste alguna vez que bajo la maleza

podría estar la muerte enterrada?, ¿a quién te encontrabas?, ¿a qué le temías?, ¿con quién llorabas?, ¿cómo eran tus noches antes de coger la trocha?

Desde las seis de la tarde, hasta bien entrada la madrugada, sonaban balas y explosiones. Paraban cuando llovía o cuando se fatigaban los ejércitos, pero casi siempre los combates duraban toda la noche.

Después de esa pesadilla, me despertaba y preguntaba, ¿por dónde fue? Si había sido por un lado, cogía camino por el otro, pero sabía que si dejaba de ir a la escuela un solo día, al siguiente me iba a dar más terror. Por eso nunca me ausenté.

Como era directora de la escuela de Vallejuelo, reunía a los maestros y les decía que cada uno tomara la decisión de ir o no, que cada uno asumiera su miedo. Sin embargo, antes de salir, el pánico nos invadía a todos. A unos más que a otros, o al menos la fuerza de unos era mayor, pero cruzar la puerta de la casa cada mañana era una batalla que costaba librar.

Nuestra escuela fue la única de San Carlos que nunca cerró. Siempre había algún valiente que fuera a acompañar a los niños, mientras las otras instituciones, o tenían que clausurarse porque todos los estudiantes de la vereda se habían desplazado, o porque los profesores no podían ir a abrirla.

Yo a diario, a las 5:30 a. m., me iba con la cabeza agachada, porque sabía que por ahí estaban los “paracos” o la guerrilla, y si miraba a uno, el otro iba a pensar que yo era enemiga.

Tenía un radio pequeño y escuchaba la emisora del pueblo a todo volumen. Sonaba la misa, el rosario; sonaban boleros, guasca, baladas. Era la única forma de que no me espantara con cualquier ruido de la carretera.

Con la violencia ningún carro quería ir a Vallejuelo, de manera que casi siempre me iba a pie. Si iba a buen paso, el recorrido tardaba una hora; si me iba lento, casi dos horas. A veces me prestaban una bestia, pero cuando uno camina tiene tiempo para pensar y para rezar.

Muchas veces estaba esa gente acampando. Se veían los fogoncitos donde calentaban la aguapanela y las cabuyas donde ponían a secar los uniformes. Se paraban en los filos a saludarlo a uno. —¡Buenos días, profe! —me gritaban, pero yo no le respondía a ninguno.

A veces era el Ejército; otras, los paramilitares, y, casi siempre, la guerrilla. Era

como si se turnaran para llegar, aunque Vallejuelo era terreno de las Farc y el Eln.

De vez en cuando me paraba un tipo de esos.

—¿Qué lleva ahí en ese bolso? —le preguntaban a uno.

Yo respondía que comida y libros, y ellos insistían en que uno cargaba cartillas de la guerrilla para enseñarles comunismo a los niños, que se las mostrara, y cuando comprobaban que no había nada de eso, decían que si veía a la guerrilla por Vallejuelo, les avisara.

Omar, el profesor de matemáticas, el más aguerrido, casi siempre me acompañaba. Solo una vez, cuando la cosa estaba muy caliente, me dijo a medio camino:

—Betty, yo no soy capaz de seguir, me quiero devolver.

Le respondí que tranquilo, que yo entendía, aunque por dentro me comían los nervios de tener que continuar sola.

—¿Y usted va a seguir? —me preguntó apenado.

Le dije que sí, que si me dejaba ganar del miedo nunca más iba a ser capaz de ponerme en pie. Otra cosa era si nos amenazaban o nos devolvían de arriba, pero esa incertidumbre de “¿será que más adelante hay un muerto?, ¿será que por la vuelta nos están esperando?, ¿será que pusieron una mina en el camino?”, esa no me iba a poder.

Como Omar, a los otros docentes también los vencía el miedo de vez en cuando y se pegaban de cualquier cosa para no tener que ir a la escuela.

En una ocasión, por ejemplo, viajé a Medellín, no recuerdo por qué. Llegué un jueves y Matilde, una profesora, me avisó:

—Betty, nosotros desescolarizamos y mañana no vamos a ir a dar clase.

—¿Pero qué pasó? —le pregunté yo entre asustada y brava.

—Es que hay una gente muy rara en la vía —me dijo ella toda achantada.

—¿Y es que usted no sabe pues que hay gente de otras veredas que están arreglando las cunetas y los huecos? ¿Usted sí sabe lo que pasa cuando nosotros no venimos a la escuela? ¿Sí sabe que los papás se llenan de miedo y no vuelven a mandar a los niños? ¿No se da cuenta que eso le da entender a la guerrilla y a los paramilitares que lograron asustarnos —le respondí furiosa.

Y preciso, el domingo me llamó doña Berta, la mamá de un muchachito:

—¡Ay profesora, por Dios!, ¿ustedes qué fue lo que hicieron? Imagínese que el viernes, como no vinieron, subieron las autodefensas. La guerrilla entendió que los maestros habían llamado a los “paracos” y que por eso no habían dictado clases.

Yo la tranquilicé y le dije que no me iba a quedar sin trabajar, que el lunes iba y que, como no había visto nada, ni era yo la que había desescolarizado, no tenía por qué esconderme.

Ese mismo día, después de la misa de las siete de la noche, cité a los 10 maestros de la escuela. A cada uno le pregunté —¿usted vio algo en la carretera?, ¿usted le avisó a los “paracos” que no íbamos?, ¿usted va a ir mañana? —y todos respondieron no, no, sí.

Al lunes llegaron nueve. Faltaba una, Lilia, que casualmente tenía un primo en los paramilitares.

Yo lo noté y confirmé que algo sí tuvo que haber dicho ella, cuando al ratico vi que venía Iván, uno de mis estudiantes, corriendo y con la carita del color de un papel.

—¿Mandaron por mí?, ¿me van a matar? —le pregunté yo, que por esos días andaba muy nerviosa.

—No. A usted no, profe. Es a otra profesora. Yo venía y en el camino me salieron dos tipos armados que me preguntaron por cada uno de ustedes. Perdón, profe, pero me asusté mucho y les tuve que decir.

Le di agua, lo tranquilicé, le dije que no había hecho nada malo y que con calmita me fuera contando lo que le preguntaron.

—Profe, necesitaban a un profesor del que no sabían el nombre, entonces yo tenía que decirles cómo se llamaban todos ustedes y ellos iban respondiendo si sí era el que buscaban: ¿la profesora Betty? Que no, que ellos sabían que usted era buena gente. ¿El profesor Luis, el barrigón? No, ese tampoco es, y así les fui mencionando uno por uno, pero de los nervios se me olvidó el nombre de la profesora Lilia, entonces les expliqué que era una pecosa y gordita, y de ella, profe, de ella me dijeron que iban a matarla.

Después de eso Lilia no volvió más. Nadie sabe a dónde fue.

Los demás maestros seguimos trabajando y, a excepción de una vez que a un niño se le fue un balón a la quebrada y encontró allí dos bultos de dinamita metidos en un costal, el camino a la escuela parecía tranquilo.

Eso sí, el dolor más grande que uno pueda imaginarse se siente cuando hay que pasar por encima de un cadáver y no se puede hacer nada. Es mil veces peor que cuando muere un perro y uno ve que los carros andan por el lado como si nada.

A mí me pasó. En la vía, llegando a la escuela, encontré el cuerpo de un niño de unos 12 años. No era de la zona y lo habían asesinado en la noche, porque las manitas ya estaban frías.

Faltaba media hora para que llegaran los estudiantes y yo solo rezaba para que algo pasara y no tuvieran que encontrar el cadáver. Sabía que si levantaba al niño, los que lo mataron iban a pensar que yo era del bando contrario. La ley era que los muertos no se tocaban, pero me importó un rábano y salí corriendo a buscar cobijas y sábanas entre los vecinos.

—¡Ay profe!, nosotros se las prestamos, pero queda bajo su responsabilidad, porque nos da miedo —me decían todos.

Y como a mí se me quitó el miedo, lo envolví bien entre una cobija y una sábana, y lo cargué hasta la casa de un señor de la comunidad. Llamé a la Policía y lo primero que me preguntaron fue:

—¿Usted sabe quién lo mató?

—¿Yo qué voy a saber?, no le digo que lo encontré en la carretera con la carita y el pecho destrozados —les respondí yo.

Mientras hacían sus averiguaciones, le pedí a mi suegra, que ayudaba a realizar las necropsias en el cementerio, que por favor me recibiera al niño. Allá llegó y le dimos cristiana sepultura, pero la respuesta de la Policía fue para morir de la ira:

—¡Ay profesora!, nosotros no podemos hacer nada porque ese niño es de la Farc y no nos permiten recoger a un guerrillero —me dijo el señor uniformado con toda tranquilidad.

—¡Huevones!, ustedes bastantes y con escopetas, y yo sola y desarmada, y vea, tengo hasta más berraquera —le alegué antes de colgarle.

La maestra de Vallejuelo

Al Vallejuelo de ahora se puede ir en moto. Se llega en media hora desde el pueblo y de allá puede divisarse el casco urbano de San Carlos en cuerpo entero.

Las matas de café forman hileras perfectas que a lo lejos parecen laberintos brotando de las montañas verde oscuro.

Las familias también viven del plátano, la caña, el pescado, un potrero con una o dos vacas lecheras y en los últimos tres años volvió el turismo después de décadas.

La gente busca las aguas tibias de Vallejuelo. En los límites de la vereda y El Tabor está La Cascada, una caída que se escucha mugir a kilómetros y en la que casi siempre hay bañistas haciendo clavados. Por ahí también pasa La Quebra, y si se continúa por trocha, llegando a la frontera con la vereda Puerto Rico, uno puede oír a La Chorrera, la más grande y ruidosa de la zona.

La escuela, Betty, no es la misma del 98. Hay computadores con Windows XP, pero la mayoría de niños se van a estudiar a San Carlos. Los profesores no duran más de seis meses y la gente dice que ya casi nadie quiere ser maestro, mucho menos maestro de vereda.

No ha habido profesores que marquen la historia como tú. Eso dice José Uriel Daza, un líder de Vallejuelo que te conoce desde que los dos cursaban sexto de bachillerato. Cuando te describe, cuenta que eres una mujer que le da cara a lo que nadie quiere darle cara y que eres la mejor maestra que jamás haya conocido.

Le diste clases a su hijo mayor, Anderson, y a Lina María, la del medio. Él no olvida que todos los días sus niños llegaban diciendo que la profe los aconsejaba, los “charlaba” para que no se dejaran echar carreta de los grupos armados. Eso lo tranquilizaba, porque siempre existía el miedo de que la guerrilla o los paramilitares reclutaran a los más pequeños prometiéndoles dulces o revólveres.

Dice que tus estudiantes te respetaban, que los tratabas con dulzura y que los reprendías cuando había que hacerlo. Que nunca le escuchó decir a sus hijos “qué pereza la escuela”, y para él tú eras el motivo.

En la finca de los Daza guardabas la bestia que a veces te prestaban para llegar desde San Carlos, y ésta y otras familias se angustiaban cuando no estabas a tiempo, porque eras excesivamente puntual, y según cuenta José Uriel, los grupos te llevaban ganas.

¿Cómo hacías para dar clases en medio de la barbarie? ¿Qué les decías a tus niños para que creyeran en la paz y no en la guerra? ¿De dónde sacabas alientos para volver a Vallejuelo? ¿Qué ganabas con ser maestra? ¿A quién perdiste, Betty?

De niña me gustaba jugar a ser profesora. Le enseñaba a los amiguitos de la cuadra a leer, escribir y sumar. Después, cuando ya estaba casada y tenía tres hijas, validé la Normal en el Chocó y en el 91 me nombraron maestra de Vallejuelo.

Por ese entonces todo era muy tranquilo, pero sucedió que luego de la masacre de Dos Quebradas, el 16 de enero del 2003, empezó el rumor de que iba a haber una arremetida en nuestra vereda, en la escuela particularmente, y la gente del campo sacó a sus niños y salió despavorida a San Carlos, a pueblos cercanos y a Medellín.

Con el desplazamiento terminamos muchos maestros para pocos estudiantes. De 130 muchachos que teníamos, quedaron 30, que eran los que vivían en las partes altas.

Llegar al colegio y encontrar a los niños llorando diciendo “profe, es que se llevaron a papá”; “profe, es que anoche se nos robaron las vacas”; “profe, es que nos va a tocar pegar para la ciudad”, eso era muy duro.

Muchas veces no era posible dar clases. Siempre había una tristeza de alguno y entonces cambiaba la dinámica: hacíamos un trabajo más de humanizar que de dar conceptos. Nadie tenía cabeza para concentrarse en los temas.

Normalmente nos manteníamos por fuera del salón. Jugábamos mucho microfútbol y las clases de educación física y lectura eran las mejores para ellos. Hacíamos juegos, visitábamos a los que estaban llevando algún dolor y teníamos una belleza de huerta que nos daba habichuela, repollo, plátano, yuca y chócolo.

Cada seis meses hacíamos un día de pesca en un estanque de 800 cachamas. Los niños agarraban una, la lavaban y la preparábamos con arepa y patacón, mientras con el resto obteníamos ganancias para comprarles regalos en Navidad. Eso era una fiesta completa y permitía que por un ratico nos olvidáramos de la desgracia.

No les podíamos pedir muchos resultados académicos. Ellos daban lo máximo, hasta donde les permitía el miedo, pero en las materias ninguno era brillante.

A veces ni siquiera llegábamos a la escuela, sino a la casa de la familia donde había más tristeza. Uno sabía que se había convertido en algo más que el maestro para esa comunidad; nuestra obligación principal dejó de ser enseñar y se volvió escuchar y jamás permitir que en los niños naciera el odio.

Sin embargo, las cosas se fueron poniendo malucas y ya no bastaba solo con tener bien dispuestos los oídos y el corazón.

Un día, por ejemplo, llegamos a la escuela y la comunidad estaba muy asombrada. Se habían llevado a Chaparro, un líder que todos queríamos. “¿Por dónde fue?” pregunté yo, y llamé a los muchachos de bachillerato y de quinto, agarramos los machetes de la huerta para despejar y cogimos por el monte.

Caminamos como cuatro horas y regresamos con las manos vacías. Solo

alcanzamos a encontrar la chamarra blanca de Chaparro, pero de él, ni el rastro.

La verdad yo pensaba que Isabel, mi mejor amiga y la otra gran líder de Vallejuelo, sería la siguiente.

Era la presidenta de la Junta de Acción Comunal y había decidido renunciar en vista de que las autodefensas la encerraban, la obligaban, le pedían, y ella se negaba a todo.

Un martes hablamos. Se pegó de la ventana del restaurante de la escuela y me contó pasitico que tenía mucho miedo. Dio la vuelta para hablarme más de cerca, me abrazó muy fuerte y me dijo:

—¡Ay Betty!, si a mí me pasa algo, váyase por favor, yo sé que siguen con usted. Yo lo siento en el corazón.

Ese día a mí no me faltó sino arrodillármele para que por favor se fuera. Le prometí que yo me quedaba con Juan Manuel, su hijo, y que cuando ella estuviera organizadita en Medellín yo se lo mandaba.

Me respondió que si no le había robado a nadie, que si no había matado a nadie, ¿por qué se tenía que ir?

Era verdad. El único pecado de Isabel era que no se dejaba de los “paracos” y que, por orgullo, nunca dejó Vallejuelo, hasta el viernes de la siguiente semana, cuando sonó el teléfono de mi casa y era su esposo:

—Betty, ¿está sentada? —y se puso a llorar.

—¿Ovidio, qué fue?, ¿me mandaron a matar?, ¿qué pasó? —le dije yo.

—No, Betty, siéntese primero —insistía él.

—No, dígame pues que ya me está dando es rabia.

—¡Ay!, que mataron a Isabel. Mande por ella y cuénteles usted a Juan Manuel, que yo no soy capaz.

Como en Vallejuelo solo había hasta noveno y Juan Manuel ya había pasado a décimo, se vino a vivir a mi casa en San Carlos, para terminar el bachillerato.

Todos los viernes salía del colegio y se quedaba hasta el domingo con su familia, pero ese día, gracias a Dios, se había ido a jugar un partido de fútbol, porque, de lo contrario, le habría tocado presenciar todo.

Cuando colgué el teléfono salí a la puerta y mandé a un muchacho en moto para que fuera a recoger a Juan a las canchas. Al ratico volvió y me encontró llorando.

Con la noticia, el niño se sentó, no tomó ni agua y quedó como mudo. Lo único que alcanzó a decirme fue que si yo lo iba a echar de la casa. Le respondí que cómo se le ocurría, que eso era lo último que tenía que pensar, que él iba a vivir conmigo y que luego nos traíamos al papá para que no se quedara solito en la finca.

Juan se encerró en la pieza y yo me pegué al teléfono tratando de ubicar al alcalde para que alguien fuera a recoger a Isabel. No lo encontraba por ningún lado, hasta que por fin la secretaria lo sacó de una reunión y pude decirle.

A la media hora llegó Ejército y Policía a Vallejuelo. Ovidio ya la había sacado en bestia a la carretera, y cuando las autoridades lo vieron le preguntaron que por qué la había movido, que eso no se podía.

—Pues porque es la esposa mía, hijueputas. Yo qué iba a saber que ustedes iban a venir, si siempre que hay un muerto lo dejan botado. ¿La dejo allá tirada entonces? Así hubiera sido al hombro yo la bajaba a San Carlos —me contó él que les respondió.

Subieron a Isabel a una volqueta y cuando pasaban por todo el frente de la escuela, salió un señor y los paró. Había otro muerto en la vía, no se sabía quién era, y les pedía el favor de que lo recogieran. Los uniformados no prestaron atención y ya iban a seguir camino, cuando Ovidio los paró y les dijo que cómo iban a dejar a un ser humano tirado.

—¿Y usted por qué no va si es tan verraco? —eso disque le dijeron muertos de la risa.

Y así fue. Dejó el dolor y a su esposa en una volqueta cementera, y con un lazo arrastró solo al otro muerto, que no era de nadie, que no había quien lo llorara.

Yo lo recibí en San Carlos. El problema ahora era que no nos querían dejar velar a Isabel, que porque la habían asesinado y había que investigar. Pero qué bobada, igual nunca investigaban e igual ya la habían movido, y después de mucho rogar, prometí que no la iba a dejar tocar de nadie y que el sábado a primera hora la tenía en el cementerio para que le hicieran la necropsia.

Le rezamos mucho, le rezamos todos, todos los días, hasta que ya Juan Manuel creció, terminó de estudiar y se fue a Medellín a prepararse para ser árbitro.

Ovidio duró dos años vivo. No fue capaz de seguir sin su mujer. Todos los días se fue muriendo de amor. La lloró a diario, se dedicó a beber y un día en una borrachera se cayó del caballo y se descerebró. De seguro esos dos ya están

juntos.

Yo quedé sola, sin mi amiga, y muy angustiada. Sentía que la siguiente en la lista de los muertos iba a ser yo.

El camino de regreso

En tu pueblo las escuelas fueron usurpadas como centros de operación de los actores armados. El sexto frente de las Farc tomó como base las escuelas de las veredas El Chocó y La Hondita, por su ubicación estratégica en la parte alta de San Carlos. Mientras las Autodefensas tomaron la escuela de El Jordán.

Los maestros fueron obligados a cumplir las órdenes de los comandantes y cerca a los patios de juego se sembraron minas.

Solo en la segunda semana de febrero del 2002 fueron asesinados tres profesores: Luz Marina Forero, que dejó seis hijos, también sin padre por cuenta del conflicto armado, y Berkely Ríos y Manuel Santos, dos maestros que acababan de llegar del Chocó y comenzaban labores en la vereda San Miguel. ¿Los recuerdas?

Tus estudiantes vivieron la guerra y la escribieron en hojas de cuaderno. Por tarea o por terapia, les pediste que explicaran por qué la violencia no debía repetirse. Su respuesta era simple: no querían para nadie una infancia como la suya, y Betty, ¡cómo duele leerlos!

Jorge Danilo Rivera, de noveno grado, no olvida que un domingo su padre se fue a San Carlos a hacer el mercado. De ida tomó un bus de Coonorte que iba repleto y llegando al alto de Dosquebradas, 15 hombres los rodearon, sacaron encañonados a los pasajeros y quemaron el vehículo. Al señor le tocó irse caminando y a la vuelta, por prevención, tomó la escalera de la tarde, pero en Peñoles, en todo el frente de la casa de Jorge Danilo, lo bajaron, le apuntaron con un fusil en la cabeza y le gritaron que lo iban a matar porque estaba en el listado de los “paracos”.

De la nada apareció un tío segundo diciendo que sin su sobrino esa escalera no se movía, que lo sacaran de la lista o que los tenían que matar a todos. El señor Rivera se salvó, y el deseo de su hijo es que la guerra de San Carlos jamás se repita, porque él no quisiera volver a sentir el miedo de subirse a una escalera para ir al pueblo.

Edison, también de noveno grado, tenía seis años cuando una tarde, después de la escuela, una vecina andaba contando que en Palmichal, arriba de la central hidroeléctrica, habían matado a dos hermanos: Mario y Arcadio.

Él conocía al segundo, que de vez en cuando visitaba a su mamá, pero cinco años

después, los primos empezaron a atormentarlo diciéndole que a su papá lo habían matado por guerrillero, que era un tal Mario y que nunca había querido responder por él.

Después de mucho insistir, su mamá le confirmó que la mofa era cierta, que ese señor era su papá y que lo habían asesinado antes de que él pudiera conocerlo. Edison se llenó de rabia; habría querido saber qué se sentía jugar fútbol con un padre y muchas veces había soñado que su progenitor era un señor rico y decente. Por eso, “porque la rabia puede volver a los jóvenes malos”, es que no quiere que se repita la historia de su pueblo.

Dori, de noveno, tenía siete años cuando, regresando de estudiar, vio que por su misma calle venían tres hombres vestidos igual: con cachucha y pañoletas rojas en el brazo izquierdo. Al mismo tiempo, se acercaba un carro, y aprovechando que disminuyó velocidad, los uniformados lo pararon, bajaron al conductor y le dispararon tres veces en la cabeza.

El señor cayó sobre los pies de la niña, quien quedó impávida viendo cómo los asesinos se escapaban por entre los matorrales, la gente se escondía en las casas y nadie hacía nada por el hombre que sangraba a sus pies.

Sus padres siempre le dijeron que el señor se estaba recuperando, pero años después los escuchó decir que había fallecido, y “porque a uno le da mucho miedo volver a la calle cuando ve un muerto, es que la violencia no se puede repetir”, escribió Dori en su tarea.

En el 2000, al hermano de Jéssica Cuervo lo asesinaron mientras iba de Medellín a San Carlos. Cuando la familia fue a recogerlo, lo encontraron “vaciado en sangre”. Le habían pegado tres tiros en la cabeza y lo habían echado a una volqueta con otra docena de muertos.

El hermano mayor de Jéssica fue el designado para contarle a la madre, y la niña recuerda que, en cuanto recibió la noticia, la señora rompió en llanto. “Quería morir de la tristeza, no comía y cogía las cosas de mi hermano y las abrazaba”, recuerda en su escrito a lápiz, y termina con que “esta historia no puede repetirse, porque cuando asesinan a una persona dañan el corazón y la vida de una familia”.

Betty, ¿deseaste que se hicieran invisibles cuando la sangre se cruzaba por sus ojos?, ¿les hablabas de Dios, de los ángeles y del cielo cuando perdían a sus seres?, ¿secabas sus lágrimas con tu delantal blanco?, ¿cuántos besos y abrazos les diste?, ¿regresabas a casa con el corazón en pedazos?

Cuando salía de Vallejuelo, literalmente, me dolía el corazón. Todos los días dejaba alguna tristeza en un niño o en un padre. Entonces, mientras bajaba al pueblo, rezaba 33 credos por ellos y por mí, para no morirme del miedo con lo que se veía en la carretera.

Un día, por ejemplo, veníamos cinco maestras y en una parte del camino identificamos a unos tipos con gorra abajo y pistolas. “Muchachas, nos van a matar” dije yo, pero pensé que si nos devolvíamos, nos alcanzaban; si corríamos, también, así que decidí que pasáramos por el frente de ellos, y si nos llegaba la hora, que Dios acogiera nuestra alma.

Vea mujer, cuando los tuvimos al lado nos pasó un corrientazo por la columna que usted no se imagina. Uno sentía en la piel la maldad de esa gente.

Había dos profesoras que se estaban desmayando, y para que no se cayeran yo les iba conversando. Les decía que íbamos a aguantar hasta abajo, que nos íbamos a salvar, que no miraran para atrás, que aceleraran el paso, que yo no quería ver a quién estaban esperando, que como estaba de bonita la tarde, que ya casi llegábamos.

Cuando menos pensamos estábamos en San Carlos, casi sin oxígeno, y con la noticia de que en esa parte por donde pasamos habían acabado de matar a dos muchachas de bien. Por unos minutos nos salvamos de vivir esa tragedia.

Otro día, terminamos la jornada y yo estaba revisando la escuela: que quedaran todos los salones cerrados, las llaves, la energía, las ventanas. Cuando pasé por la biblioteca, la guerrilla tenía a todos los maestros encerrados. Nos obligaron a leer unas cartillas donde estaban sus travesías, sus persecuciones, las infamias contra ellos y un montón de carreta.

Después de dos horas, nos soltaron y nos dijeron que teníamos que bajar todo ese material al pueblo. Estábamos sin salida: si botábamos las cartillas por el camino, se daban cuenta, y si continuábamos, llegando a San Carlos, como siempre sucedía, el Ejército o las Autodefensas nos iban a requisar.

Yo no sé cómo nos metimos esos papeles entre la ropa, entre los calzones, y de milagro no nos mataron. Recuerdo que llegue a mi casa pálida, metí todo a una caneca, le rocié gasolina y lo quemé. No quedaron ni cenizas. Otra vez, nos salvamos.

Aun así, yo sabía que sin comunidad los grupos se iban a terminar de tomar el territorio. Por eso, todos los días al volver al pueblo, la gente preguntaba cómo estaba Vallejuelo, y yo decía que estaba bueno, pero que volvieran porque la tierra se estaba muriendo sin nadie que la cultivara. Esos que preguntaban se encargaban

de contarle a otros. Decían que un grupo de maestros estaba ayudando a la gente a volver, y así, en seis meses, logramos que a la vereda retornaran 90 estudiantes con sus familias.

La cosa se puso mejor, pero los grupos armados y los políticos se metieron con las escuelas. Más específicamente, se metieron conmigo.

Las administraciones abusaban de nuestro miedo y empezaron a politiquear, a mover a su antojo a los docentes, dependiendo de sus intereses personales y con los grupos.

Después de 15 años de trabajo, cuando mataron a Isabel, me sacaron de Vallejuelo. Supuestamente, porque el alcalde de turno y la nueva presidenta de la Junta de Acción Comunal estaban incómodos con que yo me hubiera ganado el corazón de la gente. Según ellos, les quitaba el poder y no se sentían seguros cuando empezaban las campañas políticas. Les incomodaba que la gente me preguntara por quién votar y que yo, en respuesta, sentara a los padres de familia para hablarles de lo que era la democracia.

La comunidad luchó para que no me llevaran y yo denuncié abuso de autoridad, pero cuando llegó la respuesta a mi favor por parte de la Secretaría de Educación, sentí la amenaza. Las Autodefensas gozaban de la simpatía de los políticos de la vereda y del alcalde del pueblo, de manera que tenía todo para perder, para que me mataran.

Llegué a la escuela de la vereda Palmichal, al otro extremo del municipio. Recuerdo que el rector reunió a todos los maestros y estudiantes, y yo les dije que a mí no me gustaban los cuentos, que yo había salido obligada de Vallejuelo, pero que no se preocuparan, que así como amaba a la gente de allá, también los podía amar, y que el dolor y las lágrimas eran de rabia, no por estar con ellos.

Aunque desde Palmichal los caminos al pueblo eran más fáciles —no veía uno tanto muerto y no escuchaba tantísima amenaza— cuando salía de la escuela era difícil no acordarse del 30 de julio de 2002, a las tres de la tarde, en el momento en que llegué a mi casa después del colegio.

Toqué el timbre, y en cuanto puse un pie en la puerta sonó el teléfono. Mi hermana me gritó desde la sala que era para mí, pero en esos días estaban haciendo unos calores tan impresionantes, que yo tenía mucha sed y ni un poquito de ganas de hablar. Pero no había espera, la cosa era urgente.

Me acordé de cuando Ovidio me llamó por lo de Isabel, respiré hondo y cogí el teléfono.

—Profesora, ¿usted está sentada? —me dijo una voz de hombre que nunca había

escuchado.

—No, estoy de pie. ¿Con quién hablo?, ¿qué será lo que necesita?

—Profesora, mejor siéntese que le voy a dar una mala noticia —me dijo él, como si se hubiera puesto de acuerdo con Ovidio.

—No, dígame que yo soy capaz de soportar las malas y las buenas de pie.

—Bueno profesora, vea, lo que pasa es que ayer desaparecieron a su hermano en la vereda Las Camelias. Yo no sé decirle por dónde, pero lo desaparecieron.

A mí se me fue la sed, el calor y me entró un frío por todo el cuerpo. Quería salir corriendo y buscarlo donde fuera. Pensaba en cómo le iba a decir a mis padres, a mis hermanos. Me preguntaba si estaba vivo o si lo habían matado, y si estaba vivo, ¿qué tal que no pudiera gritar y tuviera frío, hambre o se estuviera desangrando? ¿Y si lo habían tirado al río o lo habían enterrado?, ¿cómo iba a hacer yo sola para encontrarlo?

En un campo de rosas te encontrabas



Betty Loaiza, maestra, valiente y sancarlitana. /Mariana Escobar.

Betty, tienes la mirada firme, los ojos color montaña, el pelo negro azabache siempre recogido a media espalda, las manos gastadas por la tiza y llevas colgada en el pecho una medallita de la Virgen Milagrosa como si fuera tu tótem.

En San Carlos dicen que eres bella y fuerte, pero sentada sobre el sofá de tu casa, noto que cuando hablas de tu hermano ya no eres de hierro. Se te quiebra la voz y quieres llorar, pero te contienen.

¿Cómo alivias esa pena?, ¿cómo encuentras calma?, ¿cómo no rompes en llanto cuando imaginas que tal vez él está sediento?, ¿le hablas a su alma?, ¿rezas salves y padrenuestros?, ¿y si repites conmigo los versos de Miguel Hernández como si fueran plegarias?

*Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento.*

*Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.*

*No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.*

*Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.*

*Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.*

*No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.*

*En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes
sedienta de catástrofes y hambrienta.*

*Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.*

*Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.*

Se llamaba Iván Alonso Loaiza, vivió en este mundo por 38 años y nada de lo que tenía era de él.

En la mañana se ponía unos zapatos, se iba para el parque y si había alguien descalzo, se los quitaba, los entregaba y volvía a la casa a pie limpio. Tampoco le importaba quitarse la camisa o desprenderse de la sombrilla o de la plata.

Llegaba al hospital, y si había familiares de los enfermos que venían de las veredas y debían esperar por horas, se los traía para la casa y les daba chocolate con bizcocho.

Estamos seguros de que no se lo llevaron por malo. A él se lo llevaron porque hay hombres que tienen un corazón muy turbio.

Su desaparición dependió de que San Carlos se dividiera en dos. Los grupos armados se lo repartieron: del parque para abajo era de los paramilitares, del parque para arriba todo eso era de la guerrilla, y pasar de un lado a otro era un problema, era como encontrarse con el Muro de Berlín.

Entonces él, que era maestro y trabajaba en un área tomada a la fuerza por las Autodefensas, fue trasladado por politiquería a Las Camelias, donde reinaban los grupos de guerrilla. Seguramente un grupo entendió que Alonso se había “volteado” y eso bastó para que no lo quisieran más en este mundo, pero ese acto salvaje también acabó con la salud de papá y mamá, y hasta hace poco, con mi paz.

Digo que hasta hace poco, porque, al parecer, lo encontramos.

Un sábado hace dos años, mi hija me dijo que una señora me estaba llamando. Fui a contestar y la señora, que sonaba ya mayor, me dijo que tenía que hablar urgente conmigo. Yo no me había bañado, y quedamos que a las 11:30 nos veíamos, pero más me demoré yo en vestirme que ella en volver a llamar para avisar que ya estaba en el parque.

Francamente, yo estaba asustada. Pensé que me iban a hacer algo, pero cuando la vi me acordé de ella y me tranquilicé. Era una mujer del campo, decente y trabajadora, a la que alguna vez le había comprado huevos.

Me dijo que un señor le había dicho que creía saber dónde estaba mi hermano, que

él vivía cerca a un laguito y que en ese julio de 2002 vio todo por la ventana.

Yo la sentí tan nerviosa que, la verdad, entendí que no existía tal señor, sino que ella era la que había visto todo, y había esperado años para hablar, simplemente, porque estaba protegiendo su vida y porque el miedo muchas veces lo vence a uno.

Le dije que fuera organizando las cosas, que averiguara bien dónde estaba el cuerpo y que me fuera contando en qué iba todo. Ella me prometió que iba a hablar otra vez con el tal señor y que se volvía a comunicar conmigo.

Sin embargo, pasaron tres meses y la señora nada que volvía a llamar. —¡Que sea lo que Dios quiera! —dije yo, hasta que un día volvió y me dijo que le comprara unos huevitos y, con disimulo, al final de su visita, me anunció que el señor ya sabía dónde estaba Alonso.

Por el proceso con más de 150 desaparecidos en mi pueblo, yo sabía que la cosa con la Fiscalía era muy larga, entonces le dije que fuera demarcando el terreno para cuando la gente de las instituciones estuviera lista.

Y así fue, ella siguió yendo cada ocho días y yo le compraba huevos, le daba semillas y abono para que sembrara rosas en ese lugar, y le entregaba pintura para que señalizara el sitio. De esta forma, cuando la Fiscalía llegara, todo sería más rápido.

Tanto se demoraron en respondernos, que la señora pintó tres veces y en seis ocasiones florecieron los rosales.

Un día, por fin, la Fiscalía me llamó para decirme que todo estaba listo, pero en ese momento la señora ya no quería ir, estaba muy asustada.

Le pedí al fiscal que me diera media horita para hablar con ella y en ese lapso le dije que lo que iba a hacer era una obra de caridad, que yo se lo iba a agradecer eternamente y que nadie la iba a juzgar, hasta que la convencí, con la condición de que no la dejara sola y la acompañara al lugar.

Nos fuimos entonces con dos fiscales, una antropóloga y sus ayudantes. Buscamos mucho y a las dos horas ya estábamos muy cansados: había que subir un monte empinadísimo, bajar otro igual y el sol del mediodía nos estaba quemando. Era un terreno gigantesco, solo alguien con sadismo y mucho miedo hubiera llegado hasta allá para enterrar a mi hermano.

Ni los fiscales, ni la señora ni yo dábamos más. Entonces, me senté debajo de un palo y le dije a Alonso: “Ve, ya han pasado muchos años, ya sufrimos mucho pues, aparecé que ya es hora”, y como al minuto y medio la antropóloga gritó que había visto algo.

Encontraron unos huesitos, y, por la ubicación, las rosas rojas y amarillas, y la pintura blanca, todo indicaba que era mi hermano.

Esos huesos los trataban con una delicadeza, con un amor, como si para ellos también fueran tesoros: tomaron uno por uno, lo limpiaron, lo midieron y escribían notas largas en un cuaderno. Después armaron la pelvis, el cráneo, la columna, las costillas, las piernas, los dedos. Era como ver la huella de mi hermano. Luego, lo empacaron en bolsitas impecables, lo sellaron y lo guardaron en una caja. Todo en silencio, con mucho respeto.

El fiscal me advirtió que los análisis para saber si ese esqueleto era el de mi hermano podían tardar un año o más. La realidad es que en todo el país hay una fila enorme de gente esperando por lo mismo.

Todavía no le he dicho a mis padres ni a mis hermanos. Esta incertidumbre la llevo sola y ahora la comparto contigo, pero ¿sabés qué?, durante la exhumación yo sentí, por primera vez desde que lo desaparecieron, que mi hermano estaba guardado en algún rinconcito de San Carlos, que mi hermano estaba, al menos; que todavía había un pedazo de él con nosotros, y que en ese momento, cuando lo encontramos, los dos habíamos descansado.

Desde que la señora de los huevos apareció, todos los días yo planeaba: Bueno, ¿yo qué voy a hacer cuando lo encuentre?, ¿voy a llorar?, ¿me voy a tirar encima de sus restos? Sin embargo, en ese instante, solo tuve cabeza para hablarle y decirle: Bueno Iván Alonso, son diez años de buscarte y ya es hora de que papá y mamá duerman tranquilos.

Cara a cara con el demonio

Gabriel Muñoz Ramírez tiene el semblante de un hombre del campo.

Es el mayor de nueve hermanos criados en El Jordán, un corregimiento de pescadores y agricultores a dos horas de San Carlos; estuvo cristianamente emparentado con María Yoselina Naranjo, y fruto del compromiso nacieron Naver y Zamidth.

Es blanco, gordo y bajito; resaltan las cicatrices de heridas que le surcan el rostro; casi siempre se le ve usar sombrero y carriel, y en 1998, cuando entraba a los 40 años, la gente comenzó a notarle la cabeza encanecida y, sobre todo, percibieron que en su cintura llevaba una pistola, procurando siempre que fuera evidente.

Nunca lo vieron uniformado, pero en El Jordán, casa de los paramilitares, no era secreto que Gabriel Muñoz Ramírez, desde entonces “Castañeda”, era el comandante del bloque Metro de las Autodefensas en ese extremo del oriente

antioqueño.

“Doblecero”, un excapitán del Ejército que por más de una década había entrenado al paramilitarismo de Córdoba y Urabá, lo buscó para que hiciera parte de una estructura con más de 100 hombres, la cual prometía acabar con la guerrilla en San Carlos y sus alrededores.

“Castañeda” aceptó y en sus manos estuvo el cobro de cuotas de 40.000 pesos a tenderos y comerciantes, el listado completo de “colaboradores” de la guerrilla a quienes planeaba asesinar, más de una decena de masacres e incontables retenes en las carreteras.

—Todo lo que él mandara había que obedecerlo —cuenta José Octavio Salazar, que entonces se desempeñaba como ayudante de escalera, y hoy recuerda que para llegar a Puerto Nare, un corregimiento cercano a El Jordán, tenía que reportarse a los trabajadores de “Castañeda”, como si fueran sus jefes. No hacerlo significaba que los paramilitares lo persiguieran y se le atravesaran por el camino uniformados y armados con fusiles.

Tampoco olvida cuando el comandante en persona le dijo que tuviera mucho cuidado con “El Ciego”, su hermano, porque si él mismo era enfermo por matar a la gente, el otro no tenía problema en darle al que se le atravesara.

Algo debió perturbar demasiado a “Castañeda” para que se convirtiera en el sanguinario, bestial, y perturbado carnicero capaz de asesinar, por su orden o en sus manos, a 500 seres humanos, ¡500 seres humanos!, algo así como tres veces la escuela de Vallejuelo.

Aunque tu pueblo, Betty, lleva por nombre el de un santo, parece como si un ángel caído se hubiera posado en sus techos.

“Castañeda” se convirtió en el terror de San Carlos. Por sus acciones y las de otros, cerca de 20.000 personas, de las 25.840 que había en San Carlos, huyeron, y 30 de las 76 veredas se convirtieron en pueblos fantasmas.

La consternación era más porque la gente sabía que los paramilitares tenían unas interminables listas donde figuraban nombres de presuntos colaboradores de los bandos contrarios y eran declarados objetivo militar u obligados a pagar extorsiones a cambio de la vida.

Quedarse, Betty, seguramente no era fácil. Los enfrentamientos, los controles armados, el bloqueo de vías y el minado de territorios los hizo pasar hambre y susto.

Pero siempre Betty, siempre, a principio o al final de las historias, aparece la inconstante justicia.

El miércoles 15 de diciembre de 2010, en Magangué, Bolívar, la policía capturó a Gabriel Muñoz Ramírez, alias Castañeda, sospechoso de más de 500 asesinatos en Antioquia y condenado a 40 años de prisión por homicidio en persona protegida, desplazamiento forzado de población civil y concierto para delinquir.

¿Con qué se entretendrá el campesino y excomandante?, ¿podrá mirar el cielo desde la cárcel de La Dorada, Caldas?, ¿recordará el rostro de cinco veces cientos de muertos?, ¿quiénes protagonizan sus pesadillas?, ¿se sentirá incompleto sin su revólver en la cintura?, ¿sabrán de perdón y arrepentimiento?, ¿podrá conciliar el sueño?, ¿pensará en ti alguna vez?

En San Carlos era lo mismo las tres de la tarde que las once de la noche. Era un pueblo solitario, donde los grupos armados circulaban tranquilamente y las personas nos metíamos a las casas.

A las cuatro de la tarde, uno veía a la gente andar por ahí con la cobijita, porque donde los cogiera la noche se tenían que quedar a dormir.

Las noches eran espantosas. Era como cuando usted siente que empieza a llover a las seis de la tarde y al otro día a las seis de la mañana sigue lloviendo, así era con las balas, las ráfagas y explosiones.

En esa época, no estar con los grupos armados era muy fácil. Se trataba de no salir, de permanecer en el trabajo y aquí en la casa. Cuando uno los veía, agachaba la cabeza y no te veo, no te conozco. Como mis hijas estaban pequeñas, yo me alejé de las discotecas. En más de diez años no volví a bailar ni me volví a tomar un aguardientico.

Pasé cinco años sin ir a Medellín. Me daba mucho miedo pasar por la vía. Los buses que venían de la ciudad los paraban, subían dos o tres muertos ahí al pasillo y teníamos que llegar con ellos aquí, porque nos obligaban a traerlos.

Viajar para mí se volvió algo muy difícil. A veces había enfrentamientos con el helicóptero del Ejército y no les importaba disparar con uno ahí en el medio.

Decidimos mantenernos alejados de ellos, no visitar establecimientos públicos. Todo el mundo era objetivo militar. Apenas íbamos a los velorios de las personas, al cementerio, a la misa y listo. No se podía compartir, no se podía hablar con nadie en la calle.

Diez años después, aun cuando no se escuchan los cilindros explotando en la

cuadra del lado, todavía tengo miedo.

A veces, al salir de misa, me quedo hablando con las vecinas, me tomo un tinto en el kiosco del parque, pero ya no es como antes.

No tengo muchos amigos. Para mí todo es la familia y los muchachos de la escuela. No tengo mente para más.

Me da pánico andar en Medellín en bus o en metro. Cuando me toca ir a la ciudad, solo monto en taxi. Siento pánico. Tengo dos hermanos que cuando salen de San Carlos ahí mismito les da diarrea.

Mi niño, el que nació en la época, es muy nervioso. Parece como si yo le hubiera contagiado el miedo desde el vientre. Algunas noches se despierta llorando, a los gritos. Las pesadillas no lo dejan dormir.

A mí tampoco. Se me viene a la cabeza mi hermano desaparecido, la imagen de un niño que vi muerto debajo de un puente, la vez que pusieron el carro bomba en el parque, la incertidumbre, el hijo del vecino ensangrentado, la gente corriendo. Las pesadillas no me dejan dormir.

Hubo una época en que soñaba con “Castañeda”, un comandante paramilitar que me hizo sufrir mucho. ¿Quiere saber la historia? Esta es la tercera vez que hablo de esto en mi vida, pero le quiero contar.

No recuerdo qué fecha fue —creo que yo misma quise eliminarlo de la memoria— pero un sábado, el jefe de núcleo de la zona de Vallejuelo nos dijo personalmente a todos los maestros que teníamos que ir a donde los paramilitares, que nos estaban llamando.

Ellos tenían su base en El Jordán y desde allá mandaban a la gente del hospital, del comercio y del transporte a rendir cuentas. Ahora nos tocaba a los profesores. No sabíamos qué nos iban a decir, pero era tanto el miedo que hoy todavía no soy capaz de volver allá.

Recuerdo que salí de mi casa, llegué a la iglesia del pueblo a pedir la bendición del padre y me encontré a cinco maestras que iban por lo mismo. Cuando nos subimos a la escalera, les dije: echémonos la bendición porque de pronto no volvemos.

Los paramilitares nunca habían mandado a llamar a los maestros de la parte guerrillera, entonces —¿por qué yo estaba en esa lista? —me preguntaba yo. También me preguntaba por qué la policía nunca prohibió el paso cuando hacían esos llamados, si ellos tenían conocimiento de la estrategia de las Autodefensas y uno se los encontraba camino a El Jordán. ¿Por qué nunca hicieron nada?

Pero bueno. Cuando llegamos al Jordán salió un muchacho con una lista y empezó a llamar: Betty Loaiza, Ana Guzmán, Diana López, Carmenza López, Ema Cardona. Éramos las maestras que habíamos estado en la iglesia y la orden era que teníamos que ir a la casa del jefe de las Autodefensas.

Mientras el tipo nos atendía, la regla era que no podíamos movernos del parque de El Jordán, pero dos de ellas se desaparecieron. Las buscaron por todas partes y nada, hasta que aparecieron tarde diciendo que estaban desayunando, que perdón, que del susto se les había pasado el tiempo.

Sin embargo, ese jefe, ese demonio, se llenó de soberbia. Salió en una camioneta y nos dijo que por la guachafita de dos ya no iba a atender a nadie, que los maestros volvieran a los ocho días y que se atuvieran a las consecuencias.

Mientras él hablaba, la gente le rogaba que los atendiera y él respondía con dos piedras en la mano, yo me recosté a ese carro y lo miraba por el espejo: era gordo, de ojos claros y la piel estaba muy quemada por el sol. Nunca he visto a nadie igual, a nadie con esa expresión de rabia.

Esa semana fue espantosa. Yo pensaba muchas cosas, veía el rostro de ese señor como en una película de terror y me imaginaba que salía, que me mataba, que yo ya no volvía. Tenía la muerte en mi mente, tanto que compraba ropa interior para que no me vieran muy desarreglada en la necropsia, y le pedía a mi suegra, que era la que ayudaba a hacerlas, que por favor no me dejara ver de nadie.

Al otro sábado, otra vez volvimos a pasar ese miedo. Ahora era peor porque ya nos habían amenazado y yo estaba tan asustada que decidí pedir una cita con ese viejo antes que los otros maestros.

Todo el camino me fui apretando una lámina de la virgen para coger fuerzas, me llevaron a una casa y el mismo “Castañeda” me dijo que qué quería.

—Pues como usted me mandó a amenazar, me mandó a buscar, yo vengo a ver qué fue lo que hice para que me tenga en una lista negra —le dije yo cada vez con menos miedo.

—No, nada, usted no tiene aquí nada. Lo que pasa es que ustedes les dan clase a los hijos de los guerrilleros.

—¿Cómo así que a los hijos de los guerrilleros? No, yo le dicto clase a niños. Los papás no sé quiénes son y ninguno va a la escuela a decirme: recíbame al niño que yo soy un guerrillero. O es que ustedes van a decir: recíbame al hijo que soy un paramilitar.

—Tranquila mujer, ya le dije que eso no es nada.

—No, usted de eso no me puede acusar. Lo otro es que si usted me va a matar,

deme la oportunidad de ir a donde mi mamá a decirle: mamá me van a matar, pero es muy lamentable que me pase lo de mi hermano —me fui poniendo yo más brava y sentía que la virgen era la que hablaba por mí, porque se me fue del todo el miedo y ese señor tan bravo parecía un niño respondiéndome a todo con docilidad.

Él me decía que yo no debía nada y me mostró el cuaderno donde estaba mi nombre. De verdad, ahí no decía nada de mí, pero sí de mis compañeras: “porque anda con un guerrillero en una moto”, “porque el novio es un informante de allá y de acá”. A cada una le tenían sus cosas.

“Castañeda” cerró el cuaderno y me dijo que me fuera tranquila, que no me iba a pasar nada. Yo le respondí que no, que en paz no me iba, que si a él lo mataban iba a llegar otro a coger ese cuaderno y me iban a matar

Él me miró, como esta pues qué se cree, arrancó la hoja donde estaba mi nombre, me dijo que por verrionda me la iba a entregar y me preguntó que yo qué iba a hacer con eso. Sin decirle nada, la agarré, la rasgué y me la tragué. Esa hoja, lado por lado, estaba llena de personas que iban a matar. Ese fue el milagro de la virgen, salvarlos a todos ellos.

Ese señor se quedó sin palabras y a mí no me importó si estaba mal lo que había acabado de hacer. Seguía muy fuerte.

Cuando llegaron los demás maestros, ninguno sabía que yo estaba desde antes. Nos reunieron a todos y nos advirtieron que ellos no nos estaban persiguiendo, pero que no fuéramos a tomar tinto a ningún lado, que no formáramos grupos ni nos paráramos a conversar por ahí en la calle, que porque en el momento en que ellos entraran recogían lo que hubiera y acababan con lo que había. Que si ahí había maestros, curas, lo que hubiera, que aquí quedaba. Que miráramos a ver quiénes eran los niños de la guerrilla.

A veces a la gente que iba a El Jordán le decían “váyase tranquilo” y en el camino de regreso a San Carlos lo mataban, pero entre yo más bajaba era más guapa. Miré la imagen de la virgen y lo extraño es que se había humedecido con mi sudor por los bordes y en el centro estaba intacta.

Llegué a San Carlos a las seis de la tarde y el miedo que me había guardado como que empezó a salir cuando ya estaba en mi casa. Supongo que lo contuve para poder enfrentar esa situación, pero me sentía tan mal que tuve que decirle a mi hermana que me llevara al médico.

Llegué al hospital y me pasó algo que en la vida solo me ha pasado a mí. Yo digo que eso no le puede ocurrir a otra persona.

El médico, Wilson Bohada, a quien a propósito mataron en Medellín, me hizo pasar

a urgencias ahí mismito. Empecé a contarle todo y me salió un llanto que de verdad venía del alma, pero cuando lo vi a él, también estaba llorando.

A mí se me fue ese ataque, le entregué mis lágrimas y mi dolor y me puse a consolarlo. Me decía que es que él pensaba traerse la novia a San Carlos, pero que con mi historia ya no era capaz. Que en ese puto pueblo no se podía vivir tranquilo. Ni los malos ni los buenos.

Yo lo calmé, le dije que se trajera tranquilo a la novia, que no iba a pasarle nada, y él, a cambio me dio la lección más grande frente al miedo. Me entregó una pastilla, de esas que se toman los locos para dormir, y me dijo: vea, llévese esta pastilla, pero si usted es capaz, no se la tome. Venza el miedo por usted misma, no por la ayuda de un medicamento.

Yo nunca me tomé la pastilla y mi vida siguió normal. Estoy plenamente segura de que es la fe en Dios la que me ha mantenido así, tranquila.

Después de lo de “Castañeda”, salía yo para la escuela y siempre había un paramilitar vigilándome. Por donde yo fuera, ahí estaba ese señor. Viví mi propio calvario, y mientras las otras maestras tuvieron que recibir tratamiento psiquiátrico o se refugiaron en el alcohol, yo entendí que no hay un jarabe para el miedo. Eso se vence desde adentro.

Desobedecemos a la guerra

Es difícil entender cómo tu pueblo jamás sucumbió, cómo no respondió con plomo al plomo, por qué no convirtió su rabia en ríos de sangre, sus labriegos en ejércitos y sus huertas en campos de batalla.

En San Carlos, dice el grupo de Memoria Histórica, hubo todo un repertorio de acciones individuales y colectivas, anónimas y no anónimas, de negociación, confrontación, desobediencia y oposición a las estrategias de guerra. Acciones de rechazo a injusticias, como las vacunas, los intentos de llevarse a los niños, las listas de muerte, la desaparición o el desplazamiento forzado.

Unas 150 familias que nunca se fueron del municipio, que decidieron mantenerse frente al miedo, el desabastecimiento y la soledad, hicieron posible que San Carlos no se borrara del mapa y de la historia. Ahí estaban los Loaiza: hijos, padre, madre, nietos y, sobre todo, tú.

Más de una década después del terror, un domingo de octubre en tu casa de San Carlos, tu madre madrugó a cocinar fríjoles para la familia entera. Tus hermanos se sentaron en la acera y saludaron con agrado a los vecinos. Tu hijo menor y tu esposo llegaron estridentes y enérgicos del entrenamiento de fútbol. Tu hija mayor

procuró que Isabel, tu primera nieta, te dejara contar los fragmentos más agridulces de tu vida, que a veces me parece que no es tuya, sino que fue hecha para entregarla a otros.

Los investigadores dicen que ustedes sobrevivieron por imperceptibles actos cotidianos de protección, acomodamiento y neutralización, y porque desafiaron y subvirtieron el día a día de la guerra con dignidad y autonomía.

Pero seré franca y diré que para mí no hay explicación posible al heroísmo de los tuyos. Para mí, a San Carlos lo salvó un milagro, un milagro de Dios, de las estrellas o de la lluvia, que solo tus muertos sabrán contar.

Otra guerra como la nuestra no podría soportarla. No tendría fuerzas.

En ese entonces, tres cosas me mantuvieron viva y cuerda: Dios, los libros y el perdón.

Aquí en San Carlos, podría decirse que mientras unos mataban, otros orábamos para que esos asesinos se arrepintieran.

Cada que había una balacera, el párroco Óscar Alzate salía con la custodia por todas las calles, mientras los grupos se daban plomo. Era impresionante ver cómo a los que llevaban las armas nada les importaba: ni los enemigos, ni la gente que se escondía en sus casas, ni las autoridades, pero cuando el padre armaba procesión, misteriosamente todo se calmaba.

En una mañana, sacaron a un muchacho de una de las casas, le cortaron la oreja y lo arrastraron en una moto delante de la mamá. En ese momento el padre nos avisó a todos por la emisora del pueblo, nos dijo que antes de que tiraran el cuerpo al río saliéramos, que no importaba si no nos habíamos bañado, pero que teníamos que recuperar a ese muchacho, que no íbamos a llorar a otro desaparecido.

La escena era la de un tipo arrastrando un cuerpo a toda velocidad por el pueblo, y el cura y la gente corriendo detrás con la custodia. Al final, el motociclista se cansó de dar vueltas y logramos recuperar al joven.

Otro día, como a las 5:30 de la mañana, estaba despertándome, cuando vi que por la calle venía bajando una carroza llena de flores y, encima, una mujer muy bonita vestida con falda y sombrero. Estaba como en un estado de meditación y tenía al lado a una niña de vestido largo y pelo negro hasta la cintura.

Detrás iba una multitud de gente impresionante y, al final, Juan Alberto, un exalcalde

del municipio que estuvo preso y que caminaba apresurado, tratando de alcanzar la carroza, pero no lo lograba. Estaba bañado en sudor.

Cuando venía por la esquina de mi casa, bajé a ver qué pasaba. —¿Usted quién es? —le pregunté yo, y ella me dijo que era la Divina Pastora.

Yo no entendía a qué se refería y en medio de la soberbia mía por verla a ella montada y a la niña tan pequeña caminando, me llené de rabia y le pregunté con tonito que qué quería, que a quién buscaba. Me dijo que a “Mascarote”, un señor de por aquí que es amigo de todos en el pueblo.

Yo levanté la cabeza y no encontré a “Mascarote” por ningún lado, entonces le dije que, si quería, yo la recibía. En ese momento me desperté. Podría jurar que viví eso, pero al parecer todo había sido un sueño.

Al principio no entendía quién era esa mujer, pero le conté a mi mamá y a mi hermana Aída, y ellas me dijeron que era la virgen, una virgen que estaba en un gruta del municipio de El Peñol, vecino de San Carlos, y que era muy milagrosa.

La incertidumbre de por qué me había pasado eso se iba a resolver el mismo día, cuando llegué de trabajar a las tres de la tarde. Karen, mi hija mayor, me dijo que me habían llamado del hospital porque me tenían el resultado de un examen de ovarios.

—¡Ay hija!, yo tengo cáncer, ¿o para qué más lo van a llamar de un hospital a uno? —le dije yo. Y preciso, me fui al laboratorio y por la cara de Marta, la secretaria, supe que tenía razón.

—¿Está muy avanzado? —fue lo único que le pude preguntar. Ella asintió con una expresión de dolor que no se me olvida.

Me hizo pasar al consultorio del médico y recuerdo que lo enloquecí a punta de preguntas: que si me iba a morir muy rápido, que cuántos meses me quedaban de vida, que si podía salvarme, que si yo me tomaba las pastillas podía salir adelante... en fin, hasta que él me paró, se murió de la risa y me dijo que me iba a salvar, que si me operaban rápido no iba a pasar nada.

Le pedí el favor a la tal Divina Pastora, las citas se movieron milagrosamente y el 12 de diciembre, cinco meses después, me sacaron todo lo malo que llevaba por dentro. Otra vez tenían Betty Loaiza para largo.

En realidad, mi mamá y mi papá siempre me inculcaron la fe y el bien, y eso fue lo que hice con mis estudiantes: les mostré que si yo me lleno de odio por quienes desaparecieron a mi hermano, por ejemplo, ¿cómo les enseño a ellos a perdonar?

Otra cosa es que leí mucho, me volví fanática. Así soporté. A veces soy hasta con tres libros empezados, porque sé que leer me muestra puertas abiertas y me hace más prudente. Por los libros sé que la muerte es una realidad y que este mundo hay que aprender a enfrentarlo todos los días.

El último que disfruté mucho fue *La sombra del viento*, de Carlos Ruiz Zafón. También marca una historia de miedo y de terror, pero aparece la fuerza de alguien por salir adelante y por vencer sus propios obstáculos, que me hizo pensar en cómo logré yo algo parecido. A veces también leo lo que hizo Memoria Histórica sobre San Carlos, pero no me dedico mucho, porque cada que tomo una de esas historias, en vez de leerla, parece como si la viviera.

Sobre todo el perdón le ayudó a mi pueblo.

Cuando fue mermando la guerra, en las escuelas entró mucha rabia en los niños. Ellos son muchachos que a los 6 o 7 años presenciaron horrores, se tragaron el miedo entero, perdieron la esperanza al ver que a sus padres y amigos les quitaban todo, y nadie los ayudó a sanar y a controlar el pánico que dejó el conflicto en San Carlos.

Además, con la reinserción de los paramilitares, los niños sintieron que ser malos valía la pena. Vieron que a los que asesinaron a sus familiares, desaparecieron a sus vecinos y reclutaron a sus amigos, eso les generó intereses económicos, les dio moto, casa, novia y respeto entre el pueblo, que en realidad era miedo.

Era muy duro llegar al colegio, ver a un niño llorar, preguntarle qué le pasaba y que él dijera: no, es que yo fui a la Alcaldía y allá está el que mató a papá, está de portero.

Sin embargo, cuando eso pasó, San Carlos ya había hecho muchos años de oración y éramos incapaces de ponernos a juzgar. Aprendimos a verlo distinto, sin odio.

Yo digo que nuestro proceso de paz empezó desde que pedimos el perdón para ellos. Por eso, también digo que los procesos de paz son de todos los días, no de un año ni una época.

En verdad el miedo nos acobardaba en San Carlos, pero dijimos no más, y cuando llegó la reinserción, cuando los asesinos de nuestra gente empezaron a andar por nuestras calles, a vivir en nuestras casas y a comer en nuestra mesa, yo, por ejemplo, fui capaz de ser una de las maestras que les dictó clase.

Por tantos años en combate, se les había olvidado leer, escribir, sumar y restar. Era como si tanta maldad les hubiera borrado todo lo bueno. Muchos no querían volver a estudiar, pero era un requisito de la reinserción.

¡Dios mío, fue muy difícil! Entre ellos mismos se insultaban, peleaban, renegaban, decían que lo que yo les decía no servía, pero algunos salvaban la manzana podrida y calmaban los ánimos. Incluso, cuando algunos pensaban que lo mejor era volver a las armas, había compañeros que los convencían de quedarse. Esos fueron los que graduamos con honores, como los mejores bachilleres. Reconozco que les cogí cariño.

Los sancarlitanos no olvidamos, es imposible. Sabemos quiénes participaron de las masacres, pero aprendimos a convivir con ellos. Fue difícil perdonar, pero si no hubiera sido así, ¿cómo habiéramos salido del hoyo negro?

Ojalá esta historia no se repita, pero uno piensa que a nuestros abuelos les tocó la violencia de la “chusma”, que muchos de ellos, incluso, fueron “chusmeros”, y ahora son hombres de bien. Entonces sabemos que estos muchachos también van a ser abuelos de bien, y sus nietos, nietos de bien.

La gente no cree que en mi pueblo puedan estar los hijos de los asesinos con los hijos de las víctimas en un mismo salón de clases. Pero es cierto, y en San Carlos ya nadie protesta por ello.

Sin licencia para claudicar

*Quise ser bombero por curiosidad.
Decían que ayudaban a la gente, que apagaban incendios y eso.*

Arnoldo Quintero

Por Marcela Madrid Vergara



Las botas de Arnoldo Quintero permanecen listas para proteger a su dueño, el bombero que más tiempo ha sido como comandante de San Carlos. /Marcela Madrid.

Cuando Arnoldo Quintero recibió su uniforme de bombero, en 1999, se llenó de emoción por ayudar a su comunidad, tal como lo ilustra un mural pintado en las paredes de la estación de San Carlos: apagando incendios, haciendo rescates y atendiendo inundaciones.

Esas mismas paredes, trece años más tarde, son testigos de que a los de San Carlos les tocó mucho más que ser bomberos... Y a Arnoldo, más que el comandante de un pueblo.

10 de agosto de 1999. San Carlos celebraba su festividad más importante: las Fiestas del Agua; empezaba una semana de conciertos, desfiles y deportes en medio de las cascadas, quebradas y ríos que bordean este municipio. Arnoldo Quintero, de 25 años, bigote y contextura delgada, llevaba tres meses como bombero y debía vigilar las celebraciones para alertar cualquier emergencia. Mientras cuidaba una actividad cultural, una mujer risueña se le acercó y empezó a conversarle; él le siguió la charla hasta darse cuenta de que esa era solo una estrategia de ella para apropiarse de una de las anchetas con que se premiarían a los ganadores de un concurso. Esa mujer era Jenny Giraldo, y desde aquellas fiestas no se ha separado de Arnoldo.

Hoy, en la oficina del comandante de bomberos, Arnoldo se sonroja y Jenny suelta una carcajada al recordar el episodio, pero sus semblantes cambian cuando cuentan lo que pasó después: los hechos que por primera vez acabaron con unas Fiestas del Agua en San Carlos.

—A los dos días de habernos conocido fue la toma de los paramilitares. Para esa época aquí no había Policía, la que nos estaba dizque cuidando era la guerrilla —cuenta ella.

Jenny, Arnoldo y los otros 25.000 habitantes del municipio vieron cómo unos 300 paramilitares del Bloque Metro de las Autodefensas se tomaron por primera vez el pueblo. Eran las cuatro de la tarde y ella lideraba unos juegos en el coliseo cuando los vio llegar. Creyó que era el Ejército que llevaba ríos de gente en filas y en silencio, como los campesinos llevan sus reses al matadero.

Aunque la gente corrió a esconderse, los uniformados terminaron por sacarlos de sus casas. Incluso, la misa fue interrumpida para retener a los fieles. Finalmente reunieron al pueblo en el polideportivo, separando a hombres y mujeres en dos filas. Un hombre vestido de negro, para Jenny la personificación de la muerte, señaló varias personas. En ese momento ella entendió que esas serían las últimas Fiestas del Agua que gozaría tranquila en muchos años.

Seis muertos, decenas de cédulas regadas en el coliseo y las fachadas de las casas marcadas con frases de las Auc; eso fue suficiente muestra de que el dominio guerrillero sería reemplazado por el paramilitar.

A esta pareja, que sobrevivió al San Carlos de ayer, le consuela de algún modo saber que la tragedia pudo haber sido peor.

—Si no hubiera sido porque la guerrilla hostigó de los morros hacia acá, matan a un poco de gente que ya tenían amarrada —asegura Arnoldo, mientras Jenny asiente.

En los años siguientes, cerca de 20.000 personas abandonaron el pueblo, entre ellas, la mayoría de los miembros del Cuerpo de Bomberos, que se redujo de 28 a dos: Arnoldo Quintero y Jesús Antonio Montoya. Incluso al comandante de la estación “lo hicieron ir”, un eufemismo de los pobladores para hablar del desplazamiento forzado. Como a tantos sancarlitanos, le dieron 24 horas para salir del municipio.

Así le llegó el turno a Arnoldo.

—Voy a aceptar a ver si lo logro, lo haré hasta donde pueda —fue su respuesta cuando le ofrecieron el cargo. De esta manera, el joven delgado y de ceño fruncido se convirtió en el jefe de los bomberos, “por destinos de la vida” con tan solo un año de experiencia.

La llegada a ese puesto no lo recibió precisamente con honores. A tan solo ocho meses de haberse convertido en jefe, contestó el teléfono y escuchó una noticia desconcertante.

—Averigüé que usted es el comandante de San Carlos, los paramilitares lo tienen en la lista —le alertaba la jefe de bomberos de un municipio vecino.

Lo primero que Arnoldo pensó fue que no le debía nada a nadie, pero ya para entonces él y los sancarlitanos empezaban a entender que la inocencia no era garantía para mantenerse a salvo.

—Entonces llamé a los paramilitares y me dijeron que sí, que el comandante de San Carlos tenía problemas. Cuando di mi nombre me dijo: “¡Ah!, ese no es, entonces era el que estaba antes” —recuerda y evoca ese suspiro de alivio que le provocaron aquellas palabras.

Durante los días siguientes, los “paras” se dedicaron a confirmar la información para tacharlo definitivamente de esa lista que llenaba cuadernos enteros con los nombres de sus vecinos.

—Me pusieron hasta escolta personal para averiguarme todo, descubrieron que yo no tenía nada que ver y me quitaron de la lista. Creo que estoy vivo de milagro —asegura.

Más tarde, cuando Arnoldo sale de la oficina al cuarto de los uniformes, Jenny confiesa que hoy, más de diez años después, se entera por primera vez de que su esposo estuvo amenazado.

Arnoldo es un hombre de pocas palabras.

—Nos acostumbramos a vivir en medio de la guerra y aprendimos a ser bomberos en medio de la guerra —afirma con la mirada baja, moviendo entre sus manos la página de una cartilla que reposa en su escritorio: *Manual Bombero Forestal*.

Poco o nada pudo haberle servido aquel manual en esos años, pues incendios, inundaciones o rescates eran las emergencias menos frecuentes. Las funciones de Policía, Ejército, Antiexplosivos, Medicina Legal y hasta Alcaldía quedaron en manos de los bomberos. La tragedia humana en todas sus fases: desde el levantamiento del cadáver tras una masacre y el reconocimiento de su identidad, hasta la entrega a una esposa o madre sumidas en lágrimas.

—La gente nos veía como la autoridad del pueblo —dice Arnoldo, sentado de espaldas a una pared en la que cuelgan tres cuadros con las fotos ya desgastadas del grupo de bomberos, cuando todavía eran 13 o 6, o 4 personas, antes de que el equipo de San Carlos quedara reducido a Quintero y Montoya.

Una puerta en el fondo del lugar conduce al patio, donde está, medio inundada, la cancha de fútbol; el único espacio donde años atrás se reunían los bomberos para olvidar todo lo que pasaba en el pueblo y de la responsabilidad que cargaban. Entrenaban cada vez que podían para unos torneos que nunca ganaron, aunque nunca les importó.

—El juego fue nuestra terapia. Entrenábamos dos veces a la semana y éramos ocho jugadores, aunque la gente del común también se metía porque había que buscar refuerzos. Eso fue una tradición sagrada que surgió en medio de la violencia y no la hemos perdido —confiesa Arnoldo.

Para probar lo que decía, desempolvó una placa de 2005 que reconoce al Cuerpo de Bomberos de San Carlos como el equipo más comprometido y transparente.

—Éramos los más malos, siempre nos goleaban, pero no faltábamos a ningún partido —dice sonriente.

No solo debían enfrentarse al riesgo de pisar una mina o quedar en medio del fuego cruzado; las consecuencias de cada rescate, de cada búsqueda, de cada

levantamiento eran a largo plazo: los actores armados usarían cualquier razón para acusarlos de colaborar con el enemigo.

Arnoldo entendió que seguir trabajando era la única manera de acabar con las amenazas y mostrar al Cuerpo de Bomberos como una institución neutral.

—Como por esa época toda esa gente andaba de camuflado, eso no importaba. Lo primordial era salvarles la vida —recuerda encogiendo los hombros, sin levantar la mirada.

Cada vez que sonaba el teléfono sabía que podía ser el jefe de algún grupo armado para exigirle rescates, levantamientos o lanzarle amenazas. En una ocasión, Quintero y Montoya recibieron la misión de hacer un levantamiento en una vereda; la persona al otro lado del teléfono era el comandante de las Autodefensas en el municipio. El hombre no les dio tiempo de oponerse y gritó enseguida el ultimátum:

—No les estamos pidiendo un favor. ¡Lo hacen o vamos por ustedes!

Cuando llegaron al sitio donde debían estar los dos cadáveres, no encontraron nada. Revisaron las coordenadas y siguieron buscando, pero lo único que hallaron fue guerrilleros vigilando cada uno de sus movimientos.

Resignados y temerosos por las represalias que pudieran tomar ambos bandos, regresaron a la estación. Finalmente, los “paras” los dejaron tranquilos después de confirmar que sí habían ido al lugar indicado. Pero la calma no fue completa, pues como se lo esperaban, la guerrilla los declaró objetivo militar bajo la acusación de recoger a los familiares de sus enemigos.

Así, mientras los bomberos permanecían en la mira de los fusiles, a la estación seguían entrando llamadas de los tres corregimientos y 76 veredas de San Carlos, de esos 702 kilómetros cuadrados, un territorio que casi duplica la extensión de Medellín. Como el carro de bomberos no era más que una ilusión, debían conformarse con una volqueta que les prestaba la Alcaldía cuando estaba libre. Cuando no, la única alternativa era lo que Arnoldo llama “abrir trocha” durante varias horas entre el calor que distingue a este de otros municipios del oriente antioqueño, ignorando el sonido del agua que corría por ríos y cascadas para poder estar alerta a la incómoda presencia de algún armado en el camino.

En varias ocasiones, el largo recorrido terminaba con un final frustrante.

—Una vez se nos murió una víctima de una mina porque no teníamos cómo transportarlo —recuerda Arnoldo con la mirada ahora fija en un nudo que ata con una cuerda roja. Otras veces, el campesino a quien lograban salvar luego de caminar kilómetros era asesinado a los pocos días.

Años más tarde, cuando por fin les entregaron el anhelado carro, los bomberos de San Carlos descubrieron que venía cargado con un nuevo problema: el vehículo se volvió el atractivo de guerrilleros y paramilitares; y empezó a cambiar el motivo de las llamadas.

—Si quieren llévenselo, pero no me lo devuelvan —fue siempre la respuesta de Quintero. Nunca se llevaron el carro ni volvieron a pedir algo prestado.

A la oficina del comandante entra Montoya, quien preserva el mismo bigote que lucía en la época de las fotos colgadas en la pared. Sin despegar la mirada de la ventana, cuenta que a los bomberos la fidelidad con el pueblo les salió cara, pues les costó la vida de Guarín y Mejía, dos de sus compañeros y amigos. Los guerrilleros fueron los verdugos.

Arnoldo suele mencionar ese episodio constantemente para explicar cómo cambiaron las cosas: la mayoría de bomberos se retiró, la desconfianza aumentó, empezaron a negarse a hacer levantamientos. Sin embargo, le huye a relatar los hechos y detalles. Según Jenny, quien ha permanecido a su lado al punto de ser conocida como “la bombera”, a ellos no les gusta hablar de los episodios de la guerra porque: “no tienen sentido del duelo, creen que eso se tapa como si nada y no debería ser así”.

Montoya cuenta veloz, sin detalles y con varias pausas, ese día que marcó un punto de quiebre para el cuerpo de bomberos.

—Una vez fuimos a hacer un levantamiento y nos mataron a dos compañeros. Fue una experiencia maluca. Llegaron personas encapuchadas y armadas, escogieron a dos y a nosotros nos hicieron quedar una hora por allá lejos. Cuando veníamos de vuelta encontramos a los dos compañeros muertos. Nos tocó recogerlos a la carrera por miedo de que nos fueran a hacer algo también.

Hoy siguen sin entender por qué los asesinaron, pero por esos días el rumor que más pesaba era que uno de ellos había rescatado a un soldado herido y la guerrilla decidió cobrarle ese gesto con la vida.

Y aunque el temor generalizado impedía velar a los muertos, en el entierro de Mejía y Guarín pesó más el agradecimiento de los sancarlitanos. Además de sus familiares y compañeros, el pueblo entero y personas de municipios cercanos se volcaron a despedir a dos de sus héroes.

Es viernes 5 de octubre de 2012, la estación parece estar vacía. En el cuarto contiguo a la oficina del comandante permanecen organizados los uniformes e implementos de los ocho hombres que ahora conforman el Cuerpo de San Carlos.

Junto a la pared, unos armarios entreabiertos marcados con el apellido de cada uno de ellos. Como en la vida, “Montoya” y “Quintero” permanecen juntos.

En la entrada del patio hay un lavaplatos donde Montoya prepara el almuerzo para sus compañeros, quienes desde temprano salieron a buscar a una joven desaparecida en una vereda lejana. No se trata de un caso similar a las desapariciones forzadas de años anteriores, sino, al parecer, de una persona con problemas mentales que escapó de su casa.

Esta vez a Montoya le tocó quedarse a cargo de la estación. Mientras lava unos pescados, confiesa que si al entrar a los bomberos hubiera sabido lo que tendría que enfrentar, no lo habría hecho. A sus 26 años, cuando aplicó a la convocatoria, llevaba cientos de días viviendo solo en el pueblo, pues su familia hizo parte de ese gran éxodo provocado por la violencia. A pesar de las constantes súplicas que recibía de sus hermanas y su mamá para que se fuera a vivir con ellas, Jesús nunca se sintió capaz de dejar su cargo para irse a otro lugar más seguro.

Arnoldo, su compañero en trece años de oficio, entiende la situación de su amigo, pues también tuvo que ver cómo sus hermanos salían corriendo de San Carlos “con el plomo encima”. Así como la familia de Montoya, la de Quintero nunca quiso volver al pueblo para no revivir las heridas del pasado.



El cuerpo de bomberos de San Carlos antes de reducirse a Quintero y Montoya. /Marcela Madrid.

Ese viernes de octubre, Jenny y su hija Camila, de nueve años, estaban resignadas a que Arnoldo no volvería de la búsqueda sino hasta por la noche, pero alcanzó a llegar a su casa a las dos de la tarde, sin respuesta de la joven desaparecida.

—¿Qué pienso de que mi papá sea bombero? ¡Ah!, qué aburrimiento, siempre se va y lo deja a uno solo como un bobo —dice Camila. Sus papás, sentados en la sala de la casa, sueltan la risa.

Aunque le molesta que no puedan pasar mucho tiempo juntos, ella también disfruta de la labor y aprovecha su trabajo para compartir con él y con su mamá. Para la gente del pueblo no es extraño ver a la familia del comandante en el carro de bomberos, ayudándolo con las mangueras o pasándole los extintores.

—Camila todavía se asusta y no entiende por qué hay tantos soldados en el barrio. Por la noche a veces me pregunta: “mami, ¿es que la guerrilla es mala?, ¿es que los paramilitares son malos?” Porque a ella no le tocó vivir eso y ojalá no le toque —ruega Jenny, mientras le sirve el almuerzo a Arnoldo.

Desde la sala se escucha la voz de Camila cantando en el baño, cuando pasa una mujer por la acera y grita: ¡Comadre!, entra, se sienta y los saluda a todos. Esto, hace diez años difícilmente habría ocurrido en el barrio La Natalia, donde viven los Quintero, o en cualquier otro de San Carlos.

Uno no se podía asomar ni a ver quiénes eran los muertos —recuerda Jenny.

Cuando Arnoldo se aleja de la conversación, Jenny cuenta cómo se asustaba cada vez que su esposo salía a trabajar, pues nunca le contaba cuál era la emergencia del día. Cuando por fin volvía a la casa ella lo interrogaba.

—¿Qué pasó?, ¿A quién mataron? —pero él prefería mantener silencio sobre lo que veía. Lo que presenciaba durante su jornada laboral fue para Arnoldo durante años como un secreto de confesión. —Él ni en mí confiaba —asegura Jenny cuando el padre de su hija se levanta del comedor para llevar el plato del almuerzo a la cocina.

Pero sin tener que decir ni una palabra, ella se convirtió en su mejor cómplice. Durante los desplazamientos masivos, mientras los bomberos iban a las veredas a ayudar a los campesinos a cargar sus animales y sus colchones, Jenny preparaba el recibimiento en la estación. —Nos reuníamos varia gente de la cuadra, recogíamos comida y hacíamos sancocho a los que llegaban del campo —cuenta.

También aprovechaba su capacidad de convocatoria para organizar los velorios de quienes no tenían espacio en sus casas y en otra ocasión se las ingenió para

adecuar la estación de tal manera que durante una semana sirviera como albergue de cinco familias desplazadas.

Ese temple de Jenny fue, años más tarde, la vía para que Arnoldo encontrara cómo sanar las heridas del pasado. Su catarsis ocurrió en el Care (Centro de Acercamiento, Reconciliación y Reparación), una casa blanca que sirvió durante la época de la violencia como cuartel de las Autodefensas y desde 2006 es el lugar más apreciado por los sancarlitanos.

A partir de ese año, esta mujer se volvió el puente entre verdugos y mártires para que unos y otros dieran sus primeros pasos hacia el perdón. Un día, luego de mucho insistir, logró que Arnoldo asistiera al Care para deshacerse de ese nudo en la garganta que lo asfixiaba noche tras noche.

Ahí estaban todos los compañeros que siguieron al bombero en sus 13 años como comandante. Muchos de ellos lo vieron llorar por primera vez ese día, cuando relató el asesinato de Guarín y Mejía. Por fin el jefe inquebrantable que impartía órdenes y regalaba consejos, el que más respeto inspiraba, se dio la licencia de compartir su dolor, con unas lágrimas que terminaron por contagiar a todos en el círculo.

Cuando Gloria y Granada dijeron nunca más

Tenemos que conformarnos con que nos entreguen unos huesitos.

Gloria Elsy Quintero

Por Catalina González Navarro

Gloria Elsy Quintero es nacida y criada en Granada, un municipio del oriente antioqueño con aguas tan frías como la crueldad de los victimarios, responsables del mayor éxodo interno de Colombia. Su vivienda se ubica en el tercer piso de un edificio a una cuadra de la iglesia principal y exactamente a dos del Salón del Nunca Más.

En ese templo se guardan como tesoros las historias de cada una de las víctimas que cayeron con las balas de los “paras”, las guerrillas y el Ejército. El azar la llevó al Salón cuando el pueblo apenas se reponía de “los tiempos de la violencia”, que no son tan lejanos. Días que siguen intactos en la mente de los granadinos.

Esta es la historia de una antioqueña de tez morena, que mide más de un metro con 70 centímetros, suele calzar tenis y usar pantalones vaqueros. Gloria es madre de cinco hijos: al primogénito, que vive en Medellín, le sigue Vanessa, una deportista de 15 años que en las tardes, cuando sale del colegio, juega baloncesto o voleibol y ayuda con las labores del hogar. Allí verifica que sus dos hermanos Mateo y Tomás apaguen el televisor, y comienza lo que para ella es una batalla: convencer a los niños de soltar la patineta que por estos días parece ser su mejor distracción, desde la mañana hasta su hora de dormir.

Aunque es una adolescente, tiene cargas de adulto. Vanessa vigila a los pequeños, supervisa las tareas escolares y cuida a la nueva integrante de la familia, una pequeña de tan solo dos años, que en el menor descuido sale caminando de la habitación, dando la sensación de que está a punto de perder el equilibrio.

La vida de Gloria no ha sido siempre así. Su pasión han sido los niños, por lo que desde joven no solo ha cuidado a sus cinco herederos, sino a cientos de hijos de granadinos. Corría 1997, el terror ya rondaba las veredas de Granada y ella era madre comunitaria.

—Cuando la sangre recorrió Granada, las personas que tenían recursos comenzaron a irse. Primero fueron muertes selectivas, hostigamientos, pero nunca tomas guerrilleras —así recuerda la época en la que las disputas entre las guerrillas del Eln, Farc y los paramilitares entristecieron a la población.



Junto a la iglesia principal de Granada, Antioquia, hay un templo sin cruces custodiado por los mártires de una guerra que no escogieron. /Marcela Madrid.

Para el año 2000 se adueñaron de las carreteras e instalaron retenes en la vía que conduce de Santuario a Granada. Fue allí cuando los pobladores afrontaron lo que sería una realidad: bajarse de las escaleras (chivas) en medio de las trochas y presentar sus documentos.

En marzo, por ejemplo, el Eln asesinó a tres soldados, y en junio las Autodefensas de Córdoba y Urabá —que ya atentaban en la zona— acribillaron a cuatro civiles en el Alto del Palmar.

Para el 3 de noviembre de ese mismo año, paramilitares del Bloque Metro, comandado por alias Doble Cero, perpetraron la que sería la primera masacre. Bajo el pretexto de que la población colaboraba con las Farc asesinaron a 17 campesinos, entre ellos dos menores de edad y dos madres cabeza de familia. Mientras tanto, el Eln acababa con cuatro vidas más en la región.

En ese entonces, Gloria Elsy tenía una guardería y les iba celebrar *Halloween* a los niños. Ella nunca olvida que cuando tenía en sus brazos a Camilo, el hijo de una prima suya, solo oía el sonido de las balas y vio a su prima llegar apresurada en búsqueda del niño.

En el momento en que la balacera se detuvo, explotó uno de los globos que hacían parte de la decoración de la fiesta de disfraces. Afuera de la casa pensaron que era una bomba y los transeúntes corrieron despavoridos.

Según la versión de los granadinos, la población salió a la calle. La balacera había dejado siete muertos cerca de la estación de gasolina, ubicada en la entrada del pueblo. Solo uno de los cadáveres, el de su vecino Juan Manuel Hoyos, quedó descubierto. Una bolsa transparente intentaba protegerlo pero cualquiera podía ver su rostro al pasar.

—El pueblo olía a muerte, a sangre, en el aire se respiraba algo raro, en la piel se sentía miedo, era terrorífico —describe Gloria con hastío.

Para ese entonces vivía sola y los fines de semana se quedaba en casa de su padre. De aquellos días recuerda que la gente pasaba con costales, sacando sus pertenencias y decían que los violentos iban a volar el barrio. Por eso, su papá le dijo que mejor se fuera a vivir con él y le advirtió que aunque la casa era pequeña le desocuparía una habitación en donde pudiera acomodar la guardería. Su hermano Rubén y su papá se encargaron del trasteo.

Cuando los granadinos apenas intentaban reponerse de la violencia, el 6 de diciembre los frentes 9, 34 y 47 de las Farc atacaron a la población. Quizás esta sea la acción violenta más recordada por los granadinos. Fueron 18 horas de ataques guerrilleros.

—Cada uno mataba y destruía. La estrategia de los paramilitares no eran las bombas, mientras las tomas guerrilleras eran durísimas —recuerda Gloria y asegura que, a su manera, cada uno hizo igual daño.

El reloj marcaba las 11:20 a. m. del día 6, del mes 11, del año 2000. Por fortuna, ese día Gloria no estaba sola, había llegado desde Cali su hermana Sandra, que le daba una mano con los 14 niños, entre los dos y cinco años, que estaban a su cargo.

—¡Gloria!, ¡están dando bala! —gritaba su hermana desde la puerta del segundo piso.

—Shhh... Que los niños no se vayan a dar cuenta —respondió Gloria, como si el grito fuera superior al sonido de las balas.

Gloria tomó la decisión más apresurada: quería, como se dice popularmente, embolatarlos y la mejor forma era con la televisión.

—Tomé el control y cuando iba a oprimir el botón de encendido se oyó la explosión del carro bomba: ¡Bum! Todo temblaba, las paredes se movieron. Ahí toco correr a esconder a todos los niños en una habitación.

Por ser aún tan temprano Gloria no les había dado almuerzo y le faltaba moler la carne, así que fue rápidamente a la cocina para arreglar todo, pero cuando sonó otra explosión, se devolvió del susto.

Así ocurrió varias veces, hasta que llegó a su destino: la cocina. Desde allá vio a través de una ventanita sin vidrio y logró magnificar lo que estaba sucediendo: al pueblo no le cabía un guerrillero más.

—¡Eso era el miedo más horrible! —dice con acento paisa bien marcado—. Les organicé el almuerzo y las explosiones seguían. Como a la 1:30 les dije: “Niños yo creo que hoy les toca dormir conmigo”. Los más grandecitos estaban felices, decían: “¡Ay qué rico, por fin nos quedamos por fuera!”. Yo sufría mucho por una niña de dos años que usaba chupo, yo solo decía “ahora para que se ponga a pedirlo”. Pero no, ella se durmió temprano. Como a las cinco de la tarde me tocaron la puerta. Varias mamás fueron por los niños.

Pero Gloria seguía cuidando a algunos pequeños. En la noche no paraban las explosiones, ella tendría que hacerles comida. Algunos tenían mucha hambre por los nervios, mientras que otros no probaban bocado.

—En esa época no existía el celular y no tenía teléfono en la casa. ¡Pero menos mal!, porque donde llamaran las mamás se desesperan —cuenta Gloria. Así que en un camarote logró acomodar a todos los pequeños, pero solo en la parte de abajo, e inclusive algunos en el piso—. Con las explosiones yo solo veía y sentía cómo les brincaban los piecitos —dice Gloria, 12 años después de aquel día.

A tan solo dos horas de Medellín, el terror invadía a los granadinos. Uno de los niños repetía todo el tiempo:

—Gloria, ¿mi papá?

Ella no sabía que responder, pero en sus pensamientos retumbaba la misma idea.

—Será que algo le había pasado aquel hombre que trabajaba en una legumbrería, justo frente al comando de la Policía, el lugar en el que el carro bomba estalló?

—Sin embargo, y con el amor que solo puede expresar una madre, ella le repetía una y otra vez: —No mi amor, él está bien.

En la sala de su casa, Gloria reconstruye el momento paso a paso como si lo estuviera viendo de nuevo. Es una mujer fuerte, así se presenta, pero su voz se entrecorta, respira y recuerda que Sandra, su hermana menor, solo decía:

—Gloria, nos vamos a morir.

Así pasó la tarde y a las 9:30 p. m. tocaron la puerta.

—Toc, toc, toc... Fueron tres golpes secos —dice mientras con su mano golpea la mesa para asemejar el sonido. Pensaba que era una mamá buscando alguno de los niños—. ¿Quién es? —preguntó.

—Abra la puerta —dijo una voz seca.

—¡Ay, ave María! —repite la frase con la cual respondió hace más de una década, mientras agranda sus ojos tanto como su cara lo permite.

De ese momento recuerda todo, cada palabra, cada latido de su corazón, cada intento por salvarse.

—¿Por qué yo? —fue lo primero que se le ocurrió decir.

—¡Que abra la puerta! —gritaron los hombres al otro lado del portón.

Gloria solo pensaba en las razones por las que la iban a matar y presentía que si no abría las víctimas serían los niños.

—Ella —dice Gloria señalando a Vanesa —estaba pequeñita.

La adolescente se acerca y escucha con atención el relato de su madre, como si fuera la primera vez. Luego confiesa que lo sabe de memoria.

Gloria recuerda que cuando quería abrir la puerta no había energía.

—Habíamos cerrado la puerta. Y ¿usted, cree que yo era capaz de meter la llave? No. Me temblaba la mano, solo rezaba y decía: “Diosito ayúdame”.

—¡Tranquila que no le vamos a hacer nada! —gritaban los guerrilleros desde la calle. Mientras tanto, Gloria Elsy solo pensaba que los niños se iban a despertar por el ruido.

Ahora, pasados los años, piensa que se reirían los hombres armados. Es más, cree que dirían: “Tan ridícula, no se da cuenta que no los levantamos con las explosiones, cómo los vamos a despertar con esto”.

—Señora, venimos a preguntarle quién es el encargado de la bomba de gasolina —por fin dijeron los guerrilleros.

Todavía no se explica cómo en cuestión de segundos logró encontrar una respuesta a la pregunta.

—Yo no sé, si supiera le diría. Pero como la gente se ha ido ahora, no sé.

La verdad era otra, ella no solo lo sabía, sino que la dueña era la mamá de uno de los niños de la guardería. Los guerrilleros insistían en la pregunta y luego hicieron la misma averiguación con la otra estación de gasolina. En ese momento Gloria aprovechó para levantar la mirada y se llevó la sorpresa de que su pueblo no era el que recordaba. Granada, ahora, era completamente diferente a la que siempre había recorrido.

—Mientras tanto les dije que tampoco sabía. El pueblo estaba lleno de humo y de hombres con capuchas.

Los subversivos la dejaron volver a su hogar, ella cerró la puerta. Según cuenta, solo en ese momento fue consciente de que sus pies parecían una gelatina. El miedo la invadía.

Su conversación en la puerta duró poco, cuando llegó a la habitación se percató de que todos estaban durmiendo, incluida su hermana Sandra y el único que permanecía con los ojos abiertos era el niño de cinco años, que seguía preguntando por su papá. Así cayó la noche en el oriente antioqueño. El 7 de diciembre, cuando apenas el sol intentaba asomarse, tocaron la puerta de nuevo; era aquel papá. Fue el primero en recoger a su desesperado hijo. Poco a poco fueron llegando las mamás y así se fue desocupando la casa de los Quintero.

—Recordar eso siempre mueve sentimientos. A pesar de tanto tiempo, solo uno sabe lo que se siente, lo que pasaba. Salir al otro día y ver el pueblo acabado. Las familias buscando a sus seres queridos entre los escombros —dice Gloria.

Guarda silencio y observa a sus cuatro hijos: la bebé está en sus brazos dando bostezos de sueño, los dos varoncitos están pegados al televisor y Vanessa sentada a su lado izquierdo mira, escucha y no dice nada.

El saldo de las 18 horas de terror de ese día fue: la detonación de un carro bomba con 400 kilos de dinamita y cientos de explosiones de cilindros de gas. Veintitrés

personas civiles murieron y cinco policías más cayeron; decenas de heridos; 131 casas, 88 locales comerciales y la estación de policía completamente destruidos.

No habían pasado ni 24 horas, cuando ya algunos se estaban aprovechando de la situación. Comenzaron los saqueos y Gloria tiene en su mente el final de una pareja, dueños de un local donde se vendían herramientas para el campo. Según cuentan, sus cuerpos quedaron tendidos en el piso y mientras pasaban las horas, la gente indiferente robaba la mercancía.

Esa imagen está intacta, fue la única que vio. Después de eso no volvió a salir de su casa, así que lo que sabe de los días siguientes es porque se lo han contado. Por ejemplo, ha escuchado que el domingo la gente todavía estaba buscando a sus familiares.

El fin de semana, los familiares llegaron de Medellín y pueblos cercanos, se bajaban de los buses a llorar. Inmóviles. Habían acabado con el pueblo.

Fotos como las del reportero antioqueño Jesús Abad Colorado retratan lo poco que quedó del pueblo: unas columnas erigidas entre el polvo y los escombros de las casas. Nada más.

Las muertes persistieron, la guerrilla mataba en las orillas de las carreteras y los paramilitares impedían recoger los cadáveres. Los bandos se ponían a la par. No importaba a quién mataran, el objetivo era acabar con vidas a diario.

Nunca más

Para entrar al Salón del Nunca Más se atraviesa una puerta de madera maciza. Este es uno de los orgullos del pueblo. Sus paredes están atiborradas de fotos con los rostros de niños, mujeres, hombres y ancianos. Ellos engalanan este espacio, no porque lo hayan querido, sino porque los violentos lo decidieron. Por eso, acá vienen sus familias a hablarles, a contarles sus tristezas, a pedirles consejos.

Es un recinto amplio, siempre está impecable, las fotos de cada uno de los muertos y desaparecidos están perfectamente pegadas, organizadas, alineadas. En unas estanterías de madera con puertas de vidrio reposan las bitácoras. Son los diarios en los que hijos, esposos y padres escriben sus tristezas.

En agendas de hojas blancas con rayas y una pasta negra con la foto de cada una de sus víctimas relatan su vida. Mensajes que conmueven a cualquiera, que tocan las fibras hasta del corazón más rígido. Son palabras del alma, las quejas de huérfanos que han crecido en condiciones complejas, las peticiones al Todopoderoso para que en una próxima vida puedan abrazar de nuevo a su progenitor y, por qué no, un reclamo al cielo por no poder tener una Navidad feliz en familia.

El camino parece eterno, son cientos de víctimas. Cada una con historias distintas, cada una con la huella que dejaron los violentos, cada uno con victimario distinto sin importar su bando, cada una con un pasado que parece estar presente y con un futuro difuso.

En la esquina del Salón reposa una de las piezas de aquel carro bomba que oscureció a este municipio antioqueño hace 13 años. Decidieron conservarla como símbolo de memoria de esas 18 horas en las que el terror los invadió. Junto a la pieza, una línea de tiempo, fechas, nombres, veredas, victimarios.

La reconstrucción



Después de la violencia, la gente no sentía ganas de vivir. La necesidad de ser escuchados y de sentirse vivos, hicieron que se reunieran en honor a la memoria. /Catalina González.

En el primer aniversario del carro bomba, el 9 de diciembre de 2001, la población se volcó a las calles alzando ladrillos con los que levantarían de nuevo a su pueblo. Esa fue solo una de las muchas iniciativas de los antioqueños para perdonar aquellos días de terror que alias Karina, líder del frente 47 de las Farc y la encargada de dirigir las operaciones en la zona, causó con la explosión del carro bomba.

Así fue como este pueblo, con ayuda de antropólogos, artistas plásticos y organizaciones como el Cinep y el PNUD, comenzaron a resistir. Decidieron pasar la página y prefirieron mostrar acciones para que no se repitiera lo mismo, por ninguna razón.

En el Salón del Nunca Más se involucró casi todo el pueblo, salieron a luchar por la justicia y pidieron a las autoridades las exhumaciones de sus desaparecidos. Fue así como Gloria Elsy Quintero terminó asistiendo al Salón y en la primera ocasión la eligieron miembro de la Junta Directiva. Allí hizo su duelo, al igual que cientos de víctimas.

—Me acuerdo de las primeras veces que fui. Llegaban mamás llorando y terminaba en las mismas.

Hay días en los que aún se le hace un nudo en la garganta. A pesar de sus sentimientos encontrados, Gloria insiste en que es el espacio más lindo del pueblo, un ejemplo de resistencia donde todos se atreven a hablar.

El miedo por Rubén

El miedo. El miedo comenzó a rondar a Gloria. Miedo de que los paramilitares la mataran, ella sabía que en esa cruenta guerra podía caer cualquiera sin razón alguna. También sabía que aquel diciembre de terror le había abierto la puerta de su casa a la guerrilla porque no tenía otra opción, y sabía que los paramilitares podrían cobrarle eso. Así que aprendió a observar y siempre miraba quién era antes de abrir.

El 20 de abril de 2001 ocurrió la masacre de la vereda El Vergel en la que asesinaron a siete campesinos. Su hermano Rubén fue el encargado de contarle que habían matado a Humberto, el líder de la zona.

—Mi hermano llegó a la casa, se sentó en mi cama y se le salieron las lágrimas contándome esa historia. Un asesinato con cuchillos. Así que cuando daban esas noticias, venían las reflexiones: ¿quién será el próximo?, ¿cuándo nos irá a tocar a nosotros?, pero a la vez uno nunca lo esperaba.

Para esa época Rubén vivía en un punto muy riesgoso donde se encontraban la guerrilla y los “paras”. Él cuidaba fincas y por su casa pasaban a diario los paramilitares para llegar a su escondite. Así que era el único que sobrevivía en la zona, el miedo había hecho que todo el mundo se fuera.

Lo que veía en las mañanas era la consecuencia de la guerra. En las cunetas, al lado de la carretera, amanecían los muertos. Gloria temía por él y le insistía que se fuera, pero él siempre decía que no, que no se imaginaba viviendo en la ciudad.

—El martes 22 de octubre cumplía años mi esposo y ese día es nuestro aniversario de casados —cuenta Gloria que para esa época tenía a Mateo de 13 meses—. Hice una comida especial. Rubén vino y se quedó a dormir. Al otro día oí la puerta, me paré y él estaba afuera con la bicicleta, le grité que esperara, le iba a dar almuerzo para que llevara. Rubén volvió a entrar. En ese momento el bebé se despertó.

Rubén era el padrino, lo alzó y mientras tanto tomó una taza de café, se despidió y se fue. Gloria hizo algo inusual: salió con Mateo al balcón sin imaginarse que sería la última vez que vería a su hermano. Montado en su bicicleta, alcanzó a pedalear algunas cuerdas antes de perderse por siempre de su vista.

Cuatro días después, Rubén seguía desaparecido. Los últimos en verlo dicen que como era habitual los sábados, tomó el bus de las seis de la mañana rumbo a Marinilla, pero solo fue hasta el siguiente martes cuando Gloria lo comenzó a extrañar.

—Los lunes él venía a la feria del ganado y algunas veces no nos veíamos. Él tenía llaves de la casa, así que si yo no estaba él entraba y me dejaba fruta o leche.

Pero ese lunes no encontró nada en su cocina. Su alacena no daba muestras de visita alguna.

Siete días después, el 29, conoció la verdad. Era martes, ella salió de trabajar a la 1:20 p. m., se encontró con Maruja, su madrastra, y ella, acelerada, le preguntó por Rubén. Enseguida le dijo que nadie lo había visto, que estaba perdido.

Un viejito que trabajaba cerca de la casa de Rubén se extrañó de no verlo. Fue a buscarlo y encontró todo revolcado. De inmediato, se lo hizo saber a la familia Quintero.

En ese entonces salía un bus para Medellín a la 1:30, al que se subieron Gloria y Maruja. En el afán ni dinero llevaban, pero el conductor les vio la preocupación y las dejó pasar sin necesidad de pagar el pasaje. Cuando llegaron a la casa de Rubén vieron que ya no estaba la puerta, el desorden invadía su hogar. El colchón no estaba en la cama, se habían llevado hasta la comida de la nevera.

Solo encontró una olla con sopa de arroz, carne y un pan al borde del fogón. Por eso, Gloria Elsy cree que se lo llevaron sin comer.

En la casa no quedó nada de valor, ni siquiera un viejo televisor que estaba quemado y no les iba a funcionar.

En ese tiempo estaba en cosecha el café, un señor de un camión dijo que pasó a las 5:30 a. m. y Rubén estaba recogiendo el cultivo. Por eso, Gloria cree que se lo debieron haber llevado en la noche.

Con estas pocas pistas, esta hija, esposa, madre y hermana comenzó a buscar información para saber algo de Rubén.

De ese día recuerda que al lado del colchón estaba el libro *133 consejos de un sabio* y la Biblia. Ella los recogió y salió a buscarlo con un señor. Subieron la montaña, caminaron por todo el potrero. Ella gritaba, esperando alguna respuesta.

—Me acuerdo que me pellizcaba para despertarme, porque pensaba que era una pesadilla. Subimos por el sector de El Ramal, pasamos por el centro recreativo, caminamos por todo ese monte y nada.

Al día siguiente regresó con su papá. Fueron 72 horas de búsqueda sin descanso, hasta que a él le empezaron a decir que no lo buscara más, que los iban a matar.

Al padre le dio miedo, sin embargo, esas palabras no la llevaron a renunciar. Al siguiente día, mientras lo buscaban, pasó un joven paramilitar y su mirada fue suficiente para hacerla entender que tenía que resignarse.

Las averiguaciones comenzaron con otras fuentes, un rol que asumió Juan, otro de los Quintero que vivía en Medellín.

—No tenemos relación con los de allá, pero suponemos que si no lo han matado y no aparece es porque lo deben estar investigando —le dijeron los paramilitares a Juan. Así, tal cual, lo comunicó al resto de su familia.

La esperanza de Gloria por volver a ver su hermanito, como le decía cariñosamente, aumentaba. Luego se enteró de que el mismo paramilitar que vieron durante la búsqueda y por el que se resignaron, había sido visto con la nevera de Rubén en un camión.

Ella, creyéndose una heroína, buscó a la familia de aquel joven que ya le había entregado su vida a la guerra. Les preguntó por el paradero de Rubén.

—Gloria, a ese man “hijuenosequé” lo mataron y lo enterraron. Eso dijo mi hermano —le contó la familiar del paramilitar mientras ella sentía como si le clavaran un puñal por la espalda. Fue lo último que supieron de Rubén.

Después de eso los paramilitares pasaban por su lado, la miraban y se reían. Así pasaron los días y en tan solo un mes Gloria rebajó como 10 kilos.

El hermano que aún no encuentra

Pasaba el tiempo y Gloria se negaba a aceptar su realidad. Confiesa que sin importar los años, en el fondo del corazón esperaba que Rubén estuviera vivo. Pero una década después sabe que no es así.

—Yo creo que uno nunca cierra el ciclo, creo que ni teniendo los restos en mis manos. Una elabora duelo cuando lo entierra porque está viendo a la persona, pero nosotros tenemos que conformarnos con que nos entreguen unos huesitos y sin saber si son de él.

Por ahora, Gloria pasa los días cuidando a sus hijos, trabajando como madre Fami y con la ilusión de que algún día conseguirá la exhumación de Rubén. Aunque confiesa que teme enfrentar esa realidad.

El 5 de octubre de 2012, sin saber a qué iba con exactitud, Gloria llegó a la Cárcel de Itagüí. No imaginó verse frente a los posibles responsables de la desaparición de su hermano. El evento se llamaba Encuentro de Paz y Reconciliación. Allí tanto víctimas como victimarios se vieron, escucharon y mostraron su voluntad para dar la información y las coordenadas para encontrar los restos de todas las desapariciones que cometieron.

—Supuestamente íbamos para una entrevista para que nos entregaran los restos, pero no. Cuando llegué y dijeron los nombres de unas de las personas que estaban allá, me puse fue a llorar.

Los comandantes paramilitares Fredy Rendón Herrera, alias “El Alemán”; Iván Roberto Duque Gaviria, alias “Ernesto Báez”; Rodrigo Pérez Alzate, alias “Julián Bolívar” leyeron una lista de nombres de los cuerpos que entregarían. Cuando Gloria escuchó el nombre de su hermano, Rubén de Jesús Quintero, de Granada, vereda El Rodadero, se le estremeció todo, sus ojos se aguaron igual que cuando lo relata.

—Yo no les guardo rencor. A mí me da pesar esa vida que tuvieron, ojalá cambiaran.

Entre fusiles y sirenas

Pude haber sido otra persona. Podría estar en la cárcel, en un cementerio o desaparecido.

Juan Guillermo Quimbayo

Por Marcela Madrid Vergara



Juan Guillermo vive frente al cementerio de San Carlos. Sin embargo, los muertos eran su menor preocupación cuando los paramilitares invadieron las casas vecinas. /Marcela Madrid.

—Padre, yo quisiera que usted me ayudara con mis dos muchachitos, no quiero que se vayan por malos pasos... Usted me entiende —le dijo Ángela Arias al sacerdote de San Carlos, Antioquia, al llegar a la parroquia con Julián y Juan Guillermo, sus hijos de 12 años.

Terminaba la década de los noventa. Luego de separarse de su esposo y sin un trabajo para mantenerlos, no vio más salida que “ponerlos en manos del Señor”.

Ahora, sentada en la sala de su casa, me muestra una por una las fotos que congelaron a sus hijos en los días más ceremoniosos de sus vidas y que ocupan casi toda la pared.

—Esa fue —dice señalando con el índice— cuando hicieron la primera comunión. Mire, ahí se graduaron del colegio, siempre junticos —recuerda apuntando a una más abajo.

—Claro que también tengo todos los diplomas de los dos: ahí está un curso que hizo Juanguí de música y ese otro fue cuando Juli estudió filosofía.

A Ángela ya no le gusta recordar lo que ella llama “las cosas malucas”, sino eso: los logros de sus hijos. Por eso se extiende a hablar, como cualquier madre nostálgica, sobre cada uno de los momentos que están colgados en esa pared. Sin embargo, sabe que tarde o temprano tendrá que hablar de “lo otro”, que para eso llegué a su casa.

Desde que me abre la puerta, a eso de las 4:30 p. m., Ángela me advierte que tiene poco tiempo, pues debe cumplir un compromiso a las 6:00. Es una manera sutil de hacerme saber dos cosas: la primera, que llego tarde a nuestro encuentro; y la segunda, no le interesa dedicar mucho tiempo a recordar el pasado.

Esta vez me demoré viajando desde Medellín cinco horas y no cuatro —le cuento mientras ella prepara una jarra de tinto en la cocina— pues en el camino el Ejército detuvo tres veces el bus para hacernos bajar y revisar nuestro equipaje. Sorprendida, pues desde hace años dejaron de ser comunes los retenes en esa carretera, Ángela me entrega un pocillo hirviendo y nos sentamos en la sala, con la pared de los honores de sus hijos como telón de fondo.

Después de contarme que a Julián solo le faltan seis meses para hacerse sacerdote, suspira y me confiesa que su mayor temor durante esos años era que, sin la disciplina de un padre en la casa, sus hijos se dejaran llevar por las tentaciones que empezaban a llegar al pueblo en forma de camuflado, fusiles y motos. Que sin ese hombre a quien obedecían con solo mirar, terminarían como algunos de sus primos y tíos, hoy muertos o en la cárcel por haberse dejado convencer de los armados.

Iniciaba el milenio y el tema del momento en San Carlos eran los paramilitares y cómo se paseaban “como Pedro por su casa” por las calles del pueblo. Para los

jóvenes era poco tentador entrar a las filas de la guerrilla, pues significaba permanecer escondidos en las veredas sin contacto con sus familias; pero las Autodefensas estaban de moda, parecían omnipotentes, capaces de controlar todo lo que se encontraran a su paso.

—Era una situación muy dura porque a ellos, los paramilitares les ofrecían plata y uno corría el riesgo de que de pronto los muchachos... —interrumpe la frase para tomar un sorbo de tinto— más que todo Juanguí, que era como más débil.

Por eso a Ángela le tranquilizaba que todas las tardes, después del colegio, sus “mellos” se fueran para la parroquia y ocuparan el tiempo conociendo los sacramentos, discutiendo los versos de los Apóstoles y aprendiéndose los acordes de la guitarra para las canciones de la misa.

Dudas y fe

Llego a la Casa de la Cultura, a dos cuadras del parque principal, buscando a Juan Guillermo, el hijo “más débil” de Ángela Arias. Mientras espero que termine de dictar sus clases de guitarra, me cuestiono cómo la fe puede seguir viva en quienes a diario atestiguan y sufren en carne propia tantas injusticias divinas. ¿O será esa fe la única manera de mantenerse vivos?

—Como mi hermano y yo habíamos recibido una formación muy cercana a la Iglesia —cuenta a los 25 años, sentado en una banca de la Casa de la Cultura con su guitarra al lado—, entonces para nosotros era más fácil saber que teníamos que alejarnos de eso. Sin embargo, los paramilitares llegaban muy de frente a presionarnos.

Recuerda que cuando estaba en décimo, sus compañeros solían quedarse hablando fuera del colegio al final de las clases. Uno de esos días, como era costumbre, los hermanos Quimbayo declinaron la invitación de quedarse un rato más, pues tenían una nueva cita en la iglesia.

Iban subiendo la primera de las cinco cuadras que separan a la escuela Joaquín Cárdenas Gómez de la Parroquia Nuestra Señora de los Dolores, cuando Juan Guillermo se detuvo.

—Juli, siga que se me quedó una cosa en el salón, ya lo alcanzo —le dijo a su hermano.

En los siguientes pasos de regreso se sentía arrastrado más por un impulso que por un motivo concreto. No había dejado nada en el colegio, nada más que la curiosidad por saber qué tanto hablaban sus compañeros todos los días después de clase. Cuando se involucró en la conversación, confirmó lo que le decía la

intuición: sus amigos cuchicheaban sobre los nuevos poderosos que llegaban al pueblo.

—Es que... ¿te imaginás cómo será ser jefe de un grupo, mandar tanta gente?
—decía uno.

—Pero lo más bacano es que tienen mucha plata, ¿si vieron esas motos?
—agregaba otro con el maletín colgando de un hombro.

Mientras los escuchaba, en silencio, recordaba las advertencias de los primos de su mamá, quienes con sus decisiones habían terminado por dividir a la familia, pues unos optaron por creer en la ley de la guerrilla y otros en la de los paramilitares. Uno de ellos, que había tenido que cambiarse de un bando a otro porque lo iban a matar, les aconsejaba: “Pórtense bien, háganle caso a su mamá, concéntrense en el estudio”. Esas eran las palabras que pasaban por la mente de Juan Guillermo durante esa y todas las veces que decidió quedarse fuera del colegio después de clase.

Así vivió los primeros años de su adolescencia: entre la parroquia y el colegio; pero también entre la curiosidad y el temor, debatiéndose si quería el poder de las armas o seguir el camino de Dios. A los 14 años descubrió que había una tercera alternativa, la única para saciar esa curiosidad que le despertaba el conflicto: unirse a los bomberos, esos hombres que miraban la muerte a los ojos cada día, no solo la de sus paisanos sino también la suya propia.

Así que envió una carta a la estación rogando que lo dejaran hacer parte de la brigada de San Carlos aunque no tuviera la edad suficiente.

—Déjenme entrar o si no me va a tocar irme con los grupos armados —es la frase de esa carta que, 12 años después, todavía está en la memoria del comandante Arnoldo Quintero.

Al hablar, Juan Guillermo nunca deja de sonreír, ni siquiera cuando repasa las escenas que más reviven el dolor; durante esos relatos solo junta las manos y baja la mirada, con los mismos ojos verdes de su madre. A diferencia de ella, narra con fluidez el cuento de su vida, de principio a fin: desde su niñez, cuando soñaba con ser médico, hasta hoy, que vive por la música y por Juan Esteban, su hijo de 7 años.

—En la iglesia nos acogieron mucho, pero siempre se sentía la ausencia de mi papá. En la casa las reglas ya no eran las mismas, yo me sentía como más libre.

Esa sensación de libertad y la curiosidad que se despertó en Juan Guillermo fue algo de lo que nunca se enteró el papá de los gemelos. Hoy, en su casa a pocas cuadras de la de Ángela, asegura con convicción que a sus hijos nunca se les ocurrió asomar la cabeza cuando oían un tiroteo, ni preguntar quiénes eran los señores de camuflado. Sentado en un pequeño cuarto lleno de calzados hasta las

paredes, a Marco Emilio Quimbayo, el zapatero de San Carlos, se le aguan los ojos cuando explica por qué sus hijos son su mayor orgullo.

—Desde pequeñitos yo les inculqué valores a los dos —dice, con una voz casi inaudible—. Nunca perdieron un año y vivían del colegio a la casa y de la casa a la Iglesia. Mantenían en la parroquia ayudándole al padre, a mí me gustó que ellos hicieran eso en vez de coger vicio.

Una tarde, como de costumbre, Juan Guillermo, de 13 años y con la estatura de un hombre de 20, regresó a la casa con su hermano después de las clases en la parroquia. Su mamá los esperaba con la comida servida. El huevo era lo principal en su dieta, pues las tres comidas dependían de las gallinas que Ángela criaba, de lo que el papá les dejaba con su oficio de zapatero y de lo que conseguían los gemelos vendiendo boletas de cualquier cosa.

Después de comer y lavar los platos, esta ama de casa revisó los cuadernos de Juan Guillermo (era usual que solo abriera ese maletín y no el de su otro hijo). Le faltaban algunas tareas por terminar, pero lo que detuvo su mirada fueron unas armas dibujadas en una esquina de la hoja.

—¿A usted por qué le gusta pintar esas cosas? —lo increpó.

—¡Ah!, Amá, usted sabe que a mí me gustan las armas —le respondió él, riéndose.

—¡Ay, mucho cuidado mijito!

Las noches de Ángela

En San Carlos, se conoce como “resistentes” a las personas que durante las épocas más crudas del conflicto no salieron corriendo hacia las ciudades. Son pocos los que hoy pueden decir que “resistieron”, pues más del 80 % de la población se fue del pueblo. Ángela y sus hijos hacen parte de ese 20 % que se quedó, pero no fueron ajenos al desplazamiento dentro de su mismo municipio.

La cuarta y penúltima mudanza de esta familia fue a una casa en La Variante. Juan Guillermo cuenta que a los pocos días de haberse instalado, un paramilitar asesinó a uno de sus vecinos y lo sacó arrastrado hasta las afueras del pueblo. Aunque pensaron en cambiarse de barrio, entendieron que sería inútil pues “estaba caliente en todas partes”.

Las preocupaciones de Ángela por cómo hacer rendir la comida, conseguir para el arriendo y decidir si se cambiaban de casa, no eran nada comparado con el vacío en el estómago que le producían las sugerencias de su hijo.

—Amá, ¿ustedé” qué dijera si yo llegara aquí camuflado, con arma y en una moto bien bacana? —le preguntó por esos días Juan Guillermo.

—Ve este, ¿“usté” de dónde está saliendo con tantas bobadas? —respondió ella, controlando su tono fuerte para que no se convirtiera en un grito— ¿Se está dejando conquistar de los amigos? Un amigo que lo invite a hacer cosas malas no es amigo.

Las noches siguientes, Ángela trató de conciliar el sueño mientras en su cabeza iban y venían las palabras de su hijo. Esa risa pícaro que acompañaba cada uno de esos comentarios, medio en broma medio en serio, era como un susurro al lado de su oído.

—Yo vivía con esa psicosis —cuenta mientras un aguacero de noviembre inunda las calles de San Carlos—. Él me decía que había compañeros que lo estaban convidando por allá.

Una de esas noches, Juan Guillermo se fue a un grupo de oración y su madre no paró de llorar, pegada a la ventana, hasta que lo vio regresar. Como si llevara años sin verlo, le abrió la puerta, lo abrazó y le dio un beso en la frente.

—Mi hermano me decía que no fuera boba, que ellos eran muy sanos y juiciosos como para ponerse con esas bobadas —dice, y deja la taza sobre la mesa, al lado de una foto familiar. Ese hermano era Rigoberto, el más cercano a Ángela, el que le ayudaba a los gemelos con los materiales para el colegio y el padrino de Julián... Lo fue, hasta el 12 de febrero del 2000.

Ese febrero

Después de unos años, decidieron volver a la urbanización Los Sauces, de donde habían salido cuando decenas de paramilitares se tomaron algunas casas para instalarse en ellas. El sector seguía “invadido” pero varias familias decidieron regresar, entre ellos, Ángela con sus hijos adolescentes y su mamá que llegó a vivir en una casa vecina.

A los pocos días de haberse acomodado de nuevo, Julián llegó corriendo de la tienda donde jugaba maquinitas por las tardes.

—¡Mamá, cierre la puerta! —gritaba agitado y pálido—. La señora de la tienda me dijo que me entrara porque viene gente armada por allá.

Ella se asomó y vio una nube de camuflados.

—Yo no sé pero cuando eso pasaba —cuenta Ángela mientras por la puerta abierta entra el ruido de las motos y de niños jugando— esto se me llenaba a mí de gente. Aquí amanecíamos todos.

Esos fueron los tiempos en que empezó a deprimirse y estuvo medicada por los siguientes cuatro años.

Los Sauces, donde aún viven, está conformado por una decena de casas frente al cementerio de San Carlos, donde a diario llegaban cadáveres a seguir llenando los pabellones de Cristo Crucificado, el de Santo Domingo Sabio o el de los N.N. Pero el miedo de esta familia no era ocasionado por el hecho de que sus vecinos fueran miles de cadáveres, sino por el lastre de su apellido.

—En la familia mía *hubieron* algunos primos que estuvieron en sus... en sus cosas —reconoce Ángela—. Uno siempre pensaba “qué tal que vengan a tocarle la puerta a uno porque soy familia de fulano”.

Para esa época, la Policía había dejado abandonada la única estación de San Carlos luego de una toma guerrillera y desde entonces no había más autoridad en el área urbana que los miembros del bloque Metro de las Auc. Era normal que a la hora de la cena, cuando el pueblo se encerraba cumpliendo el toque de queda, los disparos empezaran a convertirse en música de fondo. El 12 de febrero de 2000, mientras Ángela y su mamá le preparaban la comida a los gemelos, se empezó a sentir un alboroto cada vez más cercano.

—Uno sentía que corrían para allá y para acá, que tumbaban puertas, que sacaban gente, y uno pensaba: “¡Uy!, ya van a venir a tumbar mi casa” —dice Juan Guillermo, y se acuerda de esos nervios que se apoderaban de él en forma de lágrimas, temblores y sudor.

Pero nada igualaba la zozobra que sintió María Magdalena, la abuela materna, cuando escuchó los primeros disparos. Para tratar de encontrar una explicación que los tranquilizara, Ángela abrió la puerta y le preguntó al primer vecino que encontró qué había pasado. Pero tampoco sabía de dónde venían los tiros.

Decidieron volver a la cocina y seguir en lo que estaban. Pasaron 20 minutos cuando llegó la noticia que interrumpiría definitivamente esa cena. Tocaron la puerta y, sin pensar en el peligro que pudiera haber detrás, Ángela la abrió enseguida; era un concuñado que llegaba por fin a explicarles cuál era el origen del desorden.

—¡Mataron a Rigo! Entraron a su casa, al lado del puente y le dispararon —diez minutos después, ese mismo mensajero les llevó el cuerpo a la casa.

Los Quimbayo—Arias, hasta hoy no entienden quiénes ni por qué mataron a Rigoberto, su tío, nieto, hermano y padrino más cercano. Lo que sí saben es que los paramilitares no necesitaban razones de peso para acabar con cuantas vidas quisieran. El apellido bastaba. Por eso, hoy Juan Guillermo no duda en contar que a su tío lo mataron las Autodefensas.

Con el paso de los días, mientras veía que el caso de su tío permanecía impune y su abuela se enfermaba cada vez más por la ausencia de su hijo Rigo, la rabia fue creciendo en él.

—Quiero vengar la muerte de mi tío, yo quiero que se haga justicia —le dijo a su mamá, esta vez sin ningún rastro de risa.

—Ay Juangui, ya deje esas cosas, vea todo el esfuerzo que hacen los sacerdotes para colaborarnos —recitó nuevamente Ángela, aunque quiso creer que esa era una frase más de las que le oía a su hijo hacía meses y jamás llegaría a cumplir.

Un pacto interrumpido

Terminaba la jornada de clases y empezaba otra de las ya tradicionales tertulias de los estudiantes sobre los poderosos del pueblo. Juan se reunió con dos compañeros y uno de ellos tenía un tono diferente, más decidido:

—Los tres nos vamos a meter a los paramilitares —dijo uno de ellos.

—Sí claro, de una —respondieron el “Mello” y su amigo.

Ahora era en serio. Ya no lo movía la curiosidad ni la sed de poder, sino la venganza, pues algo le hacía pensar que estando cerca de ellos podría castigar a los verdugos de su tío. Siguió yendo a la iglesia, criando pollos y vendiendo cosas; aparentemente su vida transcurría con normalidad, tal como la de su hermano.

—¡Qué hubo!, ¿Entonces sí vamos a hacerlo? —le preguntaban con frecuencia sus amigos y compañeros de pacto.

Aunque les decía que sí, Juan Guillermo no se imaginaba cargando un arma y mucho menos disparándola.

Mientras pasaba los días tratando de decidir, la respuesta llegó a sus manos. Una tarde, cuando salía del colegio, un vecino se le acercó para avisarle que en la estación de bomberos lo estaban buscando como locos. Desvió su camino y se fue corriendo a la casa azul donde media docena de ellos pasaban los días. Cuando llegó, encontró al comandante de la estación, Arnoldo Quintero, quien le explicó que a pesar de tener solo 14 años, aceptaban su solicitud de hacer parte del cuerpo de bomberos de San Carlos.

—Ahí mismo se me borró eso de los “paras” y dije “esto es a lo que yo me quiero dedicar” —cuenta sonriente y asegura que no se explica cómo llegó a contemplar la alternativa de las armas.

El paso siguiente era evitar que sus amigos se volvieran paramilitares y aunque logró convencer a uno, al otro le pudieron más las ganas de ser respetado por el pueblo. Años después —cuenta Juan Guillermo— hizo cosas horribles y luego se desmovilizó.

La curiosidad y la muerte

Cuando niño, Juan Guillermo Quimbayo soñaba con ser médico forense, pero mientras crecía se hacía consciente de que sería imposible por el costo de los estudios. A los 14 años, al convertirse en bombero sin sueldo, cumplió la parte más importante de ese sueño: encontrarse con la muerte de cerca, oler su clínico aroma, ver su impávida expresión y desentrañarla hasta encontrar su origen.

Ese fue su trabajo durante los siete años que hizo parte del Cuerpo de Bomberos de San Carlos. En realidad no era su trabajo, pero así lo ejercía. Mientras fue menor de edad, su única obligación era acompañar los accidentes que se presentaran en el casco urbano; pero, contra la voluntad de sus jefes, no perdía la oportunidad de escaparse a las veredas a hacer levantamientos de cadáveres, atender heridos y de escabullirse en las autopsias.

Recuerda perfectamente su estreno con la muerte: enero 17 de 2003. Masacre del noveno frente de las Farc en la vereda Dosquebradas. Juan Guillermo estaba en el cementerio recibiendo la decena de cadáveres que llegaban de esa y otras veredas, sorprendido al ver que los sancarlitanos reconocían a sus familiares a pesar de que algunos habían perdido todo rastro de humanidad por el efecto de los fusiles AK 47.

—Ahí supe dos cosas: que le tenía miedo a los muertos y que ahí se me quitó —se ríe y dirige la mirada al suelo antes de empezar a recrear la escena—. Un compañero y yo estábamos moviendo unos cadáveres de un lado para otro y llegamos a moverle la camilla a una muchacha que estaba en embarazo. Cuando la íbamos a levantar me enredé con la camilla y caí encima de ella. Quedé a tres centímetros de darle un beso y se me congeló todo. A partir de ahí, perdí el miedo a tocar y ver un muerto.

Perdió el miedo y poco a poco, muerto tras muerto, un levantamiento tras otro, una autopsia tras otra, se esfumó también de él la capacidad de impresionarse, lamentarse o siquiera inmutarse con una muerte violenta.

—Llegó el momento —rememora— en que oía que mataban a alguien y pensaba “ya eso no es raro aquí, antes se estaban demorando”.

Fue una respuesta casi colectiva a la cotidianidad de la violencia.

—La gente se volvió fría —explica—, tanto, que escuchaban tiros y no se escondían sino que salían a mirar a quién mataban y de qué manera.

A pesar de esa insensibilidad, para Juan Guillermo no todos los muertos eran uno más; algunos sí lo hacían reaccionar, sentir que se le desplomaba el mundo y darse cuenta de que todavía era un ser humano.

—Fuimos a hacer un levantamiento y había dos cadáveres desfigurados. La verdad no supe quiénes eran hasta cuando llegó un compañero y me dijo: “Ese es Wilson”. Nos quedamos mirando y me quedé perplejo. Era mi amigo, los conocía a ambos y sabía lo buena gente que eran, no se metían con nadie. Simplemente porque estaban subidos en un palo cogiendo unas frutas, llegó la guerrilla en ese momento, los bajó y los mató.

No fueron pocas las veces en que, al finalizar la jornada, Juan Guillermo se durmió con una pregunta rondándole en la cabeza: ¿por qué las personas inocentes siempre tienen que pagar los platos rotos? Mientras tanto, en el cuarto contiguo, desde que su hijo se convirtió en bombero, Ángela Arias por fin lograba conciliar el sueño.

Cuando le pregunto a esta mujer de huesos sobresalientes y pelo rizado qué pensó cuando su “mello” entró al Cuerpo de Bomberos, me llevo una sorpresa.

—No me pareció mala la idea —responde sin dudarlo— porque de todas maneras yo quería que él estuviera ocupado en algo y que no tuviera espacio para pensar en otras cosas. Lo mantenían de un lado para otro y eso le daba a uno más fuerzas.

Aunque le preocupaba el riesgo de que su Juangui pisara una mina antipersonal, quedara atrapado en un enfrentamiento o simplemente lo mataran por hacer parte de una institución neutral; para ella nada era comparable con el temor de imaginarse a su hijo cargando un fusil.

Pasaban los días y Juan Guillermo fue ganándose, no solo el respeto de sus compañeros, sino —por fin y para alegría de su madre— sus primeras bonificaciones. Cuando cumplió la mayoría de edad siguió haciendo las mismas tareas en el Cuerpo de Bomberos, con dos diferencias de forma: ahora sí tenía permiso para hacerlo y además lo nombraron subcomandante. Con 20 años estaba en su mejor momento como bombero de San Carlos: debía tomar decisiones, enfrentar dificultades y, lo más gratificante, tenía el respeto y el cariño del pueblo.

Pero, en ese punto, dos nuevos encuentros con la muerte le revelaron que era momento de parar.

—Una vez me tocó hacerle la autopsia a un niño, era un bebé. Ese día volví a sentir. Cuando eso yo ya tenía mi hijo y lo veía reflejado en ese niño y decía: “donde esto me pase a mí yo me muero”.

No había logrado olvidar ese cuerpecito inerte cuando a la estación llamaron pidiendo que fueran a la carretera de entrada del pueblo, donde un bus había sido atacado con disparos. Una de esas balas había entrado al cuerpo de un niño de 7 años —muerto para cuando llegaron los bomberos—; la otra, al del padre, que luchaba por seguir viviendo.

—Yo era el enfermero ahí y traté de preparar los primeros auxilios, aunque prácticamente no se podía hacer nada porque el señor tenía una hemorragia interna —relata Juan Guillermo, su acento paisa se acentúa cuando recuerda la impotencia que sintió al ver al señor morir a su lado, tomado de su mano y mirándolo a los ojos.

—Llegué a mi casa, —sigue contando, con los hombros encorvados— me senté y se me arrimó mi hijo; empecé a llorar al recordar esa imagen. ¡Por Dios!, no es justo que pase algo así.

Si algo le quedó claro tras siete años como bombero en medio del conflicto armado, fue que para poder desempeñar esa labor se necesita valentía, algo de curiosidad, pero sobre todo mucha dureza. Y ese caparazón se había roto desde que nació Juan Esteban; así que en 2008 colgó su uniforme, un año en que las acciones armadas se redujeron casi a cero y los bomberos por fin se preocupaban por los incendios y los accidentes.

Desde entonces, Juan Guillermo, el curioso de los Quimbayo, se dedicó a explotar su otra pasión: la música. Ahora es profesor de guitarra, teclado, bajo, tiple y bandola; y responde por su mamá y su hijo, quienes viven con él en Los Sauces. Aunque sigue soñando, sabe que ya dejó un legado: ser recordado por la gente de su tierra, que lo saluda, le sonrío y lo aprecia por su labor como el bombero más joven de San Carlos. Al fin de cuentas, eso era lo que pretendía cuando se sentía seducido por las armas: el poder, no de someter ni el de destruir, sino el de permanecer en la memoria de su gente.

“Guerra en Cauca”

El periodismo debe hacerse con ética y estética.

Jesús Abad Colorado

Por Mateo Jaramillo Ortega

19 de julio de 2012

Terminó el décimo día de nuestro viaje. Seguimos en Medellín. Me da dolor de estómago el solo hecho de pensar que podríamos terminar esta semana en el Cauca.

Ayer miércoles, estuvimos en la Comuna 13 de Medellín entrevistando a los músicos de Son Batá y hoy en la mañana recorrimos las empinadas calles de localidad con los raperos de La Élite. Ambos son grupos de jóvenes que han tenido que sobrevivir a la violencia y la han convertido en su inspiración. Pero estos artistas, hijos de desplazados y criados entre las disputas de actores armados urbanos, coinciden en que no es prudente viajar al Cauca.

En un restaurante popular del centro de la ciudad, entre Mariana, Marcela y Catalina discutíamos la vitalidad de contar las historias de los líderes y los movimientos en el occidente del país para nuestro libro de crónicas. Los titulares de los noticieros nacionales al medio día nos recordaban la razón para no acercarnos: “Guerra en Cauca”.

Varios hechos han motivado los contundentes adjetivos de las noticias en la parte baja colombiana. Por un lado, la misteriosa caída del avión Súper Tucano del Ejército que salió de la base aérea Mayor General Alberto Pauwels Rodríguez, en Barranquilla, y solo pudieron encontrar los restos el miércoles pasado, hace ocho días, en la vereda El Pelotón, en Jambaló (Cauca). El presidente de la República, Juan Manuel Santos y el general Tito Saúl Pinilla, comandante de la Fuerza Aérea de Colombia, tuvieron que desmentir las declaraciones de las Farc en las cuales se atribuían los hechos.



La cultura de los nasa, como la de cualquier comunidad indígena, valora la sabiduría de los viejos. /Mateo Jaramillo.

Además, la Guardia Indígena de los nasa se apoderó de la caja negra del avión y no han podido establecer las causas exactas del accidente que terminó con la vida del teniente Andrés Serrano, piloto de 29 años, y del suboficial Óscar Castillo, técnico de 38. Los cadáveres fueron entregados por los nativos a un grupo del Comité Internacional de la Cruz Roja y fueron examinados por los investigadores forenses en la morgue de Popayán, pero la información que contiene esta caja sigue en poder de los indígenas y ha servido como tribuna para poner sobre ellos la atención del Gobierno.

Hace dos días, el mismo grupo de indígenas se tomó el Cerro Berlín, zona rural de Toribío (Cauca), para expulsar a los soldados de la base militar que custodia una antena de comunicaciones: uno de los principales objetivos de las guerrillas. De hecho hay una fotografía rondando en la primera página de los periódicos en la cual el sargento Rodrigo García llora luego de haber sido expulsado junto a 44 soldados. En las redes sociales, aunque con excepciones, están a favor de la labor del sargento y su pelotón. Además, se acusa a los nativos de una relación estrecha con la guerrilla.

Ayer, la Guardia Indígena retuvo a cuatro guerrilleros de las Farc que, según informan los portales de internet de los nasa, pretendían derribar un helicóptero del Ejército con un mortero artesanal al que llaman “tatuco”. Una contradicción a los rumores sobre la relación entre la guerrilla y los nativos.

Para completar el panorama, la semana pasada el presidente Santos llegó hasta Toribío con el fin de realizar un consejo de seguridad y dialogar con los indígenas para quienes la paz solo se logra con la salida de los actores armados legales o ilegales. Se conoció que a solo un kilómetro del municipio, mientras el mandatario se dirigía a los nativos, las Farc estaban haciendo retenes.

Estas son las razones de seguridad para no pisar este departamento, pero también las motivaciones periodísticas para viajar.

Desde la planificación del viaje, antes de llegar a Medellín, el Cauca ha sido una de las regiones para recorrer en este mes de entrevistas e historias, pero no contábamos con los sucesos de las últimas semanas. En el almuerzo de hoy yo les repetía las recientes declaraciones del consejero político de la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (Acin), Feliciano Valencia, según el cual la “armonización” del territorio solo se puede conseguir si se entabla un mesa de concertación con los milicianos; o las de Luis Alfredo Acosta, el indígena que le quitó el arma al sargento García, para quien los once días de movilizaciones son el principio de la reivindicación y autonomía de su pueblo.

Como era de esperarse ni los padres de Mariana en Medellín ni los de Marcela en Cartagena ni los de Catalina o los míos en Bogotá, avalan este viaje. Pero cada una de ellas recordó las palabras que días antes nos dijo Jesús Abad Colorado,

uno de los mejores, sino el mejor, fotoperiodista de guerra en Colombia. O como él intenta denominarse sin mucho éxito: el fotógrafo de la paz.

Ese día nos reunimos en un café frente a la entrada principal de la Universidad de Antioquia, *alma mater* de Jesús Abad. Los cuatro estudiantes teníamos la impresión de que la primera persona que había retratado la masacre de Bojayá en Chocó, las peregrinaciones de los desplazados en Antioquia y los rostros de niños con armas y brazaletes de las Autodefensas, del Eln o de las Farc; debía ser un poco tosco. Pero la sensibilidad con la cual su lente capta las imágenes de quienes sufren el conflicto es calcada de su personalidad.

—Muchachos, por eso es tan bueno ser periodista, porque nos enseña a caminar. Lo que hay que aprender es a hacer el trabajo con ética y estética —nos dijo con una suave voz antioqueña.

—Jesús, nosotros queremos irnos al Cauca a buscar historias pero la situación está complicada ¿Usted qué opina? —le preguntó Mariana.

—Yo iba a ir porque me invitaron del resguardo indígena, pero este fin de semana tengo un compromiso familiar que he postergado muchas veces y no puedo dejar pasar. Aunque deben tener claro que para entender fenómenos sociales complejos como el desplazamiento hay que estudiarlos en su conjunto y eso solo se logra caminando.

Con las respuestas de este fotógrafo surgieron más preguntas sobre la guerra en Colombia: ¿por qué si ha sido tan sangrienta y extendida?, ¿el mundo la ignora?, ¿cómo ha logrado no acostumbrarse a la violencia, a los conflictos, a las muertes, a los despojos, a las violaciones, a las balas?, ¿cómo puede seguir conmoviéndose con las historias de las madres que pierden a sus hijos o con los padres que comienzan una nueva vida en ciudades poco hospitalarias, sin dinero ni proyectos?

Las respuestas, o parte de ellas, son los testimonios detrás de las personas que son retratadas. Cuando nos enseñó su trabajo en un computador y pasaba cada una de las imágenes en los pueblos cercanos al río Magdalena, en la iglesia destruida en Bojayá o de los niños con fusiles y uniformes: nos contó sus historias.

No son solo las fotografías, las imágenes de los antioqueños clamando por paz, los leopardos de los paramilitares o los micos de los guerrilleros. Es la vida detrás de los retratos de quienes sufrieron. Como la crónica sobre Omayra Sánchez en el alud de Armero, a la que vino el Papa Juan Pablo II a rezar por sus víctimas; o la amputación de María Camila García luego de haber perdido a sus padres y a su hermanita en el atentado contra el Club El Nogal. Las tragedias con nombres y apellidos reciben mayor atención.

En la tarde de hoy estuvimos llamando a las autoridades en el Cauca. La idea seguía rondando en nuestras cabezas. Tal como cuentan por teléfono los

miembros del Consejo Regional Indígena del Cauca (Cric), hay momentos de confrontación que no se pueden ocultar, mas no es tal cual lo comentaban los corresponsales de los medios nacionales e internacionales. Hay una parcialización en los hechos. En una disputa entre indígenas y Ejército también hay buenos y malos.

Una breve llamada al teléfono de Catalina fue suficiente para embarcarnos hacia el occidente.

—Cata, soy Jesús Abad. Esta noche cojo un vuelo a las siete rumbo a Cali. Los espero allá.

Esta vez no hubo poder de convencimiento sobre las mujeres y la consigna es clara: O todos viajamos o ninguno viaja. Esta noche saldremos en el último bus desde el terminal de Medellín con destino a Cali.

20 de julio

Llegamos a la capital del Valle del Cauca en la mañana. Hicimos trasbordo hasta Santander de Quilichao, en un trayecto de una hora y media. A las 8:00 ya habíamos hecho nuestra primera parada: la casa blanca que tienen por sede los nasa. Rosalba Luna, una indígena miembro de la Acin, nos dijo que tras consultar la situación en Toribío era mejor no subir a ese municipio. Entonces, llamamos a Jesús Abad.

Estaba en Caloto, a 15 minutos de donde nos encontrábamos, en la madrugada habían asesinado a un líder local y los periodistas se encontraban en la zona buscando la historia detrás del muerto. Nos aseguró que una camioneta de un periódico nos podría subir a Toribío. La incertidumbre se apoderó de nosotros y el cansancio ayudó a gestar el pánico en la decisión. Pero poco a poco, hemos ido entendiendo que en el contexto de la guerra, a veces hay que creerle un poco a todos y un poco a ninguno. La determinación, por unanimidad, fue mantenernos con el gremio. Nuestros futuros colegas.

Las autoridades nacionales no aconsejaban llegar a este pueblo por ningún motivo, las voces de los indígenas nos disuadían de hacerlo, pero una intuición nos hizo llegar hasta la escuela donde estaba acampando el Cric y la Acin. Luego de un recorrido de casi una hora en el platón de una camioneta que comandaban el conductor, seguido de un periodista de El Tiempo, dos de El Colombiano y Jesús Abad, llegamos al “lugar de la noticia”.

Cruzamos por El Palo, un municipio en el que siempre ha habido enfrentamientos entre el Ejército y las guerrillas. El testimonio lo relataban las paredes de las casas abandonadas y agrietadas por el tiempo y las balas. Un letrero en la escuela principal indica que dentro de los límites de las aulas no puede haber presencia de

actores armados. Luego, los pobladores del Cauca nos contarían que los letreros existen por la poca obediencia de los milicianos a las normas contra los crímenes de guerra.

En el camino hubo dos retenes militares en los cuales los soldados saludaron al conductor de la camioneta e intercambiaron algunas palabras con los periodistas. Una bandera blanca amarrada con cabuya siempre estuvo ondeando en medio del viaje. Parece desentonar con los grafitis que la guerrilla ha dejado en las grandes piedras o en las casas vigilantes de la carretera: “Manuel Vive”, “Desde Marquetalia hasta la Victoria”.

Hablando netamente de su geografía, el departamento del Cauca está dividido en siete unidades morfológicas: la llanura del Pacífico, la cordillera Occidental y Central, el altiplano de Popayán, el Macizo Colombiano, el Valle del Patía y el sector de la cuenca del Amazonas. Eso sin contar sus cinco grandes ríos: Alto Cauca, Pacífico, Alto Magdalena, Patía y Caquetá. En pocas palabras, un paraíso. Sobre todo, para las guerrillas.

En la escuela Cecidic, a cuatro minutos en moto de la plaza de principal de Toribío, se exhibía una bandera blanca. En este refugio, donde se encuentran los consejeros de la Acin y miembros del Cric, hay una casa donde están los “internos”: los cuatro guerrilleros detenidos por los nasa y a los que les espera un “remedio” una vez sean juzgados por los indígenas de la comunidad.

Cinco metros, frente a los salones donde dormimos, a la hora del almuerzo estuvo un grupo de indígenas caucanos dirigidos por Inocencio Ramos. Tocaron dos guitarras, una guacharaca, dos tambores y un charangó. Entre español y su lengua nativa (nasayuwe) le cantan al amor, la vida, la lucha y la resistencia. Son unas 30 personas las que los rodeaban al calor de la chicha.

Ramos es el coordinador regional de educación indígena. Para él, el aprendizaje consiste en saber leer la vida. En su lectura la presencia de militares en la zona obedece a los intereses de las multinacionales.

—Hay que caminar la palabra. A medida que vamos andamos por la tierra conocemos su historia. En este recorrido hemos entendido que más que colombianos somos pueblos originarios —dijo Ramos con la misma voz musical de sus canciones.

Aunque no se lo mencioné, su rostro se me hizo similar a las pinturas que había visto del indio pastuso Agustín Agualongo. Era como si estuviera frente a un espejo. Frente al reflejo del otro. El primero es un orgulloso indígena nasa que se educó en las escuelas tradicionales colombianas donde comprendió que “despertar del letargo” es luchar por los derechos indígenas, así sea en contra de los intereses de la mayor parte de los colombianos como lo es expulsar a los militares de la zona.



Ni los años borran las marcas de la guerra en las casas de Toribío, Cauca. /Mateo Jaramillo.

El segundo, un vocero del mundo indígena en la época de la campaña libertadora, entendió que los beneficios de los nativos se verían reducidos si desde Quito los criollos conseguían la independencia de los Reyes Católicos. Pues, pese a los atropellos de los europeos, las nuevas dinámicas republicanas traerían más miseria para los pueblos originarios. Sus acciones estuvieron del lado realista, contra los intereses de los independentistas pero con la convicción de que ser colombiano (si se puede usar la expresión) para un indígena sería más complicado que ser siervo de los españoles. Murió en su ley en 1824, fusilado por el ejército de Bolívar en Popayán.

Hoy es 20 de julio, día de Independencia Nacional. En Toribío no hay una sola bandera de Colombia. Parece persistir el grito de Agualongo.

Nos levantamos antes de la siete de la mañana y a las ocho estábamos desayunando en la plaza principal del pueblo. Los sábados se convierte en galería para mercar, pero por los acontecimientos recientes, según dice la mujer que nos sirve de desayuno caldo de hígado, no hay tanta concurrencia ni alimentos para ofrecer en las carpas de venta.

La sopa, preparada en una olla grande con una estufa de gas conectada a una pipeta, fue suficiente para recorrer las casas y calles de Toribío que por estos días tiene más visitantes que de costumbre.

Anduvimos en parejas por las vías de la parte alta. Aunque hasta ahora siempre hemos hecho nuestras entrevistas separados, tomamos más precauciones. En la bajada nos encontramos los cuatro en el comando de Policía. A su alrededor todas las casas están destruidas y abandonadas, los tiros se ven en las paredes descascaradas y las calillas de fúsil se pueden recoger del suelo.

Las plantas son los únicas habitantes de estas construcciones sin techo y con muros a medias. A pesar del abandono, en el suelo sobreviven volantes con propaganda de partidos políticos, pedazos de la Enciclopedia Universal, una fotografía con la sonrisa de una niña que se acaba de graduar del colegio, un carrito amarillo de juguete. Los restos de las vidas que pasaron por este suelo, que habitaron esta casa.

Frente a estas, están los restos del Banco Agrario, ubicado en una esquina de la plaza principal. Hace un año, una “chiva” bomba que dejó el sexto frente de las Farc en la calle contigua a la estación de Policía dejó 460 casas destruidas, 103 heridos y tres muertos.

—Aunque haya venido el Presidente y hoy estén los medios de comunicación, sabemos que en poco tiempo todo vuelve a la normalidad —nos contó Luis, un toribiano que tomaba cerveza en la tienda vecina de la iglesia principal.

La normalidad para este campesino es estar en la presencia continua de los enfrentamientos, los aullidos de las pipetas bomba y el silencio vespertino en los días de guerra.

Antes del mediodía estábamos de regreso a la escuela en un *jeep* gris de los setenta conducido por una monja, que resultó siendo amiga de una tía de Mariana.

—Casi todos esos indios son infiltrados guerrilleros, jodidos y “comemierdas” —nos prevenía mientras conducía con afán la camioneta y le sugeríamos no decir nada a la familia de Mariana ni a ninguna. Siempre pensaron nuestros padres que estuvimos en Cocorná, Antioquia.

Esta vez, la entrada a la base de operaciones de los nasa se demoró un poco más que ayer por la masiva concurrencia: periodistas, profesores y organizaciones de derechos humanos. Todos esperaban la manera como se desarrollaría el “remedio” a los guerrilleros.

—¿Cuántos latigazos? Porque no podemos excedernos en el ejercicio de la autoridad pero tampoco podemos ser tan débiles —decía Jesús Chávez, consejero mayor del Cric, desde la mesa central frente a unos 150 indígenas— ¿Creen que 30 latigazos es una decisión sana?

—¡No! —Gritaron en unísono las voces de los familiares. Las únicas que se oían dentro del auditorio.

—Entonces, levantemos la mano —pidió Chucho a los asistentes.

La decisión estaba tomada. En la votación anterior se aceptó como “remedio” el castigo menos fuerte para los milicianos. Al parecer, el destierro o el entierro (en el cual permanecen durante horas al sol con la cabeza descubierta y el cuerpo bajo el suelo) eran muy fuertes para los acusados. Sin embargo, tres decenas de latigazos seguían siendo demasiado para “curar” a los insurgentes.

—Señor, ¿si usted es indígena por qué no levanta la mano? —le pregunté a uno de los asistentes ubicado a mi lado, en la parte más lejana del salón, donde tenía lugar la justicia local.

—Porque acá hay infiltrados y si uno levanta la mano queda en contra de ellos —respondió el indígena de unos 40 años mientras se acomodaba el cinto verde y rojo del sombrero.

Pasaron algunas horas antes de conocer el dictamen del pueblo nasa. Al final se determinó, pese a la oposición de los familiares, un total de 30 azotes para cada uno de los tres guerrilleros mayores de edad y la mitad de los latigazos para el más joven.

Como si se tratara de un partido de fútbol en un estadio colombiano, al lado izquierdo del salón se ubicó la prensa y al lado derecho los familiares de los ajusticiados.

Uno a uno fueron “remediados” los guerrilleros. Solo uno tenía facciones indígenas. El único que mantuvo la mirada en alto y guardó silencio. Sus dos compañeros adultos pidieron un receso para recomponerse de los golpes. Algunos gritaban que era suficiente cuando los latigazos llegaban a la segunda decena. Otros susurraban que hacía falta el doble.

—Se nota que es indígena, que es berraco. Los otros no aguantan los fuetazos —me comentó el mismo hombre que no fue capaz de extender su brazo para participar en la determinación del “remedio”.

En medio de las arengas de los familiares, hubo dos momentos en los cuales el auditorio gritó con más vehemencia y los moderadores pidieron mayor calma. El primero, fue cuando un joven de la Guardia Indígena no le atinó a las piernas del detenido y como castigo tuvo que someterse al mismo “remedio” para limpiar su error; el segundo, fue cuando se enfrentó al remedio el joven miliciano. Cada latigazo iba acompañado de los gritos de auxilio de su madre.

—¡No más! No ven que es solo un niño —clamaba la señora.

Alcanzó el decimotercer “fuetazo” y desde la mesa principal detuvieron las acciones para evitar una revuelta de los asistentes. Los sollozos del hombre, muy joven para recibir el castigo pero lo suficientemente maduro para empuñar un

arma, incrementados por el eco de sus familiares y los asistentes que se conmovieron con las lágrimas, dieron por concluido su “remedio”.

En la noche nos enteramos de que un noticiero de televisión nacional, en el afán periodístico, no solo emitió unos de los rostros de los ajusticiados, sino que puso en la pantalla al miembro de la Guardia Indígena mientras pagaba su error, haciendo malinterpretar su situación, pues en la pantalla apareció como guerrillero. Mañana se sabrá qué hará el Cric para solucionar el problema, aunque ya pidieron una rectificación al canal.

Jesús Abad fue el encargado de hablar con los periodistas y con las autoridades indígenas. De paso habló con nosotros y le contamos que nuestros padres no saben exactamente dónde estamos. En la cálida conversación, aprovechó para relatarnos la historia de sus abuelos que fueron asesinados en el municipio antioqueño de San Carlos, desde donde sus padres tuvieron que salir para Medellín.

Esta noche los nasa redoblaron el esquema de seguridad en los salones que sirven para la detención de los guerrilleros. Según nos contaron los jóvenes que se calientan en una fogata frente a la celda provisional, miembros de las Farc intentaron entrar en la madrugada para liberar a los prisioneros. Los bastones de la Guardia Indígena volvieron a tener la validez para defenderse.

Por internet pudimos conocer lo que publicaron algunos medios nacionales. Este fragmentó lo divulgó la Revista Semana a las pocas horas del suceso.

Un millar de indígenas de la etnia nasa juzgan con un “remedio” de entre 10 y 30 latigazos a los guerrilleros que detuvieron en Toribío. El coordinador político del Proyecto Nasa, Gabriel Paví, confirmó el hecho. Mientras tanto, se reportan combates en el caserío El Palo, ubicado en el municipio de Caloto.

22 de julio

La levantada fue antes de las seis de la mañana. Jesús Abad nos convenció de aplazar unas horas la llegada a Santander de Quilichao para tomar rumbo hacia Jamabaló. Hoy se entregó la caja negra del avión Súper Tucano al defensor del Pueblo, Vólmar Pérez, y al coordinador residente del Sistema de Naciones Unidas en Colombia, Bruno Moro, quienes a su vez se la dieron a la Fuerza Aérea en Cali.

Nos montamos en una chiva o “escalera” según los pobladores locales, cuando todavía no eran las siete de la mañana. Resultó que la entrega de la caja negra no era en Jambaló sino en un pueblo a media hora de donde nos encontrábamos. Habíamos pasado por el lugar, pero como las Farc detonaron la antena de

comunicaciones cercano a este municipio, no sabíamos cómo llegar ni dónde era el lugar donde tendría entrega la caja.



Las chivas de Toribío, Cauca, cargan plátanos, niños y esperanza. A veces, a la fuerza, cargan plomo. /Mateo Jaramillo.

Pudimos enterarnos de la ubicación donde se realizaría el evento gracias a unos campesinos que pasaron por el lugar, quienes nos avisaron a los que nos encontrábamos en la plaza principal de este pueblo perdido en la cordillera Central de los Andes.

Esta vez viajamos en el techo de la chiva. El paisaje se extiende por las montañas de la cordillera occidental en medio del polvo que dejan detrás las llantas sobre las casas aledañas a la carretera.

En el camino estuvimos conversando con unos españoles. Habían viajado desde Europa porque un caleño les contó de las acciones del Cric y de la Acin, muy parecidas a los “movimientos autónomos” de su país.

Hacia las diez de la mañana estábamos en el lugar de la entrega. Poco a poco fueron llegando los medios de comunicación, los representantes del Gobierno, los mediadores y los indígenas. Al medio día, las esposas de los indígenas caucanos preparaban en unas grandes ollas llenas de zanahoria, arveja y papa, el sancocho para el almuerzo.

Sin embargo, solo hacia las cuatro de la tarde, luego de casi tres horas de saludos por parte de los indígenas en los que hablaron contra las Farc, medios de comunicación, Gobierno y Ejército entregaron la famosa caja. El tiempo para estas comunidades parece avanzar más lento, sin afán. No importa si los discursos llegan a ser de cuarenta minutos o si tienen a todos los periodistas y representantes del Gobierno y de la ONU estancados en una pequeña edificación entre Jambaló y Toribío. El tiempo con el micrófono dura lo que tenga que durar.

Se desarrolló como una procesión al mejor estilo de Popayán en Semana Santa. En medio de arengas y gritos de júbilo por parte de los nasa, entregaron a los organismos internacionales la caja negra (realmente naranja) con la información sobre el vuelo y las conversaciones que tuvieron el teniente Serrano y el suboficial Castillo antes de caer en los predios sagrados de los indígenas.

No hubo espacio para el postre. Una vez entregaron la caja todos nos fuimos. Al regreso, como si fuera de un turista preguntando por los monumentos, jóvenes de la Guardia Indígena me explicaron el paisaje.

—Eso de allá es coca —decía sin sorprenderse un joven de 17 años, que hace más de tres está en la Guardia.

—Las matas de ahí son amapola —comentaba otro un poco mayor mientras se cubría del polvo que dejaban las camionetas de la ONU y de la Defensoría del Pueblo.

—Sí, señor. Marihuana. Eso es lo que más están cultivando hoy en día porque es lo que más piden —volvió a hablar el primero mientras señalaba dos montañas cubiertas por la cotizada planta.

—¿Cómo no se dan cuenta las autoridades, el Ejército, los medios, el Gobierno?
—pregunté un poco asombrado.

—Sí saben, lo que pasa es que cuando en Bogotá mencionan al Cauca —concluyó luego de haber pasado por El Palo, al llegar a Santander de Quilichao— es como si estuvieran hablando de otro país.

Flor que nunca mueres

Es mejor morir en la batalla que escapando de ella.

Abel Coicué

Por Mariana Escobar Roldán

Casi todas las noches, a Miriam Coicué la visita Maryi Vanessa, su hija muerta. Después de las doce, mientras duerme, siente que alguien se acuesta al otro lado de la cama. La madre sabe que es ella, porque se levanta un olor a flores y experimenta unas ganas de llorar incontenibles. Sin embargo, cuando se da vuelta, la almohada está fría, lisa, vacía.

Para ella, una indígena del resguardo de Huellas, en el norte del Cauca, las apariciones son buen síntoma de que su hija sigue viva, de que dejó la carne y los huesos, y ahora es uno más en el mundo de los espíritus.

La madre cree, como creen los nasa, que la nueva Maryi Vanessa, convertida en un alma errante, necesita alimentarse y saber que la recuerdan. Por eso, en el lugar de la casa donde falleció hace tres años, hay un frasco con las galletas de leche y panela que tanto le gustaban; veladoras blancas; rosas, claveles y crisantemos, y una mata de naranja que simboliza su transformación en otro ser.

En este espacio, que bien podría llamarse santuario, también cuelga una imagen de la virgen de Guadalupe, la de los indios, y a esta le siguen Maryi Vanessa recién nacida, Maryi Vanessa sosteniendo un lápiz para el anuario de la primaria y la sonrisa de Maryi Vanessa a los 11 años, semanas antes de morir.

Son las siete de la mañana de un viernes de marzo, y mientras Miriam arrulla a Yesid, de un año, va y viene en explicaciones sobre la eternidad de su hija: Por un lado, dice que la Virgen María salva a los niños y que Jesucristo intercede por los indios; pero, de otro, cuenta que los nasa no van al cielo, sino que se quedan en Kiwe, que es la Tierra, con todos los suyos. Así, entre Dios y el cosmos, esta mujer ha encontrado el consuelo.

Aunque la vence el llanto, cuenta como una retahíla la corta historia de Maryi Vanessa. La ha repetido tantas veces a vecinos, a líderes y a periodistas europeos, que en su narración no parece escapar ningún detalle.



En el Credo, Cauca, los muertos se convierten en árboles vigilados por sus dioses desde las estrellas. /Mateo Jaramillo.

—Maryi Vanessa Coicué Coicué tenía alma de adulto —así comienza. Cursaba sexto grado en la Institución Etnoeducativa Agropecuaria El Credo, pero ya no quería estudiar más. No vacilaba al decir que la escuela interrumpía su sueño de convertirse en guarda indígena, y de no ser por los reproches de sus padres, habría cambiado los lápices por un bastón de mando.

Desde los 8 años aprendió a hacerse la cola de caballo sola y hasta el fin de sus días mantuvo sus zapatos bien embetunados, y sus medias y camisas impecables.

No jugaba con muñecas, la vanidad despertó en ella de manera prematura. Le gustaban las camisas y *shorts* ceñidos al cuerpo, y pasaba horas en el espejo probándose la ropa que su mamá le compraba en el pueblo.

—Mami, ¿yo soy bonita? ¿Sí me queda lindo este conjunto? —le preguntaba a Miriam.

Despertaba a las cinco de la mañana, al mismo tiempo que su madre, y se enfadaba cuando su hermano mayor, Jhony Alexander, no se levantaba. Sabía cocinar y en las mañanas iba hasta la finca, a unos 20 minutos caminando, por las legumbres para el almuerzo.

No era hinchada de ningún equipo, pero amaba el fútbol, el fútbol de grandes. Por eso no jugaba con equipos de niños, sino con el de las mujeres de la vereda El Credo. La última victoria la consiguió en un amistoso en Toribío, donde metió un golazo en el segundo tiempo que nadie olvida.

Maryi Vanessa quería ser enfermera o secretaria, era buena en dibujo y matemáticas y se imaginaba como una líder importante, reconocida en todo el norte del Cauca.

—Por eso yo no pierdo oportunidad de contar las cualidades de mi niña —dice Miriam con orgullo, y añade que si su corto paso por la vida como la entendemos no fue suficiente para que la conocieran, al menos queda la vida después de la muerte.

La vida después de la muerte la obsesiona. Tal vez por eso, mientras habla de Maryi Vanessa, se dice a sí misma, con la preocupación de una madre que no ha estado pendiente de su hija, que tan pronto como pueda tendrá que arreglar el sepulcro; cambiar las flores, que están muy secas por el verano de estos días; llevar agua, por si a la niña le da sed; limpiar las cintas blancas y moradas, y escribirle oraciones nuevas, oraciones más poderosas.

El desvelo de Miriam fue por varios meses más culpa que duelo. La madre se echó al hombro la muerte de Maryi Vanessa, como si en sus manos estuviese contener los ríos de sangre que corren por los montes del Cauca, como si un grito

de auxilio hubiese bastado para frenar el estruendo que apagó los ojos negros de su pequeña.

Días de guerra I

Los gallos de El Credo despertaban a Maryi Vanessa Coicué y a su hermano. La niña, con camisa blanca de manga corta y falda a cuadros, disimulaba el frío de la montaña con agua de panela hirviendo, mientras por la radio su padre saludaba al norte del Cauca en nasayuwe, su lengua.

Afuera de la casa la esperaba Erika Yurley Mestizo, fiel amiga desde preescolar. Juntas caminaban monte abajo hasta la escuela y juntas regresaban en la tarde, sin detenerse en juegos ni corrillos.

De vez en cuando, tal vez más a menudo de lo habitual, cantaban los gallos, hervía el agua, olía a panela, pero Maryi Vanessa y sus 294 compañeros de escuela no asistían a clases. Abel Coicué tampoco llegaba a Radio Pa Yumat en Santander de Quilichao.

La causa del absentismo la advirtió el Che Guevara a su paso por Colombia. Según cuenta Libardo Escuete, capitán de la Guardia Indígena de la vereda El Credo, para el líder, el norte del Cauca era un escenario idóneo para la guerra: la altura de las montañas impide la entrada del Ejército, y el Macizo Colombiano, donde confluyen los principales ríos del país y las tres cordilleras, es un corredor estratégico por el que los armados pueden andar campantes entre el Valle, Tolima, Cauca y el añorado Pacífico.

Allí, frente a los Coicué, sus vecinos y cientos más en otros municipios, actúan diez células de las Farc, cuatro estructuras del Eln y tres grupos relacionados con paramilitares, todos en busca de movilizar armas y droga, custodiar el oro y los cañaduzales y adueñarse de fértiles tierras que los indígenas defienden con la palabra. En la tierra de los nasa se libra entonces una guerra en la que los dueños de fusiles luchan como saben y el pueblo resiste.

El 15 de septiembre de 2011 fue día de no asistir a las aulas. Era jueves. Sólo la algarabía de los grillos interrumpía la madrugada serena, hasta que a las 4:40 a. m. el Ejército acampó junto a la institución. Otro ataque sorpresa de los militares a las Farc alteraba la rutina diaria de estudiantes, profesores, tenderos y agricultores.

Los mayores de El Credo, quienes para los nasa reciben sabiduría de los dioses, le revelaron a Abel Coicué, padre de Maryi Vanessa, periodista y líder proclamado, que si la gente no se resguardaba podrían suceder hechos lamentables.

Con la contienda a sus espaldas, Abel salió apresurado, tocó puerta por puerta en la vereda y le pidió a los vecinos que fueran cuanto antes a la escuela, el lugar donde se resguardan cada vez que hay combates, y para lo cual han demarcado un perímetro de 300 metros con banderas blancas.

Pasadas las 8:30 de la mañana, más de 70 familias se escudaban de la balacera entre paredes y pupitres, mientras afuera unos 600 militares diseminados loma arriba de El Credo y abajo, en el caserío Pajarito, se enfrentaban a un sinfín de guerrilleros que disparaban desde las cuatro direcciones.

Aunque el malestar por los enfrentamientos es pan de muchos días, los habitantes de El Credo prefieren resguardarse antes que ser otros más entre los 5,7 millones de colombianos a quienes el conflicto ha espantado de sus terruños. Quedarse pendiente de la huerta, los animales, los hijos y la tradición es la pelea que libran.

Pero la escuela no siempre es el lugar más seguro. Aquel jueves las balas pasaban por encima de la institución, rozaban los muros y aturdían a más de 700 indígenas que se creían a salvo en el colegio.

De esta forma, el Ejército y la guerrilla burlaban el único mecanismo de protección al alcance de los nasa, y sin más alternativa, cuenta Floresmiro Palomo, coordinador del sitio de asamblea permanente, “nos pusimos a esperar a que se fueran”.

Sin embargo, llegada la noche continuó la ofensiva, los niños no podían llorar más y las mujeres se habían quedado sin alientos para la algarabía, de manera que una comisión de la Guardia Indígena —más de 10.000 nasas que defienden los derechos de su comunidad con bastones de mando como única “arma” — pidió a los oficiales al mando que se retiraran de las cercanías del colegio.

La respuesta de los uniformados fue un no rotundo. El Ejército argumentó que no había ningún documento que los obligara a abandonar su misión y que el colegio “era solamente un colegio”, no un sitio de asamblea permanente. Incluso, aunque las mujeres lideraron una muralla humana de 300 indígenas para impedir que los militares ingresasen al lugar humanitario, a las siete de la noche llegó un séquito de soldados desde Pajarito buscando paz y descanso al lado de los que no disparan.

Como el colegio no era seguro, la gente decidió resguardarse en sus casas. Abel Coicué, a pesar de que había insistido el día anterior, prefirió que su familia volviera al hogar, y allí, el viernes 16 de septiembre cantaron los gallos, hirvió el agua, se levantó el olor a panela, pero Maryi Vanessa y su hermano de nuevo no asistieron a clases.

Desde antes de las 6:00 podía sentirse el estruendo lindando con las ventanas. Esta vez la guerrilla disparaba desde la escuela de Pajarito, mientras el Ejército accionaba sus fusiles desde algunas viviendas dentro de la zona demarcada con banderas blancas.

Miriam preparó el desayuno temprano, tenía almuerzos y arroz con leche listos por si el combate empeoraba y había que volver al refugio. Empero, la hora de salida siempre se pospuso.

Aunque por la casa de los Coicué pasaron tres vecinos y un familiar advirtiéndolo.

—La cosa está muy fea, mejor vámonos para la escuela —advirtió un familiar que pasaba por la casa de los Coicué junto a tres vecinos.

—Más tardecito voy —respondió la mujer.

Le temblaban las piernas, sentía que no podía moverse de las rodillas para abajo y de solo asomarse a la puerta se le salían las lágrimas. Tenía una sensación maluca, como de estar recibiendo algún presagio.

—Algo como que me amarraba a la casa, algo más fuerte que yo me tenía débil, sin ganas de andar, sin ganas de coger camino para el refugio, y eso apenas me lo estoy perdonando —dijo mientras arrullaba a Yesid.

Al media día, Miriam, su mamá, una tía, Johnny Alexander y Maryi Vanessa experimentaban la misma extraña debilidad, así que todos tomaron una siesta, esperando que en la tarde se calmaran los ánimos y los combates para bajar a la escuela.

Cuando fueron las 3:00 p. m. Miriam sintió que la niña se había levantado. No supo a donde fue, solo que unos minutos después llegó zarandeando una flor blanca del jardín y sacando una sonrisa más dulce que de costumbre. En el letargo, Miriam se quedó sin palabras, no supo qué decirle, pero al escuchar lo que sucedía afuera llamó a Abel —quien desde la mañana se había ido a Pajarito para adelantar una transmisión radial desde el caserío— y le avisó que muy cerca de la casa estaban cayendo “tatuco”, unos proyectiles artesanales lanzados por la guerrilla, muy erráticos en su trayectoria, y que por lo tanto pueden perder la dirección y caer en sitios poblados.

Los dos acordaron que Miriam se quedaría en la casa con los niños. En adelante, dice ella, todo fue como un mal sueño.

—Estaba muy intranquila, los nervios me estaban matando. Vanessa estaba en la ventana atendiendo a algún vecino por la tiendita que teníamos instalada en la casa, el resto seguíamos en las habitaciones, y cuando ya iban a ser las 4:00 todos escuchamos que desde lejos lanzaron un “tatuco”. Tuvimos tiempo hasta de preguntarnos ¿dónde irá a caer? Unos segundos después sentí una explosión,

sentí cómo se sacudían las paredes, las ventanas, la tierra, todo. Me desplomé. Cuando abrí los ojos estaba oscuro y se levantó un polvo que parecía humo. No veíamos casi nada. Yo andaba a tientas y caí en cuenta de lo que había sucedido cuando empecé a escuchar gritos. En el corredor estaban los niños de mi vecina tirados en el suelo. No sabía a quién recoger primero. Todo estaba ensangrentado. Jhony Alexander estaba en un murito reponiéndose del susto. Respiré tranquila porque estaba vivo. Maryi Vanessa, supuse que estaba con mi mamá, pero entré a la casa y mi mamá estaba sola. Volví a salir y ya estaba “clareando”, ahí fue cuando la vi a ella, tirada en el piso, echando sangre. Yo la llamaba, le decía a mi niña que despertara, que despertara por favor, que no me dejara sola, pero ella ya no respondía. No pude más que llamar a Abel y decirle que la niña estaba tirada en el piso, ni siquiera me imaginé que estuviera muerta, solo que estaba tirada en el piso.

Un padre

El nasa cree que su existencia está hincada a una especie de árbol de la vida. Al nacer brota una semilla. Luego, el indígena crece, se alimenta de la Madre Tierra y de él surgen frutos que, a su vez, alimentarán a otros. Así describe Abel Coicué la forma en que se hizo líder: desde abajo, desde que era un niño, “un cogollo germinando”, y sus padres lo llevaban a reuniones donde escuchó de soberanía, lucha y resistencia.

Más tarde se fue de vereda en vereda, y en un congreso del movimiento indígena en Cali, sin cumplir los 18 años, la mala suerte le reveló de qué estaría hecho su futuro. Frente a miles de personas, el joven que estaba animando el encuentro tuvo un percance en la tarima, y Abel, que manejaba el sonido, tuvo que hacerse cargo.

—Me pusieron delante del público, y yo sin palabras, sin saber qué decir, hasta que de los nervios me fue saliendo un discurso, un montón de frases bonitas que inspiraron a la gente —cuenta. En adelante, le cogió el tiro a mover masas y nunca más quiso dedicarse a trabajos pequeños.

En Caloto, a media hora de Santander de Quilichao, empezó como secretario de la Junta de Acción Comunal, luego tesorero y finalmente fiscal. De Radio Pa' Yumat, emisora indígena del pueblo Nasa, lo llamaron para que hiciera reportes desde su municipio, y como cautivó a los oyentes con las reflexiones que escuchaba de los ancianos de su comunidad, consiguió un espacio en el programa El Camino, dirigido a campesinos, afros e indígenas que quisieran acompañar sus jornales con la música de antaño y las “frases bonitas” de Abel.

La voz de Coicué la conocen todos en el norte del Cauca, no solo porque suena a voz de Jorge Barón, sino porque alcanzó a ser director de la emisora, donde lo ven como un hombre que sigue hablando claro y firme ante las injusticias.

El año pasado sus dotes lo llevaron aún más lejos. En noviembre fue elegido gobernador indígena del resguardo de Huellas, en Caloto. Entre seis candidatos, más de mil personas —muy por encima del índice normal—, resalta Abel con alarde, le dieron el voto a este líder como representante de sus ideas y luchas.

—No vendernos, no cansarnos, no dejarnos engañar y sembrar la paz en este territorio de guerra —según dice él mismo.

Un miércoles de marzo, con halo de autoridad y empuñando un bastón de mando repleto de cintas verdes y rojas —que son los colores del movimiento nasa—, sale apresurado de una reunión con líderes de Toribío para atender esta entrevista.

Tiene los ojos de Maryi Vanessa, las mismas entradas en la frente, los mismos dientes pequeños, la misma sonrisa tímida que dejaba ver la pequeña en las fotos. Está en lo cierto Miriam cuando dice que la mortificaba mirar a Abel porque era como ver el rostro de su niña.

La palabra es el don de este hombre, pero cuando deja de hablar de paz, de minería, de multinacionales en el Cauca, y se refiere al 16 de septiembre de 2011, pierde su encanto. Con torpeza cuenta que después de esa fecha Miriam no aguantó el miedo y se fue al Putumayo; que allá encontró a alguien más y tuvo otro hijo; que Jhony Alexander se fue con ella, pero volvió porque extrañaba a El Credo; que ya no tiene los cultivos de café y plátano; que se acuerda cuando Maryi Vanessa husmeaba en su mochila buscando regalos; que las flores del cementerio están secas, y que nada es como antes.

Ya no suena a Jorge Barón. Inclina la mirada y disimula las lágrimas buscando algo en el celular.

—Ella estaba para cosas grandes, pero pues... pues pasó lo que pasó —dice, dejando siglos de silencio entre cada palabra, hasta recobrar el aliento y continuar—. Por ahí en una fiesta aparecieron unos borrachos gritando que sabían quién había sido, llorando, pidiéndome que no los denunciara. Yo me trago la rabia y perdono, pero qué me gano con ir a la justicia, ¿acaso eso va a levantar a mi hija de donde está?

Días de guerra II

A las 3:50 p. m. de aquel jueves que enmudece a Abel, contra un árbol que cubría su casa, las Farc lanzaron sin piedad un “tatuco”. El proyectil, relleno de metralla y mierda, pudo haber caído en la escuela, en un campo desolado, en la casa del

vecino, sobre el Ejército e incluso se pudo devolver a las manos de quienes lo crearon. Sin embargo, tan descabezada es la guerra como quienes participan de ella, que este “tatuco”, como los más de 20 que causaron estragos en el Cauca durante 2011, tuvo 800 metros a la redonda para descender al azar, justo donde estaban los que no usan el plomo como defensa.

Abel registraba los nombres de unos heridos en Pajarito cuando escuchó el bombazo. Minutos después lo llamaría Miriam avisándole nerviosa que Vanessa estaba en el piso, sin más explicación. Tardó unos segundos en entender que, como jamás lo habría imaginado, ni siquiera estando acostumbrado a vivir con el conflicto respirándole en el cuello, su gente, él mismo, lo vivían ahora en carne propia.

Buscó una moto que lo llevara a El Credo y por suerte se encontró una ambulancia de una ONG que iba a ayudar a los heridos. Tardaría 20 minutos, pero a medio camino —que para él fue una eternidad— el carro se detuvo y le dijo que hasta ahí tenían permiso de la guerrilla para continuar, que de alguna forma tenían que bajar a los afectados para asistirlos.

Se sintió solo. Ni en El Credo ni en sus alrededores había un médico para salvar a su niña, tampoco había un periodista que denunciara lo que estaba pasando y ni siquiera el Estado hacía presencia luego de más de 24 horas de combates. Solo estaba la guerrilla y el Ejército, los mismos que lo tenían en ascuas, los mismos que no habían querido acatar la súplica de la Guardia Indígena de que se enfrentaran lejos de los civiles.

Cuando llegó a su casa ya era tarde. Hacía pocos minutos Maryi Vanessa había dado el último suspiro sobre las piernas de un miembro de la Guardia que intentaba auxiliarla. Apretó la mano del hombre y se fue. Abel la encontró como dormida y alrededor de seis niños más, entre los que habían hijos de vecinos y sobrinos suyos, lloraban por las esquirlas que también los habían tocado y lloraban a su amiga de juegos.

A las 5:00 p. m. no había ni un militar en El Credo. La guerrilla también se esfumó. Casi toda la gente se refugiaba en la escuela. A Miriam la consolaba la madre y su casa parecía un cementerio envuelto en la hojarasca que dejó el árbol.

El sábado 17 despidieron a Maryi Vanessa. Todos los niños, vestidos con su uniforme de escuela, llevaban banderas de color blanco, verde y rojo, colores característicos de los nasa. La guardia infantil hizo un corredor de honor con sus bastones de mando por el que pasó el ataúd blanco en el que reposaba el cuerpo de la niña. Los maestros alzaban una pancarta con una foto de su estudiante y

esta frase: “Tu dulzura y tu compromiso iluminan el camino de tu pueblo para defender la vida con dignidad”. Erika Yurley Mestizo abrazaba desconsolada a Miriam. Había tantas flores amarillas, blancas, rojas y rosadas como Maryi Vanessa hubiera querido en su jardín.

—Hoy estoy con el dolor de perder a mi hija —decía Abel en el micrófono, frente a la comunidad, con lágrimas y rabia en sus ojos—, a lo que más quería. Son hechos que se han venido presentado constantemente en nuestro territorio por parte de los actores armados, tanto de derecha como de izquierda (...) A nosotros nos tiene hartos. No nos contentamos con hacer denuncias y marchas, porque no pasa nada. Los actores armados siguen haciendo de las suyas. ¿Hasta cuándo va a ser así? Ojalá la muerte de mi hija sea algo que mueva los corazones para que cese esta guerra. Por eso vamos a sacar las fuerzas en combate, porque son ellos los que nos están poniendo en esta situación.

Y así fue. Con lo sucedido, la comunidad decidió tomar medidas drásticas. A partir de entonces la Guardia Indígena decomisaría e incineraría toda arma que se encontrara en El Credo, sin importar en manos de quien estuviera. Según dijo Floresmiro Palomo en ese entonces, él mismo notificó la decisión vía fax al coronel Hugo Meza, comandante del Ejército en el área, y la respuesta de este fue que sus soldados no se iban a dejar desarmar porque justamente estaban protegiendo a los indígenas. El intercambio de mensajes concluyó así:

“Nosotros somos 600. Si encontramos otra vez a 30 soldados metidos dentro de la comunidad, si ellos matan a 100, quedaremos 500 para hacer el trabajo que toque hacer”.

El anuncio incomodó a alguien que descargó su molestia con amenazas telefónicas para Abel y su familia. La orden era que el periodista debía quedarse “calladito” e irse de El Credo cuanto antes con su mujer y su hijo.

Aun cuando la escena del abandono, una niña muerta y una casa destruida no podía ser más amarga, aparecía el destierro: Miriam metiendo los trastes, las fotos y la ropa en unas pocas cajas, Jhony Alexander diciendo adiós a los del salón y Abel contemplando la partida de su familia al Putumayo, porque para él no hay vida fuera del Cauca.

—Porque mientras uno luce por algo claro y real no hay que temer. Es mejor morir en la batalla que escapando de ella —dijo tajante.

No era la primera vez que Abel se enfrentaba al silencio impuesto. En el 2008, la guerrilla destruyó los equipos de transmisión de Radio Pa' Yumat y la emisora indígena tuvo que salir del aire por ocho meses. En el 2010, en zona rural de Caloto fue asesinado Rodolfo Maya, compañero de Coicué que denunciaba la invasión de los grupos armados a su territorio.

Constantemente, el Ejército y las Farc utilizan la parte del cerro, en donde están las antenas de la emisora, para acampar y dirigir ataques, lo que también ha interrumpido las transmisiones. El mismo año en que intentaron callar a Abel, la emisora recibió un panfleto firmado por el bloque central de las Auc en el que los periodistas fueron declarados “objetivo militar permanente”.

Pese a ese escenario del terror, Abel ha sobrevivido y dice que no tiene miedo de morir, que si por “cantarle la tabla” a la guerrilla y al Ejército lo matan, morirá “con honor” y un día nacerá otro nasa que haga lo mismo.

Epílogo

En El Credo parece que los muertos dolieran menos. Tal vez por la rutina de habitar con cadáveres o porque los nasa llevan el luto en los genes. Cuando los tiros anuncian difuntos, las vecinas invitan a Miriam Coicué a ver cómo les quedó el rostro y si perdieron los sesos; si eran guerrilleros, paracos, policías o militares; si llevaban uniforme o vestían de civil, y si eran conocidos o venían de lejos.

Sin embargo, después de la partida de su hija, Miriam perdió el gusto de verlos. Ya no le causa gracia la sangre, el corrillo y el chisme sobre si a fulano de tal lo mataron por “torcido”, por error o por deudas pendientes. Para ella la muerte dejó de ser ajena y se pasó a vivir a sus huesos. Duerme con ella, le cuenta sus cuentos, le ofrece sus lágrimas y hasta le lanza besos. En sus días la muerte no sucumbe, tal vez por eso, como a sus vecinas, también le duele menos.

Le duele menos porque resolvió, como pocos, el misterio más espinoso de la historia universal: que la vida se renta por un tiempo y aunque a los ojos del hombre se esfuma entre una niebla indescifrable, es después del instante en que se apaga cuando se vuelve eterna.

Maryi Vanessa Coicué está viva para ella, para Abel y para su pueblo. Lo que aún no entienden es bajo qué lógica alguien decide destruir al otro, jalar el gatillo, lanzar el “tatuco”. Para ellos nada lo justifica y ante eso reclaman, gritan, caminan y cantan; al ver que su táctica funciona, con la que al menos no ven derramar la sangre de su opuesto, dejan ver su armadura más poderosa, que en palabras de Miriam no es más que andar por el camino hacia la casa, encontrarse a los que pudieron ser los asesinos de su hija y saludarlos con respeto, con el corazón sereno:

—Para que sepan que los que guardan rencor son ellos, que nosotros podemos mirarlos de frente, mientras ellos bajan la cabeza y uno ve como si se estuvieran dando garrote por dentro.

Kitek Kiwe significa tierra floreciente

Extraño el Naya, pero no volvería.

Lisinia Collazos

Por Catalina González Navarro



En la Tierra florecida, el viento avisa la llegada de los foráneos y es cómplice de los niños. /Mateo Jaramillo.

La infancia de Johan transcurrió junto a los ríos y montañas de la región del Naya, bosque adentro, entre los municipios de Buenaventura y López de Micay. Padre, madre, siete hermanos y él vivían en una casa de techo de palma, paredes forradas en cañabrava y jardín de naranjos.

Nadie usaba zapatos —no hacían falta para trepar árboles, cazar pájaros, nadar y sembrar yuca y plátano—. Si entre la espesura alguien se perdía, los truenos mostraban el camino. En general, la vida era tranquila, a excepción, según cuenta Johan, de las noches en que escuchaban los lamentos de La Patasola.

Para 2001, cuando tenía 12 años, corría el rumor de que los paramilitares estaban cerca. Meses antes, el 30 de mayo de 1999, el Eln realizó el secuestro de La María en Cali y se decía que las Autodefensas entrarían a la zona como represalia.

Elías Trochez Quiguanas, gobernador del cabildo del Alto Naya, se atrevió a denunciar los hechos y viajó a Bogotá a interponer la denuncia, lo que resultó fatal, pues lo asesinaron.

Exactamente cuatro meses después, el 11 de abril de 2001, a plena luz del día de un Miércoles Santo, Johan vio llegar a hombres extraños, diferentes a quienes habitaban aquella maravilla natural. Estaban calzados, vestidos de uniforme camuflado y con fusiles al hombro.

Recuerda que el sonido de las motos lo aturdió, que tomó a su hermano menor de la mano y ambos se escondieron en un árbol, que los foráneos entraban a la fuerza a las casas, que asesinaban, que él apenas tuvo tiempo de empacar una muda de ropa y que su mamá olvidó tomar la caja en la que habían escondido a Felipe, el mono cariblanco que tenían por mascota.

Los sobrevivientes de la masacre narran que hombres del Bloque Calima de las Auc, sacrificaban sin escrúpulos a hombres, ancianos, mujeres y niños. La lista con nombres y apellidos de supuestos guerrilleros dejó de importar.

Según los testimonios, el grupo de paramilitares ingresó con la complicidad de los soldados de la Tercera Brigada del Batallón Pichincha del Ejército; así se esparcieron por las veredas de Patio Bonito, El Ceral, La Silvia, La Mina, El Playón, Alto Seco, Palo Grande y Río Mina. Junto a ellos iba la muerte.

La Fiscalía solo ha logrado identificar a 24 víctimas fatales, pero los pobladores están seguros de que la cifra es considerablemente mayor, pues muchos de los cadáveres fueron arrastrados por las corrientes de los ríos Yurumanguí, Naya y San Juan de Micay.



Sobre los muros de Kitek Kiwe las nuevas generaciones representaron el pasado, presente y futuro. /Mateo Jaramillo.

Luego de la masacre, los indígenas y afrodescendientes emprendieron un recorrido lleno de agonía. Con lo poco que alcanzaron a empacar en medio del dolor, se desplazaron a lo largo del Valle, por Jamundí, Cali y Buenaventura. Otros partieron a las poblaciones caucanas de Timba y Caloto, mientras Lisinia Collazos, quien presenció el asesinato de sus vecinos y de su esposo, llegó caminando a Santander de Quilichao con sus tres hijos de once, diez y nueve años.

Después de su huida, esta mujer vio cómo niños y mujeres embarazadas dormían en el piso de un coliseo. Para ella y Johan, vivir en Santander era una tortura. El muchacho nunca había salido del Naya y se preguntaba qué tipo de animales eran esos que recorrían las calles (los carros), por qué había tantas personas y cuándo volverían a casa.

Lisinia podía decidir entre dos caminos: echarse a la pena y esperar los subsidios del Gobierno o ponerse los zapatos de líder.

Aunque era el más espinoso, escogió el segundo. Buscó un plástico, donaciones de comida en la plaza de mercado y tres años después, por medio de una tutela, fundó un resguardo en Timbío, a veinte minutos en carro desde Popayán, donde se radicaron quienes temían volver al Naya.



Los niños caminan hacia el horizonte verde y accidentado, sin recordar la hermosura y el horror del Naya. /Marcela Madrid.

Al nuevo hogar lo bautizaron Kitek Kiwe, que en nasayuwe —la lengua de los nasa— traduce tierra floreciente.

Allí, el sol no es solo el sol, ni las estrellas son solo auroras en el cielo, ni la luna es un lejano satélite. En Kitek Kiwe, los espíritus están en el aire y se cuelan entre el viento que descarga toda su furia cuando llegan desconocidos.

Un jueves de agosto, un vendaval desacomoda las tejas de zinc y levanta el polvo de las calles sin pavimentar, que en cuestión de segundos invade los ojos de los foráneos y hace que se derramen lágrimas por sus mejillas. Solo se calma cuando la Madre Tierra los reconoce.

El sol se oculta y oscurece los extensos campos de caña. Sobre el horizonte verde y accidentado se diluye la tarde y los pobladores confiesan que, a pesar de la paz en la que transcurren sus días, quisieran otra vez la vida del Naya.

Johan recuerda el primer día en Kitek Kiwe. Desde hacía mucho no veía un paisaje como el de su infancia y, aunque sentía frío, no dudó en meterse bosque adentro.

—Me volví como loco, no sabía para dónde coger. No conocía nada. Salía del territorio y no me daba cuenta. Ni siquiera dormía en la casa. Tomaba mi cobija y me iba lejos en las noches. Quería escuchar la naturaleza, imaginaba que estaba otra vez en el Naya.

Hace seis años decidió volver a ese lugar, su tierra original. Se fue solo y sin decirle a nadie a las cinco de la mañana, cuando apenas salía el sol a alumbrar. En el camino se encontró a un arriero, a las doce del día llegaron a El Playón, siguió caminando en busca de su casa. La sorpresa fue grande cuando vio que ya eran unos pastusos los que habitaban allá. Permaneció dos días, hasta que su mamá preocupada llegó a buscarlo. Esa fue la última vez en la que madre e hijo vieron aquel hogar que no les pertenecía.

Una consecuencia del conflicto fue que todos se unieran y tuvieran una nueva mentalidad. A su corta edad, Johan repite una y otra vez que luchará para que ningún joven de su comunidad se vaya con ningún grupo armado. Parece un adulto, pues se refiere a ellos como si fueran pequeños, pero su edad es casi la misma de quienes quiere proteger. Son adolescentes que buscan oportunidades.

En este nuevo hogar hay quienes hablan y quienes no. El dolor aún ronda sus corazones marcados por las heridas que 12 años después siguen abiertas.

Rubiela Penagos, una señora de cuerpo y alma grandes, pero con ideas revueltas, es una muestra del horror de la violencia en los seres humanos.

A Guillermo León Trujillo, su esposo, lo asesinaron en la misma masacre que deformó a los habitantes del Naya. El juicio, sin jurados ni espera, tuvo como verdugos a los mismos acusadores.

—¡Usted es guerrillero! Usted hoy se muere.

La condena se cumplió frente a su familia. Un fusil y el filo de un arma derramaron la sangre a los pies de Rubiela... Por eso, incluso hoy, no logra contener sus lágrimas ni deja de exaltarse al describir los largos días de Semana Santa en 2001.

Viuda, desterrada y olvidada, pero amable. Su generosidad se derrama sobre las tazas de café que ofrece a sus visitantes, en su tiempo a los interlocutores y en los brazos que rodean a una sociedad parca e insensible.

Edwin Guetío no mide más de un metro con 60 centímetros, pero su corta estatura contrasta con la propiedad que demuestra al hablar de Kitek Kiwe y del viejo Naya.

—Allá uno tiraba un grano de maíz y no necesitaba abonarlo ni limpiarlo, eso producía. En cambio aquí una mata dura seis meses y es una cosita amarilla y desnutrida, que sin abono no cosecha —asegura Edwin, el joven gobernador del resguardo, y mientras camina por la que debería ser la vía principal cuenta que en Kitek Kiwe tienen su propio calendario: el año nuevo se celebra el 21 de julio.

Unos metros más adelante está el mural a la memoria, un verdadero paisaje colorido. Sobre una enorme pared, los jóvenes pintaron su proyecto de vida: el pasado del Naya con los animales, las cosechas y la alegría. Después ilustraron la masacre y el desplazamiento masivo, y al final sorprendieron a los mayores con sus sueños: sinergia entre la vieja y la nueva generación.

Cuando tenía solo 10 años, llegaron los paramilitares a su región y, sin entender mucho lo que sucedía, se convirtió en líder del cabildo del Bajo Naya. De hecho, participó en los diálogos que en el 2004 dieron inicio a la asociación de campesinos de ese sector.

Al explicar los programas con los que se rigen, es enfático en decir que su plan de vida fue truncado por los armados. También reconoce el papel que han ocupado las mujeres dentro del cabildo como eje de la familia, el cuidado que tienen grandes y niños por el medioambiente y su interés por la Guardia Indígena.

Ahora, la gente del viejo Naya vive de la caña y el trapiche que construyeron ellos mismos. Treinta niños estudian en una escuela de 100 metros cuadrados, un kiosco sin puerta ni ventanas que comparten los cinco grados de primaria. Ahí aprenden con educación propia, pues prefieren conocer su historia, y no solo la de Cristóbal Colón o Simón Bolívar.

En el camino por el sendero que conduce de la escuela al centro poblado, los niños Robe, Marcela y Yazira saltan por las montañas mientras cuentan historias de brujas y de piedras en el camino que se convierten en animales tenebrosos.

Las casas idénticas y simétricamente alineadas dan la bienvenida al único barrio de Kitek Kiwe. Ahí viven más de 70 familias indígenas sin electricidad, teléfonos ni servicio de agua potable, pero con la esperanza de encontrar a los que cayeron río abajo.

—Miren, esta es la montaña de los muertos —dice Marcela mientras subía apresurada una pequeña colina.

Suena como otra leyenda del resguardo, pero lo que muestra es el monumento a la memoria de la masacre del Naya.

Once palmas y 30 piedras de colores conforman un círculo. Las primeras son sembradas cada 11 de abril para conmemorar los aniversarios de la masacre; y en las rocas están inscritos los nombres de quienes fueron torturados y asesinados aquellos días.

Cuando la tarde cae, a esa cima, que aún produce nostalgia en los adultos, llegan más niños buscando el viento perfecto para lucir sus cometas. En el cielo de Kitek Kiwe no cabe una estrella más. Cesa la algarabía de niños, balones y pájaros, y el aire frío esconde a todos en sus casas. De vez en cuando, antes de dormir, los abuelos cuentan las historias del Naya. Nada les turba. Es noche de paz en la Tierra Florecida.

Mientras el sol se oculta y la brisa se calma, los pobladores confiesan que, a pesar de los hermosos atardeceres y la paz en la que transcurren sus días, añoran la vida en el Naya.

*Fragmentos de esta historia fueron publicados en El Espectador.

El retrato de Manuel

Lo peor que me puede pasar es que me vaya mejor.

Manuel Mejía

Por Mateo Jaramillo Ortega



Las paredes de Graffiti de la 5 son el tablero de los aprendices, que cambian este lienzo por la calle. /Mateo Jaramillo.

Una tarde en la que Manuel se encontraba en la casa de uno de sus amigos de parranda llegó una mujer irrumpiendo a los gritos la conversación que entablaban desde hace algunas horas.

—¡Mataron al muchacho del gimnasio!

—¿A cuál? —preguntó Manuel esperando que fuera otra la respuesta que ya tenía en su cabeza.

—El morenito que trabaja en el barrio. ¡Lo mataron! —confirmó la mensajera.

—No vayás a hacer nada, quedate aquí —intentó tranquilizarlo su amigo cuando vio que Manuel tenía los ojos encharcados por la ira. Eran lágrimas de venganza.

Entre gritos y forcejeos pudo llegar al gimnasio. A su mejor amigo, a “Baracus”, se lo habían llevado al hospital. No lo podría ver sino hasta el siguiente día. Cinco disparos le atravesaron órganos vitales y lo mantenían en una camilla conectado a una máquina que le daría vida por unas cuantas horas.

Ahora, Manuel quería reemplazar el alma de su amigo con otra vida. Empezó a aprovechar su poder en las calles —a pesar de tener solo 16 años, ya era de los “duros” dentro del combo— para indagar quién era el responsable de que su compañero estuviera agonizando en una sala de cirugía. El asesino era un colega. El mismo jefe de Manuel, de “Baracus” y del sicario al que le había dado la orden de matarlo. A sangre se construyen los negocios en los combos, a sangre se resuelven.

A la mañana siguiente, antes de encontrarse con su fiel compañero, pudo ver cómo la madre de “Baracus” le pedía al cielo que no se llevara a su hijo. Pero las plegarias no serían inmunes a las balas.

En Medellín, no todos los jóvenes han corrido con la misma suerte de Manuel Mejía Vallejo. No han tenido un fiel amigo, una madre entregada y el coraje para escapar de la muerte. O, por lo menos, no al mismo tiempo. Cada vez las historias de los niños paisas se parecen más a la condena del personaje Dorian Gray en la novela de Óscar Wilde: venden su alma al poder y la lujuria, a cambio de su juventud y belleza.

Un buen madrugador

La tarde se despide con un viento helado. Es abril de 2013. Para refugiarnos de la lluvia, con Manuel nos sentamos en unas sillas plásticas de una tienda en el barrio Castilla, oriente de la capital antioqueña. Su rostro lleva una expresión serena, no hay afán en llegar a un sitio determinado pero no le gusta perder el tiempo. Lleva un pantalón vaquero ancho, una camiseta negra con un estampado de latas de

aerosol, una chaqueta oscura acorde con la inclemencia del tiempo y una gorra de visera plana. Su infaltable compañera.

No son necesarios más de cinco minutos desde nuestra llegada al estanco para que entable una conversación con uno de los borrachos del lugar. Media botella de aguardiente daría un poco de calor a los cuerpos.

—Ante todo hay que tratar a los hijos con respeto —afirma el alicorado señor—. Así es que ellos le cogen respeto a uno.

—Claro. —Dice Manuel sin mayores pretensiones—. Eso es muy cierto.

—Mirá, este es mi hijo —indica el beodo de unos cincuenta años mientras le enseña la fotografía—. Debe ser como de tu edad.

—Se ve muy querido... Mirá el mío, —responde Manuel mientras saca del bolsillo su billetera— se llama David.

—¡Qué niño tan bonito! Pero vos sos muy joven.

—Sí. Creo que le madrugué a la vida —sentencia Manuel entre risas y al brindar con una copa de aguardiente.

Aún con lluvia, pero sin la tempestad siguiéndonos los pasos, caminamos por las empinadas calles de Castilla hasta la comodidad de un viejo sofá manchado de pintura. Desde hace algunos meses se reúne con un grupo de amigos en una casa de la calle 92 con carrera 62 para enseñarles a los niños de su barrio cuáles son las técnicas que se usan al dibujar con pintura en aerosol.

La entrada de la noche aumenta el volumen de la música y los ánimos en *Graffiti de la 5* son cada vez más fiesteros. Wilmar Martínez dirige la sesión. La camisa de un solo tono y con cuello, el pantalón café y su pelo corto refuerzan la seriedad de sus palabras al hablar de los proyectos. Cada oración pronunciada está dirigida por un brusco ritmo de sus manos que explican casi con la misma exactitud lo que indican sus palabras.

A su lado está “El Worm”, uno de los artistas más antiguos del colectivo. Su gorra, del mismo estilo que la de Manuel, hace que su sonrisa cobre una mayor magnitud cada vez que suelta una carcajada. Si bien ninguno de los presentes se caracteriza por la timidez, luego de terminar el cronograma de acciones para las próximas semanas, la risa de “El Worm” es la más sonora cada vez que “El Feike” detalla alguna de sus historias.

Esta semana, una admiradora reconoció a “El Feike” en el parque frente a la casa de *Graffiti de la 5*, un acto que no tiene mayores exigencias debido a que el chaleco escocés que llevaba puesto era tan singular como el hecho de tener un lado de la cabeza sin pelo y el otro juiciosamente desordenado. La cautivada niña le pidió que le realizara un dibujo sobre su cuerpo. El reto, primera vez que se lo

proponían, lo asumió con toda la profesionalidad del caso, pero lo cuenta a sus compadres con la viveza de su juventud.

Cada uno de los apodos con los que se reconocen entre sí se convierte en un nombre artístico. Así no solo son reconocidos por las mujeres sino respetados por los demás artistas. Esos apodos se convierten en firmas sobre las paredes de la ciudad que, a su vez, se vuelven la manera de inmortalizarse. Por lo menos hasta que la obra sea borrada.

Pero no es la primera vez que veo a Manuel y su combo. Hace cuatro meses lo conocí con el sobrenombre de “Chispita”, como le dicen todos.

“Chispita” fue de Los Mondongueros

Manuel nació el 2 de abril de 1995. Medellín, su ciudad, la que le ha dado sus alegrías y llantos, lo acogió con la inauguración del mejor sistema masivo de transporte del país, museos con las obras del pintor Fernando Botero y librerías con los versos de Porfirio Barba Jacob. Es más, cuando nació Manuel, su homónimo, el escritor de la novela *La tierra éramos nosotros*, todavía vivía en el municipio de El Retiro.

Esa misma costumbre a las soluciones que ofrece esta urbe, también la ha tenido que padecer con la violencia. Solo habían pasado dos años desde la muerte de Pablo Escobar —el mayor narcotraficante en la historia colombiana— cuando Manuel daba sus primeras pataletas. La herencia del gran capo cobraba mayor fuerza en las calles de la ciudad y todavía no se ha logrado contener: desde 2007 hasta 2013 no hubo un solo año en el que no hubiera menos de mil asesinatos.

Cuando llegué por primera vez a la sede de los grafiteros en la comuna 5, en julio de 2012, el anfitrión fue Wilmar. A pesar de no tener talento para dibujar en las paredes o componer canciones con los golpeados ritmos del Hip—hop, nació con una gran habilidad dialéctica. Wilmar convenció a varios de sus amigos y algunos artistas callejeros de estructurar una academia para el arte urbano. Una escuela donde los profesores son un par de años mayores que los alumnos.

La casa es de la tía de Wilmar, se las arrienda para que puedan ensayar los trazos con los nuevos integrantes y ejecutar los proyectos para la comunidad. Todas las paredes tienen la inscripción de alguno de los aprendices, tres de las cuatro habitaciones sirven para dibujar con aerosol o debatir en el Ágora las dinámicas sociales y políticas de la ciudad. En el último están los equipos de producción sonora que funcionan como un estudio improvisado de música para componer las letras de las canciones.

—Tenés que conocer a “Chispita”, a Manuel. Ahora es el secretario general de *Graffiti de la 5*, pero antes fue de “Los Mondongueros”, uno de los combos de esta comuna —dijo Wilmar la primera vez que nos entrevistamos.

Según expedientes de la Fiscalía General, la banda “Los Mondongueros de Castilla” está compuesta de asesinos a sueldo y extorsionistas que mediante el “ajuste de cuentas” han desplazado a ciudadanos, no solo en el Área Metropolitana de Medellín, sino en ciudades como Bogotá y Barranquilla. Su principal fuente de financiación es el hurto a usuarios del sistema financiero, el narcotráfico y el microtráfico de sustancias psicoactivas.

En marzo de 2013 la Policía capturó a alias “Tyson”, al parecer uno de los cabecillas de la banda y tercero en la organización criminal de “La Oficina”, que comandó en su momento Maximiliano Bonilla Orozco, a quien las autoridades conocen con el alias de “Valenciano”, hoy preso en una celda de Estados Unidos por nexos con la guerrilla colombiana del Eln y con la banda Los Zetas en México.

“Tyson” tenía 32 años cuando lo capturaron. Lo increíble es que siendo uno de los delincuentes más buscados por las autoridades nacionales fue sorprendido cuando jugaba un partido callejero en la carrera 71 con calle 98 del barrio Castilla. Mientras hacía sus gambetas, portaba una pistola marca Glock, calibre 9 milímetros con un proveedor y 17 cartuchos.

Aunque parece más claro que estuviera jugando fútbol porque en los años 2004 y 2006 ya había sido capturado, también en Castilla.

Mi ciudad, mi escenario

La música, el olor a pintura y su hermano mayor fueron las causas para que Manuel empezara a vestirse con pantalones anchos, grandes camisetas de colores y no dejara nunca a su fiel compañera sobre la cabeza.

Como a muchos hijos menores, a Manuel le atrajo la manera como el mayor de los Mejía Gallego se comportaba. Edwin, su hermano, fue quien lo involucró en el mundo del rap y del Hip—hop. Ambos practicaban sus espectáculos para formarse como artistas ambulantes que se presentan en los grandes escenarios callejeros. Comenzaron a recorrer otras fronteras de la ciudad. En poco tiempo, “Chispita” dejó los andenes aledaños a su casa para apropiarse de los principales parques de Medellín.

Uno de sus desafíos fue sorprender a los transeúntes del parque Berrío, en el corazón de la metrópoli. Su admiración por Edwin aumentó cuando lo vio rapear con Izaya, un reconocido músico de la cultura urbana. Así fue como imitó los gestos, aprendió las letras de las canciones y se interesó por el poder de los artistas.

Pero mientras los hermanos Mejía deambulaban por las principales plazas y parques de la ciudad, y poco a poco Manuel desarrollaba su talento; sus amigos del colegio ingresaban a los combos de pequeños traficantes de narcóticos. Algo que en principio no le llamó la atención, pues a sus 13 años no fumaba marihuana ni le interesaban las armas.

Sin embargo, su parecer cambió en el momento en que algunos de sus compañeros de clase empezaron a llevar nuevos tenis, camisas de marcas exclusivas, tenían un respaldo en las pequeñas plazas donde comercializaban las drogas y varias historias que contar a las niñas que se cautivaban con las andanzas de los nuevos jefes del vecindario. La admiración a Edwin ahora sería hacia “Baracus”.

Lo apodaron así por su parecido con Mario Baracus, el personaje de la serie de televisión estadounidense “Los Magníficos”. Entró a Los Mondongueros antes que Manuel. Como era de esperarse para este pequeño hombre, las advertencias de su amigo de 15 años sobre los riesgos y los malos ratos dentro de las pandillas no sirvieron para evitar que “Chispita” se inaugurara como otro dueño de las calles antioqueñas.

Una vez dentro, Manuel nunca permitió que los compradores llegaran a su casa. El miedo a que su madre se enterara de la manera como estaba consiguiendo dinero para sus nuevos zapatos, para invitar a las niñas y para salir de fiesta lo hacía dividir los lugares familiares y los de trabajo. Tampoco dejaba que en el colegio le pidieran algún encargo. Tenía que ser donde él dijera y cuando él lo decidiera. Es por eso que llegó a ser uno de los jefes.

Al igual que en las grandes ciudades, en las apartadas poblaciones del territorio nacional la Justicia la ejercen quienes tienen el monopolio de las armas. En algunas zonas, a pesar del mandato constitucional, son las bandas criminales organizadas quienes hacen el papel del Estado. Ese ejercicio de la autoridad ha llevado a que en muchos barrios de Medellín a los miembros de los combos, que son denominados por los organismos de control como criminales, los llamen “los muchachos”. Su poder llega al punto de resolver las disputas triviales entre los vecinos, desterrar a violadores o exigir tributos a los tenderos.

Fuera de las jornadas estudiantiles de Manuel y las horas laborales de “Baracus” en el gimnasio, el cual había abierto con el dinero de sus “quehaceres”, tenían la costumbre de comprar una caja de cerveza y dedicarse a la vida contemplativa que ofrece el humo de la marihuana. Pero en el trabajo, las cuotas se debían cumplir sagradamente.

La cuota para uno de los miembros de los combos significa que si le entregan un bloque de marihuana equivalente a 50 dólares tiene que vender mínimo 25 y entregárselo a los jefes. El resto es para el vendedor.

Como el de “Baracus”, varios son los casos en los que algún miembro del combo, ya sea por tener nuevos proyectos, salir de fiesta o fumarse la mercancía, no cumplen con la cantidad de dinero que deben entregar a su jefe. En muchos de los casos se paga eternamente aquel incidente, el del mejor amigo de Manuel fue por dejar las drogas por el trabajo honesto en el gimnasio.

¿Arte o vandalismo?

Si no está lloviendo en la casa de *Graffiti de la 5*, sus habitantes charlan bajo la sombra de dos árboles en el patio trasero. Por eso esta vez estamos en una de las habitaciones. Hay varios niños que llevan pocas semanas aprendiendo a dibujar. Algunos de ellos garabatean sus firmas en amarillo, rojo y verde. Me recuerdan a las descripciones del escritor irlandés sobre la inocencia del apuesto Dorian Gray. Esa misma que encantó al pintor Basilio Hallward y quien tomó al inocente modelo para plasmar un cuadro con los rizos dorados, labios carmesí, tez blanca y un aura de bondad a su alrededor.

“El Loco”, un estudiante de música de conservatorio, con pelo largo y afición por el Metal, pone una canción de una banda local para ambientar la reunión. Wilmar le explica a cada uno de los nueve presentes qué falta para que los cinco mil ejemplares de Espacio Público salgan a circulación. La primera publicación llegará en octubre para difundir las próximas actividades del colectivo y recapitular las que realizaron.

Esta vez tendrán una entrevista con el expresidente de la Corte Constitucional Carlos Gaviria sobre su percepción del grafiti como arte e incidencia política, un diálogo con el artista español Zeus One y una explicación paso a paso sobre el “Quick—Piece”, uno de los estilos más usados en las paredes de la ciudad.

Esa es una de las razones para que la revista se llame Espacio Público, porque el debate sobre la legalidad de los grafitis en Colombia no se ha resuelto. Todavía sigue en los expedientes de la Fiscalía el caso del joven bogotano que fue asesinado mientras dibujaba en una de las paredes del norte de la ciudad en el 2011, al parecer, a manos de un policía.

También, todavía se oyen voces de protesta de los artistas callejeros por la escolta que brindó la Policía a un cantante canadiense debajo de uno de los puentes de la Calle 26 en la ciudad de Bogotá mientras dibujaba con aerosol la bandera de su país con una mata de marihuana.

Para fomentar el trabajo de los jóvenes y crear espacios en los cuales rescaten a los niños de la posibilidad de ingresar a alguno de los combos, *Graffiti de la 5* gestó “Tu Throw Up” y “Spray a la Mano”. Dos encuentros de artistas callejeros en los que batallan con pinceles, aerosoles, bailes y cantos.

En estos escenarios, el olor de la pintura hace que las paredes dejen de ser simples muros y se conviertan en lienzos para los pintores que se inspiran bajo los atropellados ritmos del Hip—hop.

Así es como Medellín se conforma por combos. Unos se dividen las fronteras de los barrios mediante el poder de las armas y las drogas, y otros se encargan de dividirse el poder del talento humano.

De igual manera, hay combos para la música del Pacífico, el circo, el deporte o las artes escénicas. En esta ciudad hay espacio para que confluyan todos los grupos artísticos y para que se destruyan todos los grupos de traficantes. Manuel es uno de esos visionarios que logró batirse ileso entre las armas y debatirse victorioso entre los oradores.

En el 2011, la Alcaldía hizo una convocatoria para elegir al representante de los jóvenes antioqueños ante el comité organizador de los Juegos Mundiales de la Juventud. Luego de exponer su historia, junto a la de otra decena de valientes “muchachos” que le hacen frente a las batallas con los dones que su talento les brinda, Manuel ganó el título que lo personifica como Colombia ante los distintos organismos internacionales.

Estuvo frente a los discursos carismáticos de los brasileños y las oraciones prácticas de los estadounidenses en la República Popular de China. Pudo viajar al continente asiático como embajador de los sueños colombianos con la única misión de contar su historia y su presente para que los ojos del mundo se posen sobre su ciudad.

David, su hijo, tiene la misma mirada, esa que refleja las grandes ambiciones; aprendió a caminar con los mismos ritmos atropellados con los que su padre baila; y se viste bajo la misma tendencia de Manuel. La diferencia con la vida y obra de Dorian Gray, que en este caso son la misma cosa, es la conciencia. El haber aprovechado las palabras de sus amigos y haber recibido, si bien no los lujos de la aristocracia londinense, la gracia y el cariño de una madre antioqueña.

Esta es la historia de Manuel, por lo menos, hasta ahora.



"La juventud sonríe sin motivo alguno. Es uno de sus principales encantos", *El retrato de Dorian Gray*. /Mateo Jaramillo.

Epitafio

“Cuando descubrí que los asesinos de “Baracus” eran los del mismo combo, no podía hacer nada. Yo tenía una muy buena relación con el que nos dirigía y fue él quien dio la orden. Entonces, paila. En ese momento se me partió el corazón por todo lado. También estaba mal con mi mamá. Ella me veía llorar, pero pensaba que solo era por la muerte de “Baracus”. Cuando le conté lo que había pasado, mi reacción fue salir de ahí.

Cuando llegué al otro día, se supo que le habían dado en todos los órganos. Tan pronto entré, me encontré con la mamá, destrozada. “Baracus” le dijo que saliera para que él se pudiera quedar conmigo. Entonces empezamos a hablar de muchas cosas y me hizo prometer muchas otras. Me dijo que no quería que yo terminara como él y en ese momento se fue.

Nosotros teníamos una costumbre: una noche que no tuviéramos nada que hacer comprábamos una cajita de cervezas y unos porritos y hágale. Cada vez, en la época de la muerte, me compro mis cervecitas y empiezo a recordar”.

Manuel Mejía.

Al entrar se encontraron, colgado del muro, un soberbio retrato de su amo, tal como le habían visto por última vez, en todo el esplendor de su juventud y su belleza. Caído en el suelo, había un hombre muerto, vestido de etiqueta, con un cuchillo clavado en el corazón. Era un hombre caduco, arrugado y de rostro repulsivo, hasta que se fijaron en las sortijas que llevaba, no pudieron identificarle. Óscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*.

La estrella de Orión

Amamos y sentimos todo el día el Hip-hop, pero también rechazamos muchas cosas malas que han pasado en la Comuna 13 y las contamos para que no se repitan.
Jeihhco

Por Catalina González Navarro



El Grifitour es una de las banderas para el cambio de imagen de la violencia en la Comuna 13, en Medellín. /Mateo Jaramillo.

Si usted llega a la Comuna 13 de Medellín y pregunta por Jeisson Alexander Castaño puede que nadie le sepa dar razón de él, pero si decide recurrir a las señas y relacionarlo con el Graffitour, La Morada o el Hip—hop de C15, sabrán a quién se refiere: Jeihhco.

Su nombre artístico nace de la mezcla de tres palabras que bastan para definirlo: Jeisson, Hip—hop y Colombia; esa patria de la que habla con orgullo, la misma donde creció viendo cómo los grupos armados herían sin discriminar en las calles de su barrio.

Este rapero tiene 28 años, es de contextura gruesa, al igual que su voz; usa aretes, pantalones anchos, camisetas con estampados, barba de pocos días y una gorra de visera plana. En sus versos solo destila ternura, como lo hacen sus ojos cuando brillan. Sus pupilas se agrandan lo suficiente cuando habla de su trabajo, al igual que cuando escucha el nombre de su hijo.

—Jeihhco, ¿a Juan David le gusta el rap? —le pregunto, luego de haberlo oído hablar orgulloso de su hijo por más de una hora.

—Sí, yo por ahí le he oído unos versos.

—¡Ah!, ¿entonces él también canta?

—No, a él le da pena. Yo le digo que cante conmigo, pero solo lo hace cuando estamos solos, en público no le gusta.

Fue padre joven, no había llegado ni a los 20 años cuando la vida le dio a ese “enano”, como le dice cariñosamente. Él representa todo lo que es, lo que hace y lo que sueña. El pequeño Juan David siempre quiere estar a su lado, lo ve como un ídolo y él sabe que su pequeño ya quiere devorarse el mundo. Y es que a su escasa edad ya usa gorra, igual que su papá, toca la guitarra y monta patineta.

Hace menos de un mes estuvieron de gira, juntos, en México. Era la primera vez que el “enano” salía del país. Visitaron los parques y disfrutaron como niños en cada una de las atracciones.

Este paisa ha logrado traspasar las fronteras del país para promover su cultura. Ahora es famoso. Sale en portadas de periódicos, lo entrevistan en radio y televisión, fue nominado por la Revista Semana como uno de los mejores líderes de 2012 y es un activista en redes sociales.

También es un hombre humilde, habla con el corazón en la mano y aún no se cansa de contar su historia.

La primera vez que oyó el sonido de la violencia tenía cuatro años. Estaba en la tienda de su abuela, en la Comuna 13. A las 10:00 p. m. tuvo que ver cómo mataban a tres personas. Corría el 89, los grupos al margen de la ley comenzaron a dominar el sector, marchaban, cantaban himnos e impartían sus juicios. Pero

solo fue hasta el 94 cuando las milicias populares se dividieron y repartieron los barrios, crearon fronteras entre las calles de los vecinos. Hacia allá las Farc. Hacia acá el Eln.

En ese momento cambiaron los sueños de Jeisson. Su mamá, preocupada por lo que pasaba, decidió trasladarlo a un colegio ubicado en el barrio Santa Mónica de la Comuna 12. Más lejos, pero con mayor seguridad.

Este joven comenzó a ver las diferencias entre sus nuevos y antiguos compañeros, conoció las brechas sociales, entendió como cientos de personas tenían dinero de más, mientras que miles aguantaban hambre.

Se estrelló con otra ciudad a unas pocas cuadras de su viejo vecindario. En una clase de sociales del nuevo colegio, una de sus compañeras preguntó qué era lo que pasaba en la Comuna 13, por qué encabezaba los titulares de los noticieros, qué la hacía diferente a las demás. La versión del profesor no mostraba todo el panorama de la vida de Jehhico y sus vecinos, o por lo menos eso le refutó el rapero.

—Yo me paré y les expliqué la situación —me cuenta recordando la indignación que lo invadió cuando por primera vez oía un relato parcial de su querida comuna—. Les dije por qué habían llegado las guerrillas; y la importancia de su ubicación geográfica: puede brindarle a la ciudad el desarrollo que llega del Puerto del Urabá, Santafé de Antioquia y San Jerónimo, o traer las disputas por la competencia de las drogas y las armas.

Aunque Jehhico no tenía grandes amigos, sí se convirtió en un referente. El presente de su barrio no era gratis, había una historia detrás y un complejo universo social que sus nuevos compañeros y su profesor no entendían.

—Me volví el líder chévere, eso sí, sin serlo para los profesores que me veían como “pirobo” —toma un poco de aire para continuar—. Los tres primeros meses de clase saqué las mejores notas porque me la pasaba estudiando. Pero a veces se me salían lágrimas de la tristeza.

Esta frustración lo obligó a refugiarse en la lectura. Conoció a José Saramago —su favorito—, a Gabriel García Márquez, a Héctor Abad Gómez, leyó Las aventuras de Tintín y entendió qué era la poesía erótica. Pasaba sus días alternando los libros con su deporte favorito: el basquetbol. Al club de lectura de la biblioteca asistía todos los sábados, fue huésped tiempo completo de lo que Borges llamaría el paraíso en la tierra. Según cuenta, se dedicó tanto a las novelas que dejó de ir a clase, lo que se reflejó en sus notas y un séptimo grado perdido. Sin embargo, como cuando se lo propone, el año siguiente fue alumno distinguido.

—Para mí fue una gran lección, porque entendí el esfuerzo que hacía mi mamá para que yo pudiera tener mis tenis de basquetbol.

Tanto así, que obtuvo el mejor puntaje de su promoción en el examen de Estado. Ni el mismo lo podía creer.

En esa época todavía no se involucraba en los gajes de artista ni de activista. Era un simple adolescente con la clara visión de que la violencia estaba junto a él pero no de su lado.

Su voz no revela su edad. Habla con firmeza y seguridad, conoce bien el pasado de la 13. Narra con su historia, la de sus vecinos y con la cadencia del acento antioqueño, un pasado que no quiere que se repita.

Cuenta que para el fin del siglo XX, era normal ver en las calles grupos de 30 guerrilleros que bajaban del monte. Mientras se refugiaba en su casa por el toque de queda impuesto por los milicianos, antes de que la luna pudiera alumbrar las paredes de las casas, afinaba el oído junto a sus amigos, ya fuera por el retumbar de los revólveres o por los versos de los raperos locales.

—Para ese entonces ya éramos expertos en el sonido de las armas, lográbamos adivinar de dónde salían las balas. Había un pelado de 12 años que aprendió a reconocer cuál estaba sonando: un AK 47, una pistola, una ametralladora, cuándo era pólvora y cuándo eran balas de fuego.

Es sábado 14 de julio de 2012 y Medellín tiene un verano más caluroso de lo normal.

—Algunos hablan de 6 y otros de 11 —se refieren a las operaciones armadas de las que ha sido víctima la Comuna 13: Otoño, Antorcha, Contrafuego, Mariscal, Potestad y Orión —recita como en un examen escolar.

Pasa un poco de saliva y con efusión habla del 21 de septiembre de 2002, cuando se ejecutó la Operación Élite Hip-hop. Esta vez no fueron los helicópteros ni los fusiles los que sacaron a los paisas de sus casas. Los micrófonos y las líricas sirvieron de armas y municiones. No era una operación violenta. No. Fue un festival de música que crearon bajo el lema “En la 13 la violencia no nos vence”, con el que le indicaban al país un camino distinto, uno en el que no caerían más personas en sus calles y la sangre no sería la encargada de pintar sus paredes.

Pocos fueron los efectos de esta batalla musical sobre las autoridades. El 16 de octubre se evidenció que los violentos no habían entendido su mensaje. Llegó lo que Jeihhco denomina una ofensiva sin precedentes en la historia patria: la Operación Orión.

—Dos helicópteros Black Hawk ametrallando indiscriminadamente sobre una comunidad —recita este rapero con la misma velocidad de sus canciones—. Más

de mil hombres armados de las fuerzas estatales. El Instituto Popular de Capacitación habla de mil paramilitares. En cifras: 72 muertos y más de 300 desaparecidos que el 9 de abril de 2012 la Sala Penal de Justicia reconoció que estaban en la escombrera de la Comuna 13. Sergio Fajardo, Aníbal Gaviria y Alonso Salazar, exalcaldes de Medellín, han dejado que funcione.

Esta fue una de las primeras acciones del gobierno de la Seguridad Democrática de Álvaro Uribe Vélez, quien se posesionó un par de meses atrás como Presidente de la República.

—El festival Hip—hop era una revolución sin muerte —pasa la mano por su gorra naranja en la que se leen una “N” y una “Y” —. Amamos y sentimos todo el día nuestra música, pero también rechazamos muchas cosas malas que han pasado en la Comuna 13. Por eso las contamos, para que no se repitan. Así que: *let's go*.

Esa es la introducción al Graffitour, un recorrido de tres horas por las calles de la 13, lleno de colores en los murales, aromas en las aceras e incluso sentimientos encontrados de tristeza y orgullo cuando ven la imagen en la pared de sus “parceros”: los caídos bajo el régimen de quienes piensan que con armas se construye la democracia.

Caminamos dos cuadras y encontramos una pared con cinco rostros en blanco y negro, y un gran “A la memoria” en tonos azules y morados. El turno para hablar es de “El Perro”, como llaman a un grafitero que hace parte de 'Parcharte', un colectivo en el que unen la música, el baile y el arte de pintar con aerosol. Él se encarga de explicar las técnicas y los estilos con los que hicieron este mural.

—Es un homenaje a estos “parceros” —dice “El Perro”, un paisa de corta estatura, con la misma actitud de los raperos urbanos—, por su lucha, por mantener los sueños y los recuerdos. Creemos que se muere es cuando se olvida, no cuando se va de esta tierra.

Jeihhco se gira. Enumera las historias de los rostros del mural frente a nosotros:

—“Kolacho” fue asesinado el 24 agosto de 2009 a las once de la noche cuando caminaba en su barrio Eduardo Santos. Andrés Medina, de la corporación Son Batá, cayó el 4 de julio de 2010, un domingo a las seis de la mañana mientras esperaba a un amigo en una frontera invisible. Fue un tiro por la espalda. “Chelo”, del grupo Escalones, se fue un jueves 5 de agosto luego de cruzar la frontera invisible entre las comunas 12 y 13. El 13 marzo de 2002, un domingo, se llevaron al “Gordo”. A las dos de la tarde dos hombres desconocidos llegaron a su casa y lo mataron. El 24 de marzo callaron a “Yhiel”, un pelado de 17 años del grupo “Rutadifusa”, a las ocho de la noche, mientras iba del barrio El Socorro al Antonio Nariño.

Sigue siendo una realidad a la que no se acostumbran.

—Pasar por acá y ver el muro de hacer memoria, de los “panas”, los rostros de los “compas”, es un aliciente para seguir trabajando. Todas esas metas, lo que nos dijimos en las canciones, en medio de borracheras en las esquinas, pasan otra vez por la cabeza. Son un motor. Por eso nos decimos: no podemos parar.

Esa es la primera estación del recorrido.

Seguimos caminando varias cuadras y vemos los muros pintados. La madre monte nos mira desde uno de ellos. De allí seguimos camino a “La Morada”, una casa de dos pisos en el barrio San Javier y que, como lo dice su nombre, es de color púrpura. Es un colectivo hecho por jóvenes con el apoyo de todo el que quiera proponer y crear iniciativas para la comunidad. Allí los grupos musicales pueden ensayar, también es la sede de su emisora que funciona por internet y el lugar en el que se reúnen día a día a pensar nuevas ideas.

El anfitrión del día es “Aka”, un rapero y estudiante de licenciatura en artes plásticas. Su mayor pasión es la tierra, nos ofrece una aromática —o “senserótica”, como él la llama— con las plantas que cultiva en pequeñas materas de plástico. Su huerta es pequeña en comparación con la de Loma Linda, un lugar al que no ha podido volver porque los violentos lo amenazaron. Así que ahora, desde la parte baja de la Comuna, sigue en contacto con lo rural y recuerda las matas religiosas que dejó atrás. Para él son mágicas. Son parte de su vida, se resiste a dejarlas. Por eso, a través de su programa radial “Aradores: arando la tierra para sembrar amor”, labra entrevistas y cosecha puntos de vista para la reconciliación.

Escarbando en sus recuerdos, me cuenta de su infancia. Dice que nunca fue testigo de un reclutamiento forzado, pero sí vio cómo la guerra se llevó a muchos de los de su generación.

—Los ponían a hacer mandados, ellos ayudaban y así los iban entrenando: los enviaban a patrullar. La gran mayoría ni siquiera era del barrio, venía del monte. Una noche de 2002 recuerdo a la gente bajando sucia y empantanada. Le pregunto cómo podía vivir así.

—Hay un vicio que tenemos los seres humanos: normalizamos todo. Entonces, al escuchar las balas nos escondíamos y al rato salíamos. —Responde con cara de frustración y una mirada inclinada al piso—. En estos días he estado escribiendo mucho, debería sacar un libro. Algún día.

Jeihhco: el rapero

En 1996 llegó una familia de Bello, Antioquia, a la Comuna 13. Él se hizo amigo de los dos hijos de la casa, compartían videojuegos acompañados de esa música que él no conocía: el rap.

—La cabeza inconscientemente se me empezaba a mover —recuerda que el primer casete que le prestaron era del grupo Public Enemy, luego La Etnnia, después Rap España de Puerto Rico y de ahí pasó a los grupos locales, que para la época ya estaban en furor en la ciudad.

Comenzó a tener amigos raperos. Su gusto lo denomina algo mágico. Confiesa que no se dejó contagiar por el furor del rock.

Los hermanos cantaban, pero él era muy tímido para eso y aunque se sabía las canciones al derecho y al revés nunca lo hacía en público. O por lo menos hasta un concierto en el barrio Antonio Nariño, donde debutó como artista en un homenaje a “El Loco”, uno de los hermanos que murió de cáncer.

Así llegó al rap y desde ese momento no se ha podido escapar de los “fraseos”. Su vida transcurre en C15, el grupo que se ha convertido en su segunda familia. Allí cantó con “Kolacho” hasta que en 2009 lo asesinaron. El final de este líder convocó a decenas de artistas en torno a una nueva escuela de Hip-hop, donde nació “Aquí sí hay amor”, una de las canciones con la que le rinden tributo a su tierra, un rap que nació sin planearlo.

Un día estaban reunidos, listos para grabar un video y Jairo, el corista, dijo que todas las noticias que sacaban de la comuna eran muy negativas —lo que le recordó a Jeihhco su época de colegio— así que decidió que ellos serían los encargados de cantar los atributos de sus barrios.

—¿Cómo así que solo muertos?, cuando mi mamá me abraza yo no siento la muerte, ahí siento la vida —dijo su compañero y entonó el coro.

—Todos contaron lo que es la 13 y yo hice una invitación para los que no están acá. Para que estén con nosotros y se den cuenta de lo que hay, —dice Jeihhco antes de comenzar a cantar.

*Amores que vienen y van,
esperanzas que no morirán.*

*Se siente en mi gente otro ambiente, latente.
Te invitó a que visites esta tierra de occidente.*

Puro amor, pura pasión.

*Son luchas con corazón.
Camina por mis calles,
ven conoce mi versión.*

*Un mundo con otros colores, olores, sabores, mejores amores
soñadores, autores,
de la felicidad gestores,*

*Somos nosotros los hacedores de propuestas contra el dolor,
propuestas que te retumban
y te dicen que aquí sí hay amor,*

*Aquí sí hay amor, amores
Porque aquí sí hay amor*

*Hay ilusión
Hay corazón
Hay sentimiento*

De gente que lucha por lo que siente

*Se puede cantar,
se puede jugar,
se puede rayar,
se puede pintar,
se puede pensar*

Amar y sonreír

Después de eso la grabaron y ahora las nuevas generaciones la reconocen en las calles de sus barrios. Eso lo llena de energía y dice que en un futuro ve a la Comuna 13 como un territorio de artistas. En cuanto a sus logros personales, espera estar en 10 años viajando por todo el mundo llevando mensajes de paz, los mismos que compone en la cancha del barrio Cuatro Esquinas, donde ha vivido siempre, donde se concibe a sí mismo y se siente más Jeihhco.

Para este rapero todo puede ser mejor, pero no saca de su mente los hechos de principio de siglo, las violentas operaciones militares en su comuna y las crudas historias de quienes habitaban el barrio.

Durante la Operación Mariscal una bala hirió a un niño de 13 años mientras veía televisión. La madre del pequeño salió a pedir ayuda y Wilmar, su vecino de 16 años, fue a auxiliarlo, lo alzó y cuando iba bajando las escaleras hacia la clínica, los militares le dispararon desde La Escombrera, el lugar donde reposan los

desaparecidos. Intentó refugiarse con el herido en una casa, pero le dieron un balazo fulminante en el pecho.

Los sonidos de la guerra seguían uno tras otro, se escuchaban los tiros, no habían parado en ocho horas. Como un milagro, el estruendo cesó luego de que una niña de 12 años y su mamá sacaran sábanas blancas y comenzaran a caminar hacia los heridos; a ellas se fueron uniendo más y más vecinos.

En dos minutos en la cancha de fútbol del barrio 20 de julio había 300 personas. Parecía una bola de nieve.

Jeihhco aún recuerda ese día en el que el niño de 13 años se salvó y Wilmar murió en su intento por salvarlo.

Esa muerte sigue en la impunidad, como la de tantos crímenes que no se quieren ir, porque la violencia quiere quedarse en la 13. Raperos, artistas, estudiantes y vecinos siguen siendo silenciados.

Por ahora, Jeihhco y sus parceros le siguen cantando al fundador de su grupo C15, "Kolacho", y hasta le compusieron "Homenaje".

*No lloraré, caminaré entre aquellas sonrisas
Viviré, recordaré que por mi siguen juntas nuestras vidas
Recuerdos imborrables hasta el fin de mis días*

*Espero que no sea pronto
Sigo, continuo, mis problemas los afronto
No quiero ser el próximo al que le lleven las flores
No quiero una pronta despedida*

*Con miles de honores
No quiero despedirme hasta que mis sueños realidad los haya hecho
Somos el legado de sueños
Pa' alcanzarlos en tu honor.*

Un circo en la ciudad

Entre los que decidieron hacer llorar, nosotros quisimos hacer reír.

Circo Medellín

Por Mateo Jaramillo Ortega

La carpa de Circo Medellín queda justo de espaldas al Pueblito Paisa, en el Cerro Nutibara de la capital antioqueña, y también de espaldas a los turistas, pues no recibe muchos visitantes.

Tiene una capacidad para 200 personas, pero este jueves de agosto de 2012 solo somos unos 30. No ha empezado a sonar la música y ya tengo un poco de vergüenza por aceptar el descuento que me ofrecieron a la entrada. La luz del sol a través del azul del techo, dividido por líneas rojas en cuadros exactos, deja una atmósfera violeta con la cual cambian las tonalidades de los colores en los trajes circenses. El calor está más concentrado en las sillas de plástico que en las graderías de madera, pero al menos las piedras del suelo no se calientan.

—¡Muy buenos días, damas y caballeros, niños y niñas, cachetones y cachetonas. Bienvenidos. Soy Carlos Álvarez, director de la Fundación Circo Medellín y mimo! —grita el dueño del aviso—. Recuerden que aquel que más tardes de circo tenga en su haber, será el primero en entrar al reino de los cielos.

La cantidad de pelo en la cabeza de Carlos es inversamente proporcional a su fe en los “desnutridos” artistas. Logra esconder ese evidente pasar de los años con un sombrero de copa verde. Sus ojos claros resaltan en la cara pálida de quienes deciden ser mimos. Dos reflectores puestos en cada viga principal iluminan la camisa rosa de mangas anchas, su corbatín amarillo, el chaleco verde de botones cafés y su pantalón negro. Al estilo de Charles Chaplin, uno de los grandes maestros de estos cirqueros.

A la tarima salen los primeros miembros de los Titiritrastes: Anderson Silva, Didier Palacio, Mauricio Rivera y Gustavo Gallego, pero los niños no los han visto. Un rectángulo azul de tela de un metro de altura por diez de ancho impide que la magia del primer acto sea opacada por las acrobacias que deben hacer los cirqueros tras bambalinas.



“¡Ay! ¡Cuántas veces al reír se llora! / ¡Nadie en lo alegre de la risa fie, / porque en los seres que el dolor devora, el alma gime cuando el rostro ríe!”, Juan de Dios Peza. /Mateo Jaramillo.

Uno a uno se levantan Anderson, Didier, Mauricio y Gustavo. Un gorro de baño verde, la misma cara pálida de Carlos y un poco de rubor en los cachetes es el atuendo de la ocasión (no parecen desnutridos). Las risas de los niños acompañan las miradas de gratitud de los padres. Los más pequeños no pueden entender cómo nadan sin agua o cómo logran poner sus piernas paralelas a su tronco. Anderson es el moreno del grupo. Se entiende porque la única pierna de maniquí negra es la suya. El primer acto acaba de empezar y los niños no dejan de aplaudir.



Siempre será magia la magia mientras su truco no se revele. /Mateo Jaramillo.

Los días antes de la función

Didier, que hoy tiene 23 años, apenas se acuerda del viaje sin regreso que emprendió hace varias décadas con su familia desde Santafé de Antioquia. La travesía la comandó la abuela de los cirqueros. Al llegar, algunos de sus tíos los hospedaron. Su padre, poco antes de morir en el mismo sitio de donde vino, construyó una casa con las tablas y latas que sobraban de los escombros en las construcciones.

A sus diez años, Didier empezó a recorrer las calles de una de las comunas que aporta el mayor número de niños a la guerra: la ocho. Con sus nuevos amigos inició un camino que él mismo califica como vida de gamín.

—Empezamos a conocer la calle, a consumidor Sacol (pegante industrial), perica (cocaína) y marihuana —me dice Didier cuando se baja de la rueda alemana, su nueva compañera en la tarima del circo.

—¿Cuántos eran ustedes? —le pregunto mientras me siento a su lado y veo el gran círculo de metal dentro del cual gira como si fuese el radio en la llanta de una bicicleta.

—Tres. Los tres mosqueteros. Eso fuimos: hermanos y amigos de guerra. Pero sanos... Pues, sin robar ni nada así. Sino en nuestro cuento de “aventurar”.

Mientras me cuenta su historia dice que no le gusta hablar de su pasado porque los otros dos mosqueteros (al parecer para él los mosqueteros de Dumas no eran cuatro sino tres) no tuvieron su misma suerte.

—Uno de ellos, Carlos Mauricio Torres, murió por el Sacol. Tuvo problemas en los pulmones. Yo iba a preguntarle a la mamá y me decía que estaba bien en un internado, pero eso era mentira.

Según un informe del National Institute on Drug Abuses, las personas que abusan de los inhalantes, como es el caso de este mosquetero, deprimen el sistema nervioso central de una manera similar a los efectos del alcohol: dificultad para hablar, falta de coordinación, euforia y mareo; además de causar aturdimiento, alucinaciones y delirios que la mayoría de las veces concluye en un insoportable dolor de cabeza. Sin embargo, esta es la lección que solo leída causa pavor:

La aspiración de cantidades altamente concentradas de las sustancias químicas que se encuentran en los disolventes o aerosoles puede provocar insuficiencia cardiaca a los pocos minutos. Este síndrome, conocido como “Muerte súbita por inhalación”, puede resultar de una sola sesión de uso de inhalantes por parte de un joven en condiciones saludables.

El último de los mosqueteros es “El Diego”, quien todavía está en la calle y ahora, no contento con el Sacol, está consumiendo bazuco. En un artículo publicado por la Revista Semana el 15 de agosto de 1983, el título parece dar con una acertada descripción:

Bazuco, el vicio del diablo: Es, en esencia, extracto crudo de las hojas de coca sin refinar. Su procesamiento es tan elemental que generalmente se produce a nivel doméstico: se macera la coca liberando la savia, se rocía con bicarbonato, se disuelve en gasolina y se filtra. A menudo se utilizan también ácido sulfúrico, cloroformo, éter y kerosene. El resultado es una base de coca, altamente venenosa y peligrosa por cuanto no se sabe a ciencia cierta qué sustancias la componen.

Cómo será hoy en día, si en esos años no se le adicionaba polvo de ladrillo como ya lo dejan ver las paredes de la plaza de toros La Santamaría de Bogotá y las escombreras en Medellín.

—La mamá sí me dice que está mal, hermano. El man ya tiene una hija, porque se rehabilitó y estuvo en el Ejército pero recayó. Ya está bien viejo. Tendrá sus 24 años —dice Didier.

—Lo que está es joven —refuto para hacerlo caer en cuenta de que solo le lleva un año a él y cuatro a mí.

—Pues digamos que sí, pero ya está maduro para recapacitar.

El padre del circo

En diciembre de 1979, la Madre Teresa de Calcuta afirmó que Cristo murió por todos los hombres, hasta por las personas desnudas yaciendo en las calles de Calcuta o de Oslo. Además, en su discurso tras recibir el premio Nobel de paz, recordó que la sonrisa de los pobres, nunca fue pobre.

De la iniciativa de esta mujer nacieron los Hermanos Misioneros de la Caridad que tienen una de sus tantas sedes en el barrio 13 de noviembre de Medellín. En esta casa, justo cuando la familia Silva se acomodaba a los ajeteos de las grandes ciudades, apareció el padre Rubén.

—El hermano Rubén tiene un gran carisma con los jóvenes. Ahora él está en Perú, trabajando con niños en las cárceles —cuenta el hermano Marco, que vive en la sede del barrio 13 de Noviembre.

Lo primero que hacen estos miembros de la organización es ofrecerle refrigerios a los niños. Jugos, frutas y galletas que la mayoría de las veces viene siendo la primera comida del día. Otras veces, la única. Así atrapan su atención, les ayudan con las tareas de sus escuelas y planean juegos para la entretención de los muchachos.

—La obra del hermano Rubén fue muy importante para el desarrollo de Circo Medellín— termina por decir su colega.

Así fue como el español Rubén Sánchez cautivó a unos 20 niños con los malabares, la magia, la pintura en la cara y las risas. Con su dedicación diaria fundó el grupo circense Titirtrastos.

Entre esos pequeños estaba Didier y sus hermanos. Sagradamente buscan los espacios para practicar sus trucos y crear sus primeras funciones. Anderson, quien ahora tiene 22 años, era el más pequeño de los Titirtrastos y por eso fue elegido para presentar el primer espectáculo callejero del grupo.

En una caja metían al “Chiqui”, como lo conocen en el circo y en su familia, para que sus compañeros le clavarán palos de escoba y luego salir ileso de la hazaña con la ilusión de recibir los primeros aplausos que alimentarían su larga estancia en las tarimas.

Anderson dice que de pequeño soñaba con ser guerrero, tomar una pistola y combatir a los malos. Pero, al parecer, la obra del padre Rubén consiste en cambiar los juegos de los niños y conseguir que empuñen palos de escoba en vez de optar por las armas.

—Si no fuera por el circo, yo creo que sería un albañil o estaría vendiendo confites en las calles —como varias veces tuvo que hacer “El Chiqui” al ofrecer dulces en las aceras de Medellín cuando su futuro como artista estuvo en juego.

Hoy en día, Anderson y Didier son los únicos de los hermanos Silva que no tienen hijos. Elmer, el último de los Silva en tarima, tiene un niño y ahora está esperando a una bebé. Estela, que apenas pasa los 40 años, es la madre de los cirqueros y la abuela de 20 niños, en cuentas alegres de los muchachos.

La regla en la familia Silva parece cumplirse al pie de la letra: cuantos más hijos tengan, menos estudio habrán recibido.

—Yo estaba en el colegio, pero me expulsaron porque tenía como un monstruo adentro— cuenta Anderson con una picardía propia de los payasos—. Pero no me gusta, llegué hasta séptimo y no me entra el estudio. Llevo mucho tiempo en ese curso. Ya me salí, pero pal’ año que viene me lo propongo.

Curioso es que los artistas de Circo Medellín no reciban de sus familias el apoyo necesario para una carrera tan exigente. Me cuentan que son pocas las veces que sus allegados se han sentado en las graderías de madera. Una razón me la da Didier.

—Allá en el 13 de Noviembre tienen la mentalidad de que el pobre se queda pobre.

El nuevo maestro

Antes de irse a construir una escuela de arte en una cárcel peruana, el padre Rubén encargó a la fundación italiana Comitato Internazionale per lo Sviluppo dei Popoli (CISP) el futuro de los niños. Ahí llegó Carlos.

—Cuando los conocí eran unos niños, ya son jóvenes —cuenta el director que sin maquillaje tiene unos ojos igual de claros pero menos alegres.

Fuera del escenario es una persona menos sonriente, habla con sensatez del futuro de estos cirqueros y mira con desconsuelo el largo trecho para alcanzar el reconocimiento entre los habitantes de la ciudad.

—Estos pelados de niños aguantaron mucha hambre. Son desnutridos, son olvidadizos. Tuvieron huellas que son muy difíciles de borrar —dice Carlos antes de enumerar las cualidades y dificultades de sus discípulos.

El trabajo ha sido permanente y largo. Una vez salieron del Trece de Noviembre, se asentaron en un edificio del barrio Belén. Ahí consiguieron comprar la carpa que todavía pagan a cuotas a sus vendedores en Bogotá. Cada espectáculo tenía más trabajo antes y después de la función que en el momento en el que se encienden las luces. Armar, desarmar y transportar un circo tiene una ciencia tan compleja como el arte de hacer reír a las personas.

El panorama cambió cuando vieron el terreno en el Cerro Nutibara. El abandono y la maleza fueron los inquilinos contra los que tuvieron que pelear una vez convencieron a la Alcaldía de Medellín de que se los diera en préstamo.

Ahora tienen, como ya han sorteado otras peleas, una batalla jurídica con la Secretaría de Cultura para conseguir quedarse en el lugar donde tiene sede el circo. Una disputa tan desgastadora como los entrenamientos y las funciones, pero menos agotadora que armar y desarmar la carpa en el edificio de Belén.

Mientras el letrero siga en pie, las funciones continúan.

Entre andenes y tarimas

De los 15 años consagrados al circo, Didier ha pasado varios meses vendiendo café en las calles y zapatos en los almacenes más cotizados de Medellín; otros años estuvo con los dos mosqueteros en los andenes de su barrio y otros más, tras los pasos de Freddy.

—Yo estuve mucho tiempo con mi primo Freddy que era un matón. Vendía vicio. Dos veces le llevé las armas y después que al man lo mataron, me pegué una última borrachera.

Freddy, alias “Come Carne”, debe su pseudónimo a los asados de Estela, pues raspaba los sobrados de los platos para conseguir un pedazo de más. Tenía alrededor de 30 años cuando lo mataron, 20 más que Didier.

A pesar de los malos recuerdos, las noches en las aceras y las resacas cuando empezaba su adolescencia, Didier vio en su primo la razón para acudir al llamado del padre Rubén y montar el primer semillero circense.

Al comenzar el año 2000 presencié varias muertes por armas en las cuales las víctimas eran jóvenes. Las historias son similares a las de otras comunas en la ciudad.

Por ejemplo, la muerte de Andrés Medina el 3 de julio de 2010. Un músico de chirimías típicas del Pacífico colombiano y residente de la Comuna 13, a quien los mercenarios confundieron cuando cruzaba una calle hoy convertida en frontera invisible por los bandoleros.

Poco antes, el 24 de agosto de 2009, a Héctor Enrique Pacheco Marmolejo, de 20 años y a quien llamaban “Kolacho”, lo mataron siendo rapero de la misma comuna por hablar de paz en tiempos de guerra.

—Hay gente buena. En Medellín y en los barrios hay gente buena, lástima que sean más los malos. Porque se puede ver, porque los malos se toman el poder. Lo tienen. Digamos que no son más, pero están —concluye Didier sobre la muerte de sus colegas.

Pero esa no es su historia. No murió como el primero de los mosqueteros ni como su primo, tampoco tuvo que ser velado por otros artistas en una de esas marchas simbólicas que hacen cada vez que cae uno de la escena.

Hoy tiene su cartón como bachiller de la Escuela Empresarial de Educación, por la avenida La Playa en el barrio que lo acogió cuando llegó de Santafé de Antioquia. Además, por seguir los consejos del padre español, logró ahorrar dinero de las funciones y viajar a Argentina.

En ese camino pudo reencontrarse con el Padre Rubén, su más antiguo consejero.

Con la ayuda de Sábado

Colombia es un país para colombianos, sobre todo por sus fronteras. Las vías de acceso para llegar a sus vecinos son tan complicadas que los ciudadanos prefieren comprar los costosos tiquetes aéreos. Una de las razones por las cuales no es común que en el barrio Trece de Noviembre conozcan Venezuela, Ecuador o Panamá. Mucho menos un territorio en el otro extremo de la región suramericana.

Argentina fue para Didier un sueño cumplido por el esfuerzo que requiere: ahorrar para los pasajes, organizar el hospedaje y la alimentación, planear un recorrido y convertirse en el primero y único de los integrantes de Circo Medellín en salir del país.

Dentro de unas semanas partirán hacia Apartadó. Poco antes estuvieron en varios municipios antioqueños como Carmen de Viboral, Santa Rosa de Osos y Urrao. Y gracias a la tarima han estado en Bogotá, Barranquilla y Cali. Pero sin la suerte de salir del país para mostrar su talento.

—Me fui solo porque los muchachos no tienen ese espíritu —me dice Didier antes de levantarse para retomar la rueda alemana.

Estuvo un mes y medio en la casa de unos amigos que retornaron su favor al haber sido huéspedes de la carpa en el Cerro Nutibara. Logró ser partícipe de dos congresos para magos, viajó a las ciudades aledañas. Además, conoció la casa de Ernesto Sábato.

Su pasión por la literatura y el recuerdo de un amor, lo hicieron llegar a la morada de uno de los novelistas más influyentes en la historia reciente de Argentina. Sábato no solo se convirtió en un referente por sus obras literarias sino que estuvo al mando del informe Nunca Más sobre la desaparición de personas en su país.

—Le traje a mi exnovia hasta una flor de la casa.

No debe ser coincidencia que el regalo de Didier sean las mismas flores que retrata con anhelo Sábato en su obra *La Resistencia*: “No vemos lo que no tiene la iluminación de la pantalla, ni oímos lo que no llega a nosotros cargado de decibeles, ni olemos perfumes. Ya ni las flores los tienen”.

En esta historia, su viaje no concluyó en Argentina. En su camino de regreso al país hizo escala en Perú y se encontró con el padre Rubén. Un diálogo que por lo pronto solo estará en la mente de los interlocutores.

Por el momento, el Circo tiene en pie una carpa con la cual anima a los niños a seguir soñando, como lo hace Sábato a los jóvenes con sus cartas de *La Resistencia*; un grupo de “desnutridos” entrenando todos los días para encontrar la manera de atraer más público a las graderías; un capitán consciente de las dificultades de su tropa pero con la misma fe de hace seis años.

Porque tanto Carlos como sus soldados saben que su historia es la del artista de circo. La misma del famoso actor David Garrick que el poeta mexicano Juan de Dios Peza plasmó magistralmente en los versos de *Reír llorando*:

*El carnaval del mundo engaña tanto,
que las vidas son breves mascaradas;
aquí aprendemos a reír con llanto
y también a llorar con carcajadas.*

El hombre que no le temía a los “paras”

Me metí a esto pensando que no era un riesgo.

Fernando León Enamorado

Por Catalina González Navarro

Hay una tierra en donde el plátano es el pan de cada día y el oro es una de las principales actividades económicas para vivir o, quizás, para sobrevivir. Así ha sido desde 1500, época en que los conquistadores españoles llegaron a enriquecerse con él. Esa es Necoclí, aquella tierra en el Urabá antioqueño que vio nacer y desaparecer a Fernando León Enamorado.

Cuando Fernando tenía 10 años padeció la violencia. Su padre era un administrador de fincas decidido a no pagar la “vacuna”, aquella extorsión que cobraban las guerrillas asentadas en la zona. Las mismas que desangraron a estos pueblos y no los dejaron surgir, las que empañaron su nombre y por las que ahora son tildados. En esa selva, que vio desfilar a cientos de camuflados en las últimas cinco décadas, han estado presentes las Farc, el Eln, el M-19 y los paramilitares.

Así han crecido los niños, oyendo el sonido de la guerra, viendo sangre en sus calles y sintiendo miedo por lo que fuera a pasarles. Fernando León Enamorado tiene una piel tostada por el sol, ya se le comienzan a notar los años y su mirada demuestra una mezcla de resignación y tristeza, que logra disimular con su entusiasmo a la hora de hablar de las cualidades de su tierra.

Sólo cursó hasta cuarto de primaria. Desde entonces, dejó de ser un niño, su vida cambió y se dedicó a trabajar tres días en el terreno de su papá. No fueron días fáciles, pero la satisfacción llegó el día que vieron construida su casa, la que literalmente hicieron con el sudor de la frente. En esa época, el dinero no les alcanzaba ni para comer.

—Comencé a trabajar y me pagaban con comida —recuerda Fernando, el mayor de los sus hermanos, Juan Carlos y Valery, a quienes ya no puede ver por seguridad.

En 1994 llegaron los paramilitares acompañados del Ejército vistiendo uniformes camuflados. Los diferenciaba el armamento y el brazalete con el que se identificaban. Fernando acababa de cumplir 16 años y la violencia se incrementaba en el norte del Urabá. En su cabeza aún está presente ese día en el



El precio de vencer el miedo se paga con cicatrices en el cuerpo y en el alma. /Mateo Jaramillo.

que vio desfilan a los armados que minutos después dejaban un saldo de 16 campesinos muertos.

Esa era la nueva vida que les correspondía. Sin elegirlo ni esperarlo, en 1995 los paramilitares se asentaron en Santa Catalina y San Pedro, dos poblaciones a tres horas de camino por carretera hacia Necoclí, a donde tardaron dos años en llegar. Eso sí, fueron cautelosos y no se mostraron como los violentos que eran, lograron establecer una fachada.

Mientras tanto, a León Enamorado sus vecinos lo elegían como secretario de la Junta de Acción Comunal. Desde ese cargo, en 1998, evidenció la manera en que los paramilitares querían quedarse con el 30 por ciento de todas las obras y recursos que se ejecutaran en el pueblo.

Ese mismo año se aprobó un proyecto de 25 millones de pesos para construir unos puentes y los paramilitares dijeron que tomarían 20 millones para ellos y los cinco restantes serían para hacer la obra. León Enamorado se opuso y desde ese momento estuvo en la mira de alias “Kiko”, paramilitar de la zona, que siempre cargaba un fusil y una pistola a su lado.

Tras esa discusión, Fernando se retiró de su cargo y en vista de las pocas posibilidades para laborar en la zona comenzó a trabajar en un bote, transportando a la comunidad por las aguas del río Mulatos en el Urabá antioqueño.

Así transcurría su vida, hasta que un día se sorprendió cuando uno de sus pasajeros era aquel paramilitar que lo buscaba para matarlo, quién no dudó en dispararle en cuatro oportunidades. Los tiros sonaron uno tras otro, tan rápido como el instinto de Fernando que decidió tirarse al agua, se movió como un pez y en ese momento la vida le dio una oportunidad más. El mismo río que le daba trabajo también lo salvó. Increíblemente salió ileso, sin saber que este sería el primero de muchos atentados que sufriría.

Este episodio lo hizo ver el riesgo que corría y se fue a vivir adonde un familiar en La Toyosa, norte del Urabá. Allá no encontró trabajo y a los tres meses se devolvió. En el camino de regreso se enteró de que los propios paramilitares habían asesinado a “Kiko” y a “El Lobo” por haber matado inocentes, una especie de justicia interna entre el grupo al margen de la ley.

Freddy Rendón Herrera alias “El Alemán” llegó en 1996 a la zona. Tenía solo 22 años cuando se vinculó a los paramilitares. Empezó como informante y dos años después, en 1998, pasó a ser el jefe del Bloque Élmer Cárdenas de la Autodefensas Unidas de Colombia. Reclutó campesinos y jóvenes.

Uno de sus propósitos era tener entre sus filas a León Enamorado, ya conocido en la zona.

“El Alemán” le propuso en repetidas ocasiones trabajar para ellos. La primera vez llegaron seis hombres a su casa, y a pesar de la insistencia él les dio un no. Pero, en la segunda oportunidad, tan solo 15 días después, fue el propio jefe paramilitar a buscarlo, acompañado de 150 de sus soldados. Llegó a invitarlo oficialmente a ingresar al paramilitarismo.

—No soy de acá, ni de allá —dijo Fernando en esa larga conversación que aún recuerda— y no comparto su política, porque ustedes van matando a las personas sin saber por qué ni investigar. Ni ustedes mismos entienden sus políticas —concluyó.

El jefe paramilitar no dijo nada y se fue.

Con una sonrisa pícaro como la de un niño pequeño y su voz entrecortada —en parte por las consecuencias de los múltiples atentados, en los que las balas entraron a su cuerpo, dañando su cara, su dentadura y hasta su habla— Fernando dice: —Cuando yo le hablaba no sentía miedo, pero tan pronto se iban la cosa cambiaba—.

Esa misma noche no fue capaz de dormir en su casa. Tenía miedo y el presentimiento de que lo iban a matar. Por eso emprendió su primer desplazamiento y terminó convertido en un campesino en tierra ajena.

El Urabá de León Enamorado ha sido una zona de interés para los grupos armados por la productividad de su tierra, donde hay variedad de frutas, abunda el banano y el clima es apto para el ganado. A estas maravillas naturales se suman los cientos de hectáreas cultivadas con droga, la misma que con facilidad comercializan en el exterior, pues la sacan rápidamente por vía marítima.

Fernando también hizo parte de este negocio. Aunque no se siente orgulloso de lo que hizo, confiesa que en 2003 viajó a Tarazá, en el Bajo Cauca, para dedicarse un año a algo que nunca imaginó: ser “raspachín” y procesador de coca. Allí le pagaban por cada arroba o kilo que recolectaba.

Entre sus labores estaba sacar la base y mezclarla durante una hora con urea, cemento y amoníaco. Después, seguía un proceso de cuatro horas en el que se mezclaba con gasolina, petróleo o Acpm —lo que se tuviera en el momento—. Luego aplicaba ácido sulfúrico para sacar la gasolina y terminar el proceso, por cada arroba debía agregar un litro de agua; luego batirlo y esperar a que se secara.

Trabajar en esto lo hacía vivir “sicosiado”, porque quien dañara la producción debía pagarla, bien fuera con dinero o con su vida. Pero fue la única oportunidad que encontró en la década pasada.

La muerte no lo alcanza

Fernando León Enamorado es miembro de la Mesa Departamental de Víctimas de Antioquia. Y es que a él la muerte lo ha rondado y perseguido más de una vez: un cuñado asesinado por la guerrilla, un hermano amenazado por los paramilitares y él ha estado a punto de morir en cinco ocasiones.

En el 2006, en Tierra Alta, Córdoba, la guerrilla asesinó a su cuñado por ser primo de Carlos Castaño y por usar su terreno para el narcotráfico. Adicionalmente, ese familiar tenía una discoteca y un billar en el que Fernando trabajaba. Los rumores de que él quería quedarse con el negocio no tardaron en llegar; por eso los paramilitares fueron a buscarlo y amenazarlo de muerte. La suerte estuvo de su lado y lo confundieron con su hermano Juan Carlos.

—¿A qué hora llega Fernando? —le preguntaron los camuflados.

—En la noche —fue su respuesta.

El billar se cerraba a las 11:30 p. m. pero, ante el miedo, cerró a la 1:00 p.m. Justo en ese momento volvieron los paramilitares a buscarlo.

Asustado, llamó a José, un amigo mototaxista, para que lo llevara a Montería. Al otro día, a las 4:00 a. m., se fue con lo único que tenía en su bolsillo, 80.000 pesos. En la capital de Córdoba solo dio un par de vueltas y se devolvió a la finca de sus padres en Necoclí con la esperanza de haber despistado a quienes lo querían matar.

Sin embargo, durante ese año los paramilitares optaron por vestirse de civiles y lograron camuflarse entre la población.

En la finca, León Enamorado comenzó a trabajar con la comunidad y terminó siendo el líder de la vereda en la que habitaban 100 familias. En 2007 escuchó en la radio sobre el trabajo que estaban haciendo en el municipio de Mutatá con la población desplazada. El cinco de julio de ese año, 500 personas lo eligieron como líder de la zona norte conformada por San José de Urabá, Arboletes y Necoclí, su pueblo natal.

Ese día conformó un grupo. Iban casi 200 personas y se quedaban el tiempo que fuera necesario acampando en las propiedades con sus respectivos dueños. Así

comenzaron a retornar a sus tierras. En seis meses, 36 familias recuperaron casi dos mil hectáreas que años atrás los paramilitares les habían arrebatado.

Para 2005, el gobierno de Álvaro Uribe Vélez había logrado que el Congreso de la República aprobara la Ley de Justicia y Paz para la desmovilización de los paramilitares. Bajo estos parámetros, en el 2006 —según las cifras oficiales— 793 hombres de los 1.500 que conformaban el bloque Élder Cárdenas entregaron sus armas y se pusieron en manos de las autoridades para recibir los beneficios de la Ley 975. Este proceso le permitió al Sistema de Información de Justicia y Paz conocer sobre las 3.269 víctimas de este bloque.

Fue así como el 15 de agosto de 2006, León Enamorado comenzó a sentir tranquilidad. Aquel paramilitar que intentó convencerlo múltiples veces de entrar a sus filas, Freddy Rendón Herrera, se desmovilizó, lo que permitió que Fernando siguiera con sus labores en beneficio de la comunidad.

La calma duró poco. En el 2008, el trabajo de restitución de tierras que adelantaba se vio amenazado por la llegada de un nuevo jefe paramilitar a Necoclí: Daniel Rendón Herrera, alias “Don Mario”, el hermano de “El Alemán” y aunque siempre pareció estar al margen del bloque de Autodefensas, era una pieza clave para el narcotráfico de la región. Junto a él posaba su ayudante, alias “Giovanny”.

El 7 de octubre de 2008 es recordado como el día en que volvieron a verse por las calles del pueblo a los hombres armados. Caminaban como antes, como los amos y señores de la zona, recuerda este campesino. El 22 de noviembre asesinaron a uno de sus compañeros, Benignio Gil, y el 26 de diciembre a otro líder.

Sabiendo los riesgos y las posibles consecuencias, Fernando siguió trabajando por la comunidad. En el 2009 decidieron conformar Asoviristibi (Asociación de Víctimas para la Restitución de Tierras y Bienes). El 5 de enero de ese año iban para Medellín a constituir la legalmente. León Enamorado recuerda que salieron a las 6:00 a. m. y en el camino los interceptaron cuatro personas enviadas por “Don Mario”. La orden era acabar con él.

Una vez más la muerte lo quería raptar de su tierra, pero Fernando, un hombre de diálogo, habló con ellos y logró que lo comunicaron con alias “Giovanny”. Fue una larga conversación telefónica con el objetivo de advertirle que “dejara de fregar” y que ellos no querían más sangre en el Urabá. Además, agregaron que no era una amenaza. Así logró salvar su vida nuevamente.

Ese día contempló la posibilidad de dejar su labor y salirse de todo. Sentía que lo perseguían y no se equivocaba. Al día siguiente, 6 de enero, ya estaban dos paramilitares vigilando sus movimientos. Una vecina le avisó y logró salir de Necoclí hasta Apartadó, donde consiguió trabajo en una bananera.

Para 2010 los paramilitares fueron a su casa y le dijeron a su mamá que se arrepentían de no haberlo matado aquel 5 de enero. Mientras tanto, otros paramilitares lo fueron a buscar al trabajo. Ante el temor, llamó a la Policía y la medida de protección que le ofrecieron fue vivir en la estación de Chigorodó. Dormía en la celda y en el día lavaba las motos de los agentes. Así pasaron los tres meses en los que unos abarrotos se convirtieron en la puerta de su hogar.

El 25 de marzo salió rumbo a Medellín, donde consiguió trabajo como obrero. Alejado del liderazgo que lo caracterizaba, pero presente en la mente de sus enemigos (los paramilitares) el 21 de octubre a las 9:30 p. m. llegaron a Itagüí donde León Enamorado trabajaba.

De nuevo, le hicieron un atentado, del que otra vez salió ileso. Fue en ese instante en el que por fin le aprobaron un esquema de seguridad: una camioneta blindada y un conductor. Al día siguiente regresó a Urabá.

Siete meses después, el 25 de octubre, al salir de la Junta de Acción Comunal su destino cambiaría. Tres balas entraron a su cuerpo, destruyendo su dentadura y cortando su lengua en dos; otra en el brazo y otra en el pecho. Sus enemigos habían logrado lo que querían, o al menos eso pensaban.

Este campesino, oriundo de Necoclí, luchaba otra vez con la muerte, estuvo un mes en cuidados intensivos. Pero sobrevivió a aquel ataque, uno que jamás olvidará. Lo marcó para siempre y todas las mañanas al verse frente a un espejo lo puede evidenciar: sus dientes ya no están, por ende su habla no es normal. Hay ocasiones en las que tiene que repetir varias veces lo que dice para ser entendido.

Es un hombre delgado y alto, su mirada refleja la sencillez mezclada con la tristeza, la que le ocasionaron los armados y por la misma que no ha vuelto a pisar su tierra.

Ahora, dos años después, Fernando vive en Medellín, con su esposa e hija. Desde allí recuerda a su familia y su campo amado, al plátano que nunca más pudo cultivar. Aunque en su cuello se evidencia la crueldad con la que lo atacaron y que le dejó una cicatriz imborrable, se muestra sorprendido.

—Yo me metí a esto pensando que no era riesgoso —reconoce—.

Aunque le ofrecieron exiliarse con medidas de protección, aún se muestra decidido a quedarse en su país. Desde la capital antioqueña se esfuerza para que sus coterráneos puedan hacer lo que él no logró: volver a sus parcelas.

El viaje de la marimba

La historia de la humanidad va a cambiar por el virus Son Batá.

Bomby

Por Mateo Jaramillo Ortega



**No es fácil entender que la gran música del Pacífico, la ganadora del Petronio Álvarez, se oye en la Comuna 13.
/Mateo Jaramillo.**

En una de las azoteas más privilegiadas de la Comuna 13 en Medellín se oye desde hace cuatro años una marimba con la música del Pacífico colombiano. Ni el sonido ni la vista se pierden en este inmenso teatro que tiene por techo a las estrellas. El escenario siempre ha sido su ciudad; el público, los habitantes. A sus espaldas se impone una escombrera con gritos ahogados, más los estallidos cotidianos de las balas no distorsionan la melodía. Sus notas desciendan sobre esta montaña recubierta de casas de ladrillo gracias al virus que cambiará la historia de la humanidad: Son Batá.

Bomby es el intérprete de los exiliados acordes de las chirimías, así como migrante es la marimba y como desterrada es su familia. Su nombre de pila se ha vuelto un mito al cual solo sus padres tienen el derecho de pronunciar, ni siquiera los profesores en el colegio La Independencia lo llamaron por su apellido.

El trato con los maestros fue sencillo: si lo llaman Bomby, él saca las mejores notas del salón. El acuerdo y la promesa de una bicicleta hecha por su padre lo mantuvieron como el primero de su clase hasta el último año.

Quienes lo secundaron en las calificaciones de La Independencia son sus mejores amigos, los mismos con los que creció en las empinadas calles de su barrio y con los cuales formó Bantú: el grupo de chirimías típicas de Son Batá.

En total son siete los integrantes, aunque fueron ocho los fundadores. Andrés Medina, pese al aparente respeto de los nuevos actores armados por el trabajo de los artistas, fue uno de esos “errores” cometido por los proyectiles cuando confunden a sus objetivos y acaban con la vida de aquellos que evaden la guerra.

Es más, algunos cadáveres de las víctimas en este sector de la ciudad se encuentran a 45 metros de profundidad desde la cima de la Escombrera, ubicada en lo más alto de la montaña, en la frontera con el corregimiento de San Cristóbal. Tal cual lo data un informe de una comisión forense conformada por cuatro países latinoamericanos que presentó los resultados en el 2008 al alcalde Alonso Salazar, los costos de la monumental tarea de exhumación de los cuerpos estarían cercanos a los 40 millones de dólares. Se debería remover un millón y medio de metros cúbicos de tierra solo para encontrar los cadáveres.

Este botadero de basura se ha convertido en un símbolo de las atrocidades en la cuesta del occidente de Medellín. No importa si las banderas de la lucha armada nacieron en la ciudad, como los Comandos Armados del Pueblo (CAP), si son portadas por las célebres guerrillas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) o del Ejército de Liberación Nacional (ELN), si el estandarte es de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), la “Oficina de Envigado”, las bandas criminales organizadas o agentes de la Fuerza Pública. Todos ellos usaron los desechos humanos para dar sepultura a los cuerpos humanos.

Debe ser esta la razón por la cual los músicos de Son Batá imprimen las notas de espalda a la Escombrera, para que los inocentes tengan la misma vista de los jóvenes artistas.

El fruto de la marimba

No parece coincidencia que sea Bomby quien toque la marimba para desempolvar los acordes de las chirimías. Quienes investigan el origen de la música están de acuerdo en que el único instrumento cuyo comienzo se tuvo en África, al sur del Sahara, es la *mbira*. Una serie de listones de hierro acostados sobre una tabla de madera que produce sonidos de acuerdo a la escala cromática cuando los dedos caen sobre los ringletes. De ahí su sobrenombre “piano de pulgares”.

Este armazón sonoro tiene diferentes nombres según las tribus africanas. Mientras los pueblos de Venda, que desde 1994 pertenece a la República de Sudáfrica; los de Chopi, ubicados en Mozambique, y los de Angola denominan al tradicional xilófono como *mbila*; los grupos de Rhodesia, hoy divididos entre Zambia y Zimbabue, llaman *deze* a este instrumento y usan como nombre genérico la palabra marimba. La confusión de los términos responde a los diferentes usos de la raíz *imba*, proveniente del verbo “cantar” en las lenguas Bantú.

El viaje de la marimba tuvo su primera parada con la llegada de los europeos al continente americano. Cuando a las Antillas del Caribe arribaron los primeros esclavos africanos, estos trajeron en su memoria los pianos de pulgares y de paso, las mismas confusiones lingüísticas. Tanto así que a la *mbira* se le conoce en República Dominicana como marimba, en Haití la llaman manímbula o malimba y en Cuba la bautizaron como marímbula.

A Cartagena de Indias, en el norte de Colombia, llegaron los sonidos del instrumento de los pueblos Bantú entre 1927 y 1928, pues se conocen por la banda sonora de las proyecciones de los cine-teatros que la música cubana permeó en la cultura de la capital del departamento Bolívar.

Sin embargo, en una búsqueda realizada en 1965 por estos indagadores de los restos musicales no se encontró ni una sola en las playas de la Heroica. Todas las marimbas, al igual que los patos en invierno, emprendieron su camino a tierras inhóspitas.

Fue en el Pacífico colombiano donde encontraron su acogida. El calor de hogar de hombres libres en tierras sin habitar. Pueblos esclavos del Caribe asentados en el occidente del país se adueñaron de los sonidos de esa caja con varas de madera para acompañar las danzas típicas en las celebraciones de sus fiestas.

Pero la marimba no fue la única en llegar a esta región. Un instrumento de vientos hecho de madera atrató en las grandes ciudades por donde afluyen los ríos San Juan, Cauca, Atrato, Baudó, Mira o Patía para recordarles a sus habitantes de dónde provienen.

La chirimía se convirtió no solo en un instrumento de viento sino en un género musical. En la narración de las historias de los pueblos del Pacífico.

Con estos cantos se conocieron parejas como Nelcy Murillo y Antonio Córdoba, quienes, al igual que la marimba, buscaron mejor futuro en otros parajes. Antonio es hijo del río San Juan y Nelcy, de la afluencia del Baudó. Los sonidos de sus pueblos les dieron a María Isabel, también del verde departamento del Chocó. La mayor de los Córdoba Murillo llegó junto a sus padres a las montañas de Medellín hace 23 años, cuando solo contaba con dos de vida.

Fruto de las canciones de La Negra Grande, Petronio Álvarez y los emblemáticos miembros de La Contundencia nacieron en la capital de Antioquia Arleson, Érika, Melissa y Bomby.

Los músicos de las terrazas

Pese a ser Bomby, sin lugar a dudas, la gran estrella entre los más de 250 integrantes de Son Batá, no fue él quien gestó la idea. El inicio de este sueño, como el de las raíces de la marimba y de los Córdoba Murillo, tuvo una travesía que empezó en 1999.

Ese año, Jhon Jaime Sánchez, Jhon Jairo Asprilla y Carlos Alberto Sánchez empezaron a rapear por las calles de San Javier, de la bien mencionada Comuna 13, al mismo tiempo que los milicianos ejercían la soberanía del territorio. Estos tres paisas de padres chocoanos vieron cómo la presencia guerrillera en la urbe gestó en el nuevo milenio operativos castrenses como la denominada Operación Orión en octubre de 2002. Una intervención armada del Estado para contrarrestar el poder de estos pequeños ejércitos y retomar el control de este corredor estratégico. Su posición geográfica es clave para el ingreso y salida de armas, drogas y personas entre el Golfo de Urabá y Medellín.

Cuesta entender cómo se convirtió la capital de una de las regiones más prósperas de Colombia en una batalla de todos los actores del conflicto.

El estado de zozobra se había apoderado de la comuna, se puede leer en la mira de Jhon Jairo. Sus manos gruesas y del color de la tierra de la marimba, explican con mayor detenimiento las palabras que narran las noches de aquellos años.

Cuando las calles dejaban de estar iluminadas por el sol, los ciudadanos se escudaban en sus hogares. Una especie de toque de quedaba implícito, dictado por los atropellos de los bandoleros, que decretaban el cierre del comercio y la campanada para el resguardo de los transeúntes. Aquellos osados, quienes salían de las puertas de sus casas, o se atenían a las actuaciones de los nuevos dueños de las zonas o se enfrentaban a muerte en contra de ellos.

Una de esas tardes a Jhon Jairo y algunos compañeros de andanzas los tomaron por sorpresa unos paramilitares de la zona. Les quitaron los aretes, los insultaron y les robaron cuanto tenían en los bolsillos. Pese a la influencia cultural de la violencia callejera estadounidense, no lograron detener el atropello ni la indignación. Pero detuvieron la venganza.

—Cuando pasó todo nos dijeron que formáramos un combo para defendernos y nosotros dijimos que sí, pero qué va ¡Qué íbamos a ser tan huevones! Pienso que la música fue la energía para no entrar a los combos, —explica este estudiante de Antropología de la Universidad de Antioquia.

La determinación la reforzaron cuando vieron al siguiente día a varios de quienes terminaron en el piso y sin aretes con dos pistolas cargas entre sus manos. Esta es la razón del actual “respeto” de los bandoleros por los músicos en la zona: muchos de quienes hoy en día están en los combos fueron en algún momento compañeros de fútbol, de Hip-hop o del colegio.

—Nos tienen admiración. Es más, nos llaman Los Formadores, los que tienen buena vibra y buena energía, —responde Jhon Jairo a quienes preguntan por su supervivencia como artistas.

El Hip-hop y la violencia en San Javier los unió a los de La Élite, una reacción cultural a la guerra y a la división del territorio. Con grafiteros como “El Perro” y raperos como “Jeihhco” se tomaron las plazas de los parques para transformar los desolados pasajes de los peatones en concurridas manifestaciones de tolerancia y fiesta.

Paralelo a las apariciones públicas de La Élite, estos tres hijos del Pacífico tenían un proyecto de chirimías típicas. La confianza en este nuevo camino lo impulsó a presentar la propuesta ante la Alcaldía y consiguieron una beca por cinco millones de pesos con los cuales compraron gaitas, tambores, un saxofón, un clarinete y una marimba. Además, contrario a la tendencia callejera de olvidar los estudios, contrataron un profesor para formarse como músicos.

Tuvo que ser Jhon Jaime, con la colaboración del movimiento cristiano YMCA, quien se apoderó de las riendas del grupo de afros. Con su escaso pelo y una voz ronca tan segura como sus palabras, llamó a sus dos compadres y les planteó la idea de crear Afrorrenacer de la juventud.

Las diferencias con La Élite los obligó a abandonar el colectivo con el cual gestaron sus primeras andanzas y los llevó a transformarse en Son Batá: el movimiento de las tamboras.

Con instrumentos pero sin locación, decidieron asentarse en los planchones de las casas. El techo sería la inmensa ventana de un teatro que sonaría en cada una de las calles de la Comuna y llegaría a los oídos de algunos artistas brasileños.

En el 2008 recibieron la visita de AfroReggae Brasil, un movimiento de jóvenes originado en las favelas de Río de Janeiro. Tal como estaba ocurriendo en Medellín, la capital del festival más conocido en el mundo era escenario de una gran diversidad de actores armados. Un espacio perfecto para el ingreso de los niños a la guerra. Estas dos ciudades, sin importar las diferencias lingüísticas, compartían el inicio de las pandillas dirigidas por pequeños hombres de 12 y 13 años.

José Junior, líder de los músicos de la samba, vio en Son Batá el comienzo de su mismo sueño. Con la inseparable estrella de David colgando de su cuello, este brasileño les contó cómo había sido su camino. Obstáculos distintos pero una misma esperanza: un grupo de jóvenes artistas evasores de los impuestos de la guerra, un espacio para atrincherar a los niños en el vaivén de los conciertos, una explosión sonora en favor de libertad.

Los sonidos de Bantú

Todos los días Jhon Jaime, Jhon Jairo y Carlos Alberto subían a la plancha de Wilmer Asprilla a ensayar con los nuevos instrumentos. Ninguno era lo suficientemente experto para presentarse en público pero todos llevaban en la sangre el recorrido de la marimba. Cada uno de ellos era hijo de del Pacífico y nieto de los pueblos africanos.

Al principio la única compañía que recibieron fue la de sus tamboras, pero con el pasar de los días, varios niños se convirtieron en sus sombras. Bomby, Yeiffer, Bebé, Mario y Perea subían a la plancha de Wilmer a oírlos. Sentados frente a ellos se enamoraron de los sonidos del clarinete y del retumbar de los bombos. Cada uno se apoderaba de baldes, tarros de galletas, flautas dulces y baldosas para imitar esas canciones con las cuales los criaron sus padres. Si bien no eran los más armónicos, sí eran los más apasionados.

—Bueno muchachos, cojan los instrumentos que les vamos a enseñar a tocar —le dijo Jhon Jaime a los entusiasmados niños.



Ni sus profesores conocen su nombre de pila. /Mateo Jaramillo.

Como una pelea entre gacelas y leopardos por apoderarse del botín y sobrevivir en la lucha, todos se abalanzaron sobre los instrumentos. Había nacido el primer semillero de Son Batá. Dejaron de lado los baldes y las flautas, botaron las baldosas y los tarros de galletas. El primer momento fue mágico, para los niños; un sonido aturdidor, para los vecinos.

Ahora los músicos de las terrazas habían dejado de dar serenatas solos. Tenían una compañía mucho más joven e inexperta pero con mayores ambiciones. De la misma manera en la cual los hermanos mayores trazan los caminos a los pequeños en las familias, a Bantú le dieron una tarima para mostrarle al mundo el poder de un nuevo grupo armado que haría estallar la ciudad y reclutaría a los niños de la comuna más peligrosa de Colombia.

La marimba fue lo que la música siempre ha sido en la guerra: la más hermosa forma de recordar la bondad humana.

“Solo hay espacio para Bomby”

—¡Ey, Marc! Ustedes tienen que aceptar a Son Batá. Esto es Son Batá. Eso es lo que hay, manito —le dijo Bomby a Marc Anthony mediante un video de invitación a la Comuna 13 en los primeros meses de 2012.

La camioneta blanca en la que anduvo este cantante de origen puertorriqueño se detuvo. No había más camino. El resto del recorrido debe hacerse a pie, en plena noche. Un centenar de escaleras lo separan de los músicos de las terrazas que una vez más se atrincheran en las azoteas. Desde la manifestación de paz con banderas blancas luego de las operaciones castrenses en aquel octubre negro de 2002, los habitantes no recuerdan a tantas personas afuera de sus puertas, de sus ventanas, de sus casas congregadas bajo la compañía de las estrellas. Todos con la mirada puesta en la casa de Son Batá.

El concurrido cuartel general de los músicos no se escapaba de ningún comentario de los vecinos. La Comuna estaba enloquecida.

—¿En dónde está el que me invitó personalmente, el que me desafió? —Gritó el cantante antes de comenzar a subir las escaleras. Por pocos segundos todos los espectadores giraron sus cabezas en dirección al pianista de pulgares, al cantante, al clarinetista, a Bomby—. ¡Ah!, vine. ¡Estoy acá! —sentenció Marc.

El objetivo era claro: reclutar una agrupación artística latinoamericana para el nuevo concurso de una cadena de televisión estadounidense. En representación de los colombianos estarían unos bailarines de salsa del Pacífico pero no había músicos.

No hubo ningún sonido. Todos estaban esperando. Tres golpes de dos baquetas iniciaron el concierto. Más de veinte jóvenes, en su mayoría hijos de padres exiliados, cantaban, bailaban y animaban a los espectadores. A quienes se encontraban en las ventanas y en las puertas de las casas. Muchos de ellos incrédulos, sin poder comprender cómo uno de los músicos más importantes del continente estaba oyéndolos en su barrio.

—¡Marc Anthony en la Comuna 13. A vernos tocar a nosotros!— ni Jhon Jaime podía creerlo. La luna como reflector natural y cientos de luces artificiales iluminaron la gran fiesta de Son Batá. Hacía pocos años nadie podía estar en las calles sin la presencia del sol y ahora la música volvía a sonar de noche.

Las faldas anchas, los dorsos desnudos, las trenzas con argollas de colores; todos se movían al ritmo de la música. El compás de las chirimías reclamaba la alegría. Las sonrisas volvían a los ciudadanos.

Pronto, Bomby bajó del planchón. Dejó de tocar el clarinete. Corrió por entre los músicos y descendió las escaleras. El micrófono transforma a este introvertido personaje en un demente.

—¡Calentura pa' aquí... Calentura pa' allá!— gritaba mientras movía de un lado para otro sus manos. Las caderas, los brazos y los gritos de todos los invitados a esta velada siguieron las instrucciones impartidas por Bomby.

Un estruendoso aplauso concluyó la presentación. Marc Anthony y Bomby estrecharon sus manos por primera vez.

—¿Qué significaría tener la posibilidad de representar a Colombia a nivel Mundial? —le preguntó el cantante puertorriqueño a sus nuevos compadres.

—Es decirle a todos esos lugares que no solo están en Colombia sino en todo Latinoamérica, como la Comuna 13, que sí es posible. Que sí hay esperanza, —respondió el líder de Son Batá sin vacilar un segundo.

—Los felicito porque sé que no es fácil. Voy a invitarlos a todos a los Estados Unidos. Acá están los boletos, —dijo Marc.

—¡Uno, dos, tres, cuatro!— Gritaron todos los de Son Batá mientras extendían sus brazos y dejaban sus espaldas paralelas al inclinado suelo de San Javier. Todos saldrían de Colombia por primera vez y llegarían a Los Ángeles, la ciudad de los artistas mundiales.

La participación de Son Batá en Q"VIVA The Choosen fue idéntica al concierto en la Comuna. Bailarines, chirimías y Bomby. La cantante Neoyorquina Jennifer

López, el director artístico Jamie King (conocido por su participación en las giras de Michael Jackson) y Marc Anthony se movieron al ritmo del Pacífico.

Bomby volvió a dejar su instrumento y caminó hasta los jurados del concurso. Los tres se dejaron contagiar por el virus de Son Batá, por la energía del cantante. Sin embargo, el grupo no fue escogido.

—Solo hay espacio para Bomby—, le dijo Marc a sus compadres. Son Batá tomó la decisión: solo él escogería su camino.

Comuna 13: embajadora de las chirimías

Un año antes de su parada en Los Ángeles le habían dicho a Bomby que Son Batá iría al Petronio Álvarez, el festival de chirimías más grande del país. La invitación hecha en el 2010 tuvo que ser rechazada, pero esta vez tendrían su revancha.

Recorrieron toda la ciudad probando sus acordes. Perea improvisaba frente al auditorio; Wilmer afinaba su voz; Bebé, Jeifer, Aguao, Popo, Mario y Bomby se adueñaban de sus instrumentos. Cada vez que la voz principal tiene el micrófono en sus manos logra que la mitad del escenario se ponga en pie y Bomby logra hacerlo con la otra parte.

El espectáculo comienza con un demente corriendo por la tarima, perseguido por unos psiquiatras aún más locos. Las grandes jeringas imparten con papel picado el virus a los asistentes. El público se contagió. Todo estaba preparado para el encuentro con las chirimías.

Luego de un viaje en bus de más de ocho horas de desde el terminal de transporte antioqueño, llegaron a Cali, la capital del Valle del Cauca.

—¿Ustedes de dónde son?, —preguntó alguno de los organizadores en la afamada sucursal del cielo.

—Nosotros, de Medellín, —respondió Perea

—No les creo, —sentenció el señor a los integrantes de Son Batá.

No consiguieron hacerle entender al vallecaucano, ni a él ni a ninguno, que este grupo es de antioqueños, así no lo sean sus raíces. Los mantuvieron un poco alejados de los demás músicos: aun teniendo el mismo color de piel y esperando su turno para tocar los mismos instrumentos, ellos no nacieron en el Chocó ni el Valle del Cauca, ni en el Cauca ni en Nariño. Además, eran muy pocos los jóvenes

artistas. Las chirimías se dejan para los ancianos, para quienes preservaron su historia.

Los viejos, a pesar de su experiencia, tenían más estrés que todos los inexpertos músicos de Son Batá. En el hotel se oían diferentes instrumentos en cada una de las habitaciones, menos en una. Bomby y sus compadres ensayaban con los sonidos de su cuerpo y de su boca. Respetan los tradicionales acordes pero se apropiaban de la música.

El primer día fue la prueba de sonido.

—¿Ustedes qué vienen a tocar? —Preguntó el mismo organizador.

—Chirimías del Pacífico —respondió esta vez Mario.

—No, ustedes son artistas libres —afirmó el intransigente hombre.

Tampoco les creyó. No es común que jóvenes, fuera del Pacífico y con vestidos de colores, toquen chirimías típicas.

El director de la orquesta antioqueña tenía un smoking cola de pingüino; Jeifer, una falda escocesa; Bebé era un rockero. Cuando los llamaron al escenario Bomby, con su vestido de gala morado y sus chaquiras en el pelo, entró de primero. Era el loco y lo perseguían los médicos: Jeifer, Bebé, Mario, Perea... Tocaron tal cual lo hacían en la Comuna pero con el estadio Pascual Guerrero lleno.

Bomby animó al público, error de principiantes pues en el Festival no se puede animar a las graderías. A pesar de las prohibiciones, miles de personas se contagiaron por el virus de Son Batá.

Los siguientes dos días estuvieron de espectadores, repartiendo autógrafos y tomándose fotos con los aficionados. Las mujeres les agradecían haber roto el esquema. A fin de cuentas, las chirimías no son exclusivas de los padres y abuelos.

—Ustedes, vengan para acá, —les dijo un caucano a los paisas

—¿Nosotros? —Dijo Bomby pensando en la sanción que les impondrían por haber animado a las tribunas.

—Sí, ustedes. Ustedes no son buenos ¡Ustedes son los mejores! —Dijo el aficionado para sorpresa de los artistas.

—¿Cree que pasemos? —Preguntó Bebé ilusionado.

—Ustedes no pasan. Ustedes ganan —dijo seguro. El ánimo volvió a hervir. Son Batá estaba de vuelta y estos retomaron su camino. Antes de alejarse, el hombre preguntó —¿Qué le echaron a esa música que uno está sentado y empieza a moverse solo?

Una presentadora, evidentemente del Pacífico, fue quien presentó a los últimos contendores.

—Los finalistas son: Rancho aparte, Africanto y Son Batá —dijo la caucana Mabel Lara.

Antes del aplauso se oyó en el estadio un grito de muerte. Bomby no pudo contener su emoción y dejó a sus compadres con el corazón en la mano. La euforia lo llevó a botar las chaquiras y soltarse el pelo; Perea se rapó la mitad de la cabeza. El acto final debía ser imborrable.

Entraron formando una bicicleta humana. Interpretaron los clásicos acordes de las chirimías pero con su repertorio, el mismo que se oye desde un techo en la Comuna 13 de Medellín, de espaldas a la Escombrera y de frente a la violencia.

Con un Pascual Guerrero lleno, Mabel Lara anunció:

—Y en primer lugar, mejor conjunto de chirimías típicas: Son Batá.

Montes que añoran las gaitas

*Que vengan las gaitas que vengan tambores
Vamo' a celebrar 30 años de amores
Yo tengo un recuerdo de mi abuelo
Qué bonita herencia me dejó
Todavía conservo su sombrero viejo
Y las abarcas que llevo yo
Andrés Narváez.*

Composición para el XXX Festival de Gaitas de Ovejas 2014

Por Marcela Madrid Vergara



Los cultivos de tabaco son unos de los más comunes en esta hacienda de 1.231 hectáreas. /Marcela Madrid.

Un pocillo de tinto y un caldero con arroz “pegao” sobre el fogón de leña. Ese era el almuerzo que le esperaba a Andrés Narváez el 12 de junio de 2014, con el que acompañaría la inauguración del Mundial de Fútbol frente al televisor. Alcanzaba a cazar unas aves para sumarle algo de proteína al plato, calculó. Tomó camino monte adentro, donde la muerte casi lo agarra con el estómago vacío.

Salió de su casa, al borde de la carretera entre Ovejas y Corozal (Sucre), en un sector conocido como La Sierrita, donde vive la mayoría de desplazados de la cercana finca La Europa, como Andrés y su hermano Rafa. Desde que cerró la puerta, alguien empezó a seguir sus pasos. Sin notarlo, caminó durante media hora —cantando esos porros con los que años atrás arrasó como mejor compositor en los festivales de gaitas de la región— cuando un hombre montado en una mula lo abordó.

—¿Usted qué hace aquí? —le gritó el hombre.

—Estoy cogiéndome unas aves —le respondió Andrés, quien conocía perfectamente a su interlocutor.

Era Héctor Sanmartín, conocido como “El Paisa”, capataz de la empresa antioqueña Arepas Don Juancho, que en 2008 llegó a la hacienda La Europa —corregimiento Almagra, municipio de Ovejas— comprando las parcelas de los campesinos a \$250.000 por hectárea. Aunque no todos les vendieron, “los cachacos de las arepas” —como les llaman en la región— intentaron cercar toda la finca y desplazar a los que quedaban. Andrés se fue a vivir al casco urbano, pero desde entonces va todos los días a La Europa, con Rafa, a trabajar sus cultivos. Así fue como, hace seis años, inició la disputa por las 1.321 hectáreas de este terreno fértil enclavado en los Montes de María; que tendría su más reciente capítulo aquel jueves mundialista.

—¿A usted quién lo autorizó a ponerme esa puerta? — continuó gritando Sanmartín.

El reclamo era por un portón que días atrás habían instalado los líderes campesinos en una de las entradas a la finca.

—Hombre, esa puerta la pusimos porque por ahí penetra mucho delincuente, se mete mucha gente pa’ abajo y les han robado unos pavos y unas gallinas a los compañeros —le respondió Andrés.

—Ahora con el *bulldozer* voy a arrumar toda esa vaina, porque eso es de nosotros.

—Bueno, entonces vaya —prefirió decirle Andrés, pues sabía con quién estaba lidiando.

—¡Ay!, ¿a vos qué te pasa?

—A mí no me pasa nada.

—¿Qué es lo que querés?

—Tampoco quiero nada.

Ante la inesperada pasividad de su interlocutor, la siguiente respuesta de Sanmartín fue desenfundar el revolver y empezar a disparar. Cuatro balas entraron en el cuerpo de Andrés, quien trataba de esquivarlas mientras le pedía fuerzas a Dios.

—Espere y recargo pa' que vea —lo amenazó al ver que seguía consciente.

Milésimas de segundos fueron suficientes para que el cerebro de Andrés encontrara la solución, que lanzó como un grito: —Corran muchachos, corran que el "Paisa" me está matando —una trampa que le jugó a su victimario, suficiente para hacerlo huir despavorido.

Lo que sucedió con su vida de ahí en adelante parece el relato de alguien con muy buena suerte... o, como está convencido Andrés, producto de un milagro.

Sin afanes y calculando cada movimiento, esperó diez minutos a que Sanmartín se alejara para empezar a correr por el camino de regreso.

—Trotaba y caminaba, trotaba y caminaba —les cuenta a sus vecinos y compañeros de lucha 19 días después, sentado en la escuela de La Europa, a pocos pasos de la puerta de la discordia.

El panorama era poco alentador: caminaba por una vereda montañosa, a pleno sol, en la región más calurosa del país, justo mientras sus vecinos veían lo que pasaba en Brasil con unas ansias contenidas durante 16 años.

Pero su mente estaba ocupada en pedirle perdón a Dios —porque, ajá, a unos les dan un solo balazo y se mueren, ahora yo que llevaba cuatro —dice, y muestra las cicatrices por donde las balas pasaron sin tocar ningún órgano vital: dos en el pecho, otra en el brazo izquierdo y una más en la mano derecha.

Finalmente pasó un muchacho en una moto y lo recogió.

Hoy sigue repitiendo que así como está ahora, sentado y hablando, llegó al centro de salud de Ovejas para sorpresa de los médicos y de los curiosos.

En menos de 24 horas, Sanmartín fue detenido y el caso empezó a tomar un revuelo inesperado luego de que la ONU publicara un comunicado rechazando el atentado. Razón tiene Rafa Narvárez cuando dice que "al Paisa le salió el tiro por la culata".

Ascenso y declive de La Europa

Es primero de julio y, por primera vez en meses, en Sincelejo huele a lluvia. Al fin se ven charcos en las calles y el sol no enceguece, no produce ese calor que retarda los movimientos y las ideas.

Son las 7:00 a. m. En el barrio Vallejo, al norte de la capital de Sucre, los Narvárez desayunan mientras ven las noticias en la casa de Enrique, el mayor de seis hermanos. Ese es, desde el día del atentado, el nuevo refugio de Andrés, que comparte con dos hermanos, seis sobrinos, su cuñada y dos sobrinos-nietos.

Luego de despedirse de todos ellos, agarra su canguro negro, se lo cuelga al hombro y se sube en una camioneta ocupada por dos escoltas de la Unidad Nacional de Protección.

—La ciudad me estresa, no estoy tranquilo si no es en el campo —confiesa Andrés cuando paran a poner gasolina.

De su canguro saca un celular, de esos que en la costa se conocen como “flecha”. Le marca a Argemiro Lara, su amigo y presidente de la Asociación de campesinos de La Europa, pero le contesta su esposa Yudy porque él ya ha salido a recoger yuca. —¿Por allá en la finca llovió? —le pregunta.

Esperanzado en que las gotas que cayeron anoche hayan sido suficientes para salvar sus cultivos de tabaco, yuca, pepino y maíz, llega a la casa de Rafa, donde se toma un tinto acompañado por el estruendo de los camiones que pasan por la vía. Cuando se termina la visita y Andrés finalmente arranca para la finca, un recogedor de basura le grita: —¡Oye Saya!, me alegro de verlo sano, cántate una ahí.

—Es que me dicen Sayayín porque yo antes componía y cantaba champeta, llenaba la Concha Acústica, la caseta más famosa de por acá.

Cuando se empieza a divisar La Europa, esa enorme sábana pintada de todos los verdes, Andrés explica que los cultivos alineados que se divisan a lo lejos son de tabaco negro, una fuente de trabajo para muchos montemarianos.

Con esas montañas de fondo, bañadas por una inusual brisa fría, los líderes campesinos Argemiro Lara, Gilberto Pérez y Andrés Narvárez se reúnen en la entrada de la finca. Antes de volver a escuchar la increíble historia del 12 de junio, debaten un tema obligado; y no es el fútbol, sino la lluvia que, aunque tímida, cayó por la madrugada.

—Parece que ya no viene el Fenómeno de la Niña sino del Niño —dice Argemiro.

—Que venga lo que quiera venir pero que llueva —agrega Andrés.

—Que venga mitad macho y mitad hembra —apunta Gilberto y provoca risas en el lugar.

Argemiro Lara parece a primera vista un profesor de bachillerato. Siempre de lentes y boina, conoce como nadie la historia de La Europa y la cuenta sin titubear, mencionando cada tanto el nombre de algún expresidente, una ley o un hecho político nacional.

—Aquí en Colombia cada 20 o 30 años se inventan una guerra y siempre se van quedando con un pedazo de tierra —asegura, mientras a su espalda los hijos de Gilberto, el más joven del grupo, muelen maíz y se lo dan a las gallinas.

Después de mencionar la reforma agraria de Alfonso López, las compras de tierras de Rojas Pinilla y los logros de Carlos Lleras —quien promovió la creación de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (Anuc) y el Instituto para la Reforma Agraria (Incora)— Argemiro aterriza su relato en La Europa.

—En 1969, la finca quedó en manos del Incora, que se la adjudica a 114 familias campesinas. Su adjudicación fue en común y proindiviso, o sea, la tierra era de todos aunque las familias fueran dividiendo sus parcelas, de 12 hectáreas cada una.

Conoce esa historia porque la vivió. Desde niño, acompañaba a su padre y a sus hermanos mayores a las reuniones donde las familias defendían su derecho a la tierra, y cuando joven se unió a la Anuc. Su papá fue uno de esos 114 adjudicatarios de La Europa e hizo parte de su crecimiento, alcanzó a vivir en la época próspera del territorio.

No había llegado la década del 80 cuando ya tenían su propia escuela, pozos artesanales, un centro de acopio para comercializar los productos, canchas y vías de penetración al interior de la finca.

Además de trabajar en sus cultivos propios y en los colectivos, a los campesinos de la generación anterior les alcanzaba el tiempo para celebrarle la fiesta a cuanto santo se les ocurriera. Con gaitas fabricadas por ellos mismos, pasaban noches enteras pidiéndole a San Pacho que lloviera, haciéndole ofrendas al Niño Jesús o invocando a la Virgen del Carmen. Parrandas de una época que también vivieron los antepasados de Gilberto:

—Mi papá tiene más de 40 años de estar metido de lleno en esta finca y nunca vio problemas; el negocio más grande que se hacía con la tierra era que si el campesino se iba porque estaba cansado, le vendía la mejora al compañero. ¿Cuál era la mejora? Un ranchito y un palo de mango —agrega “Gilber”, como le dicen sus amigos.



A la entrada de la finca La Europa, donde solía funcionar la escuela, se reúnen frecuentemente los líderes campesinos. /Marcela Madrid.

En menos de 10 años, La Europa, a 20 minutos de su cabecera municipal, había pasado de ser un terreno baldío, a una comunidad con sus propios medios de vida, de estudio y de trabajo.

Pero sus habitantes no alcanzaron a dejarles ese paraíso hecho a pulso a sus descendientes, pues aun siendo niños, los hijos de los fundadores fueron testigos de cómo en los 80 llegaron hombres camuflados con insignias del Eln, las Farc, el Prt y el Epl.

En los 90, los ovejeros sentían que lo peor aún no había ocurrido, pues ya llegaba de pueblos cercanos el rumor de que otros hombres preparaban la revancha contra la guerrilla. En la finca, año tras año, las celebraciones y las parrandas se fueron olvidando intencionalmente, el ambiente cambió por el de encerrarse temprano y los ranchos fueron quedando abandonados.

La amenaza más cercana llegó en el 2001. El 17 de enero de ese año, en el corregimiento vecino de Chengue, paramilitares del Bloque Héroes Montes de María de las Auc asesinaron a 28 campesinos a punta de machete y garrote. Frente a los ojos de sus familias y lejos de la mirada evasiva de las autoridades, quemaron 25 casas y obligaron a 100 familias a salir huyendo.

Argemiro calcula los efectos de aquella época en La Europa.

—Podemos contabilizar que entre 1990 y 2001 asesinaron alrededor de 15 campesinos, hubo dos desaparecidos y 80 familias desplazadas. La finca quedó prácticamente sola.

En esas cuentas incluye su propia historia, pues en 1994 se tuvo que desplazar a Cartagena tras la amenaza de Rodrigo Mercado Pelufo, alias “Cadena”, jefe del bloque paramilitar que lideró la masacre de Chengue.

Solo seis familias decidieron quedarse en La Europa mientras esta se convertía en otra tierra fantasma. Marina Barreto y Juana Gutiérrez fueron dos de las mujeres que prefirieron seguir en sus ranchos con sus hijos en lugar de desplazarse a las ciudades “a pasar trabajo”. Lo que no sabían era que en La Europa tampoco la tendrían fácil, pues en esos años sufrirían las consecuencias de una arremetida del gobierno por acabar con cualquier rastro de guerrilla.

En diciembre de 2002, el entonces presidente de la República, Álvaro Uribe, ordenó declarar los Montes de María como Zona de Consolidación, y puso en marcha varias operaciones militares encaminadas a debilitar a las Farc. En medio de ese panorama, policías y fiscales detuvieron a 156 personas, entre ellos 10 pobladores de La Europa, muchos de quienes habrían sido detenidos sin siquiera una orden de captura. Ese fue el saldo de la Operación Ovejas.

Juana y Marina, amigas y vecinas, hicieron parte de ese grupo de falsos positivos judiciales. La primera, sentada en su rancho, ubicado bien adentro en la finca, recuerda el día en que se la llevaron para la Fiscalía de Sincelejo con dos de sus hijos.

—De la noche a la mañana lo que vi fueron dos carros blindados aquí, se bajó la policía —cuenta, y a través del equipo de sonido se escucha una de las célebres canciones de Diomedes Díaz: *Yo soy el cacique, rey de la tribu, si Dios va conmigo, quién contra mí.*

—Era un jueves, yo estaba acostada en una hamaca. Ellos se bajaron, ni me dijeron las horas y nada, me tomaron una foto y me requisaron mi cuartico y el bañito de palma. El que estaba dentro del carro, que fue el que nos denunció, no dio la cara. El domingo en la noche nos vinieron a coger. Inventaron que yo era mujer de un comandante de la guerrilla, que les arreglaba los teléfonos cuando se les dañaban.

Tres meses tuvieron que pasar para que el Tribunal Superior de Sincelejo determinara la inocencia de los 156 capturados. Juana logró demostrar que no era guerrillera antes de que se la llevaran para la cárcel La Vega, y a los pocos días volvió a su rancho a seguir armando los tabacos de las hojas que siembran y secan sus hijos.

—A Marina se la llevaron a La Vega y allá se enfermó, se puso flaquita, flaquita. Qué tal que a mami se la hubieran llevado para allá —dice Mayito, la hija de Juana.

Al terminar la canción de Diomedes todos hacen silencio, y la conversación solo se retoma cuando empieza el siguiente tema, también de “El cacique”.

—Cualquier ruidito que uno oía pensaba que era el carro que venía por ella —sigue Mayito— Si algún día llega a venir un carro, ¡nos subimos todos! Si la acusan a ella nos acusan a todos.

“Los cachacos”, una nueva batalla

Hacia 2005, tras la desmovilización colectiva de las Auc, la estela de violencia sobre los Montes de María parecía haber cesado. Muchos pueblos abandonados estaban repoblándose y la palabra “retorno” era protagonista en todas las juntas comunales.

Así, mientras la emblemática finca empezaba a revivir algo de lo que fueron sus mejores épocas, sus habitantes se encontraron de frente con un nuevo enemigo de la lucha campesina. Los “cachacos” de Arepas Don Juancho, empresa a nombre del antioqueño Juan Gabriel Vélez Jaramillo, llegaron en 2008 con la pretensión de tomarse toda la finca, luego de haber comprado 84 (de las 114) cuotas partes del predio a personas que lo habían abandonado hacía años.

—Les compraron a personas que no tenían nada que ver con la propiedad de la tierra, sino que estaban ubicadas en otro terreno por adjudicación del Incora, o se habían ido para otras ciudades —cuenta Gilberto, quien ha dedicado 30 de sus 44 años a sembrar tabaco.

Las dudas sobre la legalidad y la buena fe de esas compras son el argumento de los campesinos para evitar que Arepas Don Juancho se quede con la tierra. Aunque no hubo amenazas directas por parte de Jaramillo, Sanmartín y sus hombres para provocar el desplazamiento, Gilberto cree que aprovecharon la vulnerabilidad de los campesinos para hacerse con sus parcelas.

—En un caballo, en mulo y con perros llegaban tarde en la noche a las casas de muchos campesinos de aquí para atemorizarlos porque sabían que habían pasado de un trance de miedo por la guerra.

El siguiente intento de los “cachacos” por quedarse con la totalidad de la finca fue cercar el terreno en redondo para dejar a los campesinos relegados en una esquina. Los nativos le pidieron asesoría al Movice —Movimiento de víctimas de crímenes de Estado— y lograron imponerse.

Pero los cachacos no se rendirían tan fácil. Ya desesperados, optaron por soluciones que creían más definitivas, destinadas a provocar el miedo necesario para que los campesinos por fin huyeran de La Europa: a Ismael Ortiz, uno de los

que se negó a salir de su parcela, le quemaron el rancho dos veces y una mañana encontró a su burro acuchillado.

El temor en la zona aumentó cuando entendieron que lo de Ismael no era algo aislado a la quema de otro rancho donde almacenaban las cosechas colectivas, ni al daño que recibían los cultivos y las fuentes de agua por cuenta del ganado de los cachacos. Pero por esos días, el temor generalizado era que esos ataques a la propiedad, los animales y la tierra, se materializaran contra los líderes o sus familias.

Ese día llegó el 8 de diciembre de 2008. Alex Correa, quien hacía parte de una comisión que negociaba con el Incoder el pleito entre los lugareños y los señores de las arepas, apareció en su casa mutilado y degollado. Él fue el primero de los 17 campesinos de la finca que han sido asesinados desde ese fatídico año, sin que se hayan encontrado los culpables.

Vientos de esperanza

Nada de eso fue suficiente para que los campesinos huyeran de La Europa. Por el contrario, en el 2010 organizaron un plan de retorno colectivo con la ayuda de organizaciones como el International Peace Observatory y el Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos.

Las 37 familias que hoy viven en la hacienda volvieron a podar las canchas de fútbol y de béisbol, consiguieron profesores para la escuela, y pusieron en marcha un proyecto de comunicación alternativa apoyados por el colectivo Digna Rabia, con el que los viejos líderes encontraron una nueva manera de hacer visibles sus derechos.

Algunos, como Andrés, hicieron de la cámara digital que les entregaron su nueva arma de lucha. Con ella registra las marchas por la paz, las reuniones de la Asociación y los abusos contra la finca y sus habitantes, en fotos y videos que luego envía al colectivo en Bogotá. En todo momento la lleva con él, guardada en su canguro y envuelta en varias bolsitas para que no le pase nada. De ahí la sacó días antes del atentado para grabar cómo otros vecinos de La Europa talaban unos árboles cerca de las fuentes de agua para hacer negocios con la madera. “Sapo”, “eres el más alzado”, “arreglemos esto enseguida”, le gritaban desde entonces cada vez que se cruzaban con él por los caminos de la finca.

A pesar de lo que han vivido los nativos de La Europa a partir de 2008, esquivando amenazas, balas y acusaciones; su única respuesta ha sido confiar en la justicia. Hoy esta disputa espera ser resuelta en un juzgado de restitución de tierras en Sincelejo y es el juez quien deberá decidir si les da la razón a los nativos o a los “cachacos”.

La única manera de lograr que Arepas Don Juancho salga de La Europa es que el juzgado demuestre que compraron esas tierras de mala fe, ya fuera por haber pagado muy poco o por haber intimidado a los dueños. Según un abogado de la Unidad de Restitución de Tierras de Sucre, quien representa a los campesinos, el argumento para sacar a los empresarios apela a lo psicológico: —Puede que no hayan llegado paramilitares ni guerrilleros a comprarles, pero el hecho de ver gente desconocida con armas y tanto dinero, inevitablemente genera temor en quienes han vivido la violencia, y prefieren vender a cualquier precio.

Aunque la ley establece cuatro meses para resolver las demandas de restitución, este caso es tan complejo que el juez tardó ese tiempo solo en encontrar y notificar a todos los involucrados. Y, aunque la justicia parezca lejana, la esperanza de volver a esa época dorada que vivió la finca en sus inicios sigue viva entre sus herederos naturales. El tiempo revelará si, como a Sanmartín, al resto de “los cachacos” les habrá salido “el tiro por la culata”.

Agua de totuma para el horror

No me arrodillo, al menos me llevo ese honor.

Gina Vásquez*

Por Mariana Escobar Roldán



Las niñas de El Salado, Bolívar, se convirtieron en botines de guerra. /Mateo Jaramillo.

Durante los 30 días que siguieron al 18 de febrero del 2000, Gina Vásquez no dijo una palabra.

La niña de Jaime, el ebanista más aplaudido de El Salado, estaba muda, aturdida por las imágenes de aquella mañana.

La agobiaba la gente, el ruido, la luz. Procuraba no encontrarse con nadie y, una y otra vez se bañaba a totumazos, como si el agua limpiara la turbiedad del alma, como si el agua aliviara las penas, como si el agua se llevara las desgracias.

Los primos y tíos de El Carmen de Bolívar, donde se refugiaba con su familia, preguntaban por qué el letargo de la quinceañera, por qué la mirada perdida y el llanto en las noches. La madre contestaba por ella, nerviosa, con un simple “es que extraña la casa”.

La casa

Todo el pueblo sabía que en el sector de La Cañada, por el arroyo que baja detrás de la iglesia, estaba la casa de los Vásquez.

Era pequeña, de bareque y con paredes rosadas. Al frente había un campano gigante en el que Gina y sus dos hermanos mayores colgaron un lazo que servía de columpio. Día y noche habría que ver a Erika, su madre, pidiéndoles que se bajaran y a ellos obedeciendo a regañadientes.

En ese entonces, a principios de la década de los 90, la familia y El Salado solo eran armonía. A este corregimiento de El Carmen de Bolívar, tres horas al sur de Cartagena, lo llamaban “La tierra bendita”: De sus cerros salían el mejor tabaco, plátano y yuca de la región. Algunos dicen haber visto panteras entre los matorrales, había acueducto, energía y hubo intentos de explorar petróleo y gas. Todavía hoy, debajo del tierrero y la frondosidad, se esconden abundantes pozos de agua, un bien escaso donde la lluvia se recibe con gaitas, tamboras y aguardiente.

“Mi pueblo era tranquilo, próspero, de parranda, orquestas y gente valiente”, recuerda Gina.

Sin embargo, la paz y la bonanza durarían muy poco. Cualquier día llegó la Policía a custodiar las riquezas, y a estos les siguieron miembros de los frentes 35 y 37 de las Farc, quienes atraídos por la prosperidad y la cercanía al mar, hicieron de El Salado un reducto de sus fechorías.

Resultó ser que los segundos estaban mejor armados que los primeros, y en el 95, luego de múltiples victorias de la guerrilla, la organización ya era dueña y señora de este pueblo perdido entre los Montes de María.

Allí ocultaban a sus secuestrados y el ganado que se robaban, preparaban emboscadas contra militares y descansaban míticos jefes, como “Martín Caballero”, responsable del asesinato de 218 miembros de la fuerza pública, 419 civiles y de planear un atentado contra Álvaro Uribe y otro contra Bill Clinton en una de sus visitas a La Heroica.

Mientras tanto, el grupo se filtraba en las escuelas y empleaba tácticas de seducción para reclutar a ingenuas muchachas en sus filas.

Consciente del peligro, el señor Jaime le decía a Gina: “A esa gente ni la mires”, pero como a muchas de sus amigas, le gustó un guerrillero; de esos apuestos, con ínfulas de macho y fusil al hombro.

Por suerte, a la niña le gustaba más la libertad que el amor, pero Lady, su compañera de clase, le creyó el cuento a uno de ellos de que la vida en el monte sería linda a su lado. A ella y a otras tantas jamás las volvieron a ver.

La tranquilidad se perdió del todo en 1997. Gina tenía 12 años y, como todos, intuía que algo malo iba a suceder, que vivir en un pueblo guerrillero no sería gratuito.

“Va a venir el Ejército y nos va matar”, pensaba entonces. Pues bien, el 23 de marzo de ese año, un grupo armado, enviado al parecer por ganaderos de la zona, con lista en mano, asesinó en el parque de El Salado a Doris, la maestra de una vereda cercana; a Ender, un agricultor honesto; al padre de Ender, y a otros dos campesinos tachados de guerrilleros.

Gina, padre, madre, cinco hermanos y cerca de 7.000 saladeros tomaron lo poco que pudieron y salieron despavoridos.

Los Vásquez llegaron a la casa de una prima en El Carmen. Allí cohabitaban con otras 20 personas que también se habían desplazado, no había agua y nadie tenía trabajo. Las condiciones eran extremas para la familia, acostumbrada al bienestar que les daba su pueblo, pese a la zozobra de los grupos armados.

A los tres meses, en junio, la Armada Nacional envió a algunos hombres a El Salado. Se decía que había garantías para retornar. Con el anuncio, a Jaime le volvió el aliento y regresó con Gina y otras cuatro familias, los únicos a quienes no los venció el miedo.

El pueblo estaba intacto. La casa de siempre, patas arriba, como la habían dejado. Por las calles no se oía ni el aullido de un perro.

La niña y su padre se acomodaron en una vivienda abandonada cerca del parque. Ella cocinaba y lavaba; él recuperaba un pueblo fantasma y buscaba qué comer. Así fue el día a día durante un año, hasta que medio Salado regresó y había maestros en las escuelas.

En el 98, la guerrilla irrumpió la calma aparente. Esta vez llegaron con fuerza, con el ego herido, con violencia, dispuestos a ser los reyes de El Salado, y así sería por otros dos años. Así sería hasta febrero de 2000.

Febrero de 2000

I

Era 13 de febrero de 2000. La mañana estaba soleada y la carretera fangosa. El señor Jaime y Gina, con 15 años recién cumplidos, salían de El Salado en un *jeep* Willys de los años 50, camino a una cita médica a El Carmen de Bolívar. Con ellos iban unas 10 o 12 personas, que al vaivén de las piedras y el pantano divisaban el verdor de las montañas, mientras un galponcito de gallinas y algunos racimos de plátano y bultos de ñame luchaban contra las curvas en la capota.

A eso de las 9 a. m., cinco hombres vestidos de militar se atravesaron y le hicieron señas al conductor de que parara. Los tripulantes se bajaron del vehículo y a petición de los uniformados, identificados como miembros del Ejército, entregaron sus documentos de identidad.

Gina, la única menor de edad, se excusó por no llevar papeles. Mientras tanto, uno de los hombres tomaba nota en un cuaderno escolar de los nombres, apellidos y números de cédula de los demás. El padre miró a su niña y le susurró: "Mami, esto no está bien".

Aun nerviosa y bajo el sol inclemente, la jovencita no podía dejar de mirar a esos hombres grandes, fornidos y silenciosos que los custodiaron hasta las seis de la tarde, hora en que pudieron regresar a El Salado, donde su madre y el pueblo ya habían recibido la noticia del retén y estaban en un mar de nervios.

Esta sería la antesala de un cuadro del horror que apenas comenzaba.

II

El 16 de febrero, el rumor de que los paramilitares estaban llegando a El Salado cargados de cilindros para cobrar la vida de quienes tenían relación con la guerrilla se hizo más certero.

En el camino, el mismo por el que tres días antes transitaba Gina, asesinaron a la señora Edith Cárdenas Ponce. El *jeep* en el que iba para El Carmen fue retenido en un sector conocido como la Loma de las Vacas, donde hombres armados la acusaron de ser guerrillera por llevar marcas de sol en sus hombros, como si hubiera cargado equipos de campaña o utilizado armas. A esta ama de casa, que del miedo no supo qué responder, la apartaron al borde de la vía y la apuñalaron.

Los hechos espantaron a saladeros como Gina y su madre, quienes corrieron a esconderse a una finca de una vereda cercana. Con ellas se ocultaban otras 40 personas, entre las que estaban un comandante de la guerrilla y su familia.

III

Finalizaba la tarde del 17 de febrero y el comandante confirmó que se acercaban los paramilitares, así que tomó sus trastes, hijos, esposa y huyó. Las familias se quedaron inquietas, haciendo conjeturas, a la espera del primer “¡bang!”, “¡bang!”, pero como la noche transcurrió serena, el temor cesó y en la mañana del 18 de febrero volvieron al pueblo.

IV

A las 8:00 a. m. en El Salado sólo cantaban las cigarras. No había ni un alma en las calles. En casa de los Vásquez, el señor Jaime y su hijo mayor preparaban el desayuno. Yurani, la hermana de Gina, comenzaba a lavar un cerro de ropa sucia, mientras Gina y su madre se reponían del susto.

De pronto se escucharon unos 5 o 6 disparos. “Dios mío, ahora sí”, exclamó la señora Erika, y salió corriendo con sus dos hijas hacia Barrio Arriba, sin tiempo para ver qué camino tomó su esposo.

Ellas se metieron a la casa de una prima, donde ya estaban dos hombres y 20 mujeres, una de ellas con un par de mellizas recién nacidas. Afuera se escuchaban los gritos de los vecinos, más disparos y un helicóptero volando bajito.

A las dos horas parecía que volvía la calma. Entonces, Yesenia, prima de Gina, le dice que en un santiamén vayan a las casas por un par de zapatos y los documentos de identidad. La señora Erika les implora que se queden, pero si algo tienen claro los saladeros es que la muerte no los puede sorprender descalzos y sin nombre.

A las jóvenes les alcanzó la osadía para ir a sus casas, sacar lo que necesitaban y volver. Sin embargo, cuando iban en el parque vieron que un helicóptero con insignias azules se acercaba, se acercaba demasiado. Todavía hoy Gina recuerda que le decía a su prima: “Ahí viene el Ejército, ahí viene a salvarnos Yese”, e instantes después comenzaron a recibir disparos desde el aire.

Ambas corrieron tan rápido como fue posible, y justo en el billar de la esquina del parque, por donde se sale a El Carmen de Bolívar, se separaron. “Corre flaca, corre que nos van a matar”, le gritaba Yesenia.

Gina esquivó el ataque y volvió sola a donde su madre. El helicóptero seguía disparando y afuera unos hombres decían: “Salgan guerrilleros que somos los paramilitares. Salgan que los vamos a matar”. La joven miró por la puerta y vio a un séquito de uniformados que aparecieron de la nada o que con los nervios había ignorado mientras regresaba.

Nadie se atrevió a abrir. Fue el llanto de las mellizas el que delató que ahí estaban. Entonces otra voz dijo: “Tírenle una bomba a esta casa que ahí es donde está la guerrilla” y enseguida otro hombre le lanzó una patada a la puerta hasta tumbarla.

La señora Nancy alcanzó a esconderse. Gina salió despavorida y uno de los paramilitares le gritó: “No corras, porque si corres, te mato”. A ella no le importó, pero la madre la miraba con ojos de quédate quieta y decidió ocultarse donde estaba la mamá de Yesenia, su hermana y otra tía.

De inmediato, un miembro del grupo de unos 18 años la vio. Llevaba puestas unas gafas sin lentes, sólo con montura, que según se supo después, pertenecían a alguien que había torturado y esa era su forma de burlarse.

El joven la tomó por el pelo y le dijo “Sales o te mato”. Ella respondió, a secas, no. “Sales o mato a tu mamá”, añadió. Entonces hizo caso y se unió a una fila de mujeres que caminaban hacia el parque con la mirada gacha, las manos en la cabeza y un fusil en el cuello.

V

Gina recuerda que en cuestión de minutos las calles de El Salado estaban llenas de camas, sillas, colchones, un reguero de agua por todas partes y un paramilitar en cada casa —450 en total, según reveló más adelante la Fiscalía—.

Sobre las once de la mañana, a las mujeres las enfilaron en la iglesia y les pidieron que se sentaran en los siete escalones del atrio. Los hombres, entre los que estaban su papá y sus dos hermanos, se quedaron en la cancha de microfútbol.

El hijo de un vecino de los Vásquez, que antes pertenecía a la guerrilla, saludó a Gina y le dijo: “Tranquila, a usted no le va a pasar nada”. Llevaba puestos unos tenis color amarillo fluorescente que resaltaban entre un mar de botas negras. “O me pasa más, me matan más rápido”, le respondió ella.

Transcurrió un buen tiempo y llegó un paramilitar vestido de civil, posiblemente un jefe, porque era el único que se comunicaba con radioteléfono, y le preguntó a Gina: “¿Tú eres Nevis Arrieta?”.

A Gina siempre la habían confundido con Neivis Judith Arrieta. Tenían la misma edad, el pelo negro hasta la cintura y rasgos similares. Las diferenciaba que, al parecer, la otra andaba de amores con un guerrillero y, se decía, tenía dos meses de embarazo.

“Yo no soy, usted está confundido”, le respondió ella, y prefirió no delatar a la verdadera Neivis, que estaba sentada a su lado. “Pues si eres, hoy te vas a morir, hoy vas a conocer qué es ser mujer de un guerrillero”, le advirtió el jefe.

Minutos después, el mismo paramilitar llegó empujando a un guerrillero y le ordenó que dijera cuáles de las mujeres tenían romances con compañeros suyos. El joven, con lágrimas en los ojos, ni siquiera levantó la cabeza, ni si quiera miró a las mujeres, sino que con el dedo pulgar señaló al azar, justo en el sitio donde estaba sentada Rosmira Torres, de 46 años, madre comunitaria y mamá de Luis Pablo Redondo, un joven maestro a quien acababan de arrancarle las orejas en la cancha, frente a decenas de saladeros cuyo castigo era presenciar el macabro espectáculo.

A Rosmira la tomaron del pelo, la pasaron por encima de Gina, la arrastraron por el piso, hasta la calle que separa a la iglesia de la cancha y allí la amarraron por el cuello con una cuerda que usualmente se usa para colgar hojas de tabaco. Uno a uno, un corrillo de paramilitares se iban pasando la cuerda, jalaban y jalaban para estrangularla, y cuando estaba sin aire, la soltaron, le infligieron dos puñaladas y con un tiro de gracia apagaron el soplo de vida que le quedaba.

Los paramilitares regresaron de la carnicería humana y el guerrillero señaló a la auténtica Neivis. Los uniformados decían que era la mujer de “Camacho”, un jefe guerrillero, aunque según las investigaciones posteriores, no era así.

A la joven, de tan solo 15 años, la llevaron a un árbol contiguo a la cancha de microfútbol, la acostaron boca abajo y la desnucaron frente a la multitud de campesinos. Así la vio por última vez Gina, su compañera de clase, aunque después de muerta no cesaría la barbarie: Con la bestialidad de un psicópata, un paramilitar le quitó la falda a Neivis, le atravesó un palo por el cuerpo, desde los genitales hasta la cabeza, y con frialdad volvió al ruedo, a la cancha, en busca de otra víctima.

Mientras tanto, el hombre vestido de civil regresó a donde estaban las mujeres, al borde del pánico, y le ordenó a Gina que se fuera con él, que tenía que preparar la comida de sus compañeros. La señora Erika le imploró que se la llevara a ella, que la niña no sabía cocinar, pero el jefe tomó a la joven por el brazo y la llevó a una casa al lado de la iglesia, profanada con tanta sangre que corría a sus pies.

VI

Al llegar, Gina vio a uno de los paramilitares desangrándose en un colchón. En un susto, un campesino le había cortado la mano. “Mira lo que los tuyos hicieron con uno de los míos, pero a ustedes les va a ir peor”, le advirtió el jefe, y luego la tomó de la cabeza y la hizo acercarse a la herida del hombre.

En la casa había cerca de 20 paramilitares, algunos encapuchados. No había comida, por lo que la muchacha sospechó que no iba precisamente a cocinar. La duda la confirmó cuando por el radioteléfono un hombre le dijo al jefe: “suéltela que ya la comida está hecha”. Entonces, en un tono burlón, le dijo a Gina: ¿Tú sabes lo que te va a pasar, muchacha?”, y ella, que con los nervios le da por hablar más de la cuenta, le respondió que ya se imaginaba, pero que por favor no la torturaran, que la mataran y listo.

Acto seguido, el hombre seleccionó a dedo a tres paramilitares y dio la orden a los demás de que salieran. Entre los que se quedaron estaba su vecino, el de los tenis amarillo fluorescente, que ahora se cubría la cara con una capucha.

El jefe le ordena reiteradamente a Gina que se siente, y ella se niega. Le pregunta si El Salado es territorio de la guerrilla y, a secas, le responde que sí, que por ahí pasan las Farc. Indignado, le incrimina que ni siquiera es capaz de negarlo, y ella, en una actitud retadora, de dolor e indignación, que todavía no se explica, le responde que para qué hacerlo si de todas formas la van a matar.

La actitud de Gina enfureció al paramilitar, quien ahora subía el tono de voz y le pedía que se arrodillara, que pidiera perdón. De nuevo, con la mirada al frente, la joven dice no. “¡Que te arrodilles, perra, malparida, guerrillera!” le exige iracundo. “Pues no me arrodillo, al menos me llevo ese honor”, responde ella, misteriosamente serena. Entonces, el hombre la golpea en las rodillas con su fusil y su paciencia se rebosa al ver que la víctima se queda de pie, sin flaquear ante el dolor y la violencia.

Lo que ocurrió después no tiene nombre.

Gina Vásquez, una virgen de 15 años, a quien el amor todavía no le había erizado la piel, ni revuelto el estómago, tomó a la fuerza un trago de la más monstruosa perversión, de una guerra entre esquizofrénicos en la que la victoria es del más cruel.

El jefe paramilitar arrastró a Gina hasta una habitación. Se bajó los pantalones y fue el primero en abusar de ella. Después de golpearla, le dijo a los demás que hicieran con ella lo que quisieran. El segundo en la fila fue el de los tenis color encendido. La joven procuró a tientas quitarle la capucha, pero la bestialidad de cuatro era más. Entre todos le cortaron el pelo, le pintaron el rostro como a un payaso, le tatuaron una cruz en su pierna derecha y le lanzaron insultos y burlas que ya no recuerda. Luego de ser violada por segunda vez sintió que se estaba

desangrando y quedó inconsciente, aferrada a la imagen de su madre y al sueño de una familia y de una carrera para no morir.

VII

Caía la tarde de aquel viernes negro y afuera de la casa en la que yacía Gina las familias apenas podían llorar a sus muertos, a 65 muertos. La faena de sangre en la cancha se dio por terminada y los paramilitares dieron la orden de que todos se encerraran y no salieran hasta nueva orden.

A la joven, que la creían muerta, alguien le tomó el pulso y la despertó de la pesadilla. Era la señora Erika y un primo, a quien le tocó saltar por encima de los cuerpos para llevar a Gina a la casa doña Ceri Romero, cerca al bachillerato.

Allí estaba don Jaime, el único, aparte de la madre y el primo, que la vio en ese estado. Después, no había luz y los ánimos se concentraron en encontrar a Yurani, quien finalmente llegó a la medianoche, deshidratada, porque se había escondido todo el día en un baño sin techo.

A los once días huyeron de El Salado. Detrás quedaba un pueblo sin alma. La casa de paredes rosadas la habían quemado y con ella se habían consumido los buenos recuerdos. En adelante comenzaría el éxodo.

Éxodo

La punzada del desplazamiento es casi tan amarga como la de la violencia. Por eso, los días en El Carmen de Bolívar, a donde llegaron cientos de saladeros sin casa ni oficio y con el lastre de una masacre a cuestas, aún son como trazos de un mal sueño para Gina.

De esa época recuerda que se bañaba hasta diez veces al día, que con su madre hacían cuanta peripecia fuese posible para que nadie se enterara de su violación, que extrañaba el monte y que el Estado sólo apareció una vez con una docena de fotos para que identificara a sus agresores. Para ella, que todavía le dolían el cuerpo y el alma, contar su historia a cambio de una nimia esperanza de justicia, era como volver a vivirla.

Así las cosas, Gina prefirió “tragarse” el 18 de febrero del 2000, ante la ley, ante su familia y ante sí misma. Sin embargo, eludir la deshonra que le producía esa fecha y sus infamias sería difícil en una patria donde las mujeres son culpables de sus violaciones, la justicia pocas veces resuelve estos delitos y las “hembras” que lloran son frágiles.

Un mes después de la tragedia se bebió 30 pastillas de Complejo B. “Dios no quería que me fuera todavía”, dice, y por fortuna las vomitó intactas, pero el médico que la atendió le completó la dosis diciéndole que seguramente había intentado suicidarse porque la dejó el novio, sin siquiera elaborar un informe del caso.

A lo anterior se sumaba que en El Carmen de Bolívar, hasta su profesora de escuela se burlaba de los jóvenes saladeros: “Ahí vienen los desplazados”, decía. La situación la irritó y terminó por dejar de estudiar.

Luego, trabajando en Cartagena, un costeño la cautivó con sus cuentos. Para ella había llegado la oportunidad de ver cómo había quedado, de ver si después de tres años iba a ser capaz de amar. Resultó que no, que lo sucedido en la casa del lado de la Iglesia de El Salado aún la atormentaba. Entonces, con su verdad asfixiándola, decidió romper el silencio y contarle a ese hombre dulce y comprensivo que decía quererla. La respuesta, predecible. El costeño se fue argumentando que no quería estar con una mujer que fue violada por cuatro hombres. De la experiencia quedó el sinsabor y Valeria, una niña con 11 años recién cumplidos y una madre que también hace de padre.

La historia, que a veces es irremediamente cíclica, se repitió. Otro hombre, esta vez un maestro, la dejó embarazada de Sebastián, su segundo hijo, y luego partió, porque resultó ser casado.

La vida fuera de su pueblo se llenaba cada vez más de obstáculos. Por eso, y porque nunca ha podido sacarse a El Salado de las entrañas, regresó con un grupo de 186 personas que nunca dejaron de soñar con el retorno.

Retorno

Corría la mañana del 2 de noviembre de 2002. Lucho Torres, agricultor nacido y criado en la Tierra Bendita, se paró en la Plaza del Caucho, en El Carmen de Bolívar, y le dijo a los dueños de *jeeps* y escaleras: “¡Queremos recuperar nuestro pueblo, necesitamos su ayuda!”. A las nueve cedieron los conductores y arrancaron atiborrados de gente, picos y palas.

En la vereda San Pedrito tardaron tres horas abriendo la vía y fue solo hasta las cinco de la tarde que vieron, a la distancia, el rostro desfigurado de El Salado: Barrio Arriba, Barrio Abajo, Centro y La Loma invadidos por la maleza; las paredes caídas; los aljibes rebosados de agua contaminada, y en algunas casas, bajo la loza, crecían árboles y matorrales.

En su pueblo, Gina levantó a sus dos hijos y poco a poco fue cicatrizando las heridas del 18 de febrero. Sin embargo, siempre supo que una pieza no encajaba, que su tragedia no podía quedar flotando en la mente, arrebatándole más vida.

Entonces, por recomendación de su prima Yesenia, que cuando se separó por la persecución del helicóptero también fue víctima de violencia sexual, Gina conoció a una organización llamada Sisma Mujer, la cual le mostró que con justicia y ayuda de profesionales ella iba a volver a respirar.

Y así fue. Hace cinco años, el día en que Gina contó por primera vez su historia ante un grupo de mujeres víctimas de la misma infamia, sintió que algo turbio salía de ella. Entendió que no era culpable por lo que le había pasado, que la vida se llenaba de motivos para salir adelante y que si cuatro hombres se propusieron acabar con su integridad, con su ser de mujer, ella tenía el valor para sobreponerse.

Desde entonces ha dado grandes pasos: habló del pasado con su hija y con su familia, acompaña a otras cinco mujeres de su pueblo que decidieron romper el silencio e incluso, al darse cuenta de que su vecino, el de los tenis amarillo fluorescente, había regresado a El Salado, le ha ayudado con víveres a la esposa y a los hijos, quienes pasan hambre por culpa de un padre vagabundo y borracho.

Su avance más reciente ocurrió el 25 de noviembre de 2012. Ese día, el Día de la No Violencia contra la Mujer, denunció la agresión de la que fue víctima ante una fiscal, quien curiosamente y distinto al trato que suelen darle a estas valientes, la recibió con una rosa y lloró con su relato; porque cuando Gina cuenta su historia, con una fortaleza pasmosa, deja una mezcla de impotencia, esperanza y lágrimas en quien la escucha, y ahora en quien la lee.

*Nombre cambiado a petición de la fuente.

El Salado después del éxodo

Es cruel e inhumano que un hombre del campo pueda sobrevivir en una selva de cemento. Se degrada, se prostituye, se muere. Lo mata la nostalgia y se vuelve insensible.

Lucho Torres

Por Mariana Escobar Roldán, Marcela Madrid Vergara y Mateo Jaramillo Ortega



Al cementerio de este pueblo le faltan muertos y le sobran víctimas. /Mateo Jaramillo.

El que ignore la historia de este pueblo jamás creería que hace 10 años sus casas estaban desoladas. Las tiendas donde hoy se reúnen a jugar dominó y a entonar décimas se agrietaban por el abandono. En el parque apenas quedaron las huellas de unas bicicletas que cambiaron su rumbo a tierras ajenas. Las burras y carneros deambulaban sin dueño.

El 18 de febrero de 2000 llegaron 400 paramilitares a El Salado, Bolívar. Durante tres días masacraron a más de 60 personas y obligaron a sus siete mil pobladores a abandonar el territorio. Esta es la historia del retorno y sus 700 hombres y mujeres que se empeñan en morir de viejos en la tierra que los parió.

La única pelea justa

A Lucho Torres le atribuyen el retorno a El Salado. En la tienda de Doña Tere, en una noche abrasadora, Lucho le ofrece a Samuel Torres, su amigo de infancia, un cigarrillo marca Lanco. El primero comienza entonando lo que será la faena de esta noche:

*En la plaza de mi pueblo
confinaron mucha gente
asesinaron mujeres
jóvenes y hasta dementes*

*Esos crímenes horrendos
son de lesa humanidad
el Gobierno es responsable
por tanta desigualdad*

*Esta guerra es inhumana
ya no se puede aguantar
si esta vaina no se para
El "Salao" se va a acabar*

*El dieciocho de febrero
no lo vamos a olvidar
para que pase a la historia
y por siempre recordar*

—Es cruel e inhumano que un hombre del campo pueda sobrevivir en una selva de cemento. Se degrada, se prostituye, se muere. Lo mata la nostalgia y se vuelve insensible. Teníamos que volver —dice Lucho.

—Es que el campesino es como un animal de la selva, —le responde Samuel a su amigo— cuando está en el monte se llena de felicidad.

Los primeros cigarros se consumen. El recuerdo de aquel Salado desdeñado se vuelve denso, como una bocanada de humo.

—Yo tenía tantas ganas de vivir en mi tierra, que mantenía una rabia cuando estaba desplazado —refuta Samuel mientras tira el cigarrillo sin terminar y lo apaga con el zapato.

—El 2 de noviembre de 2002, día en que decidimos retornar —rememora Lucho— ningún carro quería subir a El Salado. Yo me paré en la Plaza del Caucho, en Carmen de Bolívar, y les dije: “¡Queremos recuperar nuestro pueblo, necesitamos su ayuda!”. A las nueve de la mañana arrancamos con los que por fin cedieron. Llegamos con picos y palas. Los carros no nos trajeron, nosotros trajimos a los carros.

Samuel recuerda que en la vereda San Pedrito tardaron tres horas abriendo la vía, y fue solo hasta las cinco de la tarde que vieron, a la distancia, el rostro desfigurado de El Salado: Barrio Arriba, Barrio Abajo, Centro y La Loma invadidos por la maleza, las paredes caídas, los aljibes rebosados de agua contaminada y animales silvestres por donde solían caminar los humanos.

—En el primer regreso fuimos 186 personas. Se devolvieron 100 que se enguayabaron mucho. Quedamos 86: 78 hombres y ocho mujeres —hace cuentas Samuel.

La reacción de Lucho fue inesperada. Al tradicional hombre montemariano —sombrero vueltiao, bigote, facciones toscas que sirven de barrera impenetrable frente a cualquier expresión de debilidad— se le agotaron las fuerzas para ocultar la impotencia de ver la tierra de infancia corroída por un abandono impuesto.

—Yo iba adelante con la bandera blanca, cuando llegué al cementerio me tiré al suelo y empecé a llorar —narra Lucho.

Abrumado por la condición en la que se encontraba El Salado, a Samuel no se le ocurrió sino preguntarle a su paisano —¿Por dónde empezamos, hermano?

—Ajá, yo tampoco veía por dónde. Solo recuerdo que vi un pedazo limpio y grité: “¡Tenemos pueblo, no joda!”.

La tierra de la discordia

Aunque la iglesia de El Salado no tiene cura, algunos llaman a este pueblo “la tierra bendita”. Alrededor de la zona poblada, más arriba de Barrio Arriba y más abajo de Barrio Abajo, se extienden montes que entintan de verde el paisaje.

Eneida Narváez, directora de la organización Mujeres Unidas de El Salado, cuenta que antes de la masacre muchos tenían tierra. Los que no, simplemente rentaban un pedazo para sembrar sus cultivos.

Cuando retornaron, nadie quería salir de su casa. Oír música era volver a escuchar las balas y los gritos de los muertos. El campo estaba minado, los grupos armados aún merodeaban, nadie se atrevía a meterse a los montes, la agricultura se desarrollaba tan cerca de la zona poblada como se pudiera y no había quién se aventurara a hablar de distribución de tierras.

Sin embargo, algunos no estaban amedrentados. Varias empresas llegaron a comprar las tierras de los campesinos “a precio de gallina flaca”. Eneida cuenta que los propietarios sentían tanto miedo de volver a sus terruños, que no les importaba vender una hectárea por 150 mil pesos, aunque hoy cuesta más de un millón.

—“¡Hombre!” no venda eso tan barato, mire que esto se va a componer, tenemos que luchar —les decía ella.

Mario Tapias, de 92 años, tenía una finca a las afueras de El Salado. Cultivaba guineo y tenía una cría de gallinas, cerdos y pavos. Vivía con su hermana en un rancho amplio y bien construido. Todos los fines de semana sus hijos lo visitaban y el trabajo en el campo lo mantenía vigoroso.

Una empresa de lácteos y cárnicos antioqueña negoció con los hermanos de Mario y compró el terreno. Cuando menos pensó, Mario ya no tenía tierra. Le dieron 900 mil pesos, tuvo que irse a vivir con una hija al barrio La Loma y el olor a campo pasó de ser la vida entera a una añoranza alimentada con hondos suspiros.

La gente pensaba que iba a encontrar la estabilidad vendiendo sus predios, pero como dice Eneida, “la plata se acaba y la tierra no”. De aquellos que negociaron, hoy la mayoría está “en el aire”: tuvieron que desplazarse a ciudades y municipios cercanos a lamentar lo ocurrido en tranquilidad.

La mayoría de tierras había sido vendida y el fenómeno había generado un nuevo desplazamiento a gran escala. La esencia del pueblo se iba diluyendo entre ansias de lucro de unos pocos que no vivieron el conflicto.

Quedan tan pocas tierras propias de saladeros, que el modelo de distribución de antes ya no funciona. La comida escasea y tienen que comprar los alimentos a un precio altísimo por el costo que tiene llevarlos hasta El Salado, a través de un camino en el que solo pasan camperos y motocicletas. Cuando llueve, la vía bloquea a quien intente llegar, como si todavía fuera una tierra negada.

—Esto es duro, porque imagínese uno perder toda una vida de trabajo, pa' tener que volver a comenzar de nuevo —cuenta la líder mientras mira hacia Barrio Abajo.

Dobladores de historias

—Llegó lo que tenía que suceder —dice Pedro Duarte, un viejo industrial del negocio del tabaco, bajo el techo de la que durante años fábrica de tabaco negro de su familia.

Por más que se piense, no hay razón lógica que explique esta frase para referirse a las masacres de 1997 y 2000.

En la primera murieron siete personas, justo frente a las viejas paredes de su empresa; en la segunda, la que exilió al pueblo, a 66 les arrancaron la vida ahí donde los hermanos Dayra e Issac montan ahora en bicicleta: la cancha de la iglesia de El Salado.

Pedro tiene 67 años, vive con su esposa en la fábrica. Donde está la cocina entraban los burros cargados de hojas de tabaco. En lo que actualmente es el comedor, solía pesarse la mercancía para determinar su precio. Luego, una gran prensa quemada y aplanaba las hojas. Después, las mujeres las seleccionaban, según tamaño y calidad, para apilarlas en unas pacas de 70 kilos que arrumaban en los 200 metros cuadrados de construcción. Las madejas de tabaco llegaban hasta el techo, de casi tres metros.

El santandereano Alejandro Duarte, padre de Pedro y fundador de la compañía, llegó a El Salado en la tercera década del siglo pasado. Estaba huyéndole a la violencia de liberales y conservadores. Tanto prosperó la empresa, que Pedro compró a sus hermanos los derechos de la compañía hacia 1970.

Durante 30 años, en El Salado hubo una bonanza tabacalera. Desde la década de los 60 se exportó tabaco a Alemania, Dinamarca y China.

—Hoy es un monopolio —cuenta Lucho Torres.

Las multinacionales como Phillip Morris han dejado de cultivar tabaco negro: esa hoja grande, de excelsa calidad; por el tabaco rubio, el del cigarrillo común, el del comercio.

Los campesinos no pudieron volver a sembrar, y sin hojas no hay tabacos. Los ocho meses anuales de cosecha y los 80 trabajadores permanentes de la empresa de Pedro tuvieron que salir por miedo a la muerte.

María del Carmen Valencia tiene dos años menos que Pedro, vive en una casa con piso de tierra en Barrio Arriba. Vende empanadas, bebidas, minutos a

teléfonos celulares y, desde hace 60 años, dobla y comercia tabaco. Por 10.000 pesos vende 200 tabacos. Y pensar que es uno de los mejores cultivos del mundo.

A la casa verde olivo de la señora María llegan las hojas ya listas para doblar. Ella se sienta en una silla de cuero roto, pone una tabla de madera en sus piernas y con cinco navajas —como las que usan los soldados para afeitarse— comienza a cortar las hojas: miche, capote, capa y extra. Cada uno de estos cortes sirve para armar una calilla o un tabaco. Para pegarlo, usa uva, piña o almidón de yuca. Al encenderlo, habla a sus nietos de un pasado próspero protagonizado por “el mejor tabaco del mundo”.

“Las brujas” de El Salado

Después del mediodía, cuando termina de servir conejo desmechado, arroz y jugo de cereza para su familia, Eneida finalmente puede explayarse en la mecedora. Se sienta en el zaguán, al lado del único puesto de salud, donde corre aire fresco y sirve de aposento a las mujeres que quieren esquivar el bochorno de la tarde.

La fachada de la casa tiene el dibujo de una cadena de personas tomadas de las manos. Cuando retornó, hace casi diez años, Eneida encontró las paredes agrietadas, teñidas a la fuerza por la humedad y manchadas con monte. Se dice, incluso, que en algunas casas, bajo la loza, crecieron árboles y matorrales.

Eneida no esperaba quedarse. Se sentía insegura. Caminaba de noche para despejar la mente. Ese no era El Salado de antes, ese era otro pueblo.

El temor aumentó cuando el 7 de agosto de 2003, al frente de su casa, asesinaron a la líder más vehemente, María del Carmen Cabrera. La mujer había servido de maestra para los niños antes de entrar a la primaria, remendaba la ropa de todo el pueblo y ponía inyecciones, medicaba y cosía heridas cuando no había un puesto de salud. La guerra la silenció y Eneida, en un arrebato, dijo que se iba para no volver.

Regresó a los 15 días, con la esperanza de que María del Carmen fuera la última víctima y quedó como madre putativa de El Salado. Como a ella, a los más de 700 habitantes que han retornado, el apego a la tierra les pudo más que el miedo y la indignación.

Entonces, desde finales de ese año, por primera vez, las saladeras comenzaron a reunirse y se creó la organización Mujeres Unidas de El Salado. Eneida lleva las riendas desde el principio.

Cuando iniciaron, eran tachadas de brujas y vagas. “Mujeres sin oficio y desobedientes”, les decían sin conocer lo que hacían o hablaban. Sus maridos estaban en desacuerdo con los encuentros y las amenazaban con dejarlas solas si

continuaban. Una reunión era motivo de discordia. Algunas declinaron, pero hoy persisten 15 de ellas.

Ahora cosen las cortinas que cubrirán la Casa del Pueblo, una enorme edificación en reemplazo de la antigua Casa de la Cultura, donde solían guardar los instrumentos musicales antes de que fueran usados como banda sonora de la masacre. Planean hacer un criadero de pollos y sueñan con construir un hostel para los foráneos que llegan a su tierra. La guerra y sus salvajismos se convierten en atractivo.

Componiendo sueños

En 200 años de una historia escrita a punta de música y parranda, Villa del Rosario, como se llamaba originalmente esta tierra tabacalera, nunca había sido huésped del silencio.

Bastaron tres noches para que las gaitas, cajas, acordeones y tambores que protagonizaban la variedad sonora de la región, se convirtieran en herramientas para empuñar dolor y humillación. A partir de ese 18 de febrero, la música se transformó en una película proyectora de recuerdos que muchos prefirieron dejar enterrados con sus compadres.

Después del retorno, fueron seis años sin otro sonido que el cacareo y el rebuznar de los animales que cantaban sus propias melodías para ayudar a lidiar con el silencio sobrecogedor.

A los 12 años, Gabrielito se ha convertido en el estandarte musical de El Salado. Cuando se cansa de jugar, camina por las calles de su pueblo tocando la flauta o la guacharaca, arrastrando con sus melodías a una multitud de niños encantados por su talento.

Su casa es un constante albergue de parrandas. A diferencia de otros hogares, aquí no son los discos de vallenato y champeta los que hacen retumbar las calles, sino la caja, la guacharaca y las maracas, las que prenden el ambiente en Barrio Abajo.

Los vecinos que llegan a esta casa rosada pueden darse cuenta del orgullo que invade a Joanna, su mamá. Cuando canta *La gota fría*, ella rescata del patio un pequeño balde lleno de moho, el primer instrumento de Gabrielito. Esa cubeta de plástico fue su “caja” desde los ocho años, cuando, sin ninguna herencia musical en la sangre, empezó a construir su sueño de convertirse en cantante.

Quiere ser el primer saladero en dejar un legado tan firme en la música vallenata como el de Rafael Escalona. Aunque todavía no es un personaje de la literatura

colombiana ni sus letras son referencia de la historia Caribe, es un protagonista del presente renovador que vive El Salado.

Tierra para nunca olvidar

Caminar por estas calles es como andar sobre el sendero de un relato macondiano.

En la mitad de la vía principal está sentado Abel Montes, el hombre más viejo de El Salado con 102 años. Después de la masacre, compró un ataúd porque no quiere ser enterrado en una fosa, como muchos de los suyos. Cuentan los vecinos que si no ha muerto es porque cada vez que alguien fallece en el pueblo, todos le piden la caja prestada.

Detrás, en La Loma, vive doña Julia, la loca del pueblo, la reina del pueblo, la bruja del pueblo y la más antigua dobladora de tabaco. En su solitaria casa, baila y canta para recordar sus días como madre dedicada y adivina aclamada: a más de uno le leyó el futuro en el café y en el tabaco.

Pasando los aljibes, en Barrio Abajo, un niño aparece como por arte de magia. Descalzo por herencia y sin pronunciar palabra, Rafa se hace sentir con la picardía de su sonrisa y desaparece de un momento a otro, cuando nadie lo espera.

Pero la magia no es una constante. El Salado lleva el lastre de ser el pueblo de la masacre. Se esfuman las tierras, huyen sus habitantes y los que quedan se niegan a ser olvidados, aunque algunos ni lo hubieran reconocido envuelto en un manto de maleza, pesadillas y desencantos.

Aquel día del retorno, Samuel, espantado, le preguntó a Lucho: ¿Dónde estamos?

—Pues en El Salado, maricón.

*Esta crónica fue publicada en el periódico En Directo de la Universidad de La Sabana en mayo de 2012.

6. ANEXOS

6.1. El camino de los autores

Crónicas y trabajos periodísticos en Colombia y el mundo sobre la guerra, las víctimas, la paz y la resistencia hay por cientos de miles. Mas aún en un país judicial como este, manejado por una agenda violenta sobre un conflicto de más de medio siglo, las publicaciones abundan en librerías y hemerotecas. Para el análisis de los escritos realizados respecto a al conflicto escogimos algunos de las plumas más famosas en periodismo y sus trabajos de mayor recordación en la población.

El país de Juanita

Juanita León es la directora de La Silla Vacía, abogada de la Universidad de Los Andes con una maestría en Periodismo de la Universidad de Columbia. Trabajó en The Wall Street Journal Americas en Nueva York, en Colombia estuvo en El Tiempo, donde fue editora de la Unidad de Paz cubriendo el proceso de paz con las Farc. En la revista Semana fue editora de reportajes y en 2006, ayudó a crear la edición diaria de Semana.com. Es autora de los libros *No somos machos pero somos muchos*, *5 crónicas de resistencia civil* y *País de Plomo, crónicas de guerra*.

En esta última publicación expone 11 relatos sobre la guerra y la zozobra en algunos de los municipios de Colombia que viven permanentemente en violencia. Uno de los primeros aspectos que llama la atención del lector de este libro es la voz en primera persona de la periodista en el relato y algunos de los detalles que dejan ver la manera cómo se debe llegar a los personajes, a las historias.

“El lunes 9 de julio de 2001 emprendimos con Jesús Abad, uno de los mejores fotógrafos colombianos de guerra, el recorrido de siete horas desde Medellín por la vía del mar hacia Peque...”.

Desde el principio queda la participación de León dentro del relato. Sin ser la protagonista de la historia, hace entender que las páginas siguientes serán la visión de una sola persona sobre las personas y sus dramas. En principio narra los obstáculos que, como periodistas, tienen para poder llegar los sitios donde se encuentran los protagonistas de las historias. Algo no solo normal en varias zonas de Colombia sino fundamental para comprender las dificultades de estas poblaciones para comunicarse con las instituciones estatales, los organismos internacionales, los periodistas o sus mismos compatriotas.

La periodista tiene otra característica que aporta a los relatos de los estudiantes de este trabajo. Algunas de sus historias se desarrollan en municipios de Cauca, Bolívar y Antioquia donde tienen lugar ciertas crónicas de estas páginas. La descripción física de los lugares a través del ambiente, los sentimientos de las personas, la enumeración de la vegetación o la narración de la topografía local es fundamental para dar a entender al lector la importancia de la tierra, y comprender de paso que el paisaje no es un elemento decorativo en el conflicto colombiano. Es un factor determinante en el desarrollo de la guerra.

El relato de la masacre

Alberto Salcedo Ramos es un periodista de Arenal, Bolívar, que se convirtió en uno de los cronistas con mayor reconocimiento en Latinoamérica. Sus escritos están en las páginas de las publicaciones de mayor prestigio del continente y algunas de sus historias están traducidas en varios idiomas. Entre sus galardones están el Premio Internacional de Periodismo Rey de España, el Premio Ortega y Gasset de Periodismo,

Premio a la Excelencia de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) en dos ocasiones y el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar en cinco oportunidades. Además es el autor de *La Eterna Parranda* y de *Oro y la Oscuridad. La vida gloriosa y trágica de Kid Pambelé*.

Su voz dentro de las historias ha permitido que los lectores en las grandes ciudades hayan leído el testimonio de los sobrevivientes en el masacre de El Salado (*El pueblo que sobrevivió a una masacre armonizada con gaitas y*

tambores) en una crónica que no solo deja ver el punto de vista del autor sino la capacidad de reconstrucción de diálogos.

Para que de esta manera, el lector sienta como si se encontrara en el momento en que ocurrió la masacre sin que el periodista hubiera estado presente.

Las tazas de Leila

Leila Guerriero es una periodista y escritora argentina. Es ganadora del Premio Fundación Nuevo Periodismo (2010), por su artículo *Rastro en los huesos, crónica de la dictadura argentina*. Su participación en diferentes publicaciones hispanoamericanas ha puesto su nombre entre los mejores periodistas del continente. Pese a haberse inclinado en un principio por la ficción, hoy en día cuenta con publicaciones de periodismo narrativo como *Los suicidas del fin del mundo. Crónica de un pueblo patagónico*; *Frutos extraños, crónicas reunidas 2001-2008* y *Los malditos*.

En 2008 publicó en la revista Gatopardo la historia *Tres tristes tazas de té*, su mirada de Yiya Murano acusada de asesinar a tres mujeres con cianuro en las tazas en las cuales les sirvió té.

Desde el comienzo de la historia las oraciones son cortas, ágiles. La explicación médica del efecto del cianuro en el cuerpo y el relato de las tres mujeres que murieron por ingerir este líquido atrapa al lector en el relato de la persona detrás de las muertes.

El contexto, la explicación de la época en la cual se desarrollaron las muertes es fundamental para comprender la manera como la protagonista tuvo que sortear la crisis argentina de la época, su relación con las víctimas y las versiones que dieron los testigos y la llevaron a prisión durante 13 años.

Uno de los elementos más llamativos es la participación esporádica de la periodista, sus pensamientos respecto a la entrevistada y la manera como detalla la relación de Murano con su esposo. Estas palabras no solo dan vida al escrito sino que generan la verosimilitud en el escrito.

Un aspecto enriquecedor de la historia son los fragmentos del libro *Mi madre, Yiya Murano* de Martín Murano, su hijo. En el cual muestra la posición de quienes la acusan de las muertes y permiten poner parte de la entrevista que la periodista la realiza en tres oportunidades a su protagonista.

La Tormenta huele a mujer

Germán Castro Caycedo es uno de los más reconocidos cronistas colombianos, quien se ha dedicado a narrar las facetas más turbulentas de la historia nacional a través de las voces de sus protagonistas. En las páginas de *El Palacio sin Máscara*, *Colombia Amarga*, *La Bruja*, *El Karina*, y otra decena de libros, le da espacio a los personajes para que cuenten las historias en su propia voz. Es lo que él llama “quitarme del medio”, pero estar siempre ahí durante la investigación.

La Tormenta (2013), su más reciente obra, no fue la excepción. En ella narra las historias de cuatro mujeres víctimas del conflicto, una de cada grupo armado: Eln, Farc, Ejército y paramilitares. Cada una de ellas cuenta cómo logró sobrevivir a masacres, secuestros, desapariciones de familiares y extorsiones, pero sobre todo, cómo ha sido su lucha para que sus casos no queden en la impunidad y en el olvido. Castro explica que su libro “está formado por las voces de mujeres que llegan hasta el heroísmo real frente a la crueldad de unas minorías históricamente deprivadas”.

Su técnica narrativa, poco usual en este tipo de relatos, permite al lector acercarse a la angustia que sintió María Margarita mientras se encontraban en cautiverio, a la impotencia de Magdalena al reclamarle al Estado justicia con el caso de su hijo. Pero también se las arregla para ofrecer contexto y ubicar a los lectores dentro del ambiente.

Un país lleno de trochas

Alfredo Molano Bravo es sociólogo, periodista y columnista de *El Espectador*, tiene 70 años, sus amigos lo describen como un caminante. Eso es lo que ha hecho

desde sus primeros años, caminar y retratar la realidad social del país, ha escrito de la lucha estudiantil, del conflicto armado, el nacimiento de las Farc, el efecto del paramilitarismo.

Las historias que ha relatado en más de dos docenas de libros y en su espacio semanal en el diario lo hicieron convertirse en una víctima más de la violencia que ha azotado al país en las últimas décadas, por lo que en 2001 debió exiliarse en España y experimentar lo que él ya había conocido en cuerpo ajeno y fue en ese momento en el que escribió: "pálido reflejo de la auténtica tragedia que viven a diario millones de colombianos desterrados, exiliados en su propio país".

En el libro *Desterrados* (2005), Alfredo Molano recopila testimonios sobre el desplazamiento interno en Colombia. Con la misma técnica narrativa que aplica Castro Caycedo, Molano permite que las víctimas que han sido obligadas a huir de sus pueblos cuenten en carne propia cómo era la vida antes: la convivencia con los vecinos, crecer jugando con los primos, las fiestas donde todos se conocían; y cómo eso empezó a cambiar cuando la violencia llegó a permear todas esas relaciones, hasta obligarlos a salir corriendo a las grandes ciudades.

Son ocho relatos desgarradores que calan en los lectores por la conexión con la voz de los personajes. Ángela, una niña desplazada de Nechí cuenta, a través de los detalles más cotidianos, cómo su vida cambió a causa del despojo: "Había flores adelante y atrás, y yo sembré habichuelas de las de verdad, no como las que nos toca sembrar aquí en Bogotá, chupadas y flacas".

De *Semana a Monte adentro*

Armando Neira es un periodista colombiano que ha trabajado en medios nacionales como La República, El Tiempo, El Espectador, Cambio, y también en El País de España. Actualmente es director del portal web de la revista *Semana*, donde fue editor de crónicas; de ese trabajo surgió el libro *Monte adentro*, una antología con historias sobre el conflicto armado que Neira publicó en la revista.

En 2004, año en que fue publicado este libro, la revista *Soho* lo reseñó así: "El dolor siempre pasa primero por una persona y luego se ramifica hasta tocar los

mundos más disímiles. Eso es justo lo que Armando Neira, editor de crónicas de la revista *Semana*, con su certera pero conmovida manera de escribir, ha querido demostrar en esta recopilación de reportajes cruzados por el ruido de las balas”.

Tesoro de la memoria

Si bien no son piezas periodísticas, los informes publicados por el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), constituyen uno de los intentos más representativos por preservar la memoria del conflicto colombiano reciente y los protagonistas de la resistencia.

Entre los libros que ha publicado el Centro desde 2008 hasta 2014, seis de ellos fueron especialmente relevantes para esta tesis: *El Salado. Esa guerra no era nuestra*; *La masacre de Bahía Portete. Mujeres Wayuu en la mira*; *Mujeres y guerra. Víctimas y resistentes en el Caribe colombiano*; *San Carlos. Memorias del éxodo en la guerra*; *La huella invisible de la guerra. Desplazamiento forzado en la Comuna 13*; *"Nuestra vida ha sido nuestra lucha" Memoria y resistencia en el Cauca indígena*; además del informe *¡Basta Ya!*, que representa tal vez la mejor recopilación de los últimos 50 años de conflicto armado.

Estas piezas del CNMH han sido producidas por un grupo de investigadores entre los que se encuentran antropólogos, trabajadores sociales, abogados, politólogos, sociólogos, entre otros. A través de un intenso trabajo de campo, reúnen el contexto histórico de violencia en cada población junto con los testimonios de habitantes del común que padecieron la guerra. Por eso, mucho más que informes, son una verdadera bitácora del conflicto, en la que las víctimas de todos los crímenes expresan su versión de la historia.

Cabe aclarar que el CNMH es un establecimiento público adscrito al Departamento para la Prosperidad Social, que se creó a través de la Ley 1448, conocida como Ley de víctimas y Restitución de tierras.

Hurgando en las vidas de los muertos

Cuando el río Magdalena ancla a sus muertos en las orlas de Puerto Berrío, Antioquia, los habitantes los toman, les quitan el barro, la maleza, los salvan de ser comida del tiempo y los peces, y como si fueran propios, les dan santa sepultura, los nombran, les ofrecen flores y oraciones. A cambio, se dice, el más allá los recompensa con milagros.

En *Los escogidos* (2012), la periodista Patricia Nieto eligió como escenario el cementerio de este municipio; como personaje, el pabellón donde reposan los N.N., y como género, las preguntas sin respuesta a esos sin nombre: “¿Quién divisó tu cuerpo detenido en un recodo del río. A qué hora se sorprendieron los niños con tu cuerpo como toro desollado. Cuántas horas permaneciste en ese pozo oscuro?... ¿Ya se ponía el sol cuando te mataron. Viste la cara del asesino. Cómo se llamaba aquel que ordenó tu muerte. Suplicaste piedad. Percibiste el sudor oxidado del que te tapó los ojos?”, interroga la cronista antioqueña a Milagros, uno de los cientos cuerpos, sin identidad, sin dolientes, que llevaron las aguas a Puerto Berrío.

Para que este ejercicio de cinco años tomara la forma y el color del periodismo narrativo, Nieto se valió del testimonio de tres devotos, del sepulturero del pueblo, del médico forense, de un grupo de pescadores y de dos personas que encontraron a sus familiares desaparecidos mientras la periodista hurgaba entre los vivos y los muertos de Puerto Berrío.

El resultado fue un libro vibrante, un encuentro espiritual con los N.N. del conflicto armado colombiano escrito por una pluma que encarna su dolor. Pero, sobre todo, *Los escogidos* es muestra de que en el periodismo no hay barreras narrativas y de que la muerte, la violencia requieren con urgencia nuevas formas de ser contadas.

La guerra en los versos de Hernández

El poeta español Miguel Hernández, representante de la llamada Generación del 36, entregó gran parte de sus versos a narrar las atrocidades de la Guerra Civil española y, aún más, a buscar la libertad de su pueblo desde la palabra.

Cual cronista de guerra, Hernández narra, por ejemplo, la batalla de Teruel (entre 1937 y 1938) o lo que suscita en él la muerte de su tutor literario Ramón Sijé, a quien dedica estos versos: “Tanto dolor se agrupa en mi costado, □ que por doler me duele hasta el aliento... Quiero minar la tierra hasta encontrarte □ y besarte la noble calavera □ y desamordazarte y regresarte”.

Su obra humana, real, atiborrada de dolor y de tedio por tanta sangre y huesos, inspirará hoy y siempre cualquier trabajo escrito sobre el conflicto.

Cuando el dolor toma la pluma

En el 2006, la periodista antioqueña Patricia Nieto dio comienzo a la serie de talleres de escritura *De su puño y letra* con cerca de 100 víctimas del conflicto armado.

En compañía de un grupo de estudiantes de periodismo de la Universidad de Antioquia, partieron de una convicción: “si se escucha con atención a Medellín, es posible identificar voces de víctimas que sólo serán reconocidas una vez su palabra sea recuperada y publicada” (Nieto , 2010).

Bajo esta premisa, y teniendo en cuenta que para la autora las investigaciones que incluyen la voz de las víctimas en Colombia “no han logrado dar el paso de lo testimonial a lo interpretativo”, del proyecto resultaron tres libros: *Jamás olvidaré tu nombre* (2006), *El Cielo no me abandona* (2007) y *Donde pisé aún crece la hierba* (2010).

En el primero, 20 amas de casa, viudas, estudiantes y obreros de los barrios donde el conflicto ha golpeado más fuerte en Medellín (Caicedo, La Sierra, Villa Linda, Santo Domingo Savio, 13 de noviembre) aceptaron contar su historia y, durante 7 meses de talleres, volver a vivirla en el papel.

En *El cielo no me abandona* los invitados fueron 20 personas que en razón de su profesión fueron víctimas. Entre este grupo de valientes estuvieron Jaime Jaramillo Panesso, miembro de la Comisión Facilitadora de Paz de Antioquia, y Martha Pérez, viuda de Gilberto Echeverri Mejía.

Por esta misma línea, en el tercer libro, Nieto y sus estudiantes trabajaron con diecinueve víctimas por minas antipersonal, con quienes construyeron testimonios desgarradores del momento en que una luz enceguecedora cambió el rumbo de sus vidas.

Carlos Mario Correa, cronista y profesor de la Universidad Eafit, dice que uno de los grandes aportes de este último “reportaje testimonial” fue “romper la mudez de las víctimas que se ha traducido en amnesia e impunidad y “presentar la catástrofe colombiana con nombres propios de personas y de lugares, con clara descripción de situaciones y consecuencias que permiten ver más allá de los esguinces de responsabilidades de todo tipo que hacen los victimarios cuando han tenido la ocasión de hablar ante los medios judiciales o de comunicación” (Nieto 2010, contraportada).

El tríptico que construyen Nieto, sus estudiantes y las víctimas, sobre todo las víctimas, se convierte pues en un documento periodístico de largo aliento para entender la barbarie desde la memoria de sus dolientes. La obra surge por un método aún más certero que la simple reportería.

Días de memoria

Aunque el editor general de El Espectador, Jorge Cardona, no es periodista, sino filósofo se ha encargado de cubrir durante 30 años temas judiciales del país, por lo que en 2009 publicó el libro *Días de Memoria*, con el que pretendía hacer un homenaje a todos esos colombianos que entregaron sus vidas por conseguir libertades en diferentes aspectos, su objetivo era que las nuevas generaciones conocieran el legado de aquellos valientes.

En sus páginas Cardona aborda la historia del país desde el momento en que las FARC negociaban por segunda vez La Paz, en el gobierno de Betancur. Hace un recorrido por los principales escándalos políticos del país, como la toma y la retoma del Palacio de Justicia, el genocidio a la Unión Patriótica, las negociaciones de paz con el Epl, el Quintín Lame, la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, el posicionamiento del narcotráfico, la influencia de los carteles de Medellín y Cali, el nacimiento de los paramilitares, y el asesinato aquellos que emprendieron esa batalla. Hasta la muerte de Pablo Escobar Gaviria.

Verdadabierta.com

Este portal digital surgió como un proyecto de investigación periodística de la Fundación Ideas para la Paz, de la mano de la revista Semana. Desde 2008 decidieron unir su trabajo, investigaciones académicas y periodísticas con el fin de contribuir para conseguir la verdad y como ellos mismos dicen: “reconstruir la memoria histórica sobre el conflicto armado colombiano de los últimos años”.

Esta página web se ha encargado de recolectar información de los hechos violentos cometidos por los paramilitares y las guerrillas, por lo que se convirtió en una pieza fundamental para este proyecto creativo, ya que acá están registrados la historia, los perfiles de los victimarios que atacaron a la población, así como historias que nos han servido como ejemplos de víctimas que han salido adelante y han marcado un espacio importante dentro de la sociedad.

Esta página fue de gran ayuda para constatar la información que conseguimos durante nuestras historias, ya que el equipo investigador tiene datos exactos que nos permitían confrontar las versiones que habíamos obtenido durante el trabajo de campo. Adicionalmente, este año y en un trabajo conjunto con el Centro Nacional de Memoria Histórica lanzaron la aplicación Rutas del Conflicto, una base de datos con las cifras de violencia que han dejado 700 masacres en los últimos 32 años en el país.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arendt, H. (2005). *Sobre la violencia*. Alianza Editorial.

Arreola, A. (2001). *Tras la huella de...la crónica*. México: Edere.

Ávila, R. (2005). *Sujeto, cultura y dinámica social*. Ediciones Antropos.

Bernardino Martínez, H. (1998). Alicia en el país de los géneros. Géneros periodísticos y géneros literarios. *Comunicación y estudios universitarios* (8), 51–60.

Briggs, J. & Peat, D. (1999). *Las siete leyes del caos*. Barcelona: Grijalbo Mondadori.

Caparrós, M. (2012, octubre). Por la crónica. Discurso presentado en Ciudad de México. Recuperado de: <http://nuevoscronistasdeindias.fnpi.org/por-la-cronica/>

Cardona, A. (2012). *Padre, hijo y espíritu armado*. VIII Premio colombo suizo de fotografía.

Cardona, J. (2009). *Días de memoria*. Bogotá: Aguilar.

Casasús, J. M., & Núñez Ladéveze, L. (1991). *Estilo y géneros periodísticos*. Barcelona, España: Ariel.

Castro, A. (17 de Marzo de 2013). Escribimos para hacer memoria. *El Heraldo de Aragón*.

Castro, G. (2013). *La Tormenta*. Bogotá: Planeta.

Ceballos, R. (2000). *Violencia reciente en Medellín: una aproximación a los actores*. Revista: Bulletin de l'Institut français d'études andines. Vol. 29, núm. 3.

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. Informe General Grupo Histórica*. Bogotá: Imprenta Nacional.

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2011). *Mujeres y Guerra. Víctimas y resistentes en el Caribe colombiano*. Bogotá: Taurus.

Centro Nacional de Memoria Histórica (2009). *El Salado. Esa guerra no era nuestra*. Bogotá: Taurus.

Centro de Recursos para el Análisis de Conflictos (2009). *Guerra y violencias en Colombia. Herramientas e interpretaciones*. Recuperado de: http://www.cerac.org.co/assets/files/guerrayviolencias/7_La_violencia_de_genero.pdf

Chillón, A. (1999). *Literatura y periodismo*. Editorial Universitat Autònoma de Barcelona.

Cortázar, J. (1970). *Aspectos del cuento*. Disponible en: http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/opin/aspectos_del_cuento.htm. Consultado el 17 de julio de 2014 en Bogotá, Colombia.

De la Hoz Simanca , J. (2007). Jon Lee Anderson: La música de un perfil. *Sala de prensa* , 3.

De Riquer, M. & De Riquer, B. (1987). *Reportaje de la Historia*. Editorial Planeta.

Escallón, M. (2006). *En estado de coma. Hospital San Juan de Dios*. Premio ganador de la convocatoria “Ciudad y patrimonio” de la Alcaldía de Bogotá.

Espinosa Moreno, F. (14 de Julio de 2012). *Las razones detrás del conflicto en el Cauca* . Recuperado el 10 de Junio de 2014, de Corporación Nuevo Arco Iris : <http://www.arcoiris.com.co/2012/07/las-razones-detras-del-conflicto-en-el-cauca/>

Fernández Parratt, S. (2001). El debate en torno a los géneros periodísticos en la prensa: nuevas propuestas de clasificación . *ZER Revista de Estudios de Comunicación* (11), 293–310.

Garrido , M. (2012). Rebelión pacífica. Historia y mensaje de la desobediencia civil. En A. Lastra, *Desobediencia civil. Historia y antología de un concepto*, (págs. 9–10). Madrid: Tecnos.

González, N. K. (2006). *Resistencia indígena. Alternativa en medio del conflicto colombiano*. Cali: Ciencia Política Cali.

Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Editorial Norma.

Guerriero, L. (2008). *La lección de Homero*. El Malpensante, 88.

Guerriero, L. (2012). *Tan fantástico como la ficción*. Discurso pronunciado en la Feria del Libro de Bogotá y publicado por la revista El Malpensante. Disponible en: http://70.32.80.91/print_contenido.php?id=61. Consultado el 18 de junio de 2014 en Bogotá, Colombia.

Hall, K. & Merino, R. (1995). *Periodismo y creatividad*. México: Trillas

Harris, (1982). *El Materialismo Cultural*. Alianza Universidad.

Hernández Delgado, E. (2006). La resistencia civil de los indígenas del Cauca . *Papel político* , 11 (1), 177–220.

Hoyos, J. J. (03 de Noviembre de 2013). Entrevista con Juan José Hoyos— Relación entre periodismo narrativo y reconstrucción de la memoria. *Náufragos* . (Y. C. García , Entrevistador) <http://naufragospn.webnode.es/>. Medellín .

Hoyos, J. J. (2013). *Escribiendo historias. El arte y el oficio de escribir en periodismo*. Editorial Universidad de Antioquia.

<http://www.verdadabierta.com/component/content/article/80—versiones/3336—la—batalla—entre—paras—y—guerrilla—por—la—autopista—medellin—bogota> Consultado el 3 de junio de 2014, Bogotá, Colombia.

<http://www.verdadabierta.com/procesos—de—paz/farc/5236—las—farc—cosecharon—odios—en—el—oriente—antioqueno> Consultado el 3 de junio de 2014, Bogotá, Colombia.

Jaramillo Agudelo, D. (2012). *Antología de crónica latinoamericana actual*. Madrid: Alfaguara.

Kapuscinski, R. (2009). *Los cinco sentidos del periodista*. Colombia: Fondo de Cultura Económica, Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano.

Kapuscinski, R. (2008). *Viajes con Heródoto*. (A. Orzeszek, Trad.) Barcelona: Anagrama.

La asombrosa historia del retorno a San Carlos. Domingo 6 de febrero de 2011. Disponible en: <http://lasillavacia.com/historia/la-asombrosa-historia-del-retorno-san-carlos-2-1498> consultado el 4 de mayo de 2014 en Bogotá, Colombia.

La batalla entre 'paras' y guerrilla por la Autopista Medellín — Bogotá, Domingo, 19 Junio 2011. Disponible en:
Las Farc cosecharon odios en el Oriente antioqueño, Sábado, 8 febrero 2014. Disponible en:
León, Juanita. (2008). *País de plomo. Crónicas de guerra*. Editorial Aguilar.

Marques de Melo, J. (1992). La crónica como género periodístico en la prensa luso-brasileña e hispano-americana: contrastes y confrontaciones. *Diálogos de la Comunicación* (34).

Martínez, T. (1997, octubre). Periodismo y narración: desafíos para el siglo XXI. Discurso presentado ante la asamblea de la SIP en Guadalajara, México. Recuperado de: <http://www.medios.org.ar/?p=665>

Melo, O. (1993). *Seminario: “Una mirada a Medellín y al Valle de Aburra” 1993, Memorias*. Universidad Nacional de Colombia sede Medellín.

Ministerio de Cultura Colombia. (2010). *Nasa (Paez), la gente del agua*. Bogotá : Ministerio de Cultura.

Molano, A. Desde el exilio. Noviembre 5 de 2001. Disponible en: <http://www.semana.com/cultura/articulo/desde-exilio/49166-3> Consultado el 8 de junio de 2014 en Bogotá, Colombia.

Molano, A. (2005). *Desterrados*. Bogotá: Nomos.

Nieto , P. (2010). *Donde pisé aún crece la hierba*. Medellín : Alcaldía de Medellín .

Nieto, P. (2010). Relatos autobiográficos de víctimas del conflicto armado: una propuesta teórico-metodológica. *Revista de Estudios Sociales* (36), 76–85.

Nieto, P., & Botero , N. (2011). *Relatos de una cierta mirada: El acontecimiento, la fotografía y el sentido*. Medellín : Alcaldía de Medellín .

Nieto, P. (2013). Presentación. En J. J. Hoyos , *Escribiendo historias: El arte y el oficio de narrar en el periodismo* (pág. XIV). Medellín : Editorial Universidad de Antioquia.

Nieto, P. (28-30 de Noviembre de 2013). *Taller Periodismo y Memoria Histórica: El periodismo que vuelve*. Recuperado el 26 de Abril de 2014, de Periodistas de a pie : http://periodistasdeapie.files.wordpress.com/2013/12/relatoria_patynieto.pdf

OCHA . (11 de Junio de 2014). *Sala de situación humanitaria* . Recuperado el 11 de junio de 2014, de SalaHumanitaria.co: <http://monitor.colombiassh.org/>

Olaya, C. (2012). *Nunca más contra nadie*. Cuervo Editores.
Oriente antioqueño: Análisis de la conflictividad. Junio de 2010.

Orwell, G. (1946). *Por qué escribo*. Disponible en:
<http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/opin/orwell1.htm>. Consultado el 18 de junio de 2014 en Bogotá, Colombia.

Ospina, W. (2013). *Pa que se acabe la vaina*. Editorial Planeta.

Peñarete, F. (1972). *Así fue La Gruta Simbólica*. Tipografía Hispania.

Puerta, A. (2001). *El periodismo narrativo o una manera de dejar huella de una sociedad en una época*. Anagramas Universidad de Medellín.

Quirarte, V. (2005). *Por qué escribo: George Orwell*. Casa del Tiempo, Universidad Autónoma de Manizales.

Randle, M. (1998). *Resistencia civil: la ciudadanía ante las arbitrariedades de los gobiernos*. Barcelona: Paidós.

Restrepo, J. (2012). *Estructuras paramilitares desmovilizadas en Medellín: de la unificación de la criminalidad a la fragmentación violenta*. Revista Arcanos para la Corporación Nuevo Arcoiris.

Rosendo, B. (1997). El perfil como género periodístico. *Comunicación y sociedad*, 10 (1), 95—115.

Rotker, S. (2005). *La invención de la crónica*. Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano.

Ruiz, M. (2008). Fiesta de Sangre. *Semana*. Recuperado de:
<http://www.semana.com/nacion/articulo/fiesta-sangre/94863-3>

Sábato, Ernesto. (2000). *La Resistencia*. Seix Barral.

Salazar, J. (2005). La Crónica: Una Estética de la Transgresión. *Razón y palabra*, 10 (47).

Samper, Daniel. (2004). *Antología de grandes crónicas colombianas*. Tomo II. Editorial Aguilar.

San Carlos, Memorias del éxodo en la guerra, CNRR— Grupo de Memoria Histórica. Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.2011

Sims, Norman. (2009). *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. Editorial Aguilar.

Sharp, G. (1973). *La política de la Acción No Violenta. Primera Parte: Poder y Lucha*. Nuevo Hampshire: Extending Horizons Books.

Somos la Revista. Artículo publicado el 9 de febrero de 2014 y titulado “*El periodismo libre*”, un texto de Albert Camus.

Vallejo, M. (2006). *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia (1880—1980)*. Bogotá: Planeta.

Vélez, Diana Patricia. (2013). *La desmovilización como reingeniería criminal: tránsito de autodefensas a bandas criminales*. Tesis de maestría en estudios humanísticos de la Universidad EAFIT.

Villanueva, J. (2006, diciembre). El que enciende la luz. *El Malpensante*, 74.

Villoro, J. (22 de enero de 2006). La crónica, ornitorrinco de la prosa. *La Nación*.

Vitale, E. (2012). *Defenderse del poder. Por una resistencia constitucional*. Madrid: Trotta.

Vogler, C. (2002). *El viaje del escritor*. Barcelona: Ediciones Robinbook.

Zorro, Carlos. (2007). *El desarrollo: perspectivas y dimensiones*. Centro Interdisciplinario de Estudios sobre Desarrollo de la Universidad de los Andes.